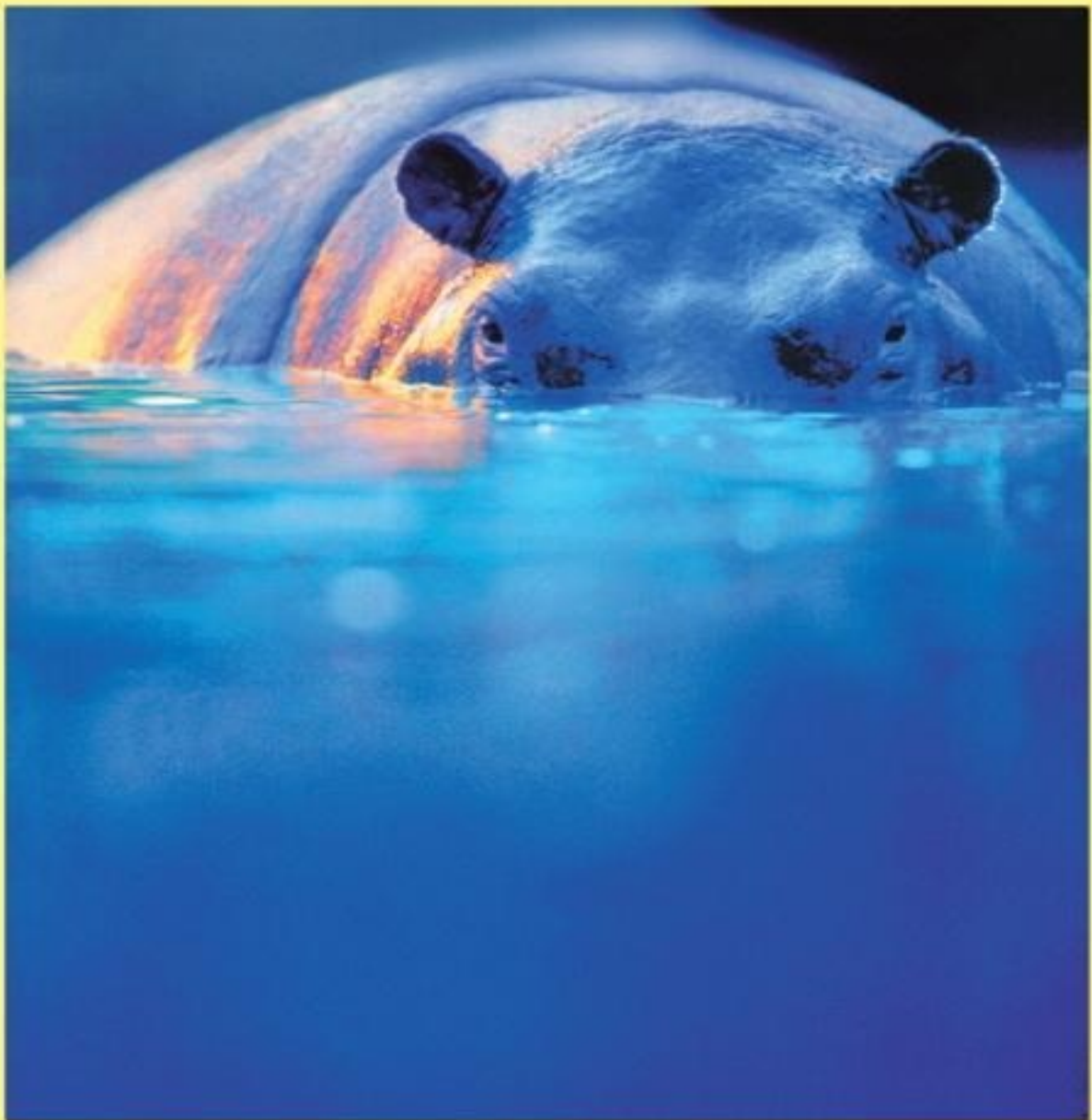


NICCOLÒ AMMANITI

---

*Que empieza  
la fiesta*



Lectulandia

El rico constructor Sasà Chiatti organiza en su residencia de Villa Ada, en Roma, una fiesta que será el acontecimiento más grande de la República italiana. Entre cocineros búlgaros, cirujanos estéticos, actrices, futbolistas, tigres, elefantes, el conocido escritor Fabrizio Ciba y las Bestias de Abadón, la desquiciada secta satánica de Oriolo Romano, protagonizan una aventura de héroes y comparsas que dan vida a una grandiosa y disparatada comedia humana.

Con su humor irresistible, Ammaniti plasma los vicios y las pocas virtudes de nuestra época. Y al final sólo quedan los restos de una cultura fatua y cansada, incapaz de tomarse en serio su propia ruina. Una novela que confirma a Ammaniti como la gran figura literaria italiana de su generación, alabado por la crítica, galardonado con el Strega y el Viareggio, los premios más prestigiosos, con incontables lectores y traducido a 44 lenguas.

**Lectulandia**

Niccolò Ammaniti

# **Que empieza la fiesta**

ePub r1.0

Titivillus 01.03.17

Título original: *Che la festa cominci*  
Niccolò Ammaniti, 2009  
Traducción: Juan Manuel Salmerón

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Anatole  
que me sacó de una caja*

# Primera parte

## Génesis

Suicide is painless  
It brings on many changes...  
The game of life is hard to play  
I'm gonna lose it anyway  
The losing card I'll someday lay  
So this is all I have to say.

MASH, *Suicide Is Painless*

Eres fuerte, eres guapo, eres invencible,  
eres incorruptible, eres un... Ja... Ja... Cantautor.

EDOARDO BENNATO, *Cantautore*

En una mesa de la pizzería Jerry 2 de la localidad de Oriolo Romano se hallaban reunidas las Bestias de Abadón.

Su líder, Saverio Moneta, alias Mantos, estaba preocupado.

La situación era grave. Si no se hacía nuevamente con el mando de la secta, aquélla podía ser la última vez que se reunían.

Ya hacía tiempo que empezó la fuga de miembros. El primero en irse fue Paolino Scialdone, alias el de la Hoz, que los plantó un buen día para entrar en los Hijos del Apocalipsis, un grupo satánico de Pavía. Unas semanas después, Antonello Agnese, alias Molten, se compró una Harley Davidson de segunda mano y se unió a los Angeles del Infierno de Subiaco. Y, por último, Pietro Fauci, alias Nosferatu, mano derecha de Mantos e histórico fundador de las Bestias, se casó y abrió una tienda de aparatos de calefacción en la localidad toscana de Abetone.

Quedaban cuatro miembros.

Era preciso hablar muy seriamente, meterlos en vereda y captar nuevos adeptos.

—¿Tú qué tomas, Mantos? —le preguntó Silvietta, la vestal del grupo, una pelirroja enjuta con un par de ojuelos redondos y saltones, unas cejas finas muy altas y sendos aros de plata en labio y nariz.

Saverio miró distraídamente la carta.

—No sé... ¿Una pizza marinara? No, que me repite el ajo... Los pappardelle mejor.

—Los cocinan unos ignorantes, pero están buenos —aprobó Roberto Morsillo, alias Murder, un gordinflón de casi dos metros de altura, con el pelo largo teñido de negro y unas gafas grasientas, que llevaba una camiseta deshinchada de los Slayer. Era de Sutri, estudiaba derecho en Roma y trabajaba en el Bricocentro de Vetralla.

Saverio miró a sus discípulos de hito en hito. Pasaban todos de los treinta pero seguían vistiendo como pobres heavies. Y eso que siempre les decía: «Tenéis que parecer normales, fuera esos piercings, esos tatuajes, esos clavos...» Pero nada, no hacían ni caso.

*Es lo que hay*, pensó resignado.

Mantos alzó la mirada. Se reflejaba en el espejo de la Cerveza Moretti que colgaba al otro lado de la barra: delgado, de un metro setenta y dos de alto, con gafas de montura metálica, pelo oscuro peinado con raya a la izquierda, camisa de manga corta azul claro abotonada hasta el cuello, pantalones de pana azul oscuro, mocasines.

*Un tío normal*. Como los grandes paladines del Mal: Ted Bundy, Andrei Chikatilo, Jeffrey Dahmer, el caníbal de Milwaukee; gente con la que uno podía cruzarse por la calle y por la que nadie daría un duro. Y sin embargo eran los hijos predilectos del Demonio.

*¿Qué haría en mi lugar Charlie Manson con discípulos tan lamentables como éstos?*

—Maestro, tenemos que hablar contigo... Hemos pensado una cosa sobre la secta... —espetó Edoardo Sambreddero, alias Zombi, el cuarto del grupo, un tío flaquísimo que no podía comer ajo, chocolate ni bebidas gaseosas. Padecía esofagia congénita. Ayudaba a su padre a montar instalaciones eléctricas en Manziana—. Técnicamente, nosotros, como secta, no existimos.

Saverio comprendió lo que quería decir el adepto, pero fingió no entender.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto hace del juramento de sangre?

Saverio se encogió de hombros.

—Como un par de años.

—Por ejemplo, en Internet nunca hablan de nosotros. Y de los Hijos del Apocalipsis, un montón —susurró Silvietta, en voz tan baja que nadie la entendió.

Zombi señaló al jefe con un bastoncillo de pan.

—¿Y qué hemos hecho en todo este tiempo?

—Eso, ¿qué hemos hecho, de todo lo que nos prometiste? —insistió Murder—. Sacrificios humanos, ni uno, y eso que nos dijiste que haríamos cantidad. ¿Y ritos de iniciación con vírgenes? ¿Y orgías satánicas?

—Hombre, un sacrificio humano sí hicimos, no digáis que no —repuso irritado Saverio—. No saldría bien, pero lo hicimos. Y también una orgía.

En noviembre del año anterior, Murder había conocido en el tren, yendo a Roma, a Silvia Butti, una estudiante de psicología. Resultó que tenían muchas cosas en común: los dos eran forofos del Lazio, a los dos les gustaban las películas de terror, los Slayer y los Iron Maiden, el viejo heavy metal de los años ochenta. Empezaron a chatear por Internet y a verse en la romana via del Corso los sábados por la tarde.

A Saverio se le había ocurrido sacrificar a Silvia Butti en el bosque de Sutri.

Pero había un problema: la víctima debía ser virgen.

Murder había dado su palabra:

—Lo he intentado por todos los medios, pero no he podido tirármela.

Zombi se echó a reír.

—No has pensado que a lo mejor no quiere follar con un gordo como tú.

—Capullo, es que ha hecho voto de castidad. Es cien por cien virgen. Además, digo yo, y si no lo fuese, ¿qué?

Saverio, maestro y teórico del grupo, se mostró preocupado.

—Pues que sería bastante grave. El sacrificio no serviría, o peor, podría volverse en nuestra contra. Las potencias infernales, insatisfechas, podrían atacarnos y destruirnos.

Tras horas de debate y consultas en Internet, las Bestias concluyeron que la doncellez de la víctima no era un requisito indispensable. Y trazaron un plan.

Murder invitó a Silvia Butti a cenar en Oriolo Romano. A la luz de las velas, le



ofreció croquetas y filetes de merluza y le dio a beber una cerveza enorme en la que había disuelto tres pastillas de Rohypnol. Al acabar la cena la estudiante apenas se tenía en pie y farfullaba cosas sin sentido. Murder la cargó en el coche y con la excusa de ver amanecer en el lago de Bracciano la llevó al bosque de Sutri, donde las Bestias de Abadón erigieron un ara sacrificial con bloques de toba, desnudaron a la muchacha medio inconsciente y la tendieron sobre el altar. Saverio invocó al Maligno, le cortó la cabeza a una gallina y roció con sangre el cuerpo desnudo de la joven, tras lo cual se la pasaron por la piedra uno tras otro. Luego excavaron un hoyo y la enterraron viva. Y así, consumado el rito, pudo la secta emprender su viaje a las oscuras regiones del Mal.

Lo malo fue que tres días después, saliendo del cine Flamingo, donde habían visto *La matanza de Texas: el origen*, las Bestias se encontraron con Silvia, que estaba sentada en un banco del parque comiéndose un bocadillo. No recordaba mucho de la velada, pero tenía la sensación de haberlo pasado bien. Les contó que, cuando despertó, se hallaba cubierta de tierra pero pudo salir a la superficie.

Saverio la captó en calidad de sacerdotisa oficial. Y poco después ella y Murder se hicieron novios.

—Sí, es verdad, la orgía la habéis hecho —dijo Silvietta sonriendo con embarazo—. Me la habéis contado cien veces.

—Sí, pero no eras virgen. Y por tanto técnicamente la misa no valió... —replicó Zombi.

—Pero ¿cómo pudisteis pensar que era virgen? Si mi primera relación...

—El caso —la interrumpió Saverio— es que fue un rito satánico...

Zombi lo atajó:

—Vale, olvidemos el sacrificio. ¿Y qué más hemos hecho?

—Degollar unas cuentas ovejas, ¿o no?

—¿Y qué más?

Sin querer, Mantos alzó la voz:

—¡Y qué más! ¡Y qué más! ¡Las pintadas del viaducto de Anguillara Sabazia!

—Ya ves... ¿Sabes que Paolino y los de Pavía decapitaron a una monja?

Lo único que pudo hacer el líder de las Bestias de Abadón fue beber un vaso de agua.

—¿Mantos? ¿Me oyes? —Murder se llevó la mano a la boca—. Decapitaron a una monja de cincuenta y ocho años.

Saverio se encogió de hombros.

—La gilipollez de siempre. Paolo quiere darnos rabia porque se arrepiente de habernos dejado. —Pero tenía la impresión de que no era ninguna gilipollez.

—¿Es que no ves los telediarios? —prosiguió Murder, implacable—. ¿Te acuerdas de la monja de Caianello a la que encontraron sin cabeza cerca de Pavía?

—¿Y qué?

—Fueron los Hijos del Apocalipsis. La secuestraron en una parada de autobús y Kurtz le cortó la cabeza con un hacha de doble filo.

Saverio detestaba a Kurtz, el líder de los Hijos del Apocalipsis de Pavía. Siempre era el primero de la clase, el que hacía las cosas más impresionantes. ¡Muy bien, Kurtz! ¡Enhorabuena! ¡Eres el mejor!

Se pasó la mano por la cara.

—Vale, tíos... Tened en cuenta que ha sido una época muy dura para mí, el nacimiento de los gemelos, la puñetera hipoteca...

—¿Cómo están los pequeños, por cierto? —preguntó Silvietta.

—Hechos dos máquinas de comer y cagar. Y por la noche no nos dejan pegar ojo. Y encima tienen rubeola. Y para colmo han operado de la cadera al padre de Serena y he tenido que cargar solo con la tienda de muebles. ¿Así cómo voy a organizar nada para la secta?

—Oye, ¿no tendrás algo de ocasión? —preguntó Zombi—. Quiero comprarme un sofá cama de tres plazas, el que tengo me lo ha destrozado el gato.

El jefe de las Bestias no escuchaba, pensaba en Kurtz Minetti: alto como un pino, pastelero de profesión, ya había prendido fuego a un vendedor de aspiradoras y ahora le cortaba la cabeza a una monja.

—Además, sois unos ingratos. —Y los señaló uno a uno—. Yo me he dejado la piel por la secta. Si no es por mí, que os inicié en el culto a los Infiernos, aún estaríais leyendo *Harry Potter*.

—Ya, Saverio, pero entiéndenos también a nosotros. Creemos en el grupo, pero así no podemos seguir. —Murder mordió un bastoncillo, nervioso—. Lo mejor es que olvidemos la secta y sigamos siendo simples amigos.

Enfadado, el jefe de las Bestias dio un manotazo en la mesa.

—Hagamos una cosa. Dadme una semana. Una semana no se le niega a nadie.

—¿Para qué?

—Porque estoy planeando algo muy gordo, una acción sonada... —Hizo una pausa—. Pero no podréis rajaros. Porque de boquilla todo el mundo es muy valiente, pero luego, a la hora de la verdad... —Y con voz lastimera—: «Perdona, es que no puedo... Es que tengo problemas en casa, mi madre no está bien... Tengo que trabajar...» —Y miró particularmente a Zombi, que bajó la cabeza con aire culpable y se quedó mirando el plato—. No. Aquí nos la jugamos todos.

—¿Y no puedes adelantarnos nada? —preguntó Murder tímidamente.

—¡No! Sólo puedo deciros que pasaremos a ocupar el primer puesto de las sectas satánicas de Italia.

Silvietta lo tomó por la muñeca.

—Por fa, Mantos, dinos algo... Me muero de curiosidad...

—¡No! ¡He dicho que no! Tenéis que esperar. Si dentro de una semana no os traigo un proyecto serio, se acabó, disolvemos la secta y adiós muy buenas. ¿Estáis de

acuerdo? —Se levantó. Los ojos negros se le pusieron rojos con el reflejo de las llamas del horno—. ¡Y ahora, discípulos, tributadme honores!

Los adeptos bajaron la cabeza. El líder alzó los ojos y extendió los brazos.

—¿Quién es vuestro padre carismático?

—¡Tú! —dijeron las Bestias a coro.

—¿Quién ha escrito las Tablas del Mal?

—¡Tú!

—¿Quién os ha enseñado la Liturgia de las Tinieblas?

—¡Tú!

—¿Quién ha pedido los pappardelle con liebre? —preguntó el camarero, que traía en los brazos una pila de platos humeantes.

—¡Yo! —respondió Saverio alargando la mano.

—Cuidado que quema.

El líder de las Bestias de Abadón se sentó y empezó a comer en silencio.

## 2

A unos cincuenta kilómetros de la pizzería Jerry 2, en Roma, capital de Italia, el conocido escritor Fabrizio Ciba subía, montado en una Vespa de tres marchas, la cuesta de Monte Mario. Se detuvo ante un semáforo y enfiló luego via della Camilluccia. Dos kilómetros más adelante paró ante un cancel de hierro abierto junto al que colgaba una placa de latón en la que decía: «Villa Malaparte».

Metió la primera, y ya se disponía a emprender la subida de la larga cuesta de gravilla que llevaba a la villa, cuando se le plantó delante un gorila enfundado en un traje de franela gris:

—¡Eh, usted! ¿Adónde va? ¿Lleva invitación?

El escritor se quitó el casco con forma de cuenco y buscó en los bolsillos de la chaqueta arrugada.

—No..., no la habré... Se me habrá olvidado...

El segurata se afianzó en las piernas.

—Pues no puede entrar.

—Estoy invitado a...

El otro sacó un papel y se calzó unas gafas de montura roja.

—¿Cómo dice que se llama?

—No lo he dicho. Ciba, Fabrizio Ciba.

El hombre recorrió con el dedo la lista de invitados moviendo la cabeza.

*No me reconoce.* Fabrizio no se molestó mucho. Estaba claro que el gorila no era un gran aficionado a la literatura, aunque, coño, ¿tampoco veía la tele? Ciba presentaba un programa titulado *Crimen y castigo* que se emitía todos los miércoles

por la noche en la Rai 3, pensado para casos como aquél.

—Lo siento. Su nombre no figura en la lista.

El escritor venía a presentar la nueva novela del premio Nobel de Literatura Sarwar Sawhney, *Una vida en el mundo*, que había publicado Martinelli, su misma editorial. El agraciado con el premio de la Academia Sueca tenía setenta y tres años y había escrito un par de libros más gruesos que un manual de derecho. Él, Ciba, y un catedrático de literatura angloamericana de la Universidad La Sapienza de Roma, Gino Tremagli, debían hacer los honores, pero como a este último, un viejo pedante, lo habían invitado simplemente para dar un barniz oficial al evento, le tocaba a Fabrizio desentrañar los secretos arcanos de aquel novelón y darlos como pábulo del público romano, ávido de cultura.

Ciba empezaba a mosquearse.

—Escúchame. Si olvidas esa lista y miras la invitación, la tarjetita rectangular blanca que desgraciadamente no llevo, verás que pone mi nombre, porque soy quien presenta el libro. Si quieres me voy. Pero cuando me pregunten por qué no vine, diré que... ¿Cómo te llamas?

Suerte que en ese momento acudió una azafata, con el pelo corto y rubio y un traje de chaqueta azul oscuro, que en cuanto vio, montado en aquella moto de época, con aquel mechón rebelde y aquellos ojazos verdes, a su autor favorito, por poco se cae redonda.

—¡Deja, deja que entre! —exclamó con voz aguda—. ¿No ves quién es? ¡Fabrizio Ciba! —Y con las piernas tensas de emoción se dirigió al escritor—. ¡Cuánto lo siento! ¡Qué vergüenza! Desaparezco un momento y viene usted... Lo siento, lo siento... Estoy...

Fabrizio esbozó una sonrisilla satisfecha.

La azafata miró el reloj.

—Es tardísimo. Estarán todos esperándolo. Vaya, vaya, por favor. —Y apartando al guarda jurado de un empujón, le dijo a Fabrizio—: ¿Me firmará el libro después?

Ciba dejó la moto en el aparcamiento y se encaminó a la villa con el paso ligero del corredor de medio fondo.

En eso surgió de entre los setos de laurel un fotógrafo, que, corriendo tras él por la alameda, empezó a gritar:

—¡Fabrizio! ¡Fabrizio! ¿No te acuerdas de mí? Comimos una vez juntos en Milán, en un restaurante... La Compañía de los Navegantes... Yo te invité a mi casa de Pantelleria y me dijiste que a lo mejor vendrías...

Arqueando la ceja, el escritor miró de arriba abajo a aquel hortera despeinado cubierto de cámaras de fotos.

—Claro que me acuerdo. —No se acordaba en absoluto—. Pero es que llego tarde, perdona. Otro día. Me esperan...

—Verás, Fabrizio —insistió el fotógrafo—, estaba lavándome los dientes y se me ha ocurrido una idea genial: fotografiarte en medio de un vertedero ilegal...

En la puerta de la villa estaban su editor, Leopoldo Malagó, y la jefa de relaciones públicas de Martinelli, Maria Letizia Calligari, que le hacían señas de apresurarse.

El fotógrafo apenas podía correr con aquellos quince kilos de material colgado del cuello, pero no desistía.

—Es muy original..., muy fuerte..., la basura, las ratas, las gaviotas... ¿Qué te parece? Para el suplemento de *La Repubblica*...

—Otro día será, perdona. —Y se coló por entre los dos que esperaban.

Rendido, el fotógrafo se inclinó oprimiéndose el bazo.

—¿Puedo llamarte un día de éstos?

El escritor no se molestó en contestarle.

—Fabrizio, siempre igual... El indio llegó hace una hora. El pelma de Tremagli quería empezar sin ti. —Malagó lo empujaba al salón y Calligari, refunfuñando, le metía la camisa.

—¡Vaya facha traes! Pareces un vagabundo. La sala está llena. Ha venido hasta el alcalde. ¡Súbete esa cremallera!

Fabrizio Ciba tenía cuarenta y un años, pero para todo el mundo era un joven escritor. El epíteto, periódicamente repetido en todos los medios de comunicación, ejercía un influjo milagroso en su cuerpo: no aparentaba más de treinta y cinco años, se mantenía delgado y en forma sin ir al gimnasio, y aunque se emborrachaba todas las noches, seguía teniendo la tripa lisa como una tabla.

Lo contrario le ocurría a su editor, Leopoldo Malagó, al que llamaban Leo. Tenía treinta y cinco años pero aparentaba, como poco, diez más. Había perdido el cabello a edad temprana, pero le había quedado una fina pelusa que parecía pegada al cráneo. La columna vertebral se le había torcido siguiendo las formas de una silla Philippe Starck en la que se pasaba sentado diez horas diarias. Las mejillas se le habían descolgado y le cubrían la papada cual piadoso telón. La barba que astutamente se había dejado crecer no era lo bastante espesa para ocultar aquella región montañosa. Tenía un tripón que parecía inflado con compresor. La editorial no escatimaba gastos cuando se trataba de la alimentación de sus editores. Disponían de una tarjeta de crédito especial con la que podían ponerse la botas en los mejores restaurantes, e invitar a escritores, poetas y periodistas a comidas de trabajo. Como resultado de esta política, los editores de Martinelli eran una pandilla de sibaritas obesos, por cuyas venas corrían tan campantes verdaderas constelaciones de moléculas de colesterol. Leo, pese a sus gafitas de concha y a la barba, que lo asemejaban a un judío neoyorquino, y pese a los tersos trajes color verde oliva que vestía, para sus conquistas amorosas debía confiar en su poder, su desenvoltura y su perseverancia obtusa. Lo dicho no valía para las mujeres. Entraban en la editorial como secretarias sosas y con los años iban mejorando merced a las ingentes inversiones que hacían en sus personas. Llegaban a los cincuenta años, sobre todo si desempeñaban cargos representativos, convertidas en tías buenas frías y sin edad. Maria Letizia Calligari era un ejemplo perfecto. Nadie sabía su edad. Unos decían que tenía sesenta bien

llevados; otros, que treinta y ocho mal llevados. Nunca llevaba documentos de identidad. Decían las malas lenguas que no conducía por no tener que llevar el carné en el bolso. Antes del Tratado de Schengen iba a la Feria de Frankfurt sola, para que nadie la viera enseñar el pasaporte. Pero una vez cometió un error: un día, en el Salón del Libro de Turín, se le escapó que había conocido a Cesare Pavese.

—Y por favor te lo pido, Fabrizio, no empieces metiéndote con el pobre Tremagli —le rogó Maria Letizia.

—Venga, ánimo. Demuéstrales quién eres. —Malagó empujó a Fabrizio hacia el salón de conferencias.

Cuando salía a la palestra, Ciba tenía un truco: pensaba en Muhammad Ali, el gran boxeador que, camino del ring, se daba ánimos diciéndose: «¡A ése lo destrozo, lo tumbo antes de que se dé cuenta!» Fabrizio dio un par de saltitos, se desentumeció el cuello, se revolvió el pelo y, cargado de energía como una pila, irrumpió en la gran sala pintada al fresco.

### 3

El líder de las Bestias de Abadón se hallaba al volante de su Ford Mondeo camino de Capranica. Los centros comerciales de aquel tramo de carretera permanecían abiertos hasta tarde y siempre había retenciones de tráfico. A Saverio no solían molestarle los embotellamientos, eran los únicos momentos del día en que podía pensar tranquilamente en sus cosas. Pero ese día llevaba prisa. Serena lo esperaba para cenar, y además tenía que pasar por una farmacia y comprar antipiréticos para los gemelos.

Pensaba en la reunión. Peor no podía haber ido y, como siempre, él mismo se complicaba la vida. ¿Por qué les habría dicho a las Bestias que si no les proponía algo en una semana disolvía la secta? No se le ocurría nada, y sabido es que planear una acción satánica lleva su tiempo. Últimamente había discurrido mucho en ello, pero en vano. El mes de rebajas en la tienda había sido un calvario. De la mañana a la noche allí encerrado sin poder tomarse un respiro, porque entonces el viejo se le echaba a uno encima.

En realidad sí se le había ocurrido algo: profanar el cementerio de Oriolo Romano. En teoría era una buena acción. Debidamente ejecutada, podía resultar de lo más impactante. Pero luego lo pensó mejor y decidió abandonarla. Para empezar, el tráfico ante el cementerio era incesante, por lo que tendrían que ir bien entrada la noche. Pero además la tapia medía más de tres metros de altura y estaba rematada por cascotes de botella. A las puertas se reunían pandillas de adolescentes y a veces hasta acudía una furgoneta a vender bocadillos. Y el guarda, que era un ex carabiniere medio loco, vivía dentro. Había que actuar en silencio, pero destapar lápidas, sacar

ataúdes, remover y amontonar huesos, siempre causa algo de ruido. Saverio había pensado también crucificar cabeza abajo al ex carabinero en el mausoleo de los Mastrodomenico, la familia de su mujer.

Demasiado lío.

Sonó el móvil. En la pantalla apareció: SERENA.

Saverio Moneta le había contado la mentira de siempre: que iba a jugar una partida de Dungeons & Dragons. Ya llevaba tiempo haciéndose pasar por un campeón de juegos de rol para ocultar sus actividades satánicas. El engaño no se sostendría mucho más tiempo. Serena era desconfiada, lo acosaba a preguntas, quería saber con quién jugaba, si había ganado... Para que se quedara tranquila, un día organizó en casa una partida simulada con las Bestias. Pero cuando vio a Zombi, Murder y Silvietta, su mujer, lejos de tranquilizarse, se volvió aún más recelosa.

Dio un suspiro y contestó.

—Amor, lo sé, llego tarde, pero enseguida estaré ahí. Hay un tráfico tremendo. Habrá habido un accidente.

Serena le respondió con su delicadeza habitual:

—¿Te has vuelto majara o qué?

Saverio se hundió en el asiento del Mondeo.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Hay aquí uno de DHL con un paquete enorme. Pide treinta y cinco euros. Dice que es para ti. ¿Qué, tengo que pagar?

*¡Hala! Ha llegado la Durandarte.*

Había comprado en eBay una reproducción fiel de la espada de Roldán, el paladín de Carlomagno, espada que, según la leyenda, había pertenecido nada menos que a Héctor de Troya. Pero el descerebrado de Mariano, el portero, tenía que haberla interceptado: Serena no debía enterarse.

—Sí, sí, paga, ahora te devuelvo el dinero —dijo Saverio afectando tranquilidad.

—¿Estás tonto o qué? ¡Treinta y cinco euros! ¿Qué has comprado? —Y dirigiéndose al repartidor—: Me dice por favor qué contiene la caja.

Sintiendo el estómago arderle con una descarga de ácidos pépticos, el gran maestro de las Bestias de Abadón se preguntó por qué huevos habría elegido una vida tan perra. Él era un satánico, un ser atraído por lo ignoto, por el lado oscuro de las cosas. Pero en aquel momento lo único oscuro y desconocido que había en su vida era el porqué de haberse arrojado en brazos de aquella harpía.

—Bueno, ¿qué hay en la caja? —oyó que le preguntaba de nuevo Serena al repartidor, y la voz lejana de éste que respondía:

—Señora, es tarde. Lo pone en el albarán.

Dándose de cabezazos contra el reposacabezas, murmuraba Saverio:

—¡Menudo marrón, menudo marrón!

—Aquí dice que viene de The Art of War de Caserta... ¿Una espada?

Saverio alzó los ojos e hizo un esfuerzo por no gritar.

—¿Para qué quieres una espada?

Mantos sacudió la cabeza. Entonces atrajo su mirada un cartelón que había a la derecha:

LA CASA DE LA PLATA. LISTAS DE BODAS.  
REGALOS DE PLATA ÚNICOS Y EXCLUSIVOS.

—Es un regalo, Serena, una sorpresa, ¿entiendes? —contestó con voz más templada.

—¿Un regalo para quién, loco?

—¿Para quién va a ser? Adivina.

—¡Y yo qué sé...!

—¡Pues para tu padre!

Hubo un instante de silencio.

—¿Para mi padre? ¿Y para qué quiere él una espada?

—Pues ¿para qué va a quererla? Para ponerla en la chimenea.

—¿En la chimenea? ¿En la casa de la montaña, dices? ¿En el refugio de Roccaraso?

—¡Pues claro!

—Ah... —dijo Serena en tono repentinamente afable—. No me esperaba de ti el detalle. Queridín, a veces me sorprendes.

—Bueno, te dejo, que conduciendo no se puede hablar por teléfono.

—Bien, pero no tardes.

Saverio cortó la comunicación y arrojó el móvil a la bandeja del salpicadero.

#### 4

El salón de actos de Villa Malaparte estaba repleto. Mucha gente había tenido que quedarse de pie en los pasillos laterales. En el suelo, ante la mesa de los conferenciantes, había universitarios sentados con las piernas cruzadas, y otros se habían acomodado en la repisa de las ventanas. Casi extrañaba que no hubiera nadie colgado de las lámparas de Murano.

En cuanto el primer fotógrafo avistó al escritor, empezaron a dispararse flashes. Trescientas cabezas se volvieron y se hizo un silencio seguido de un murmullo creciente.

Ciba avanzaba observado por trescientos pares de ojos. Se dio la vuelta un momento, bajó la cabeza, se tocó el lóbulo de la oreja y puso una mirada temerosa queriendo parecer torpe y azorado: como un marciano aparecido de pronto en la tierra. Enviaba un mensaje corporal claro: Soy el escritor más grande del mundo, pero también puedo llegar tarde, porque no dejo de ser una persona normal, como



vosotros. Se presentaba exactamente como quería presentarse: un hombre joven y atormentado que vivía en las nubes, con chaqueta de paño con coderas y llena de arrugas, pantalones dos tallas más grandes (se los mandaba hacer en un kibutz del Mar Muerto), chaleco comprado en una tienda de beneficencia de Portobello, viejos zapatos Church's que le regalaron cuando se licenció, nariz más bien pequeña y un rebelde mechón de pelo que le caía por los ojos verdes: toda una estrella, un actor inglés que tenía el don de escribir como Dios.

Camino de la mesa, estudió la composición del auditorio. Estimó que un diez por ciento eran autoridades; un quince, periodistas y fotógrafos; un cuarenta o más, estudiantes, sobre todo chicas cargadas de hormonas, y un treinta y cinco, mujeres en edad menopáusica. Y luego calculó la proporción de ejemplares de su libro y del libro del hindú que aquella buena gente sostenía contra el pecho. Fácil. El suyo era de color azul claro y tenía el título en rojo vivo; el del hindú, blanco con las letras en negro. ¡Y más del ochenta por ciento eran azules! Logró abrirse camino entre los últimos grupos de asistentes, que le estrechaban la mano y le daban palmadas como si fuera un triunfador.

Llegó por fin a la mesa de conferencias. El escritor hindú estaba sentado en el centro; parecía una tortuga a la que hubieran quitado el caparazón y puesto una túnica blanca y un par de gafas de montura negra. Tenía una expresión plácida y dos ojillos acuosos y distantes. Una capa de cabellos negros peinados hacia atrás con brillantina lo ayudaba a no parecer una momia egipcia. Cuando vio a Fabrizio, Sawhney inclinó levemente la cabeza y juntó las manos a guisa de saludo. Pero lo que polarizó la atención de Ciba fue la criatura femenina que había sentada a su lado: de unos treinta años, sangre mestiza hindú y caucásica, podía ser una modelo, aunque las gafitas que llevaba calzadas sobre la naricilla le daban aspecto de maestra. Tenía el pelo largo mal recogido con un palillo chino, y unos mechones negros como el alquitrán le caían por el fino cuello. La boca, pequeña y de labios carnosos, perezosamente abiertos, resaltaba como una ciruela madura sobre la barbilla afilada. Vestía una blusa de lino blanca con el escote justo para dejar adivinar un pecho ni pequeño ni opulento.

*Talla mediana*, calculó Fabrizio.

Tenía los brazos color de bronce y las muñecas finas, cargadas de pesadas pulseras de cobre. Y llevaba las uñas pintadas de negro. Al tomar asiento, Fabrizio echó un vistazo bajo la mesa, para ver si también allí estaba bien: llevaba una falda oscura que dejaba a la vista unas piernas elegantes, tenía los pies pequeños, calzados con sandalias griegas, y las uñas pintadas también de negro, como las de las manos. ¿Quién era aquella diosa bajada del Olimpo?

Tremagli, sentado a la izquierda, levantó la mirada de sus papeles con severidad.

—Bueno, el señor Ciba se ha dignado llegar... —Y se miró el reloj de pulsera con gesto ostensible—. Si a usted le parece bien, creo que podemos empezar.

—Me parece bien.

A Fabrizio Ciba el nunca bien ponderado profesor Tremagli le tocaba bastante los huevos, hablando en plata. Aunque nunca lo había criticado en sus venenosas reseñas, tampoco lo había elogiado. Para el profesor Tremagli, su obra sencillamente no existía. Cuando hablaba del deplorable estado actual de la literatura italiana, empezaba encomiando a una serie de escritorcillos a los que sólo él conocía y que podían darse con un canto en los dientes si vendían mil quinientos ejemplares. Pero jamás una mención, un comentario sobre Fabrizio. Y un día, a la pregunta directa de un periodista: «Profesor, ¿cómo explica el fenómeno Ciba?», contestó: «Suponiendo que se trate de un fenómeno, es un fenómeno pasajero, como esas borrascas que tanto temen los meteorólogos pero que pasan sin causar daños», añadiendo: «Pero debo decir que no lo he leído con atención.»

Al leer aquello, Fabrizio, echando espumarajos por la boca, se abalanzó sobre el ordenador y empezó a escribir una réplica fogosa que mandaría publicar en la portada de *La Repubblica*. Pero cuando se le pasó la rabia borró el documento.

La primera norma de todo escritor auténtico es que nunca, ni aun en el lecho de muerte, ni aun bajo tortura, debe responder a una crítica. Todo el mundo espera que caiga en la trampa de la réplica. No, hay que ser intangible como los gases nobles y distante como Alfa Centauro.

Eso sí, tuvo impulsos de esperar al viejo en la puerta de su casa para arrebatarse el puto bastón que siempre llevaba y darle con él en la cocota como si fuera un tambor africano. ¡Qué gusto! Y de paso habría consolidado su fama de escritor maldito, que a los ataques literarios responde con las manos, como los hombres hechos y derechos, no como los puñeteros intelectuales, que publican repliquillas aceradas en la sección cultural de los periódicos. Lo malo es que aquél, con setenta años, lo mismo se le quedaba en el sitio.

Tremagli, con una voz de hipnotizador, empezó a dar una lección de literatura hindú que se remontaba a los primeros textos sánscritos hallados en tumbas rupestres de Jaipur en 2000 a. C. Fabrizio calculó que tardaría como mínimo una hora en llegar al 2000 d. C. Las primeras que caerían anestesiadas serían las menopáusicas, seguidas de las autoridades y de todos los demás, incluidos él mismo y el escritor hindú.

Ciba apoyó el codo en la mesa y la frente en la mano, con idea de hacer tres cosas:

- 1) averiguar quiénes eran las autoridades presentes;
- 2) averiguar quién era la diosa que tenía al lado;
- 3) reflexionar sobre lo que iba a decir.

Lo primero lo hizo rápidamente. En la segunda fila estaba la editorial Martinelli al completo: Federico Gianni, administrador delegado; Achille Pennacchini, director general; Giacomo Módica, director de ventas, más una serie de redactores, entre ellos Leo Malagó, y todo el gineceo del departamento de prensa. Que hasta Gianni hubiera

despegado el culo de la silla de su despacho, significaba que apostaban fuerte por el libro del hindú y esperaban vender algún ejemplar.

En primera fila reconoció además al concejal de cultura, a un realizador de televisión, a un par de actores, a varios periodistas y otras caras vistas muchas veces, aunque no sabía dónde ni cuándo.

En la mesa se veían letreritos con el nombre de los participantes. La diosa se llamaba Alice Tyler, y le traducía al oído a Sarwar Sawhney el discurso de Tremagli. El anciano escritor, con los ojos cerrados, asentía moviendo la cabeza con la regularidad de un péndulo. Fabrizio abrió la novela del hindú y descubrió que la traducción era de Alice Tyler. O sea, que no era sólo una intérprete. Empezó seriamente a pensar que había encontrado a la mujer de su vida. Bella como Naomi Campbell e inteligente como Margherita Hack.

De un tiempo a aquella parte venía considerando Fabrizio Ciba la posibilidad de empezar una relación estable con una mujer. Eso quizá lo ayudara a concentrarse en su nueva novela, que llevaba tres años atascada en el segundo capítulo.

*¿Alice Tyler? ¿Alice Tyler? ¿Dónde había oído él aquel nombre?*

Por poco no se cayó de la silla. Era la misma Alice Tyler que había traducido a Roddy Elton, Irvin Parker, John Quinn y toda aquella ralea de escritores escoceses.

*¡Los conocerá a todos! Habrá cenado con Parker, que se la habrá tirado en una casa de okupas londinense, sobre una moqueta cubierta de colillas, jeringas usadas y latas de cerveza vacías.*

Le entró una duda devoradora. *¿Habrá leído mis libros?* Tenía que saberlo ya, inmediatamente, era una necesidad fisiológica. *Si no ha leído mis libros ni me ha visto en la tele, a lo mejor se piensa que soy uno de esos escritorzuelos mediocres que van tirando a fuerza de presentaciones y eventos culturales.* Eso su ego no podría soportarlo. Las relaciones de igual a igual, en las que él no era el protagonista, le producían efectos secundarios muy desagradables: sequedad de boca, mareos, vómitos, diarrea. Tendría que seducirla recurriendo solo a su atractivo, su ironía cortante y su chispeante ingenio, en vez de a sus obras. Y eso que no consideraba la posibilidad de que Alice Tyler lo hubiera leído y lo juzgara un mal escritor.

Por último abordó el punto más peliagudo: ¿de qué hablaría cuando el pedante de Tremagli acabase su perorata? Un par de veces había intentado leer el tocho del hindú, pero a las diez páginas prefirió poner la tele y ver los campeonatos de atletismo. Voluntad no le había faltado, pero era un libro mortalmente aburrido. Al final llamó a un amigo, fan suyo, un escritor de Catanzaro, una de aquellas personas serviles y sin talento que lo rondaban esperando nutrirse, como cucarachas, de las migas de su amistad. Aunque al menos aquél tenía cierto ojo crítico y algo parecido a capacidad creativa, y quizá en un futuro indefinido propusiera a la editorial que lo publicara. De momento le encargaba tareas secundarias, como escribirle artículos para revistas femeninas, traducirle textos del inglés, investigar en bibliotecas o, como en este caso, leerse librotos y hacerle reseñas que luego él, en un ratito, se aprendía.

Del bolsillo de la chaqueta, procurando no llamar la atención, sacó las tres páginas que le escribió el amigo.

En público, Fabrizio nunca leía. Prefería improvisar, dejarse llevar por la inspiración. Era famoso por este arte, por la mágica espontaneidad con la que obsequiaba al público. Su mente era un volcán siempre activo, que vomitaba monólogos que fascinaban a todos, desde el pescador de Mazara del Vallo al maestro de esquí de Cortina d'Ampezzo.

Pero ese día lo esperaba una amarga sorpresa. Leyó las tres primeras líneas de la reseña y palideció: hablaba de una saga de músicos que, por un inescrutable destino, se veían obligados a tocar el sitar generación tras generación.

Tomó el libro del hindú. El título decía: *La conjura de las vírgenes*. ¿Por qué entonces hablaba la reseña de *Una vida en el mundo*?

Le entró una terrible sospecha. ¡Su amigo de Catanzaro se había equivocado! El capullo se había confundido de libro.

Leyó desesperado la cubierta del libro. Aquello no trataba ni por asomo de tocadores de sitar, sino de una familia de mujeres de las islas Andamán.

En ese momento concluyó Tremagli su monólogo.

## 5

Lo reventaba que la Durandarte, que le había costado trescientos cincuenta euros, acabara en la chimenea del suegro. Aquel espadón lo había comprado Saverio Moneta para cargarse al guardián del cementerio de Oriolo Romano, o en todo caso para usarla como arma sacrificial en los ritos de sangre de la secta.

Los coches avanzaban al paso. Las bombillas de colores con las que habían cubierto una fila de palmeras medio heladas reverberaban sobre los maleteros de los Mercedes y los Jaguar aparcados en los concesionarios.

*Habrá habido un accidente de verdad.*

Saverio puso la radio y buscó la emisora de tráfico. Una parte de su cerebro trabajaba sin cesar en la búsqueda de una acción que proponer a Murder y los demás.

*¿Y si matáramos al padre Tonino, el cura de Capranica?*

Sonó de nuevo el móvil. *¿Otra vez, Serena? ¡Por favor!* Pero en la pantalla decía: NÚMERO DESCONOCIDO. Debía de ser el viejo cabrón, que quería joderlo y escondía su identidad.

Egisto Mastrodomenico, el padre de Serena, tenía setenta y siete años, pero manejaba los móviles y los ordenadores como un chico de dieciséis. En su despacho del último piso de la tienda de muebles Los Maestros de Hacha Tiroleses tenía una batería de ordenadores conectados a cámaras de vídeo que serían la envidia de un casino de Las Vegas. Los quince vendedores estaban así vigilados toda la jornada

como si aquello fuera un reality show. Y él, que era el encargado del departamento de Muebles Tiroleses, tenía enfocándole cuatro objetivos.

*No, esta noche no quiero oírlo.* Subió el volumen de la radio para ahogar el sonido del móvil.

Mantos padecía de colitis espástica de puro odio a su suegro. El viejo Mastrodomenico no perdía ocasión de humillarlo, de hacer que se sintiera como un inútil, un aprovechado, al que seguía empleando en la tienda porque era el marido de su hija. Lo ponía en evidencia no sólo ante los colegas, sino incluso ante los clientes. Una vez, en las rebajas de primavera, lo llamó necio a gritos con el micrófono encendido. Lo único que lo consolaba era saber que el cabrón no tardaría en palmarla. Y entonces todo cambiaría. Serena era hija única y él pasaría a dirigir la tienda. Aunque, a decir verdad, últimamente casi se preguntaba si el viejo no sería inmortal. Le había pasado de todo. Le habían quitado el bazo, le habían extirpado un quiste del oído que por poco lo deja sordo, tenía cataratas en un ojo. A los setenta y cuatro años se estrelló con el Mercedes contra un tráiler en una gasolinera Agip a doscientos kilómetros por hora y estuvo tres semanas en coma, pero salió aún más pellejo que antes. Tenía cáncer de intestino, pero como era anciano, el tumor no se extendía. Y para colmo, en el bautizo de los gemelos, se había caído por las escaleras de la iglesia y se había roto la cadera, y ahora iba en silla de ruedas y le tocaba a Saverio llevarlo y traerlo del trabajo a casa todos los días.

El móvil seguía sonando y vibrando en la bandeja del cambio de marchas.

—¡Jódete! —le gruñó, pero el maldito sentimiento de culpa que todos llevamos grabado en los cromosomas lo obligó a contestar—. ¿Papá?

—Mantos.

No era la voz del viejo, que además no podía conocer su sobrenombre satánico.

—¿Quién es?

—Kurtz Minetti.

Era el sumo sacerdote de los Hijos del Apocalipsis. Saverio Moneta cerró y abrió los ojos, se aferró al volante con la mano izquierda y con la derecha apretó fuertemente el móvil que, cual pastilla de jabón mojada, se le escurrió y le cayó entre las piernas. Para cogerlo levantó el pie del embrague, y el motor pistoneó y se calentó. Los de detrás empezaron a pitarle.

—Un momento... —le gritó a Kurtz—, estoy conduciendo. Un momento que paro.

Uno que iba en una moto de tres ruedas dio unos golpes en la ventanilla y lo increpó:

—¡A ver qué haces, capullo!

Por fin cogió Saverio el móvil, arrancó el coche y se hizo a un lado.

¿Qué querría Kurtz Minetti?

En cuanto Tremagli dio fin a su discurso, el público, que había estado como encogido en sus asientos, empezó a levantarse, estirar las dormidas piernas y felicitarse con palmadas por haber superado tan difícil prueba. Por un instante tuvo Fabrizio Ciba la esperanza de que el profesor hubiera agotado el tiempo disponible y el encuentro acabase allí.

Tremagli miró a Sawhney esperando que comentara algo, pero el hindú sonrió y saludó de nuevo inclinando la cabeza. La patata caliente pasó así a Fabrizio.

—Creo que es su turno.

—Gracias. —El joven escritor se frotó el cuello—. Hablaré poco. —Y dirigiéndose al público—: Les veo algo cansados y sé que allí nos espera un excelente bufé. —Al instante se arrepintió de haber pronunciado estas palabras, que constituían una ofensa pública a Tremagli. Pero vio que los ojos de los presentes brillaban con aprobación.

Buscó algo ocurrente e ingenioso con lo que empezar.

—Ejem... —Se aclaró la garganta, dio un golpecito en el micrófono, se sirvió un vaso de agua, dio un sorbo. Nada. Su mente estaba en blanco, era un cofre vacío, un firmamento sin estrellas, un frasco de caviar sin caviar. Aquella gente había venido de todas partes de la ciudad, tomándose media jornada libre, desafiando el tráfico, no encontrando donde aparcar, para verlo a él, y él no tenía nada que decirles. Miró al público: estaba pendiente de sus labios y se preguntaba por qué no empezaba.

*La guerra del fuego.*

El recuerdo fugaz de una vieja película francesa vista no sabía cuándo le acudió a la mente como una inspiración divina y estimuló la corteza cerebral, la cual liberó miríadas de neurotransmisores que hirieron los receptores correspondientes, que a su vez activaron las células del sistema nervioso central.

—Perdonen. Estaba pensando en una imagen fascinante. —Se echó el pelo hacia atrás, reguló la altura del micrófono—. Amanece. Es un amanecer turbio de hace ochocientos mil años. Hace frío, no sopla viento. Un desfiladero. Matorrales, pedruscos, arena. Un río. En medio del río, tres seres peludos, de metro y medio de estatura, vestidos con pieles de gacela. La corriente fluye con ímpetu, no es un simple riachuelo, es un río caudaloso, como esos que, muchos siglos después, surcarán familias americanas con chalecos salvavidas a bordo de botes de colores. —Fabrizio hizo una pausa técnica—. El agua es gris y está helada. No les llega más que a las rodillas, pero la corriente es muy fuerte. Nuestros tres personajes están cruzando el río y avanzan con mucho cuidado. Uno de ellos, el más corpulento, con unas trenzas llenas de fango que lo asemejan un poco a un rasta jamaicano, lleva una especie de cesto hecho con ramitas entrelazadas, dentro del cual titila una llamita, una minúscula llamita agitada por el viento, que puede apagarse en cualquier momento y que avivan sin cesar con las ramas y cactus secos que portan los otros dos. Por la noche, cuando

duermen acurrucados en cuevas húmedas, se turnan para mantenerla viva. Duermen con un ojo abierto para que el fuego no se les apague. Para conseguir la leña se enfrentan a fieras, a fieras enormes y espantosas, tigres dientes de sable, peludos mamuts, monstruosos armadillos de rabo puntiagudo. Nuestros menudos antepasados no ocupan los puestos cimeros de la cadena alimentaria, no la miran desde arriba. Por encima de ellos hay seres con muy malas pulgas, que tienen dientes afilados como cuchillas y venenos capaces de fulminar a un rinoceronte en treinta segundos, seres llenos de púas y agujones, plantas cuajadas de espinas y tóxicas, minúsculos reptiles que escupen líquidos parecidos a Cif Amoniaca... —Ciba se llevó la mano a la mandíbula y echó un inspirado vistazo a la bóveda pintada al fresco.

El público no estaba ya en la sala, estaba en la prehistoria, esperando a que prosiguiera.

Fabrizio no sabía por qué los había llevado allí ni qué quería decir. Pero no importaba, debía continuar.

—Nuestros tres hombres avanzan por el río. El portador del fuego, el más robusto, va el primero. Con brazos de hierro sostiene el frágil fuego. Los músculos claman de dolor pero él sigue avanzando. Una cosa no puede hacer: caer. Si cae, se extinguirá la llama que los calienta en las frías noches sin fin, con la que asan las coriáceas carnes de los facóqueros, con la que mantienen alejadas a fieras y alimañas. —Miró de reojo al hindú. ¿Lo escuchaba? Eso parecía. Alice le traducía y él sonreía con la cabeza algo levantada, como hacen a veces los ciegos—. ¿Qué es lo que pasa?, estaréis preguntándoos. ¿Por qué no encienden fuego ellos mismos? ¿Os acordáis de los libros de historia de la escuela? ¿De esas ilustraciones en las que se veía al famoso hombre primitivo con barba y taparrabos frotando dos piedras junto a un fuego que parecía hecho por un experto excursionista? ¿Dónde estarán esas malditas piedras de chispa? ¿Habéis encontrado alguna vez una en algún paseo por el monte? Yo no. Vamos de excursión y nos entran ganas de fumar, estamos echando los bofes pero nos apetece un marlborito... Y resulta que no llevamos mechero. ¿Qué hacemos? Muy sencillo: cogemos dos piedras del suelo y, chischás, hacemos saltar una chispa. ¡Pues no, amigos, no funciona así! Y nuestros antepasados tienen la mala suerte de haber nacido sólo cien años antes del genio, genio sin nombre, genio al que nadie ha pensado en erigir un monumento, genio de la talla de Leonardo da Vinci y de Einstein, que descubrió que hay piedras con mucho azufre que producen chispas al ser frotadas. Para obtener fuego, nuestras tres criaturas han de esperar a que un rayo caiga del cielo y queme un bosque, fenómeno más bien infrecuente. «Hijo, quiero asar este brontosaurio pero no tengo fuego, vete a buscar un incendio», le dice la mamá homínida al hijo. El hijo parte y no vuelve hasta tres años después. —Risitas, breves aplausos—. Ahora entenderéis por qué nuestros tres hombres han de mantener vivo ese fuego. Es el famoso fuego sagrado... —Ciba tomó aliento y esbozó una amplia sonrisa—. No sé por qué estoy contándoos todo esto... —Más risitas— Bueno, sí lo sé... Y creo que también vosotros lo sabéis. Sarwar Sawhney, este escritor

excepcional, es uno de esos seres que han asumido la difícil, tremenda responsabilidad de mantener vivo ese fuego para entregárnoslo cuando se hace de noche y el frío penetra en nuestra alma. La cultura no es un fuego que pueda volver a encenderse con una cerilla. Es un fuego que hay que conservar y alimentar sin cesar. Y todos los escritores, y yo me incluyo, tenemos el deber de no descuidar nunca ese fuego. —Ciba se puso en pie—. Me gustaría que nos levantásemos todos. Os lo pido por favor. Poneos de pie un momento. Tenemos aquí a un gran escritor al que hay que tributar los honores que merece.

Con gran estrépito de sillas, todo el mundo se puso en pie y empezó a aplaudir estruendosamente al anciano escritor, que movía la cabeza con cierto embarazo.

—¡Bravo! ¡Viva! ¡Bravo! ¡Gracias por existir! —exclamaban quienes probablemente oían el nombre de Sawhney por primera vez y desde luego no comprarían el libro. También Tremagli, de mala gana, tuvo que levantarse y aplaudir. Una chica de la segunda fila sacó un mechero y lo encendió. Al punto todos la imitaron. La sala se pobló de cientos de llamas. Apagaron las grandes lámparas y el recinto quedó lúgubramente iluminado por los mecheros. Aquello parecía un concierto de Baglioni.

—¿Por qué no? —También Ciba sacó y encendió su mechero, y vio que el administrador delegado de la editorial, el director general y los demás hacían lo mismo.

Y se sintió satisfecho.

## 7

—Mantos, quiero proponerte una cosa. Te espero mañana en Pavía para comer. Te he reservado un pasaje a Milán.

Saverio Moneta estaba aparcado en el arcén de la carretera provincial de Capranica sin acabar de creerse que hablaba con el mismísimo Kurtz Minetti, el sumo sacerdote de los Hijos del Apocalipsis que había decapitado a una monja con un hacha de doble filo. Se pasó la mano por la frente ardiendo.

—¿Mañana?

—Sí. Irá a recogerte al aeropuerto uno de mis seguidores. —Kurtz tenía una voz neutra y tranquilizadora.

—¿Qué día es mañana?

—Sábado.

—Sábado... Déjame pensar. —Imposible: al día siguiente empezaba la semana del dormitorio infantil y si pedía otro día libre, el viejo era capaz de rociarlo con queroseno en el mismo aparcamiento de la tienda y prenderle fuego.

Se armó de valor y contestó:



—No, mañana no puedo, lo siento. —*Seguro que soy el primero que rechaza una invitación del mayor exponente del satanismo italiano. ¿A que me cuelga el teléfono?*

Pero Kurtz le preguntó:

—¿Y cuándo puedes?

—Pues la verdad, estos días estoy bastante ocupado...

—Ya. —Más que molesto, Kurtz parecía desconcertado.

—¿Y no podríamos hablar por teléfono? —propuso Mantos—. Me pillas bastante liado.

Kurtz resopló por la nariz.

—Por teléfono no me gusta hablar, no es seguro. Pero te daré una pista. Como sabes, los Hijos del Apocalipsis somos la primera secta satánica de Italia y la tercera de Europa. Nuestra página web registra cincuenta mil visitas al día y tenemos un calendario lleno de actos. Organizamos orgías, raids, misas negras y excursiones a lugares satánicos, como el pinar de Castel Fusano y las grutas de Al Amsdin de Jordania. Además, tenemos un cineclub en el que proyectamos las mejores películas de cine diabólico. Y estamos preparando una revista semestral ilustrada que se llamará *Familia Satánica*. Tenemos adeptos por todo el país. —La voz le había cambiado, sonaba más seductora. Seguramente había repetido lo mismo varias veces—. Pues bien, aunque nuestra sede histórica está en Pavía, dadas las circunstancias, hemos decidido expandirnos. Y por eso he pensado en ti, Mantos.

Saverio se desabotonó el cuello de la camisa.

—¿En mí? ¿Por qué en mí?

—En ti, sí. Sé que estás teniendo problemas con tus Bestias de Abadón. Les pasa a todas las sectas pequeñas. El de la Hoz me ha dicho que has perdido varios adeptos y no habéis quedado más que tres.

—Cuatro; contándome a mí, cuatro.

—Y tampoco habéis realizado nada importante, aunque me entero por el foro de que habéis hecho unas pintadas demoníacas en el viaducto de Anguillara Sabazia.

—¿Ah, las habéis visto? —preguntó Saverio con cierto orgullo.

—Hoy por hoy, la situación de tu secta es abiertamente desastrosa. Y, como bien sabes, con la crisis actual, tenéis muy pocas posibilidades de sobrevivir un año más. Perdona que te sea franco, pero sois una realidad insignificante en el duro panorama del satanismo italiano.

Saverio se soltó el cinturón de seguridad.

—En eso estamos. Tenemos previsto captar nuevos adeptos y realizar una serie de acciones que nos darán a conocer en el ambiente satánico. Somos pocos, pero bien avenidos.

Pero Kurtz iba a lo suyo.

—Te propongo que disuelvas las Bestias y entres en los Hijos del Apocalipsis. Quiero que seas nuestro delegado en el centro de Italia.

—¿Vuestro delegado?

—Sí, el director de la sucursal de los Hijos del Apocalipsis en el centro de Italia y en Cerdeña.

—¿Yo? —dijo Saverio con el pecho henchido de orgullo—. ¿Por qué yo?

—El de la Hoz me ha hablado bien de ti. Dice que tienes carisma y ganas de hacer cosas y que eres un ferviente devoto de Satanás. Y, como sabes, el líder de una secta satánica debe amar a las fuerzas del Mal más que a sí mismo.

—¿De veras te ha dicho eso? —Eso sí que no se lo esperaba. Estaba convencido de que Paolo lo odiaba—. Muy bien, acepto.

—Estupendo. Para celebrarlo montaremos una orgía en Terracina, tenemos allí varias novias del Agro Pontino...

Mantos se apoyó en el reposacabezas.

—Murder, Zombi y Silvietta se alegrarán mucho.

—Un momento, la oferta vale para ti. Tus adeptos tendrán que descargarse de nuestra página el formulario de inscripción, rellenarlo y enviárnoslo. Ya decidiremos nosotros si los admitimos.

—Entiendo.

Kurtz hablaba de nuevo con voz átona.

—Como sabes, el favoritismo es la muerte de una secta.

—Cierto.

—Tendrás que venir a Pavía y recibir un breve curso sobre las nociones básicas de nuestra liturgia.

Saverio miró por la ventanilla. El tráfico seguía atascado. Más allá de la carretera, por un terraplén lleno de carteles publicitarios, pasó a toda velocidad el tren regional de Roma; parecía una serpiente luminosa. A las puertas de un supermercado se agolpaba gente con carritos. La luna, sobre los tejados, parecía un pomelo maduro, y la estrella del Norte, que guía a los marineros..., ¿era aquélla la estrella del Norte?

*No me encuentro muy bien.*

Eran los pappardelle con liebre, le habían sentado mal. Sentía una opresión fastidiosa en el estómago. Abrió la boca como para bostezar, pero emitió una especie de regüeldo que se tapó con la mano.

—Al principio —seguía explicando Kurtz— podrías compartir responsabilidad con el de la Hoz...

*¡Qué calor hace aquí!* Estaba perdiendo el hilo. Abrió la ventanilla.

—... De eso no sabes mucho, pero yo te lo enseño, no te preocupes...

Entró en el habitáculo una ráfaga de aire con olor a patatas fritas y a kebab que venía de un puesto que había delante del centro comercial. Olía a rancio y le provocó náuseas. Enarcó la espalda y reprimió un eructo.

—... Organizaremos una serie de misas satánicas en Castelli Romani, que tú controlarás directamente, claro, y luego haría falta...

Procuró concentrarse en lo que Kurtz le decía, pero tenía la sensación de haberse tragado un kilo de tripa en mal estado. Se desabrochó los pantalones y notó cómo se

le dilataba la tripa.

—... Enotrebora, nuestro delegado en el sur de Italia, está haciendo cosas notables en Basilicata y Molise...

*Un Alka-Seltzer, una Coca-Cola...*

—¿Mantos? ¿Estás ahí, Mantos?

—¿Eh?

—¿Me oyes?

—Sí... Claro...

—Bien, ¿te parece que nos reunamos la semana que viene y tracemos un plan de trabajo?

Saverio Moneta quería responder que sí, que era un honor y una alegría ser el representante de la secta en el centro de Italia y en Cerdeña, pero... Pero no estaba convencido. Recordó el día que su padre le regaló una Malaguti 50. Era cuando estudiaba en el instituto. Todos los cursos pedía una moto, y su padre le prometió que si aprobaba la selectividad le regalaba una. Saverio se empleó a fondo y aprobó. Al volver del trabajo, su padre le mostró su vieja y apestosa Malaguti y le dijo: «Ahí tienes la moto. Es tuya. Una promesa es una promesa.»

Saverio quería una moto nueva.

—¿Cómo? ¿La tuya?

—Para una nueva no hay dinero. ¿No te gusta ésta? ¿Qué le pasa?

—Nada, pero... ¿cómo irás tú a la fábrica?

Su padre se encogió de hombros.

—Con el transporte público, no importa.

—Pero tendrás que levantarte una hora antes.

—Una promesa es una promesa.

Pero a su madre no le gustó nada.

—¿Tendrás valor para dejar que tu padre vaya a pie?

Saverio estuvo varios meses cogiendo la moto, pero cada vez que montaba en ella se imaginaba a su padre saliendo de casa a las cinco de la mañana todo embozado en el abrigo y le entraba una angustia terrible. Al final la dejó en el patio y se la robaron, y acabaron a pie él y su padre.

Aunque no sabía por qué, pensó que algo bueno sí había hecho con las Bestias. Y además se lo debía a aquella panda de desgraciados que lo seguía. No podía abandonarlos.

Kurtz quería engañarlo, como lo había engañado su padre con la moto, y el viejo con el puesto de responsabilidad que le prometió en la empresa, y Serena con lo de que sería su geisha y que tener dos gemelos es como tener uno solo.

Por eso se había hecho satánico, porque todos le mentían.

*¿Qué clase de regalo es el que obliga a nuestro padre a ir en autobús?*

Saverio Moneta odiaba a todo el mundo, odiaba a la humanidad que engañaba y atropellaba al prójimo. En el odio se había criado, recreado, protegido. El odio le

había dado fuerzas para resistir, hasta convertirse en su religión, cuyo dios era Satanás.

*Y Kurtz era como todos los demás. ¿Cómo coño se permite decir que las Bestias de Abadón son una realidad insignificante?*

—No —dijo.

—No ¿qué?

—Que no me interesa. Gracias, pero seguiré con las Bestias de Abadón.

Kurtz se mostró sorprendido.

—¿Estás seguro? Piénsatelo bien. No volveré a proponértelo.

—Me da igual. Puede que las Bestias de Abadón sean una realidad insignificante, como dices, pero también un tumor es sólo una célula, que luego se reproduce y nos mata. Las Bestias serán una realidad que nadie podrá pasar por alto, espera y verás.

Kurtz rompió a reír.

—Me das pena. Estáis acabados.

Saverio se puso el cinturón de seguridad.

—Es posible, pero, como sabes, todo puede cambiar. Y mucho. Además, antes que tu representante, prefiero ser cura. —Y cortó la comunicación.

Las últimas luces del ocaso se habían extinguido y las tinieblas reinaban sobre la tierra. El líder de las Bestias de Abadón puso el intermitente y arrancó haciendo chirriar las ruedas.

## 8

El viejo escritor hindú estaba sentado en un rincón de la sala con un vaso en la mano.

Había llegado en avión desde Los Angeles aquella misma mañana, después de dos agotadoras semanas de presentaciones en Estados Unidos, y lo único que deseaba era irse al hotel y acostarse. Intentaría dormir, no podría, y al final se tomaría un somnífero. Hacía tiempo que el sueño natural había abandonado su cuerpo. Pensó en su mujer, Margaret, que estaba en Londres. Quiso llamarla, decirle que la echaba de menos, que volvería pronto. Miró al otro extremo de la sala.

En torno al escritor que había contado lo del fuego había un grupo de personas pidiéndole que les firmara libros. Para cada una de ellas tenía el joven una palabra, un gesto, una sonrisa.

Envidió su juventud, sus ganas de agradar.

A él no le importaba todo aquello. ¿Qué le importaba? *Dormir*. Dormir seis horas seguidas. Tampoco la vuelta al mundo que lo habían obligado a dar desde que le concedieron el Nobel tenía sentido. Era un muñeco al que hacían rodar de aquí para allá para exhibirlo en público personas a las que no conocía y olvidaría en cuanto

partiera para otro sitio. Había escrito el libro, un libro que le había costado diez años de su vida, ¿no era suficiente?

En la presentación no había pasado de dar las gracias. No como el escritor italiano, cuyo libro había leído en el avión, una novela corta y fluida. La había leído por escrúpulo, porque le gustaba conocer la obra de los escritores que lo presentaban. Y le había gustado. Tenía que habérselo dicho. Y no era educado quedarse aparte.

En cuanto el anciano se levantó, lo abordaron tres periodistas que estaban al acecho. Sawhney les dijo que estaba cansado y que al día siguiente contestaría con mucho gusto a sus preguntas. Pero lo dijo en un tono tan amable y considerado que no alejó a los fastidiosos moscardones. Por suerte acudió una mujer de la editorial italiana y los echó.

—¿Y ahora qué toca? —le preguntó.

—El cóctel, y dentro de una hora iremos a cenar a un famoso restaurante de cocina típica romana del Trastévere. ¿Le gusta a usted la pasta a la carbonara?

Sawhney la cogió del brazo.

—Me gustaría hablar con el escritor... —Por Dios, ¿cómo se llamaba? ¡Qué cabeza la suya!

—¡Ciba! —lo ayudó la mujer—, Fabrizio Ciba. Por supuesto, espere aquí, voy a llamarlo. —Y se fue taconeando hacia el escritor.

—No es a mí a quien debéis pedir autógrafos, sino a Sawhney. Él es el premio Nobel, no yo. —Fabrizio Ciba trataba de contener el mar de libros que lo ahogaba. Le dolía la muñeca de tanto firmar—. ¿Cómo se llama? ¿Antonia Paterno? ¿Cómo? Espere un momento... Ah, ¿le ha gustado el personaje de Erri, el padre de Penelope? ¿Le recuerda a su abuelo? También a mí.

Una gordita toda acalorada se abrió paso entre la gente con un ejemplar de *La fosa de los leones*.

—Vengo de Frosinone sólo por usted. No he leído ninguno de sus libros, pero dicen que están muy bien. Éste lo he comprado en la estación. Es usted muy bueno... y muy guapo. Lo veo siempre que sale en la tele. Mi hija está enamorada de usted... Y yo también..., un poco.

Ciba esbozaba una sonrisa amable.

—Pues tendría que leer mis libros, a lo mejor no le gustan.

—¿No gustarme? ¡Quite allá!

Otro libro. Otra firma.

—¿Cómo se llama?

—Aldo. Puede dedicarlo a Massimiliano y a Mariapia, mis hijos. Ahora tienen seis y ocho años, ya lo leerán cuando sean mayores...

Los detestaba. Eran una cuadrilla de ignorantes, una manada de borregos. Sus halagos le importaban un comino. El mismo entusiasmo habrían mostrado por las

memorias del director del telediario o las confidencias amorosas de la más insulsa de las azafatas de televisión. Lo que querían era tener su breve conversación con la estrella, su autógrafo, su roce con el ídolo. De haber podido, le habrían arrancado un jirón de ropa, un mechón de pelo, un diente, y se los habrían llevado como reliquias.

No soportaba más seguir mostrándose amable, sonriendo como un tonto, tratando de parecer modesto y complaciente. Solía disimular muy bien el fastidio que le producía el contacto humano indiscriminado, era un maestro del fingimiento y cuando se terciaba, se revolcaba en el fango convencido de que le gustaba; y de estos baños de multitud, aunque lo repugnaban, salía purificado.

Pero ese día una sospecha terrible le afeaba el triunfo: la de no estar comportándose como se comportan los escritores auténticos. Un autor serio era Sarwar Sawhney: durante la presentación no había abierto la boca, había estado como un asceta tibetano, con sus ojos de ébano y su expresión sabia y distante, mientras él hacía el payaso hablando del fuego sagrado y la cultura. Y una vez más se hizo la pregunta de la que dependía toda su carrera. *¿A qué debo más mi éxito, a mis libros o a mis apariciones en televisión?*

Y, como siempre, en lugar de contestarse, decidió tomarse un par de whiskies. Pero antes tenía que deshacerse de aquel enjambre de moscas. Por eso se alegró mucho cuando vio a la pobre María Letizia abrirse camino hacia él.

—Sawhney quiere hablar contigo... ¿Podrás verlo cuando termines?

—¡Ahora, ahora mismo! —contestó, y como si lo hubiera convocado el mismísimo Dios, se puso en pie y dijo a los fans que aún no habían recibido su certificado de asistencia—: Sawhney quiere hablar conmigo, por favor, permitid que me vaya.

En la mesa de las bebidas se sopló un par de whiskies y se sintió mejor. Con alcohol en el cuerpo afrontaría mejor al premio Nobel.

Leo Malagó se le acercó coleando como perro al que dan pan con paté de jabalí y le dijo todo contento:

—¡Genial! Los has dejado pasmados con la historia del fuego. No sé cómo se te ocurren esas ideas. Eso sí, Fabrizio, ahora no te me emborraches, por favor, que hemos de ir a cenar. —Se le cogió del brazo—. Vengo de la mesa de los libros. ¿Sabes cuántos has vendido esta noche?

—¿Cuántos? —no pudo evitar preguntar: era un reflejo condicionado.

—¡Noventa y dos! ¿Y sabes cuántos ha vendido Sawhney? ¡Nueve! No veas lo cabreado que está Angió. —Massimo Angió era el editor de narrativa extranjera—. ¡Qué gusto me da verlo rabiarse! Y mañana sales en todos los periódicos. Por cierto, ¡qué pedazo de tía, la traductora! —La cara de Malagó se distendió y los ojos se le pusieron soñadores—. Imagínate lo que será tirársela...

Pero a Fabrizio había dejado de interesarle la joven. Su humor estaba dando un bajón, como un termómetro en una helada repentina. ¿Qué querría decirle el hindú? ¿Reprocharle los disparates que había dicho? Se dio ánimos.

—Perdona un momento.

Vio al hindú en un rincón, sentado ante la ventana, contemplando las frondas de los árboles bajo el cielo amarillento de Roma. El pelo negro le relucía a la luz de las lámparas.

Se le acercó con cautela.

—Perdone...

El anciano se volvió y sonrió, dejando a la vista una dentadura demasiado perfecta para ser auténtica.

—Por favor, tome una silla.

Fabrizio se sentía como el alumno que comparece ante el director para recibir una reprimenda.

—¿Cómo está? —preguntó Fabrizio en su inglés académico, sentándose enfrente.

—Bien, gracias. —Pero pensándolo mejor—: Bueno, estoy un poco cansado. No puedo dormir, sufro de insomnio.

—Yo no, por suerte. —Fabrizio se dio cuenta de que no tenía nada que decirle.

—He leído su libro. Con cierta prisa, en el avión, lo siento...

—¿Eh? —dijo Fabrizio con voz entrecortada. Se disponía a oír el juicio del premio Nobel de Literatura, del escritor más importante del mundo y que mejor crítica había tenido en los últimos diez años. Y una parte de su cerebro se preguntó si quería oírlo.

*Seguro que le ha parecido malísimo.*

—Me ha gustado, y mucho.

Fabrizio Ciba sintió que le invadía el cuerpo una sensación de bienestar, como la que siente un drogadicto al inyectarse heroína de buena calidad; era una especie de calor benéfico que le cosquilleó la nuca, le bajó por las mandíbulas, le hizo cerrar los párpados, se extendió por dientes y encías, descendió por la tráquea, se irradió, candente y placentero como Vicks VapoRub, desde el esternón hasta la espalda pasando por las costillas y, de vértebra en vértebra, hasta la pelvis. El esfínter dio un latido y el vello de los brazos se le erizó. Fue como darse una ducha caliente sin mojarse, mejor aún, como recibir un masaje sin ser tocado. Durante esta reacción fisiológica, que duró unos cinco segundos, Fabrizio estuvo ciego y sordo, y cuando por fin volvió a la realidad oyó que Sawhney estaba diciendo:

—... lugares, hechos y personas desconocen la fuerza que los borra, ¿no cree?

—Sí, desde luego —contestó Fabrizio. No había oído nada—. Gracias. Me alegro.

—Usted sabe cómo interesar al lector, cómo tocar las mejores fibras de su sensibilidad. Me gustaría leer algo más extenso.

—*La fosa de los leones* es el libro más largo que he escrito. Hace poco... —en realidad hacía ya casi cinco años— terminé otra novela, *El sueño de Néstor*, pero también es bastante corta.

—¿Y cómo es que no se atreve a más? Tiene sin duda los medios expresivos para

hacerlo. No tema. Déjese llevar sin miedo. Si puedo darle un consejo, no se frene, deje que la narración lo atrape.

Fabrizio tuvo impulsos de abrazar a aquel adorable vejete. ¡Cuán verdadero y justo era lo que decía! Sabía que podía escribir LA GRAN NOVELA ITALIANA, como *Los novios* de Manzoni, la novela que según la crítica faltaba en la literatura italiana contemporánea. Después de varios intentos, ahora trabajaba en la saga de una familia sarda que iba del siglo XVII a la actualidad, proyecto ambicioso que tenía más fuerza que *El Gatopardo* y *Los virreyes*.

Iba a decírselo, pero lo retuvo cierto pudor. Se sintió en el deber de corresponder a los elogios, y empezó a inventar:

—Déjeme decirle que su libro me ha entusiasmado literalmente. Es una novela muy orgánica y con una trama densísima... ¿Cómo lo hace? ¿Cuál es su secreto? Hay tal fuerza dramática que he estado conmovido durante semanas. El lector no sólo se siente llamado a considerar la conciencia e inocencia de esas poderosas figuras femeninas, sino que a través de sus historias, cómo lo diría... Sí, el lector se ve obligado a trasladar la mirada de las páginas del libro a la realidad misma.

—Gracias —dijo el hindú—. ¡Qué bonito es alabarse mutuamente!

Y los dos escritores rompieron a reír.

## 9

El líder de las Bestias de Abadón estaba sentado en la cocina comiéndose un plato de lasaña inmersa en un mar de besamel recalentada. Le daba náuseas, pero debía fingir que no había cenado.

Serena, sentada también y con las piernas apoyadas en el lavavajillas, estaba pintándose las uñas. No lo había esperado para cenar, como de costumbre. En la televisión que tenían colocada en la encimera de formica estaban viendo *¿Quién quiere ser millonario?*, el programa preferido de Saverio después de *Misterios* que emitía la televisión pública. Pero la mente del líder de las Bestias estaba lejos: seguía pensando en la llamada de Kurtz Minetti.

*¡Qué grande soy!* Se limpió la boca con la servilleta. *¿Cómo le he dicho? No. No me interesa.* ¿Qué satánico se habría atrevido a rechazar la propuesta de convertirse en el delegado de los Hijos del Apocalipsis en el centro de Italia? Tuvo ganas de llamar a Murder y contarle cómo había mandado a Kurtz a cagar, pero temía que Serena lo oyera y tampoco quería que el amigo supiera lo que el mierda de Kurtz pensaba de las Bestias de Abadón, se habría llevado un disgusto.

Estaba sorprendido de lo claro y terminante que le había salido aquel *no*. No pudo menos de repetirlo:

—¡No!



—No ¿qué? —le preguntó Serena, sin levantar la vista de las uñas, que estaba pintándose de rojo.

—Nada, nada. Estaba pensando... —Saverio tuvo impulsos de contárselo todo a su mujer, pero recapacitó. Si se enteraba de que era el jefe de una secta satánica, le pedía el divorcio como mínimo.

Pero aquél *no* podía ser el inicio de un cambio radical en su vida. Debía desencadenar inevitablemente una serie de nuevos noes que aún estaba a tiempo de pronunciar: no a trabajar los fines de semana, no a cuidar de su suegro, no a bajar él siempre la basura.

—Queda pavo de ayer, caliéntatelo en el microondas. —Serena se había levantado y sacudía las manos.

—¡No! —contestó él espontáneamente.

Serena bostezó.

—Yo me voy a la cama. Cuando termines quita la mesa, saca la basura y apaga las luces.

Saverio se quedó mirándola: llevaba unos vaqueros cortos elásticos recubiertos de strass, botas vaqueras de charol blanco y una camiseta negra con una enorme V de Valentino estampada.

*Ni las adolescentes visten así.*

Serena Mastrodomenico tenía cuarenta y tres años y había tomado tanto el sol que parecía deshidratada como un tomate seco. Aunque hacía apenas un año había dado a luz a dos gemelos, estaba como un palillo. Vista desde lejos, con su cuerpo esbelto, sus pechos turgentes y su moreno café con leche, no estaba mal. Pero cuando se la observaba de cerca, se veía que tenía la piel floja y coriácea como la de un rinoceronte, y que una maraña de finas arrugas le surcaba el cuello, las comisuras de la boca y el escote. Tenía unos ojos verdes, luminosos y vivaces que parecían descansar sobre unos pómulos brillantes y redondos como manzanas.

Gastaba calzado abierto que dejaba a la vista unos tobillos ahusados y unos graciosos piececillos. Llevaba siempre vestidos ligeros que dejaban asomar los encajes y las copas sintéticas del sostén, dos tallas más pequeño. Se alhajaba con joyas étnicas que la asemejaban a una princesa bereber en día de coronación.

En los largos años de matrimonio, Saverio había notado que su mujer tenía bastante éxito con los hombres, sobre todo jóvenes. Siempre que iba al almacén de la tienda, los transportistas, un hatajo de salidos, le sacaban el mismo tema. No respetaban ni a la hija del jefe.

«Menuda debe de ser tu mujer en la cama. ¡Nada de chicas! Una mujer con experiencia. Se le abre a uno como un sofá cama», «¿Por qué no haces un vídeo porno?», «¿Cómo te las apañas, Save? Yo creo que ésa necesita una cuadrilla de sementales...», «Es la típica tía que va de fina pero en realidad es más puta que las

gallinas...», y demás groserías que vale más no consignar.

¡Si aquellos necios supieran la verdad! Serena aborrecía el sexo. Decía que era vulgar. Además, cualquier forma de desnudez la repugnaba, y le parecían repulsivos los humores corporales y todo cuanto supusiera contacto físico (excepto los masajes, pero, eso sí, dados por mujeres).

Aunque algo no le cuadraba a Saverio. Si tanto asco le daba el sexo, ¿por qué se vestía como una golfa? ¿Y por qué aparcaba siempre su Suv delante del almacén, con la de sitios que había?

Saverio se levantó y empezó a quitar la mesa. No tenía ganas de irse a la cama, estaba demasiado contento. Por suerte los gemelos dormían. Era el momento de pensar en la idea que había de conmocionar a las Bestias de Abadón y al mundo entero. Tomó un bloc de notas y un bolígrafo, y cuando iba a apagar la tele oyó que el presentador decía:

—¡Increíble! Francesco, nuestro concursante de Sabaudia, así, como quien no quiera la cosa, ha llegado al millón de euros...

El concursante era un hombrecillo nervioso que hacía mohines como si se hubiera caído sobre un puercoespín. El presentador, en cambio, tenía la expresión satisfecha del gato que se ha zampado una lata de atún y se dispone a afilarse las uñas en el sillón.

—¿Estás preparado, amigo Francesco?

El hombrecillo tragó saliva y se ajustó el cuello de la chaqueta.

—Creo que sí.

El presentador sacó pecho y se dirigió riendo al público:

—¿Oyen eso? ¡Cree que sí! —Pero entonces se puso serio y prosiguió—: ¿Quién de ustedes no estaría nervioso? Pónganse en su lugar. Un millón de euros puede cambiarnos la vida. —Y de nuevo dirigiéndose al concursante—: Decías que tu sueño era pagar la hipoteca. Pero ahora, si ganaras, además de pagar la hipoteca, ¿qué harías?

—Le compraría un coche a mi madre y... —El concursante estaba sofocado; respiró hondo y pudo continuar—: Haría una donación al instituto San Bartolomeo de Gallarate.

El presentador lo miró de arriba abajo.

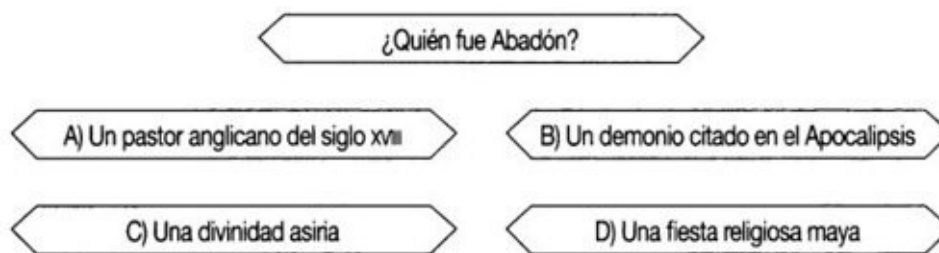
—¿Y a qué se dedica ese instituto, si puede saberse?

—A ayudar a los sin techo.

—Bueno, enhorabuena. —El presentador invitó al público a aplaudir y el público aplaudió nutridamente—. Eres un filántropo. ¡A ver si luego te vemos montado en un Ferrari! Pero no, se conoce que eres un buen hombre.

Saverio sacudió la cabeza. Si él ganara aquella suma, se compraría un castillo en Marcas y establecería en él la base de las Bestias.

—Pero sigamos con la pregunta. ¿Preparado? —El presentador se apretó el nudo de la corbata, se aclaró la voz y, al tiempo que en la pantalla aparecían la pregunta y las cuatro respuestas, dijo:



A punto estuvo Saverio Moneta de caerse de la silla.

## 10

Tras la inyección de amor propio recibida, la moral de Fabrizio Ciba había ganado alturas estratosféricas. Había escrito una novela importante y escribiría otra aún más importante. Ya no había razón alguna para preguntarse el porqué de su éxito. Así que, cuando vio a Alice Tyler hablando con el director de ventas de Martinelli, decidió que había llegado el momento de pasar a la acción. Apuró el whisky, se revolvió el pelo y dijo al escritor hindú:

—Perdone un momento, voy a saludar a una persona.

Y se lanzó al ataque.

—Hola, hola, me presento: Fabrizio Ciba. —Se interpuso entre la traductora y el director de ventas y le dijo a éste—: Y como sois unas sanguijuelas que no me pagáis una lira por las presentaciones, puedo hacer lo que me dé la gana y ahora me llevo a la mejor y más fascinante traductora del mundo a tomar una copa de champán.

Módica, el director de ventas, era un tipo gordezuelo de una palidez esclerótica y lo único que atinó a hacer fue hincharse como un pez globo.

—No te molesta, ¿verdad, Módica? —Fabrizio tomó de la muñeca a la traductora y se la llevó hacia la mesa de las bebidas—. Es el único modo de librarse de él: hablarle de dinero. Quería felicitarte, has hecho un excelente trabajo con el libro de Sawhney, he mirado la traducción con lupa...

—No me lo creo —dijo ella riendo.

—¡De verdad, te lo juro! ¡Te lo juro por Pennacchini! He mirado las ochocientas páginas y nada, todo perfecto. —Se llevó la mano al corazón—. Sólo una cosa..., en la página seiscientos quince has traducido *creel* por «cesto para el pescado» en lugar de por «nasa»... —Fabrizio se esforzaba por mirarla a la cara pero no podía apartar los ojos de las tetas. La exigua camiseta lo ayudaba poco—. Perdona, ¿las traductoras no eran feas y vestían mal?

Estaba en su salsa. Volvía a ser el Ciba conquistador de siempre.

—¿Cuándo nos casamos? Yo escribo libros y tú los traduces, mejor dicho, tú los escribes y yo los traduzco, ¡qué más da! —A ella le sirvió una copa de champán y él se sirvió otro whisky—. Sí, tenemos que hacerlo...

—¿Qué?

—Pues casarnos —hubo de repetir. Tuvo la vaga sensación de que la chica no respondía debidamente a su cortejo. No era la típica italiana coqueta y quizá tenía que entrarle más suave—. Tengo una idea. ¿Y si nos vamos? Tengo la moto ahí fuera. Imagínate, aquí todos aburridos como ostras hablando de literatura y nosotros de fiesta por Roma divirtiéndonos de lo lindo. ¿Qué me dices?

Y se quedó mirándola con los ojos del niño que pide a su madre un trozo de tarta.

—¿Eres siempre así? —Alice se pasó la mano por el pelo y entreabrió los labios dejando ver unos dientes blanquísimos.

—Así ¿cómo?

—Pues así... —Guardó silencio un momento, buscando la palabra, y al cabo dijo, suspirando—: ¡Así de tonto!

*¿Así de tonto? ¿Cómo así de tonto?*

—Es la parte infantil del genio —replicó.

—No, no podemos irnos. ¿No te acuerdas? ¡Queda la cena! Y Sawhney...

—¡La cena, claro! Me había olvidado —mintió. Se había propasado proponiéndole que se fueran y ahora quería quitar hierro a la negativa.

Ella lo cogió de la muñeca.

—Ven.

Al pasar por la mesa, Ciba echó mano de una botella de whisky.

¿Adónde lo llevaba?

Vio que se dirigían a la puerta del jardín.

## 11

Era evidente que Satanás había usado aquel concurso para comunicarse con él. ¿Cómo podía ser que de las infinitas preguntas posibles hubieran elegido los guionistas del programa una pregunta sobre Abadón? Era una señal. De qué, no tenía Saverio la más remota idea, pero indudablemente era una señal del Mal.

El concursante se equivocó: respondió que Abadón era un pastor anglicano del siglo XVIII y se quedó sin poder pagar la hipoteca.

*Merecido lo tienes, para que aprendas quién es Abadón, el destructor.*

Saverio sacó de un cajón una cajita de Alka-Seltzer, disolvió una pastilla en un vaso de agua y meditó en lo que había ocurrido ese día: las últimas doce horas tenían algo de prodigioso. Todo comenzó con su repentina decisión de dar el gran salto con

la secta. Siguió luego el *no* dado a Kurtz Minetti. Y ahora lo de la pregunta del concurso. Debía buscar más señales de la presencia del Maligno en su vida.

¿Qué día era? Era 28 de abril. ¿A qué correspondía el 28 de abril en el calendario satánico?

Fue a la sala de estar por el portátil. La estancia estaba decorada con muebles étnicos de la colección Zanzíbar, de madera negra y oleosa taraceada con losanges de piel de cebrá, que emanaban un curioso olor a especias que acababa mareando. En la pared, sobre una pantalla de plasma Pioneer, se veía un enorme mosaico que Serena había compuesto con conchas de almeja y mejillón y piedras de colores que había recogido en el Argentario, y que se suponía representaba una sirena sentada en un escollo tañendo sus largos cabellos como si fueran un arpa.

Saverio se conectó a Internet y buscó en Google: «Calendario satánico.» Resultó que el 28 de abril no era fecha señalada. Sí lo era el 30, la noche de Walpurgis, en que las brujas celebran un gran aquelarre en el Monte Brocken.

Se puso en pie, desconcertado. A juzgar por lo que le había ocurrido, habría jurado que el 28 era día satánico.

*Pero, bueno, tampoco queda lejos del 30, la noche de Walpurgis.*

Fue al recibidor, donde estaba la caja que le habían traído, cortó la cinta adhesiva, la abrió, se arrodilló, cual caballero antiguo, ante el tesoro, introdujo las manos en las virutas de poliestireno, sacó la Durandarte y la enarboló con ambas manos: la hoja era de acero templado, la cruz, de hierro forjado, y la guarnición estaba forrada de piel. Había dudado si comprar un katana japonesa, pero ahora se alegraba de haberse decidido por aquélla, que pertenecía a la tradición occidental. Era una espada que tiraba de espaldas.

Salió al balcón y, como Roldán en Roncesvalles, la blandió ante la luna. De buena gana habría retado a Kurtz Minetti a singular duelo, en su sede de Pavía.

*Yo con la Durandarte y él con el hacha de dos filos.*

Se imaginó esquivando un hachazo, volviéndose y decapitando al sumo sacerdote con un certero mandoble, tras lo cual diría: «¡Venid a mí! ¡Seréis Bestias!», y todos los Hijos del Apocalipsis se inclinarían ante él. Ésa sí que era una buena acción. El problema era que Kurtz Minetti, aunque alto como un pino, era discípulo de Sante Lucci, un maestro shaolin de Trieste.

Con un espadazo, Saverio destrozó el tendedero. ¡Y pensar que aquella joya iba a acabar en la chimenea del suegro en Roccaraso!

Sonó el teléfono y al poco enmudeció. Lo había cogido Serena. La oyó gritar:

—¡Saverio, es para ti! Tu primo. Dile que la próxima vez que llame a estas horas le hago que se trague los dientes.

El líder de las Bestias de Abadón entró, dejó la espada en la caja, cogió el teléfono y contestó expeditivo:

—¿Antonio? Dime.

—Eh, primo, ¿qué tal?

—Bien. ¿Pasa algo?

—No, nada. Bueno, sí, que necesito que me ayudes.

¡El que faltaba! ¿Es que a nadie se le ocurría que también él, Saverio Moneta, tenía sus problemas?

—No, mira... Tengo mil cosas que hacer... Lo siento.

—Espera. Escucha por lo menos. Sé que estás ocupado. Pero como a veces te veo por ahí con unos chavales...

*Me ha visto con las Bestias. Debo andarme con ojo.*

—¡Menudo marrón tengo! Resulta que me han plantado cuatro polacos en el último momento. Estoy buscando gente. Es para llevar cajas de vino, poner y quitar mesas al aire libre... Necesito tíos con fuerza pero legales. No importa que no tengan experiencia, me basta con que quieran trabajar.

Antonio Zauli era el camarero jefe de Food for Fun, una empresa de catering romana que, gracias al patrocinio de Zóltan Patrovič, el imprevisible cocinero búlgaro dueño del famosísimo restaurante Las Regiones, se había convertido en la mejor del sector.

Saverio no escuchaba. *¿Y si le cortara la cabeza al padre Tonino con la Durandarte? Tiene Parkinson, hasta le hacía un favor. Mañana, después del pediatra, llevo la espada al afilador... No, eso sería copiar a Kurtz Minetti.*

—¿Saverio? ¿Me oyes?

—Sí... Perdona... No puedo... —dijo sin pensar.

—No puedes, una polla. Si ni siquiera estás escuchándome. ¿Es que no lo ves? Estoy desesperado. Me juego el cuello con esta fiesta. Llevamos preparándola seis meses, Save. —Bajó la voz—. Júrame que no se lo dirás a nadie.

—¿El qué?

—Tú júralo.

Saverio miró a lo alto con impaciencia y de paso se dio cuenta de lo fea que era la lámpara étnica.

—Te lo juro.

—Es una fiesta a la que iré todo el mundo —susurró Antonio en tono conspiratorio—. Dime un famoso, uno cualquiera, el primero que se te ocurra.

Saverio pensó un instante.

—El papa.

—¡Hombre, no! Digo cantantes, actores, futbolistas...

Saverio resopló.

—¡Y yo qué sé! Bueno, a ver, esto... ¿Paco Jiménez de la Frontera?

—El delantero centro del Roma. ¡Bingo!

Ea; si existía una palabra que Saverio Moneta detestaba, era ésa, «bingo». Él, como todo buen satánico, detestaba la cultura de masas, los argots, Halloween y la americanización de la lengua. Si por él fuera, todo el mundo seguiría hablando latín.

—Dime otro.

Saverio no aguantó más.

—¡No sé ni me importa! ¡Como si no tuviera otra cosa en que pensar!

—Pero ¿qué te pasa? —dijo Antonio en tono desairado—. Te encuentro raro. Estoy ofreciéndote a ti y a tus amigos la posibilidad de ganaros un dinero, asistir a la fiesta más exclusiva de los últimos años y codearos con los famosos, ¿y me mandas a tomar por culo?

Saverio tenía ganas de arrancarle la carótida al primo y darse un baño de sangre a su costa, pero se sentó en el sofá y procuró mostrarse conciliador:

—No es eso, perdona, no es por ti. Es que estoy cansado. Entre los gemelos, mi suegro..., estoy en un mal momento...

—Ya entiendo. Bueno, si se te ocurre alguien dame un toque. Necesito cuatro camareros para mañana. Piénsalo, anda. Está bien pagado y en la fiesta habrá un concierto de Larita y fuegos artificiales.

El líder de las Bestias puso la antena.

—¿Quién has dicho? ¿Larita? ¿La cantante? ¿La de *Live in Saint Peter y Unplugged in Lourdes*? ¿La de la canción *King Karol*?

Elsa Martelli, Larita de nombre artístico, fue unos años la vocal de los Lord of Flies, un grupo death metal de Chieti Scalo, cuyas canciones, himnos al Maligno, eran muy apreciadas por la comunidad satánica italiana. Pero luego, de pronto, Larita dejó el grupo y se convirtió al cristianismo, se hizo bautizar por el papa y emprendió una carrera en solitario como cantante pop. Su música era una mezcla insípida de new age, romanticismo adolescente y buenos sentimientos, y eso le granjeaba un éxito enorme en todo el mundo. Pero los satánicos la detestaban.

—Sí, eso creo. Larita..., la de *El amor que nos rodea*. —Estaba claro que Antonio no era ningún experto en música pop.

Saverio notó de pronto que en el ambiente flotaba un grato olor a tierra y a hierba recién cortada. La luna había desaparecido y todo estaba oscuro. Las ventanas vibraban y una racha de viento repentina agitó el ficus. Empezó a llover. Gotas gordas y pesadas repiquetearon en los ladrillos del balcón, un rayo, como una grieta, rasgó las tinieblas —por un instante se hizo de día— acompañado de un trueno que estremeció la tierra, hizo saltar las alarmas y ladrar a los perros.

Saverio Moneta, desde el sofá en el que estaba sentado, vio avanzar hacia Oriolo Romano un ejército de negros y tortuosos nubarrones, y que uno de ellos, el más grande, de pronto se encogía y se expandía por un lado formando lo que parecía una cara, de ojos negros y boca muy abierta.

—¡Madre santa! —se le escapó, y corrió a cerrar el ventanal porque la lluvia mojaba el parque—. ¡De acuerdo! —dijo resoplando al teléfono.

—De acuerdo ¿qué?

—Que tengo a tres. —Y dándose un golpe en el pecho—: Y el cuarto soy yo.

Fabrizio Ciba y Alice Tyler estaban sentados muy modosos en un banco de mármol frontero de una fuente oval. A la derecha tenían un bosquecillo de bambú iluminado por un foco halógeno, y a la izquierda una mata de hortensias. Los separaba una distancia de veinte centímetros. Estaba oscuro y hacía frío. Las luces de la villa que les quedaba a la espalda se reflejaban en la superficie del agua y en las espléndidas piernas de Alice.

Fabrizio Ciba dio un trago de la botella y se la pasó a la joven, que bebió también. Tenía que darse prisa. Con aquel frío podían quedarse entumecidos. ¿Qué hacer? ¿Echársele encima? *No sé, no sé... Ya se sabe cómo son estas intelectuales anglosajonas.*

El primero de las listas, el tercer hombre más sexy de Italia según el semanario femenino *Yes* (después de un piloto de motocicletas y un actor mestizo), no podía aceptar verse rechazado. Seguro que eso le costaría años de psicoanálisis.

El silencio empezaba a resultar preocupante. Espetó él:

—También has traducido a Irvin Parker, ¿no? —Y mientras lo decía supo que era lo peor que podía decir para un ataque rápido.

—Sí, todos sus libros menos el primero.

—Ya... ¿Y lo conoces?

—¿A quién?

—A Parker.

—Sí.

—¿Cómo es?

—Simpático.

—¿De veras?

—Mucho.

¡No! No funcionaba. Y para colmo la veía distraída. Los veinte centímetros que los separaban parecían veinte metros. Era mejor recoger velas y dejarlo correr:

—Verás, yo...

Alice se quedó mirándolo:

—Tengo que decirte una cosa. —Los ojos le brillaban—. Me da un poco de corte... —Respiró hondo como si fuera a revelar un gran secreto—. Cuando terminé *La fosa de los leones* quedé conmovida... Con decirte que aquella noche iba a salir pero preferí quedarme en casa, de lo afectada que me dejó. Y al día siguiente lo leí de nuevo y me pareció aún mejor. No sé, fue una experiencia única... Encontré tanto parecido con mi vida.

Ciba se sintió embargado por una ola de placer, recorrido por raudales de endorfinas que bajaban de su cabeza y fluían por las venas como petróleo por un oleoducto. Pero esta vez, al contrario de lo que le había ocurrido con Sawhney, el placer penetró por el uréter, se extendió por el epidídimo y las arterias femorales y le



estalló en el aparato reproductor, el cual, pletórico de sangre, experimentó una violentísima erección. Fabrizio tomó a la joven por las muñecas y le introdujo la lengua en la boca. Ella, que se disponía a confesarle que le había escrito una larga carta, notando de pronto la lengua en las amígdalas, emitió una serie de sonidos: «¡A ueto oco!», que significaban: «¡Te has vuelto loco!», e instintivamente trató de rechazar la endoscopia. Pero, como no lo consiguió, dándose por vencida, le tomó la cabeza, oprimió con más fuerza su boca contra la de él y empezó a girar y girar su carnosa lengüecilla.

Fabrizio, sabiéndola rendida, le rodeó la espalda con los brazos y se apretó contra ella, notando contra el pecho sus senos duros y firmes. Levantó ella una de sus maravillosas piernas, y él le arrimó su erecto miembro. Levantó ella la otra maravillosa pierna, y él le metió la mano entre los muslos.

Federico Gianni, administrador delegado de la editorial, y su escudero fiel, Achille Pennacchini, estaban acodados en la balaustrada de la gran terraza, que dominaba el jardín y la ciudad.

Gianni era un tipo larguirucho que siempre iba muy peripuesto con sus ondeantes trajes Caraceni. De joven había sido jugador de baloncesto en un equipo de segunda división, hasta que, a los veinticinco años, abandonó el deporte para dirigir una fábrica de zapatillas de deporte. Al final, a través de sabe Dios qué vías y contactos, entró en el mundo de la edición, primero en una pequeña editorial milanesa y luego en Martinelli. De literatura no tenía ni idea. Trataba los libros como zapatos y estaba muy orgulloso de su modo de pensar.

Todo lo contrario era Pennacchini, al que Gianni había sacado de la Universidad de Urbino, donde impartía clases de literatura comparada, y puesto al frente de la editorial. Era un académico, un hombre de letras, y todo en él lo probaba: las gafas redondas de concha, el par de ojos azules quemados por la lectura, la chaqueta a cuadros arrugada, la camisa de algodón basto con botones en el cuello, las corbatas de lana y los pantalones de algodón a rayas. Hablaba poco y siempre en voz baja y titubeando. Nunca se sabía lo que pensaba.

—Otra más. —Gianni se despreczó—. Me parece que ha salido bien.

—Muy bien —confirmó Pennacchini.

Roma parecía una enorme manta sucia salpicada de luces.

—Es grande esta ciudad —reflexionó Gianni ante el espectáculo.

—Muy grande. Va de Castelli hasta Fiumicino. Realmente inmensa.

—¿Cuánto tendrá de diámetro?

—Pues no lo sé... Por lo menos ochenta kilómetros... —dijo Pennacchini.

Gianni se miró el reloj.

—¿Cuándo vamos al restaurante?

—Dentro de unos veinte minutos como mucho.

—El bufé daba asco. No he comido más que un par de canapés de salmón que estaban resecos. Tengo hambre. —Hizo una pausa—. Y me estoy meando.

Pennacchini, al oír esto último, meneó la cabeza adelante y atrás, como una paloma.

—Estoy por mear aquí en el jardín, al aire libre, ante este panorama. Mira, por allí parece que hay tormenta. —Gianni se asomó por la terraza y observó la masa de la vegetación oscura—. ¿Vigilas que no venga nadie? Y si viene lo paras.

—¿Y qué le digo? —murmuró el otro, inseguro.

—¿A quién?

—A quien venga.

Gianni lo pensó un momento.

—Pues no sé... Lo que sea, tú entreténlo.

El administrador delegado descendió la escalera que llevaba al jardín bajándose la cremallera. Pennacchini, como un miembro de la guardia suiza, se apostó en lo alto.

## 13

Larita.

Ella era la elegida. Inmolarían a la cantante de Chieti Scalo al Señor del Mal. En la fiesta, Mantos la decapitaría con la Durandarte.

—¡Qué monjas ni qué ocho cuartos! Te vas a enterar, Kurtz —dijo Saverio, riendo y dando saltos por el salón.

¿Cuál no sería el impacto que causaría en el mundo la noticia de que la cantante que vendió diez millones de copias en Europa y América Latina y cantó para el papa el día de Navidad moría decapitada a manos de las Bestias de Abadón? Aparecería en las primeras páginas de los periódicos de todo el mundo, a la par de John Lennon y Janis Joplin...

Saverio tuvo una duda. ¿A Janis Joplin la habían asesinado?

¡Qué más da! Lo importante en aquel momento era que con una acción como aquella sería recordado para siempre. Le dedicarían páginas web, foros y blogs, se estamparían miles de camisetas con su cara, y generaciones y generaciones de grupos satánicos se inspirarían en su figura y se sentirían fascinadas por su personalidad psicótica y carismática, al estilo de Charles Manson.

Saverio cogió el iPod de Serena del aparador de la entrada. Estaba seguro de que su mujer tenía alguna canción de la cantante entre sus archivos mp3. Así era. Pulsó el play. La artista empezó a cantar con su voz melodiosa y atiplada la historia de amor de dos adolescentes.

¡Qué asco!

Aquella asquerosa había unido las dos cosas que más odiaba él en el mundo: el

amor y los adolescentes.

Tomó del mueble bar una botella de Jägermeister y le dio un trago.

Estaba amarguísimo.

## 14

El banco de mármol no era cómodo y rachas de viento maestral empezaban a agitar el bosquecillo de bambúes. Fabrizio Ciba y Alice Tyler estaban acurrucados uno contra otro, él con una mano apoyada en el muro de ladrillo y la otra puesta en una teta de la traductora, ella con una mano encajada en la espalda y la otra metida en los pantalones del escritor. Como una cinta hemostática, el cinturón dificultaba la afluencia de sangre a la mano y lo único que podía hacer era tenerle cogido el miembro con los dedos medio dormidos. Fabrizio, jadeándole en la oreja, trataba de sacarle la teta del sujetador, pero viendo que no lo conseguía, decidió pasar a explorarle las partes íntimas.

No advirtieron la presencia del administrador delegado meando a unos diez metros hasta que lo oyeron decir, con un suspiro:

—¡Uf, qué descanso!

Los dos se quedaron inmóviles como lenguados, y de haber podido, habrían mudado de color para mimetizarse con el ambiente, como hace el *Solea solea*. Fabrizio susurró al oído de Alice:

—Calla, hay alguien... Calla, por favor. No respire.

Estaban petrificados como vaciados de yeso pompeyanos, cada uno con las manos en los genitales del otro.

Se oyó otra voz, más lejos:

—Ha estado bien Ciba hoy.

¿Cuántos hay?

La primera voz contestó, más próxima:

—Sí, hay que reconocer que para eso es el mejor.

—¡Es Gianni! ¡El administrador delegado! —explicó a Alice el escritor, con un hilo de voz.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! —dijo ella—. ¿Y si nos ven?

—Calla, no hables. —Fabrizio levantó la cabeza, vio la sombra de Gianni detrás de la mata de hortensias, la agachó—: ¡Está meando! No puede vernos. Se irá enseguida.

Pero el administrador delegado, que padecía de la próstata, se quedó sacudiéndosela por si había más que evacuar.

—No ha estado mal la historia del fuego; una bobada, pero muy resultona. Tenemos que llamarlo más a menudo para estas cosas, tiene garra.

Fabrizio sonrió satisfecho y miró a Alice, que suspiró complacida. ¿Qué más quería? Estaba pegándose el lote con una tiaza mestiza e intelectual y a la vez oyendo las alabanzas de su editor.

Le tocó el clítoris, ella se estremeció y le echó el aliento en la oreja.

—Despacio..., despaciooo... o me pongo a chillaar...

Fabrizio tenía la polla más dura que el cemento armado.

—Pero dime, en serio, ¿cómo lleva la nueva novela?

—No lo sé... Por lo poco que he leído... —contestó Pennacchini, y se interrumpió. Lo hacía a menudo, era como si lo desenchufasen.

—¿Por lo poco que has leído...? Sigue, Pennacchini.

—Pues que me parece... algo vago... ¿Cómo lo diría? Más que una novela es un bosquejo torpe...

Fabrizio, que forcejeaba con el cinturón para desabrocharlo, se quedó quieto.

—Ya, una cagada. Como la última, esa de... *El sueño de Néstor*. No me convence nada... Y además funciona más mal que bien. De un escritor que vende un millón y medio de ejemplares, pues la verdad, me esperaba otra cosa. Con toda la publicidad que le hemos hecho. ¿Has visto los balances semestrales? Si no fuera por *La fosa de los leones*...

Alice, con un golpe maestro, le liberó por fin el miembro y empezó a masturbarlo.

—... Hay que ir hablando del contrato del próximo libro. Su agente se ha vuelto loca, pide una cifra absurda. Tenemos que pensarlo bien antes de firmar nada. No podemos permitir que nos sablee uno que, después de todo, vende lo mismo que Adele Raffo pero cobra exactamente el doble.

Ciba creyó que se moría. ¡El hijoputa aquel, comparándolo con una monja obesa que escribía recetarios! ¿Y qué era eso de pensárselo bien antes de firmar? Y para colmo era un mentiroso. Pues ¿no le había dicho que *El sueño de Néstor* era un gran libro, la novela de su madurez?

Alice, que, sin escuchar, seguía toda concentrada meneándole el miembro rítmicamente en el sentido contrario a las agujas del reloj, vio, con enorme sorpresa, que la operación no daba fruto; al contrario, aquello estaba literalmente encogiéndosele entre las manos. Lo miró azorada. El escritor parecía aterrado.

—¿Qué pasa? ¿Viene para acá?

—Calla, calla un momento, por favor.

Alice notó la voz alterada de Fabrizio y, soltando el flácido apéndice, se puso a la escucha.

—... ¡Total, escapárenos no se nos escapa! ¿Qué otra editorial le daría lo que le damos nosotros? Vamos, ni la mitad. ¿Quién se cree que es? ¿Grisham? Además, he sabido que aún no han confirmado su programa de televisión para el año que viene. Si lo quitan, Ciba cae en picado. Tenemos que bajarle los humos. De hecho, la semana que viene, Achille, quiero que nos reunamos con Módica y Malagó y estudiemos lo que hacer... Ése no escribe más libros. Está acabado. —Un instante de

silencio—. ¡Ahhh, por fin! Llevaba aguantándome desde el avión.

Ciba, incapaz de reaccionar, sintió como si estuviera suspendido en el aire y cayera al barro del planeta tierra, o mejor, sobre la mujer en cuya vagina tenía insertado el dedo medio. Una mujer, por cierto, a la que acababa de conocer, que pertenecía a su mismo mundillo; una extraña, una espía potencial.

Se apartó con la cara congestionada y una mirada demente.

Ella se tapó el pecho con la blusa y puso una mueca indefinible.

*¡Compasión! ¡Siente compasión por mí!*, comprendió Fabrizio. Sacó el dedo y se lo limpió en la chaqueta. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Es que se había vuelto tonto? ¡Arrojarse como un adolescente cachondo sobre una desconocida mientras sus editores conspiraban contra él!

*Tengo que responder a la ofensa.*

Sólo había una persona en el mundo que podía ayudarlo: su agente, Margherita Levin Gritti.

—¡Perdona, pero tengo que irme! —le dijo distraídamente a Alice, y guardándose el miembro echó a correr.

Ella se quedó parada un momento sin saber qué pensar, y luego empezó a abotonarse la blusa.

## 15

Por fin había dado con la idea el líder de las Bestias de Abadón. Debía convocar inmediatamente a sus adeptos y ponerlos al corriente. Eran más de las diez, pero no importaba. Seguro que estaban en casa de Silvieta viendo una película.

Fue a oscuras al trastero. Allí, metidos en una bolsa de supermercado que tenía escondida entre escobas, detergentes y zapatos, estaban los uniformes de las Bestias. Él mismo los había diseñado y mandado confeccionar a un sastre chino de Capranica. Eran unas sencillas túnicas de algodón negro con capucha (no como las llamativas de los Hijos del Apocalipsis, lilas y doradas). Para los pies, después de no pocas dudas, había optado por unas alpargatas negras.

Volvió al salón y, procurando no hacer ruido, cogió la caja de la Durandarte, las llaves del coche, el paraguas y la botella de Jägermeister, y se disponía a abrir la puerta para salir cuando se encendió la lámpara del salón, inundando de luz los muebles de la colección Zanzíbar.

Serena, en camisón, estaba en el umbral.

—¿Adónde vas?

Saverio humilló el tronco y la cabeza y procuró ocultar la espada detrás, en vano.

—Salgo un momento...

—¿Adónde?

—A la tienda a mirar una cosa...

Serena estaba muy extrañada.

—¿Con la espada?

—Sí... —Debía inventar una mentira ya—. Es que... Hay un mueble... Un mueble de salón en el que quedaría muy bien y quería ver si cabe. Voy y vuelvo. Es un momento. Tú acuéstate.

—¿Y qué llevas en esa bolsa?

Saverio miró a un lado y otro.

—¿Qué bolsa?

—La que llevas en la mano.

—Ah, ésta... —Se encogió de hombros—. No, nada... Ropa que tengo de devolverle a Edoardo. Es para una fiesta de disfraces.

—¿Sabes cuántos años tienes, Saverio?

—¿Por qué lo preguntas?

—Me tienes harta, muy harta.

Cuando Serena decía que estaba harta, muy harta, con aquel tono cansado, sabía Saverio que tocaba pelear. Y pelear con Serena nunca convenía. Era capaz de aniquilarlo a uno, de transformarse en algo tan terrible que no puede ni describirse. Lo mejor era callar y aguantar el chaparrón. Si se ponía a gritar, los gemelos se despertarían y empezarían a llorar, y él tendría que quedarse en casa.

*Que hable. Fuerza mayor.*

—Y no sólo me tienes harta a mí. ¿Sabes lo que dice papá? Que de todos los departamentos de venta, el único que pierde es el tuyo.

Pese a sus buenos propósitos, Saverio no aguantó:

—¡Pues claro! Como que la gente se caga en los muebles tiroleses. ¡No los quiere nadie! Por eso me ha puesto tu padre ahí, lo sabes muy bien, para poder...

—¡Vaya! —lo interrumpió Serena, aunque, curiosamente, sin levantar la voz, en un tono casi desconsolado—. ¿Conque la gente se caga en los muebles tiroleses? Pues el primero que los introdujo en el Lacio fue mi padre. ¿Y sabes cuántos lo han copiado desde entonces? El mobiliario rústico y todo eso ha venido por esos muebles en los que tanto te cagas. —Cruzó los brazos—. No tienes respeto... Ni por mi padre ni por mí. Y estoy hasta las narices de disculparte, de oír a mi padre insultar a mi marido todos los días. ¡Qué tortura! —Y sacudió la cabeza con amargura—. Espera... Espera... ¿Cómo te llamó la última vez?... Ah, sí: gusano sin huevos... ¿Sabes dónde estarías si no fuera por mí?

Saverio empuñó la Durandarte con todas sus fuerzas. ¡Qué fácil sería matar a aquel viejo cabrón! Un espadazo entre la tercera y la cuarta vértebra cervical.

—¿Cómo quitarle la razón? —Serena lo señaló—. Mírate, sales a escondidas con ropa de carnaval y una espada, juegas a tonterías con tus amigotes... No tienes trece años, ni yo soy tu madre.

Saverio, con la cabeza gacha, empezó a hincar la punta de la espada en el parque.

—Así no podemos seguir. Te he perdido todo el respeto. Yo necesito a un hombre. ¿Nunca te has preguntado por qué no quiero hacer el amor contigo? —Dio media vuelta y volvió al dormitorio, desde donde añadió—: Corre, vete, no hagas esperar a tus amigos... Pero saca la basura.

Saverio estuvo cinco minutos parado ante la puerta de la calle. El temporal no amainaba. Si se iba así, le esperaba una semana infernal. Metió la Durandarte en su caja, llevó la bolsa de las túnicas al trastero, dio un trago de la botella. Mejor sería dormir en el sofá; a la mañana siguiente Serena estaría más tranquila y podrían hacer las paces, o algo por el estilo.

Tenía que demostrarle que no era un gusano sin huevos. Y para eso sólo había un medio: hacer que el balance trimestral saliera positivo y taponarle la boca al viejo. Aún quedaba un mes, si se empleaba a fondo podía conseguirlo. Dio otro trago y, ya algo mareado, fue al baño a cepillarse los dientes.

¿Cómo se le había ocurrido lo de matar a Larita? Tendría que pedirse un día libre y en aquel momento, con el balance negativo, no era el caso. Además, debía reconocerlo, no era sólo su mujer quien no creía en él: tampoco creían ya las Bestias.

Escupió el dentífrico en el lavabo, se secó la boca y se miró al espejo. Tenía las patillas casi blancas y los cañones de la barba griseaban.

*No tienes trece años, ni yo soy tu madre.*

Tenía razón Serena; toda la razón. Si no le demostraba que podía confiar en él, a la muerte de su padre nunca le permitiría dirigir la tienda.

*Y tengo dos hijos que criar. No deben crecer pensando que su padre es un inútil.*

Él tenía la culpa de que así lo creyera todo el mundo.

*¡Se acabó! Esto de la secta satánica debe terminar. Mañana llamo a las Bestias y les digo que se acabó.*

Se quitó la camisa y la camiseta de tirantes. También el poco pelo del pecho empezaba a encanecer. Abrió el grifo de la ducha, lo cerró. Quiso dar un grito. Le resbalaban lágrimas por las mejillas.

¿Cómo había acabado así? ¿Por qué absurda razón se había encerrado voluntariamente en una jaula con aquella harpía y había tirado las llaves lejos? De joven tenía un montón de proyectos: recorrer Europa en tren, viajar a Transilvania y visitar el castillo del conde Vlad, ver los dólmenes y las esculturas de la Isla de Pascua, estudiar latín y arameo. Nada había hecho. Se había casado demasiado pronto con una mujer que adoraba los lugares turísticos y saquear tiendas de ropa.

Volvió ante el lavabo y se miró de nuevo al espejo, como para cerciorarse de que seguía siendo él. Cogió la toalla y se la llevó a la cabeza.

«Espera... Espera un poco», se dijo.

No debía olvidarlo. Aquel día había sido especial y no bastaba una pelea con Serena para estropearlo. Sentía con todo su ser que era el inicio de una nueva existencia, sólo había que tener el valor de rebelarse. Y no era por la pregunta del concurso ni porque se le hubiera aparecido, como un presagio, un nubarrón con forma

de cara de Satanás, ni porque Kurtz lo hubiera llamado para proponerle que fuera representante de su secta. Era por aquel *no*. Era algo valiosísimo, que no había que desperdiciar. Era la primera vez que decía NO, un verdadero NO.

*Si abandonas la secta, que sepas que tu vida no será ya más que una larga sucesión de síes. Que languidecerás lentamente en medio de la general indiferencia como un cirio en una tumba olvidada. Si ahora depones la Durandarte y te acuestas en el sofá, no volverá a haber misas negras, orgías satánicas ni pintadas en los viaductos. No volverás a cenar con tus amigos. Nunca jamás. Y tampoco lo echarás de menos porque estarás demasiado deprimido para ello. Decide ahora. Decide si eres el esclavo de tu mujer o eres Mantos, el sumo maestro de las Bestias de Abadón. Decide quién cojones eres.*

Se quitó la toalla de la cabeza, apuró la botella de Jägermeister, cogió la máquina para cortar el pelo y se rapó al cero.

## 16

*Acabado.*

Fabrizio Ciba bajaba a todo gas Monte Mario, inclinándose a derecha e izquierda como Valentino Rossi. Estaba fuera de sí. Aquellos sinvergüenzas de Martinelli creían que estaba acabado y querían hacerle la cama, a él, que los había salvado de la quiebra, que había vendido más que el resto de los escritores italianos juntos, que había sido traducido a veintinueve idiomas, entre ellos el swahili y el ladino.

—¡Y además os lleváis el veinte por ciento de las ventas en el extranjero! — exclamó, y adelantó, casi cortándolo, a un Ford Ka.

Si pensaban que podían tratarlo como a una monja bulímica, se equivocaban.

—¿Qué os creéis? Me quieren todos. Y veréis cuando publique mi nueva novela, cerdos, más que cerdos.

En viale delle Milizie empezó a zigzaguear entre los coches, se metió en el carril bus y se detuvo con un largo frenazo ante un semáforo rojo.

Tenía que buscarse otra editorial. Y, después, largarse de aquel puto país. *Italia no me merece*. Podía irse a Edimburgo y vivir entre los grandes editores escoceses. No escribía en inglés, pero daba igual, alguien le traduciría los libros.

*Alice.*

Y se imaginó con la traductora en un *cottage* escocés; ella, desnuda, traduciendo; él, preparando un plato de rigatoni con queso y pimienta. La llamaría al día siguiente para excusarse.

Una gota de agua gorda como un grano de café le cayó en la frente, seguida de otra en un hombro, y de otra en una rodilla, y de otra...

—¡Nooo!



Estalló el aguacero. La gente corría por las aceras en busca de refugio, se abrían paraguas. El viento azotaba los plátanos que flanqueaban la calle.

Fabrizio decidió continuar: su agente vivía cerca, se daría una ducha caliente y juntos planearían el contraataque.

Llegó a la carretera que bordea el Tíber. Millones de vehículos quedaban atascados en el túnel, todos pitaban. La lluvia batía en las chapas, en el asfalto... El reverbero de los faros deslumbraba.

*¿Qué coño pasa?*

*Viernes noche + peña de fiesta + lluvia = centro colapsado toda la noche.*

Fabrizio detestaba los viernes por la noche. Hordas de bárbaros provenientes del Prenestino, de Mentana, de Cinecittà, de Castelli, de los barrios del extrarradio, tomaban a saco el centro histórico, Trastévere y Pirámide, en busca de pizzerías, pubs irlandeses, restaurantes mexicanos y bocadillerías, todos decididos a divertirse.

Echando pestes, el escritor se lanzó también al atasco. Pero no avanzaba. La moto no cabía entre los coches. Se subió a la acera, pero también por allí era difícil circular. Había automóviles aparcados por todas partes, sin orden ni concierto, como cochecitos de un niño mimado. Calado hasta los huesos, llegó a una especie de callejón que iba a dar a un lago que los coches surcaban como lanchas motoras, levantando olas. Respiró hondo y se lanzó a él. Recorrió los primeros veinte metros salpicando agua a raudales. Las ruedas se hundieron en un líquido oscuro y frío. Avanzaba más despacio. El agua cubría los bajos de la moto y le llegaba a los tobillos. El motor empezó a pistonear. Cual bestia herida, el escúter avanzaba a trompicones, con un petardeo desesperado. Fabrizio imploraba entre dientes:

—¡Va, coño, me cago en la puta! Venga, que tú puedes...

Pero, con un último estertor, la moto murió en el punto más profundo.

Fabrizio Ciba desmontó maldiciendo. El agua le llegaba por encima de los tobillos. Los pies le chapoteaban en los zapatos. Empezó a darle patadas a la moto. Parecía mentira que la humanidad, la mecánica y la naturaleza se hubieran puesto de acuerdo para, en cuestión de cuarenta minutos, hacerle la vida imposible.

Los coches, llenos de monstruos rapados y tatuados que lo señalaban, movían la cabeza y se reían, pasaban por su lado y lo duchaban.

Se miró. La chaqueta parecía un poncho que chorreaba, los pantalones estaban perdidos de barro.

Cabizbajo, temblando, sacó la moto del charco. El agua de lluvia se le colaba por el cuello y resbalaba espalda abajo y por entre las nalgas. No sentía los pies. Abandonó la moto y echó a andar.

Suerte que su agente no vivía lejos. Pasaría la noche en su casa. Le pediría que le preparase una manzanilla con miel, se tomaría un par de aspirinas, se dejaría sosegar y mimar, y se dormiría aferrado a las tetas calientes de ella, que lo arrullaría diciéndole que darían por culo a Martinelli.

Reconfortado por aquellos pensamientos, siguió avanzando contra el viento. La

lúgubre silueta de Castel Sant'Angelo se veía envuelta en agua. Cruzó el puente de los ángeles. El río crecido bramaba bajo sus pies y se encañonaba entre los pilares.

En la otra orilla había una pared de chapas que parecía una serpiente rechinante e inquieta. Las bocas de alcantarilla vomitaban torrentes de agua gris que fluían impetuosos por los bordillos. En las bocacalles que conducían al centro histórico había agentes de tráfico con impermeables amarillos y señales tratando de encauzar la afluencia de vehículos. Aquello parecía el éxodo de una ciudad tras una amenaza de bombas.

Abriéndose paso entre los coches, Fabrizio tomó la primera callecita que le vino a mano y salió a una plazuela. Allí había dos conductores disputándose un sitio libre a empujones, mientras las novias, rubias las dos, las dos vestidas como modelos de Versace, asomadas por la ventanilla, se desgañitaban diciéndoles:

—¡Enrico! ¿No ves que es un capullo? ¡Déjalo!

—¡Franco! Pasa de él, olvida al mierda ese.

Fabrizio pasó de largo y entró en via dei Coronari.

¡Qué pesadilla!

Pero se acabó; había llegado.

## 17

—¿Conque no quieres hacer el amor conmigo?

Serena abrió un ojo. Para conciliar el sueño se había tomado veinticinco gotas de somnífero. Irguió un poco la cabeza y vio la silueta oscura de su marido recortándose en el umbral del dormitorio.

—¿Qué quieres? —murmuró, notando el sabor dulzón de las benzodiazepinas en la lengua medio dormida—. ¿No ves que estoy durmiendo? ¿Quieres pelea?

—Has dicho que no quieres hacer el amor conmigo.

—Olvídalo. Déjame en paz, anda. —Y dejó caer la cabeza en la almohada. Pero, pese al sueño, una parte de su cerebro no dejó de advertir que Saverio había empleado un tono distinto, resuelto. Y no era típico de él afrontar las cosas de manera directa. *Estará borracho, el imbécil.* Y buscó en el cajón de la mesita el antifaz y los tapones. Se había pasado todo el día dando vueltas por Roma en busca de un torno de alfarero y estaba molida. No tenía ganas ni de reñir.

—Dilo, di otra vez si te atreves que no quieres hacer el amor conmigo.

—No quiero hacer el amor contigo. ¿Contento? —Encontró el antifaz.

—Prefieres que te follen los transportistas, ¿a que sí?

Eso ya era demasiado. No podía callarse. Se incorporó y replicó:

—¡A ti qué te pasa! ¿Cómo te atreves? Yo te... —Pero no pudo continuar porque, pese a que la luz del pasillo le daba en los ojos, le pareció que Saverio iba desnudo

y... *No, no es posible... ¡Si se ha rapado al cero!* Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—¿Sabes lo que me dicen cuando voy al almacén? Que podrías ser una actriz porno. Y en el fondo no se equivocan, vista la ropa que llevas. ¡Qué puta eres! Eres tan puta que dices que follar es vulgar, pero te operas las tetas. —Y se echó a reír destempladamente.

Serena estaba petrificada. Ni siquiera respiraba, el corazón le daba brincos en el pecho y la sangre le batía en las venas. Algo le pasaba a su marido. No era que de pronto se hubiera puesto celoso o se hubiera rapado el pelo, con ser éstos síntomas preocupantes. Lo que la aterraba era la voz. Le había cambiado. No parecía la suya. Sonaba profunda y siniestra. Y aquella risa páfida, de psicópata, de poseso.

Serena Mastrodomenico siempre había sabido que, el día menos pensado, su marido estallarí. Era un frustrado. Un hombre reprimido, siempre condescendiente, sumiso, amable con todos. A ella le gustaba así. Le recordaba esos jamelgos que se pasan la vida tirando del carro y recibiendo palos y mueren reventados de cansancio. Pero sabía que la procesión iba por dentro, que su marido era un resentido y se reconcomía noche y día. Ella se divertía pinchándole, para ver hasta qué punto tragaba. En diez años de matrimonio no había conseguido hacerle reventar.

*Y toca hoy, mierda.* Se acordó de una película que contaba la historia de un empleado modelo con una familia perfecta que, atascado un día en el tráfico, perdía los nervios y empezaba a matar gente con una escopeta de repetición. Su marido era de éstos.

Saverio se acercó a la cama despacio.

—Tú no me conoces, Serena. No tienes ni idea de lo que soy capaz. Crees que lo sabes todo, pero no sabes nada.

Al ver que su marido empuñaba el espadón, Serena profirió un grito y se pegó a la pared.

—¡Calla! ¡No grites, que despiertas a los críos! Y hablando de los críos... ¿Qué te crees, que no sé por qué quisiste la fecundación in vitro? No era por la edad. No creas que me tragué esa chorrada. ¡Es porque te doy asco! —Saverio enarboló la espada, irguiéndose en toda su desnudez—. ¿Tanto asco te doy?

Serena Mastrodomenico no era una entendida en síndromes psicóticos, aunque había estudiado dos años de psicología. Pero la sabiduría popular aconseja dar la razón a los locos. Y ésa era la actitud que más convenía en aquel momento.

—No... No..., no me das asco —balbució, sorprendida de que le quedara aliento para hablar—. Escúchame, Saverio. Deja esa espada. Siento lo que te he dicho. —Tragó saliva—. Sabes que te quiero...

—No, por favor, eso sí que no me lo creo... ¡Ja, ja, ja! —la interrumpió él, presa de una risa convulsa—. ¿Que me quieres? Desde que nos conocemos, es la primera vez que me lo dices. Ni cuando te regalé la alianza me lo dijiste. Me preguntaste si se podía cambiar. —Volvió la cabeza hacia la ventana, como dirigiéndose a alguien que

hubiera allí—. ¿Ves? ¿Ves lo que hay que hacer para que te quiera tu mujer? ¡Y que luego digan que el matrimonio está en crisis!

Tenía que escapar. La ventana que daba al balcón estaba cerrada y las persianas bajadas. Y aunque hubiera podido salir por allí, era un tercer piso y abajo tenían la explanada de cemento del aparcamiento. Y si gritaba pidiendo ayuda, seguro que él la acallaba de un espadazo. Lo único que podía hacer era pedir clemencia y apelar al Saverio bueno de antes, que en algún sitio debía de estar oculto, dentro de la mente enferma de aquel esquizofrénico.

Pero eso era inconcebible. En cuarenta y tres años, Serena nunca había pedido clemencia. Ni siquiera cuando las monjas le pegaban con la palmeta en los nudillos. El carácter de Serena Mastrodomenico se había forjado en la rígida ética luterana de los Maestros de Hacha Tirolese. Su padre, que se había pasado la juventud trabajando de aprendiz en una carpintería de Brunico, le decía que las maderas nobles se romperán, pero no se doblan.

*(Y tú, mi vida, eres dura y noble como el ébano. Y no permitirás que nadie te tome por el pito del sereno. Ni tu marido. Prométemelo.)*

*Sí, papaíto, te lo prometo.*

¡E iba a pedirle clemencia a aquel mierda, a aquel fracasado, a aquel chupóptero, a aquel loco de Saverio Moneta, hijo de un modesto empleado de la Osram y de un ama de casa ignorante! A ella, que lo había pulido, que le había permitido meterse en su lecho, que había acogido su podrido semen para darle hijos, ¿la amenazaba ahora con una espada?

Echó mano del despertador de la mesita y se lo arrojó con rabia.

—¡Toma, cabrón! ¡Mátame! Mátame si tienes valor. No te tengo miedo, ¡gusano sin huevos! —Y le hizo señas de acercarse.

## 18

El edificio en el que vivía Margherita Levin Gritti era vetusto y señorial y tenía un gran zaguán.

Fabrizio Ciba pulsó uno de los timbres del interfono dorado. Sobre el objetivo de la cámara se encendió un pequeño foco. Dando diente con diente, esperó medio minuto y volvió a tocar. Miró el reloj. Pasaban diez minutos de la medianoche.

Por puro cálculo de probabilidades, pensó Fabrizio, era altamente improbable que la agente no estuviera en casa. No era posible que ocurrieran tantas desgracias seguidas. Hubiera sido como tirar los dados y que saliera diez veces siete.

Siguió tocando el timbre.

—¡Contesta! ¡Contesta! Despierta.

Y, gracias a Dios, contestó una voz:

—¿Quién es? ¿Eres tú, Fabrizio?

—Sí, soy yo. Abre —dijo al ojo de la cámara.

—¿Qué quieres a estas horas? —La voz estaba desconcertada.

—Deja que suba, estoy empapado.

Tras un momento de silencio, dijo la agente:

—No puedo... Esta noche no, perdona.

—¿No por qué? —Fabrizio no daba crédito a sus oídos.

—Lo siento...

—Mira, me ha pasado algo tremendo. Martinelli quiere echarme. Abre —le ordenó—. No quiero follar.

—Pero yo estoy follando.

—¿Que estás follando? ¡Imposible!

—¿Imposible por qué? ¿Por qué lo dices? —La voz de la agente se amoscaba.

—Por nada, por nada. En fin, no importa, abre de todas maneras. Te explico dos cosas, me seco y pido un taxi.

—Pídelo con tu móvil.

—Sabes que no tengo móvil. Oye, deja un momento de follar y luego sigues. ¿Qué más te da?

—Fabrizio, no sabes lo que dices.

Ciba se sintió acometido de una rabia visceral.

—Tú sí que no sabes lo que dices. ¡Mírame, coño! —Abrió los brazos—. Estoy chorreando, no quiero coger una pulmonía. ¡Me siento fatal! ¡Abre la maldita puerta, me cago en la puta!

—Llámame mañana por la mañana —replicó la agente con voz firme.

—¿Así que no me abres?

—No, no te abro.

Fabrizio Ciba explotó:

—¿Pues sabes lo que te digo? ¡Que te vayas a la mierda! Tú y la pobre poetisa esa, ¿qué te crees, que no sé que es ella? ¿Cómo coño se llama...? Como sea... ¡Que os den por culo a las dos, gordas, tortilleras de mierda! Estás despedida.

Y echó a andar dando puntapiés a los coches aparcados.

¡Qué mujer! ¡Qué leona!

Saverio Moneta siempre había sabido que su mujer tenía un par de huevos, pero no creía que tanto. Se batía incluso a riesgo de perder la vida. Por eso se había casado con ella. Su padre, su madre y todos sus parientes (incluidos los de Benevento, que sólo la vieron una vez) supieron que no era mujer para él; que era una niña mimada

que lo sometería, lo pisotearía, lo trataría como a un criado. Pero él no escuchó a nadie y se casó.

Le puso la espada en la garganta.

—¿Así que no tienes miedo?

—¡No! ¡Me das asco! —le escupió Serena.

Saverio se limpió la mejilla sonriendo.

—Conque te doy asco... —Introdujo la punta de la Durandarte en el primer ojal del camisón y con un golpe seco hizo saltar el botón.

Serena, hecha un ovillo, parecía dispuesta a arañarlo con sus uñas pintadas de rojo.

—Te mato. —Saverio hizo saltar el segundo botón del camisón. Las tetas, gordas como melones, con los pequeños y oscuros pezones endurecidos por el miedo, se mostraron en todo su sintético esplendor.

—¿Qué haces? ¡Asqueroso! Ni se te ocurra —susurró Serena, con unos ojos entornados que parecían dos rayas negras.

Saverio le puso de nuevo la hoja en la garganta y la obligó a recostarse contra la cabecera de la cama.

—¡Calla! ¡No hables! No quiero oírte.

—Das asco.

Saverio la cogió del pelo y le hundió la cabeza en la almohada, arrojó la espada y con la mano derecha le apretó el cuello, como se hace con las serpientes venenosas; por fin se dejó caer sobre ella con todo su peso.

—¿Y ahora qué? Ahora ya no puedes moverte. Ni puedes gritar. ¿A que tienes miedo? Di que tienes miedo.

Serena no daba su brazo a torcer:

—A mí nadie me da miedo.

Saverio notó que tenía una violenta erección y que la deseaba locamente.

—Ahora verás... —Le arrancó las bragas y le dio un mordisco en una nalga—. Ahora verás quién manda aquí.

De la almohada salió una exclamación ahogada:

—¡Inténtalo y juro por nuestros hijos que te mato!

—¡Pues mátame, mátame si quieres! Total, para lo que me importa esta vida de mierda. —Le abrió las piernas y le metió la mano entre los muslos, se hizo espacio y la penetró de una, hasta el fondo de aquellas entrañas ardientes.

Serena se revolvió como una gata furiosa, liberó un brazo y le propinó un zarpazo en el costado que le dejó cuatro arañazos sangrantes.

—¡Me estás violando, cerdo! Te odio... No sabes cuánto te odio...

Saverio, enardecido por el dolor, arremetía más y más fuerte. Se mareaba, le zumbaban los oídos.

Serena había conseguido levantar la cabeza de la almohada y gruñía:

—¡Para! Me das asco... Me haces... —Pero se interrumpió, y enarcando la

espalda se ofreció más.

Saverio supo que había vencido. La muy puta estaba gozando. ¡Era su día!

Pero había un problema. A aquel ritmo frenético no aguantaría mucho. Sentía que el orgasmo le corría por los tendones de las piernas, le tensaba los músculos de los muslos y, ajeno a su voluntad, se dirigía derecho al ano y a los testículos. Pensó en Sting: el hijoputa de Sting podía follar cuatro horas seguidas sin correrse. ¿Cómo lo hacía? Recordó que el artista inglés declaró en una entrevista que seguía una técnica aprendida de unos monjes tibetanos... Al parecer era cosa de la respiración.

Apoyando una mano en la paletilla de su mujer y la otra en la pared, empezó a inspirar y espirar como si fuera una bomba, procurando aminorar el ritmo.

Debajo, Serena se retorció como la cola mutilada de una lagartija.

La agarró de nuevo del pelo y le apretó una teta.

—¿Te gusta? ¡Dilo!

—No, no, no me gusta. Me da asco. —Pero no parecía que le diera asco—. Eres un cabrón, un cerdo cabrón. —Soltó un manotazo en el colchón y alcanzó el despertador, que rompió a cantar *She's Always a Woman* de Billy Joel.

Era otra señal inequívoca de que Satanás estaba de su parte. Saverio predicaba a sus discípulos el amor a los Sepultura y a los Metallica, pero secretamente adoraba al viejo Billy Joel. Nadie escribía canciones tan románticas.

Y siguió acometiéndola con renovado vigor.

—¡Te rompo!... Juro que te rompo. Toma esto, zorra. —Y le metió el dedo por el culo.

Serena se puso tensa, estiró las piernas y los brazos, irguió la cabeza, lo miró con una mueca de dolor y al fin se rindió suspirando con un hilo de voz:

—Me corro... Me corro, cabrón, maldito cabrón.

Saverio no se contuvo más; relajó los muslos y se corrió con la boca abierta. Exhausto, bañado en sudor, se desplomó sobre el cuerpo de Serena, hundió la cara en su pelo y dijo jadeando:

—¡Y ahora dime que me quieres!

—Sí, te quiero. Pero ahora déjame dormir.

Fabrizio Ciba renunció a encontrar taxi en Corso Vittorio Emanuele. La larga avenida estaba repleta de coches, que palpitaban con la música de sus potentes altavoces. En una esquina vio un bar iluminado y se metió en él.

Dentro hacía un calor asfixiante y flotaba un olor a sudor que mareaba. La gente abarrotaba el angosto recinto y bailaba subida a la barra y a las mesas, al ritmo de una salsa atronadora que tocaba una banda de caribeños posesos.

Se le plantó delante un tipo bajo con un flequillo rubio y una camiseta de tirantes que llevaba en la cintura una especie de canana de pistolero, con vasitos en lugar de balas, y en la mano una botella.

—Vaya facha. Tómate un buen tequila, bang, bang; te sentará bien.

Fabrizio se tomó uno de un trago. El alcohol le caldeó las heladas entrañas.

—Más.

El camarero le sirvió otro, que también apuró de un trago.

—¡Ahhh! Mejor. ¡Otro!

—¿Seguro?

Fabrizio contestó que sí; puso en la barra un billete de cincuenta euros empapado.

—Sirve y calla.

El camarero sacudió la cabeza pero obedeció.

Se sopló el tequila con una mueca de asco. Miró al muchacho y le dijo:

—Soy Fabrizio Ciba y tengo un... —Se interrumpió. En los ojos del enano se pintaba un vacío sideral: no tenía ni la más remota idea de quién era Fabrizio Ciba. Lo miraba como miraría a un vagabundo borracho—. ¿Hay por aquí un teléfono?

—Aquí no. En piazza Venezia habrá cabinas.

De acuerdo, se dijo el escritor; debía recurrir al método que usaba con los tontos.

—Mira, te doy otros cien euros si me llevas a via Mecenate. No queda lejos, pasado el Coliseo.

El del flequillo se encogió de hombros.

—¡Ojalá pudiera! Pero tengo que trabajar.

—¡No seas tonto! ¡Tampoco te pido nada del otro mundo!

El camarero sirvió un chupito y lo dejó en la barra con brusquedad.

—Toma, a éste invita la casa, pero luego, aire. De buen rollo.

Fabrizio apuró el chupito y se limpió la boca con la manga.

—Aquí nadie ayuda al que está jodido, ¿eh? —Retrocedió dos pasos y pisó a alguien.

—¡Ay! —se quejó una voz femenina—. ¡El idiota este me ha pisado el dedo gordo!

Fabrizio quiso mirar a la desconocida pero las luces de la barra lo deslumbraban. Levantó la mano en señal de excusa pero una voz masculina le ladró:

—¡Vale, tío!... Ya la has jodido. ¿Ves lo que le has hecho?

—¿Y qué? No lo entiendo... ¡Si es un callo!... ¿No se supone que los callos no duelen? —Cerró los ojos, advirtió que la música había cesado—. Supongo que ninguno de los señores... —No pudo continuar. Tenía que sentarse. Abrió los ojos y el local y todas aquellas caras borrosas empezaron a dar vueltas—. ¡Qué horrible es vuestro mundo...! —balbució; quiso cogerse del camarero y se desplomó entre las piernas de la gente.

—¡Echad a ése!

—¡Ya está bien!



—¡Siempre la misma historia!

—Está bien... —Se levantó, ayudado por alguien.

Y sin darse cuenta se halló en la calle, bajo la lluvia. El frío y el agua lo despabilaron, recobró cierta lucidez. Andaría aquel kilómetro y medio bajo la lluvia.

Llegó a la piazza Venezia casi sin ver, con las piernas temblando, y la cruzó sin preocuparse de los coches que pitaban y frenaban en seco. Se halló ante la via dei Fori Imperiali; parecía infinita. Allá al fondo, como un espejismo, relucía, envuelto en agua, el Coliseo. La lluvia fustigaba los característicos adoquines romanos, que reverberaban con los faros de los coches.

Sólo tenía que seguir recto.

*Pero tengo que vomitar.*

Iba pensando en el sinvergüenza de Gianni, que le daba una cuchillada por la espalda; en la zorra de su agente, que no le había dejado subir, y en los mierdas del bar.

*Mañana... me busco otro agente... y envío un buen email... a la editorial.*

Veía el Coliseo más y más cerca; parecía un enorme panetón iluminado.

Aunque estaba agotado, Fabrizio sacó fuerzas de flaqueza y aceleró el paso.

*Dejo Martinelli.*

Sintió que le faltaba el aire y como si una garra helada le desgarrase el pecho.

*¡Dios...!*

Miró al cielo, alargó la mano como para agarrarse a algo, tropezó y tuvo la impresión de que la acera se plegaba y le golpeaba en el pómulo.

Se dio cuenta de que estaba tirado en el suelo, a punto de desmayarse. La punzada de dolor se había extendido al brazo izquierdo. Vomitó un líquido ácido y alcohólico que se diluyó en un charco.

*Infarto.*

La cabeza se le antojaba una bola en llamas. Los oídos le zumbaban ensordecedores. El Coliseo, la calle, las luces, la lluvia, le daban vueltas fundidos en espirales luminosas.

Intentó levantarse, pero las piernas no lo sostuvieron y se desplomó de nuevo. Entonces se arrastró hacia la acera, sintiendo pasar al lado los coches que ni siquiera reducían. Levantó una mano y susurró:

—¡Ayuda! ¡Ayuda! Por favor... ¡Ayudadme!

Fabrizio Ciba, el escritor del superventas mundial *La fosa de los leones*, el presentador del programa cultural *Crimen y castigo*, el tercer hombre más sexy de Italia según la revista *Yes*, comprendió que nadie pararía a socorrerlo, que moriría en medio de su propio vómito, al pie de los Foros Imperiales. Se imaginó la foto de su cuerpo tendido en el suelo, con las ruinas romanas al fondo.

*Saldrá en todos los periódicos. ¿Qué escribirán? Como Janis Joplin.*

El brazo le cayó blandamente al suelo. Allí quedó Fabrizio, preguntándose por qué, por qué le pasaba a él.

*No he hecho nada malo.*

Todo se le volvía más y más borroso. No veía más que puntitos de color lila. Recostó la cabeza y cerró los ojos.

## 21

El matrimonio Moneta yacía en la cama. Fuera, el temporal empezaba a amainar. Saverio miró a su mujer: dormía dándole la espalda, con el antifaz puesto.

Serena le había dicho que lo quería después de hacer el amor. No debía creérselo. Serena era menos de fiar que un escorpión. Para obligarla a decirlo había tenido que violarla.

*Pero al final se ha corrido.*

Era una debilidad de Serena que le costaría cara.

*Mañana, cuando recapacite, se pondrá hecha una fiera. Se volverá más egoísta, prepotente e insensible. Hasta podría contárselo al viejo.*

Con todo, no podía odiarla. Le había costado trabajo no decirle: «Yo también te quiero. ¡No sabes cuánto! Más que nada en el mundo.»

Pero ahora, en frío, pensaba de otra manera. Aquel *no* seguía rondándole la cabeza. El estadio de gusano sin huevos se había acabado. La metamorfosis se había consumado y ahora no tenía más que desplegar las alas y echar a volar.

Había hecho una promesa a las Bestias y la mantendría. Sacrificarían a Larita a Satanás y se convertirían en la secta más famosa del mundo. Ya demostraría Saverio Moneta a todos qué clase de enfermo mental era él.

Los arrestarían, eso era seguro. Y la idea de pasarse el resto de su vida en la cárcel lo aterraba. Había gente malísima allí dentro. Asesinos, mafiosos, verdaderos psicópatas. Aunque, claro, él entraría en la cárcel como Mantos, el señor del Mal, el monstruo que le había cortado la cabeza a la cantante Larita y se había bañado en su sangre, y seguramente le tendrían miedo y no se meterían con él.

*Aunque... quizá no... ¿Y si son todos fans de Larita, y me liquidan como al pobre desgraciado de Jeffrey Dahmer?*

Sí, ir a la cárcel era una putada.

*A menos que...*

Sonrió en la oscuridad. ¡Tenía una idea!

Saltó de la cama, abrió el armario, cogió un chándal negro que había comprado pensando en ir a correr, lo que nunca hizo, se lo puso, se encasquetó la capucha, y salía de la habitación cuando oyó que Serena mascullaba:

—¿Adónde vas?

—Tú duerme.

—¿Necesita ayuda?

... ¿Qué?

—¿Me oye? ¿Me oye?

... ¿Qué? ¿Quién?

—¿Se encuentra bien?

*Una voz. Una mujer.*

Fabrizio Ciba abrió los ojos con esfuerzo.

—Me siento mal... Ayúdeme... Por favor. —Asió el tobillo de una figura negra que tenía enfrente.

—¡Válgame Dios! Si es usted... el escritor... ¡Claro, Fabrizio Ciba! ¿Qué hace aquí tirado? ¡Qué emoción conocerlo!

—Sí... Ciba... Soy yo... ¡Soy Fabrizio Ciba! Por favor, ayúdeme, lléveme...

—¿Al hospital?

Con la poca lucidez que le quedaba, Fabrizio comprendió que si lo llevaba al hospital acabaría siendo noticia en todos los periódicos, y lo tildarían de borracho o cosas peores.

—No, no, a mi casa, lléveme a mi casa... Via Mecenate...

—Ya, ya, ahora mismo. Que sepa que es usted mi escritor preferido, mucho mejor que Saporelli. He leído todos sus libros. *La fosa de los leones* me ha encantado. ¿Puedo pedirle un autógrafo? Aunque no tengo el libro aquí.

Fabrizio sonrió. ¡Cuánto amaba a sus lectores!

—Ahora lo monto en mi coche.

Notó que lo cogía por las axilas. Vio un coche con las puertas abiertas. Se dejó arrastrar y ayudar a subir en los asientos traseros.

*Sigo siendo el mejor, no estoy acabado...*, se dijo antes de perder el conocimiento.

Zombi, Murder y Silvietta se encontraban en vena cinéfila.

Estaban arrellanados en el sofá pasándose un chilum hecho con una botella de agua mineral en cuyo culo se veía una solución grisácea de vodka y humo, y que tenía un agujero por el que habían introducido el canuto de un Bic con un porro de dos papeles. Acababan de ver *El exorcismo de Isabella* y estaban entusiasmados; los tres pensaban que era superior a la tan aclamada *El exorcista*: para empezar, estaba basada en hechos reales, y para ellos las historias basadas en hechos reales eran mejores que las inventadas. Luego, arrancaba con una escena estupenda: Isabel, la

hija de una familia pobre de campesinos tejanos, se comía un conejo vivo. Era una película original y llena de frescura, y se veía que tanto el director como los actores habían dado lo mejor de sí, a pesar de ser una producción de bajo presupuesto.

Silvietta empezó a liar otro porro; era la liaporros oficial del grupo.

—¿Y tú crees, Zombi, que es también mejor que *La profecía*?

Zombi bostezó.

—Buena pregunta... No sabría decir...

Silvietta también bostezó.

—Vaya colocón llevo. Este chocolate es la hostia.

Murder se incorporó y se desperezó.

—¿Y si nos fuéramos a acostar?

La vestal lamió la tira de cola del papel y con un movimiento técnico selló el porro y lo encendió.

—Vale, fumémonos el peta de las buenas noches. —Y empezó a ordenar los CD de heavy metal, las revistas de tatuajes y las bolsas pringosas de flores de calabaza fritas y olivas ascolanas que había esparcidas por el suelo. Cuando fumaba mucho hachís, le entraba el síndrome del ama de casa—. Zombi, ¿por qué no te quedas a dormir?

—Pues... No sé... Mejor que no —dijo Zombi, buscando las botas—. Mañana por la mañana tengo que acompañar a mi madre a hacerse un análisis.

No era cierto; pero le tocaba dormir en aquel sofá que tenía los muelles descompuestos y además le jodía hacer siempre de tío sin mujeres, lo que en verdad era. Aquellos dos decían que detestaban a los enamorados, a las parejitas pegajosas y todas esas tonterías románticas tipo día de San Valentín, pero en cuanto podían iban a la suya y pasaban de él.

¿Qué les costaba dejarle dormir con ellos en la cama? No es que quisiera hacer un *ménage à trois* (aunque tampoco le importaría, la verdad), pero ¿no habían hecho el juramento de hermandad satánica? Y, por cierto, no entendía qué le encontraba Silvietta a aquel burro de Murder. Él era mil veces más interesante. Sí, vale que tenía el problema de la esofagia gástrica, pero con la medicación casi se le había ido.

Zombi encontró una bota.

—No... Mejor me voy.

Murder se levantó con sus cien kilos de grasa y abrió el frigorífico de la diminuta cocina.

—Tú mismo.

Silvietta abrió la ventana para ventilar el cuarto. Ya casi no llovía. Se quedó un momento contemplando la noche y luego se volvió y preguntó:

—¿Qué creéis vosotros que va a proponernos Mantos?

Murder sacó un frasco de mayonesa y lo examinó.

—Yo creo que ni él mismo lo sabe, no le quedan ideas. ¿Os habéis fijado en la cena? Estaba como un flan... Ya os dije que tendríamos que habernos pasado a los

Hijos del Apocalipsis, como Paolo. ¡La de orgías y sacrificios que habrán hecho ya!

Zombi se ató los cordones.

—Están en Pavía. Muy lejos. Y yo tengo que trabajar.

Murder metió un dedo en la salsa amarilla y se lo llevó a la boca.

—Que no te enteras, tío. Los Hijos del Apocalipsis organizan raids los fines de semana. Tú sales el viernes, vuelves en tren el domingo por la noche y el lunes estás trabajando.

Silvietta se arregló el pelo.

—Es verdad... Pero ir y venir te cuesta una pasta.

Zombi se rascó la mandíbula.

—Y más os digo: Saverio no tiene el carisma de Kurtz Minetti, y no digamos de Charles Manson. Admitámoslo: ¡las Bestias de Abadón están muertas!

—Nunca nacieron —lo corrigió Murder.

—¡No! No es verdad. —Silvietta vertió un chorro de lavavajillas en el fregadero —. Saverio está pasando una mala racha, ya sabéis los problemas que tiene en casa. Yo confío en él, nunca lo abandonaré. Si no hubiera sido por él, yo nunca habría entrado en las Bestias y no os habría conocido. Además, estábamos de acuerdo en darle otra oportunidad.

—Sí... Es verdad. Se lo debemos —dijo Zombi, poco convencido.

Sonó el interfono.

Murder miró a los otros dos:

—¿Quién pelotas...?

Silvietta resopló.

—Será la vieja de abajo.

—¿Y qué quiere?

—Dice que cuando hablamos se oye todo. El otro día, en la reunión de la comunidad, no hizo más que quejarse.

Murder bajó la voz:

—¿Y qué quiere qué hagamos? ¿Que nos estemos callados?

—No. Pero Murder, amor, te he dicho mil veces que hables más bajo.

—¿Yo? Aquí el único que habla alto es él.

Zombi se llevó la mano a la frente:

—Ea, la culpa siempre es mía.

Sonó de nuevo el interfono.

Silvietta se acercó al aparato.

—¿Qué hago? ¿Contesto? ¿Y qué le digo?

Murder se encogió de hombros.

—Dile que no nos toque las pelotas.

Silvietta dio un suspiro y descolgó el auricular.

—¿Sí? —Escuchó un momento y apretó el botón—. Vale, abro.

Murder escondió a escape el chilum.

—¿Eres tonta? ¿Y la dejas subir?

Silvietta abrió la puerta.

—Es Saverio.

Un minuto después se presentaba el líder de las Bestias de Abadón. Vestía de negro, llevaba unas gafas de sol puestas y el pelo cortado al rape.

Zombi le fue al encuentro.

—Saverio, ¿qué te has...?

Mantos le impuso silencio, se quitó las gafas con ademán teatral y los miró uno a uno:

—Sé que pensáis que el gran Mantos está acabado, que la familia y el trabajo lo han entontecido...

Murder humilló la cabeza con aire culpable.

—Precisamente tú, Murder —le dijo mirándolo con decepción—, que fuiste el primero al que di a leer las Tablas del Mal, que ni siquiera sabías cuáles son las cortes satánicas, tú no confías en tu maestro. Lo que une a esta secta es la fe en el Maligno. No olvides que es muy difícil entrar y muy fácil salir.

—Hombre, no, Saverio —balbució Murder—, no me digas eso... Tú sabes que...

El líder de las Bestias de Abadón se asomó un momento por la ventana.

—Desde hoy —dijo mirándolos de nuevo fijamente— Saverio Moneta no existe, ha muerto esta noche de tormenta. Desde ahora sólo existe Mantos, el sumo maestro. ¿Qué día es hoy?

—Es 28 de abril, creo —respondió Silvietta.

—Recordad esta fecha. Este día hará época. Las Bestias salen de las tinieblas a la conquista de la luz. Este día pasará a la historia satánica y el mundo cristiano la recordará con horror. —El líder de las Bestias alzó los brazos—. Soy el padre carismático. Soy el lobo que siembra la muerte en el rebaño del Buen Pastor. ¡Soy el que ha tenido la Idea!

—Sabía que era grande —les dijo excitada Silvietta a los otros dos—. ¿Lo veis? Os lo había dicho.

—¡Habla, Mantos! —Murder extendió la mano hacia el recobrado padre carismático.

El líder bajó los brazos, sacó del bolsillo del chándal un CD y lo arrojó sobre la mesa que había delante del sofá.

Zombi dio un salto atrás como si hubiera visto una tarántula.

—Hostias, ¿un puto CD de Larita?

Mantos señaló el compacto.

—¿Sabéis dónde lo grabó? En Lourdes. ¿Y sabéis que su canción *King Karol*, dedicada a Wojtyia, lleva meses en los primeros puestos?

Murder hizo una mueca de asco.

—Traidora, se ha convertido al cristianismo. Es una enemiga de Satanás.

Silvietta se sentó en las piernas de su novio.

—Pero hay que entenderla. En *Gente* leí una entrevista en la que explica por qué abandonó a los Lord of Flies. Empezó a salir con Rotko, el cantante de los Remy Martin, y se metieron en la droga. Él sigue siendo un drogata, pero ella entró en la comunidad del cura Toniolo, tuvo una iluminación, dejó las drogas y se pasó a la música pop...

—Larita —la interrumpió Mantos— morirá a manos de las Bestias de Abadón. Ésa es la misión.

Se hizo un silencio sepulcral. En algún sitio aulló un perro.

Zombi empezó a rascarse la cabeza; Silvietta, a morderse las uñas. Murder se limpió las gafas con la camiseta y dijo:

—Eso es cosa seria, pero muy seria. No me lo esperaba.

—¿Y cómo lo hacemos? ¿Tienes algún plan? —preguntó Zombi.

Mantos bajó los brazos.

—Claro. Mañana hay en Roma una fiesta a la que están invitados todos los famosos de Italia. En esa fiesta actuará Larita. Nosotros trabajaremos de camareros. En el momento oportuno secuestraremos a Larita y derramaremos su sangre.

—Pero primero nos la tiramos, ¿no? —preguntó Zombi visiblemente excitado.

—Claro, antes toca orgía satánica. Pasado mañana las Bestias de Abadón saldrán en todos los periódicos del mundo. Esto es serio, no es como decapitar a una monja. Seremos héroes para los satánicos y enemigos para el resto del mundo.

Zombi se acariciaba el cuello.

—Pero nos pillarán seguro, Saverio. Y yo no quiero ir a la cárcel.

Mantos lo negó moviendo la cabeza.

—No irás.

—¿Cómo que no?

—Tranquilo. —El líder de las Bestias dio media vuelta lentamente, se puso en jarras y añadió—: Nunca nos pillarán, porque nos suicidaremos.

Las Bestias se observaron en silencio.

—Eh, un momento, Saverio —dijo al cabo Murder—, ¿no lo dirás en serio? ¿No es llevar las cosas demasiado lejos?

—En primer lugar, no volváis a llamarme Saverio. En segundo lugar, no temáis, la muerte será un licor dulcísimo para nosotros. Nos sentaremos a la derecha de Lucifer. —Mantos levantó los brazos—. Ahora arrodillaos y rendid honores al padre carismático.

Los tres se hincaron de hinojos.

Mantos se inclinó, tocó la cabeza de sus tres adeptos y con los ojos desorbitados rompió a reír.

## Segunda parte

### La fiesta

Soy un gran farsante que finge alegría.

TIZIANO FERRO, *A mi edad*.





*Cuando comen al aire libre los romanos suelen debatir cuál es el parque más bonito de la ciudad. Al final, como no podía ser menos, se disputan el podio Villa Doria Pamphili, Villa Borghese y Villa Ada.*

*Villa Doria Pamphili, en Monteverde, es el parque más extenso y escenográfico; Villa Borghese, en el centro de la ciudad, el más famoso (¿quién no conoce la terraza del Pincio, desde la que se goza de una inolvidable vista del centro de Roma y de la piazza del Popolo?); Villa Ada es, de las tres, la más antigua y salvaje.*

*Al modesto entender del autor de esta historia, Villa Ada se lleva la palma. Es un parque vastísimo, de cerca de ciento setenta hectáreas de bosque, prado y matorral comprendidas entre via Salaria, el viaducto de Olimpica y el centro deportivo de Acqua Acetosa. Aún lo pueblan ardillas, topos, erizos, conejos, puercoespines, garduñas y una rica variedad de aves. Quizá debido a su total abandono y falta de cuidado, en cuanto entra uno en él tiene la sensación de hallarse en pleno bosque. La ciudad y sus ruidos se desvanecen y todo son pinos centenarios, bosquecillos de laurel, senderos fangosos que serpentean entre zarzamoras tupidas y troncos caídos, campos de ortigas y grandes prados y herbazales. Entre la espesura se entrevén viejos edificios cubiertos de hiedra, fuentes levantadas por higueras silvestres y búnkers que no se sabe para qué servían. Quien no conozca bien el parque, mejor hará en no aventurarse en él solo, pues podría perderse durante varios días. Y en el subsuelo se hallan las catacumbas de Priscila, en las que los primeros cristianos sepultaban a sus muertos.*

*Al norte, a orillas de un gran lago artificial, se eleva una colina arbolada, Forte Antenne, así llamada porque a finales del siglo XIX el ejército italiano la fortificó para defender la ciudad de los franceses. Cuando Roma no existía, en aquel punto se asentaba ya la antigua ciudad de Antemnae, nombre que, según el historiador romano Varrón, deriva de ante amnes («frente a los ríos»), porque allí confluyen los ríos Aniene y Tíber. Desde este enclave dominaba la ciudad el tráfico fluvial que iba a la isla Tiberina. En 753 a. C., Rómulo la tomó, a sus habitantes se les concedió la ciudadanía romana y sus tierras fueron colonizadas. En el siglo III la ciudad decayó y fue abandonada. En las cimas de Antemnae, en la época de la decadencia de Roma, se establecieron los godos de Alarico que, procedentes del norte, se disponían a conquistar la ciudad. Nada más sabemos durante siglos, y hemos de esperar al XVII para conocer que la zona, distante aún de la ciudad, era propiedad agrícola del Colegio Irlandés. Años después, en 1783, la compró el príncipe Pallavicini, que*

construyó una villa. A mediados del siglo XIX, la propiedad pasó a manos de los príncipes Potenziani, y en 1872 la adquirió la familia real, que hizo de ella su residencia romana. Víctor Manuel II, amante del arte venatorio, compró los terrenos colindantes e hizo de la zona su coto de caza.

Su sucesor en el trono, Humberto I, prefirió trasladarse, con corte y todo, al Quirinal, y la villa fue vendida por quinientas treinta y una mil liras al conde suizo Telfner, administrador de los bienes reales, que la bautizó con el nombre de su mujer, Ada, de quien al parecer estaba perdidamente enamorado.

En 1900 el rey Humberto I fue asesinado por un anarquista. El sucesor, Víctor Manuel III, decidió habitar de nuevo en la villa del abuelo, que fue así residencia oficial de los monarcas hasta 1946, año en que, con la caída de la monarquía, el rey y sus parientes se vieron obligados a exiliarse.

El parque pasó a ser propiedad del Estado italiano, a excepción de Villa Reale, que los Saboya regalaron al gobierno egipcio en pago de la hospitalidad recibida durante su exilio de 1946. El edificio se convirtió en la embajada de Egipto.

El Estado hizo de Villa Ada un parque municipal. Se trazaron nuevas alamedas y paseos, se habilitaron rutas deportivas, se crearon lagos artificiales y se plantaron muchas especies de árboles foráneos.

En 2004, para llenar las vacías arcas municipales, el ayuntamiento de Roma puso a la venta el parque por la astronómica cifra de trescientos millones de euros.

La subasta tuvo lugar en el Campidoglio el 24 de diciembre, ante la protesta de los ciudadanos de Roma, furiosos por lo que ha pasado a los anales capitolinos con el nombre de «el gran robo». Pujaron personajes y entidades de primer orden, como el miembro de U2 Bono, el empresario ruso Román Arkádievich Abramovich, Paul McCartney, Air France y una serie de bancos suizos.

Contra todo pronóstico, el parque acabó adjudicándose, por la cantidad de cuatrocientos cincuenta millones, a Salvatore Chiatti, alias Sasà, un empresario campano de origen oscuro que en los años noventa logró amasar una inmensa fortuna en bienes inmuebles, y que estuvo en la cárcel por evasión fiscal y hurto de ganado, hasta que se le concedió el indulto y fue puesto en libertad.

Días después de la subasta, en una entrevista para el periódico *Il Messaggero*, el empresario justificó así la compra: «De pequeño, mi madre me llevaba siempre al parque. La he comprado por nostalgia.» Era mentira: Chiatti pasó su infancia en la localidad campana de Mondragone, trabajando en el taller de su padre, mecánico. A la pregunta del periodista sobre qué pensaba hacer con el parque, contestó:

«Será mi residencia romana.»

Durante un par de años el parque estuvo cerrado. Los habitantes de la zona crearon una plataforma para pedir su restitución a la comunidad, arguyendo que Chiatti la había comprado con fines especulativos y estaba buscando socios extranjeros para convertirlo en un área residencial, con campos de golf, club de equitación y una pista para coches de carreras.

*Las obras empezaron en 2007. Elevaron los muros perimetrales a una altura de diez metros, los remataron con alambre de espino y construyeron, cada cincuenta metros, torretas de vigilancia provistas de numerosas cámaras de vídeo.*

*La marquesa Clotilde, viuda del general Farinelli, que desde su ático de via Salaria atisbaba, entre las frondas de los árboles, un poco del parque, declaró a un periodista de la revista Panorama que veía un constante ir y venir de obreros y trabajadores que plantaban y talaban árboles, y que un día había visto dos jirafas y un rinoceronte. La mujer tenía setenta y ocho años y un principio de Alzheimer, y el periodista dio poco crédito a sus palabras.*

*Pero la señora tenía razón.*

*Sasà Chiatti había hecho hacer pantanos, ríos, arenas movedizas, y estaba repoblando el parque. Y había comprado osos, focas, tigres, leones, jirafas, zorros, loros, grullas, garzas, macacos, monos de Berbería, hipopótamos y pirañas de zoológicos desmantelados y circos del Este en quiebra, y los dejó sueltos por las ciento setenta hectáreas del parque. Nacidos y criados en cautividad, todos los animales eran mansos y dependían para su alimentación de la mano del hombre: vivían en un paraíso natural en el que las reglas elementales de la relación presa-predador no existían. Con el tiempo, aquella fauna heterogénea llegó a una especie de equilibrio. Cada especie se creó un nicho ecológico propio. Los hipopótamos se instalaron en el lago a cuya orilla se alzaba el viejo bar y allí se quedaron, los cocodrilos y las pirañas colonizaron el otro lago artificial, a un paso de columpios y toboganes. Los leones y los tigres se establecieron en el Monte Antenne. Los murciélagos australianos, alimañas de seis kilos, se adueñaron de las catacumbas. Y en la gran pradera que se extendía al pie de la ex embajada, pastaron ñúes, cebras, camellos y manadas de búfalos que Sasà mandó traer directamente de Mondragone.*

*La fauna aviar dio más problemas. Stefano Coppé, que yacía tendido en el suelo junto a su Burgman 250 tras ser embestido por un Opel Meriva en el cruce de las calles Salaria y Olimpica, vio evolucionar en el cielo una bandada de buitres y comprendió que la cosa se presentaba muy mal. En el balcón de los Rossetti, en via Taro, fue a anidar una pareja de cóndores que destrozaron a Anselmo, el gato atigrado que quiso defender el balcón desesperadamente. Los deportistas de Acqua Acetosa vieron milanos y lechuzas posados en los palos de las porterías de rugby. Al pescadero de via Locchi se le llevó una lubina de tres kilos un pigargo oriental. Sobre los parabrisas de los coches que circulaban por la circunvalación llovían cagadas de loros y tucanes.*

*La idea de Sasà Chiatti era sencilla y a la vez grandiosa: quería inaugurar la villa dando una fiesta tan exclusiva y magnífica que fuera recordada en las crónicas de los siglos futuros como el acontecimiento mundano más grande de la historia de la República italiana. Y con ello trocar su fama de turbio empresario de la construcción en la de millonario generoso y excéntrico. Quería que políticos, empresarios, gente de la farándula y del deporte acudieran a rendirle honores como*

los cortesanos del Rey Sol en Versalles. Pero para ello no bastaba una fiesta con música, bailes, bufé y cotillón; era preciso organizar algo muy especial, que dejara a todo el mundo con la boca abierta.

La idea se le ocurrió una noche viendo Memorias de África, con Robert Redford y Meryl Streep.

¡Un safari! Organizaría un safari sorpresa para los invitados. Mejor dicho, decidió en su megalomanía, no uno, sino tres: la clásica cacería inglesa del zorro, la cacería africana del león, con ojeadores negros, y la cacería hindú del tigre, sobre elefantes.

Y para que todo saliera bien, había que evitar que los preparativos trascendieran: a todos los guardas, trabajadores y miembros del personal les hizo firmar un contrato de confidencialidad.

Llamó al famoso cazador blanco Corman Sullivan, que tenía a gala el haber acompañado al escritor Ernest Hemingway a cazar en 1934. Sullivan tenía una edad indefinida que iba de los ochenta a los cien años, padecía cirrosis y llevaba veinte años viviendo en una clínica de las monjas misioneras de Manzini Town, en Suazilandia, pequeño estado lindante con Sudáfrica. Cuando llegó al aeropuerto de Fiumicino, el cazador, aquejado de diversas enfermedades pulmonares, tuvo que pasar tres días encerrado en una cámara hiperbárica en Civitavecchia, tras lo cual fue llevado en ambulancia a Villa Ada, donde pasó otros dos días en cama, expectorando sangre y mucosidades, víctima de un ataque de terciana maligna. Y por fin, cuando tuvo fuerzas para caminar, empezó el viejo borrachín a organizar las tres cacerías.

La del zorro no supuso grandes problemas. En las reformadas caballerizas de los Saboya tenía Sasà veinticinco purasangres lipizzanos, y en la perrera una jauría de beagles comprados a una empresa farmacéutica en quiebra. Tampoco resultó difícil organizar la cacería hindú; el empresario había comprado a los propietarios de un circo de Cracovia cuatro elefantes con dermatosis. Los problemas surgieron con los ojeadores negros de la caza del león. Al final hubo que contratar a treinta inmigrantes de Burkina Faso y de Senegal que acampaban en la estación Termini, y que, aunque no recordaban ya muy bien el arte venatorio del gran felino, prometieron que harían lo que pudieran, o que al menos saldrían vivos. De paso, en la misma estación contrató Sasà a unos filipinos para que guiaran los elefantes.

Pero el golpe de genio del empresario fue conseguir que patrocinara el safari el modisto Ralph Lauren, que eligió el caqui y el fucsia para los uniformes de caza.

También el catering debía ser cuidado al detalle. La mayor parte de las fiestas fallan en la comida, lo que echa a perder el resto. Chiatti no reparó en gastos y llamó a Zóltan Patrovič, el imprevisible cocinero búlgaro propietario del varias veces galardonado restaurante Las Regiones. Cada safari contaría con campamento y menú propios, y los manjares estarían en consonancia con cada tipo de cacería. En el campamento de la del zorro habría grandes mantas de cachemir sobre un prado de

*brezo, y los participantes comerían salmón, carne de caza y pudín, todo, claro está, con el particular toque de Zóltan Patrovič. Los participantes en la caza del tigre se alojarían en tres casas flotantes que Chiatti había traído del lago Dal, en Cachemira, y donde camareros sherpas servirían arroz basmati, pollo al curry y otras gollerías indostanas. Para el safari africano exigió Corman Sullivan cinco tiendas de campaña y lumbres en las que se asarían avestruces y corderos lechales.*

*La fiesta daría comienzo a mediodía y acabaría al amanecer del día siguiente. Por todo el parque habría tiendas para descansar, puntos de información y puestos de bebidas gratis.*

Éste era el programa de la fiesta que Salvatore Chiatti, Ingrid Bocutte, la gran organizadora de eventos vienesa, y Corman Sullivan confeccionaron después de seis días de reuniones.

## *Programa*

*12:30 horas Bufé de bienvenida*

*14:30 horas Discurso de Salvatore Chiatti a los invitados*

*15:00 horas Organización de los grupos de caza*

*Puesta de uniformes y reparto de armas*

*15:40 horas Salida de los safaris*

*16:00 a 20:00 horas Cacería*

*20:30 horas Llegada a los campamentos y cena*

*23:00 horas Regreso a Villa Reale*

*24:00 horas Pasta a la amatriciana de medianoche*

*2:00 horas Concierto de Larita en Villa Ada*

*4:00 horas Espectáculo pirotécnico a cargo de Li-Ming y*

*The Magic Flying Chinese Orchestra*

*4:30 horas Baile new y revival D J Sandro*

*6:00 horas Desayuno*

*7:00 horas Fin*

Fabrizio Ciba despertó convencido de que lo habían sacado de un ataúd. Abrió el párpado derecho y un rayo de sol le hirió la pupila. Cerró los ojos y se pasó la lengua, hinchada como la de un carnero, por los labios secos. Movi6 un poco la cabeza y sintió tal dolor, que no le quedó aliento ni para quejarse. Era como si una corriente alterna le entrase por los om6platos, le recorriese las vértebras cervicales, le atravesase la materia gris, le corriese por las sienes y los arcos superciliares y le llegase a los globos oculares. Se tocó el pelo y también le dolía. Se puso de costado para protegerse del sol. El est6mago se le contrajo y se le dilat6 expulsando garganta arriba una sustancia ácida que a punto estuvo de echar por la boca.

—Vale... Vale... Me quedo quieto... —murmur6 desesperado, y quieto se qued6, sintiendo en la parte superior corrientes eléctricas y ardores en la inferior.

*¿Qué me pasó anoche?*

Ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa. Se acordaba de que iba caminando borracho por los Foros Imperiales, de que llovía y de que las piernas le fallaron de pronto. Lo demás era oscuridad.

*Aunque ¿es ésta mi casa?* Miró penosamente a un lado y a otro, y vio que estaba en calzoncillos, tapado con una manta, en el sofá de su apartamento de via Mecenate.

Un viejo escritor alcohólico de Udine le había enseñado a preparar un mejunje de su invención para resacosos terminales. Aunque lo que en aquellos momentos sentía Fabrizio más parecían los síntomas de una operación cerebral que una resaca.

*Echa en un vaso de agua 3 Alka-Seltzer, 2 comprimidos de Serenase, 35 gotas de Novalgina, cómete un trozo de pan y acuéstate. Verás...*

Verás ¿qué?

No tenía en cuenta el escritor de Udine lo objetivamente difícil que era componer el cóctel galénico en las precarias condiciones en las que Fabrizio se encontraba. Como buenamente pudo, sin embargo, Fabrizio se levantó, cruzó el apartamento trastabillando, sujetándose donde podía, y en el baño, con grandes esfuerzos, prepar6 la poción. Se la tomó de un trago, eructó, fue al dormitorio, cerró las ventanas, descolgó el teléfono y se metió en la cama. El frescor de las sábanas, el olor a suavizante de la almohada y el peso leve del edredón fueron las únicas sensaciones agradables que tuvo desde que despertó. Fue como si la cama lo acogiese y protegiese de las maldades del mundo, como la concha al cangrejo ermitaño.

Durmió como muerto.

Despertó unas horas después. El cóctel y el sueño habían hecho su efecto, y aunque las sienes seguían palpitándole y tenía los miembros doloridos como si hubiera escalado el Monte Rosa, se sentía mucho mejor.

Paseó con paso tambaleante por el apartamento, procurando concentrarse. Lo primero era tomarse un café bien caliente y un buen bocadillo de jamón y queso, y darse una ducha.



Bajo el agua templada y con el estómago lleno, los fragmentarios recuerdos del día anterior se recompusieron. Tres eran los hechos principales:

- 1) Martinelli quería echarlo;
- 2) había mandado a tomar por culo a su agente, su única aliada;
- 3) había sufrido un amago de infarto, un ataque al corazón, o algo parecido.

El último punto era el que menos lo preocupaba. Como vivía crónicamente aterrorizado por médicos y dolencias, Fabrizio Ciba minimizaba los problemas de salud. La culpa la tuvieron aquellos tequilas bang, bang.

Los otros dos puntos, en cambio, lo angustiaban bastante. Debía trazar un plan de acción rápidamente. Tenía razón Gianni, ninguna otra editorial le pagaría lo que Martinelli.

Para aclararse las ideas, salió a la terraza y se acodó en la barandilla. El cielo soleado era una masa opalescente que gravitaba como gas fétido sobre la capital. El estruendo del tráfico también llegaba allí ensordecedor. Contempló allá abajo el Coliseo y el ir y venir de turistas, autobuses, centuriones y vendedores de chucherías. Pensó en la vida gris que llevaban aquellas gentes, saliendo a cenar una pizza, yéndose de vacaciones, pagando los plazos del coche, haciendo cola en correos; problemas comunes y corrientes.

*¡Qué suerte tienen! No sabían lo que era sufrir de verdad. ¿Por qué no trabajaré yo en una agencia inmobiliaria? Y librarme de este sinvivir que es la creación, de la responsabilidad de decir al prójimo cosas inteligentes. ¿Y si dejara de escribir?*

Pensó en Jerome David Salinger, el gran autor de *El guardián entre el centeno*. *Tú sí que eres grande, Jerome... Como yo, no escribiste más que tres libros. Como yo, escribiste una obra maestra, luego desapareciste y te convertiste en un mito. Eso tendría que hacer yo. Con los derechos de La fosa de los leones, teóricamente podría. Aunque, eso sí, moderando mi tren de vida.*

Entre pitos y flautas, Fabrizio Ciba gastaba al mes quince mil euros. De su última novela, *El sueño de Néstor*, publicado cinco años antes, se habían vendido menos de doscientos mil ejemplares, pero *La fosa de los leones*, una novelita de ciento veinte páginas, seguía siendo un superventas y le permitía darse la gran vida; se había traducido en medio mundo y la Paramount había comprado los derechos cinematográficos.

Con un poco de vista, tranquilamente podía vivir hasta los ochenta años sin dar golpe. Eso sí, tendría que dejar el ático de via Mecenate, vender el refugio de montaña que tenía en Mallorca y, sobre todo, si quería rodearse del halo de misterio que rodeaba a Salinger, dejar de conceder entrevistas... y renunciar a salir en la tele, ir a fiestas, follarse a tías...; en fin, que tendría que convertirse en un monje de clausura y retirarse a tocarse las pelotas el resto de su vida.

*Eso a lo mejor se puede hacer en América... La naturaleza, el desierto, los grandes espacios... Pero, en Italia, ¿dónde me meto? ¿En algún cuchitril de Boccea? Y luego solo, retirado, sin mujeres... A las dos semanas me pego un tiro.*

Afortunadamente, la palabra «mujeres» lo devolvió a la realidad.

Tenía que marcharse, ir a pasar unos días en Mallorca; allí, en soledad, retomaría la novela que había dejado interrumpida hacía...

El cerebro hizo un imperceptible clic, como si hubieran saltado los plomos. La idea desapareció como había aparecido y su atención volvió a Mallorca.

*Claro que solo...* ¿A quién podía llevarse? Necesitaba a una mujer que le excitase el amor propio, pero, cosa importantísima, no quisiera casarse, tener hijos y demás...

*Alice Tyler... La traductora.*

No, demasiado intelectual. Además, con lo mal que había quedado ante ella...

En cambio, en la universidad había una amplia gama donde elegir. Al menos siete estudiantes de su curso de escritura creativa estarían dispuestas a renunciar a sus derechos civiles con tal de pasar un fin de semana con él. Por si fuera poco, una de ellas, una tal Elisabetta Cabras, debía de ser una guarrona. De escribir no sabía un pijo, pero las escenas eróticas se le daban de maravilla. Se notaba que bebía en su experiencia. Se la imaginó paseándose desnuda por la piscina, con su par de tetazas y un Bloody Mary en la mano, en medio de la luz de un poniente balear.

Volvió dentro, se sentó al escritorio, cubierto de folios impresos, libros, fascículos encuadernados, latas de cerveza y ceniceros llenos de colillas, y empezó a buscar la tesina de Cabras, en la que seguramente le habría apuntado su número de móvil. Tocó sin querer el ratón del ordenador portátil y la pantalla se iluminó; lo que se leía era el comienzo del segundo capítulo de su nueva novela:

A diferencia de su familia, que hablaba el dialecto lento y arrastrado de Oristano, Vittoria Cubeddu tenía un acento italiano puro. La casa

Tres días había tardado en escribir aquellas frases, después de cambiar mil veces los adjetivos, desplazar los sustantivos, invertir los verbos. Las leyó a regañadientes y cerró el ordenador de un golpe. «¿Qué coño es esto? ¿Y esto quiere ser la nueva novela nacional? ¡Qué fiasco!» Y empezó a dar vueltas por el piso propinando puntapiés al sofá y a los pufs marroquíes. Por último, jadeando, se sentó en la cama. El dolor de sienes volvía a torturarlo. Tenía que reaccionar. Dentro de su ser, sepultado por un mar de necedades, seguía latiendo el espíritu del escritor que fue. Debía sacarlo a la superficie, hacer tabla rasa, dejar de beber y de fumar y ponerse a escribir con la entrega y el empuje del principio.

Aunque ¿cómo? En cuatro años había abandonado cinco novelas. La gran saga sarda, quizá la única obra que tenía sentido, era... nada, una tontería. Sí, tenía que irse unos días a Mallorca a purificar su mente.

Seguía buscando el teléfono de Cabras cuando sonó el teléfono fijo. Seguro que era algún pelma. Pero pensó que podía ser la tonta de su agente que quería pedirle perdón y decidió contestar.

—¿Sí? ¿Quién es? —dijo en tono ofendido.

—¡Ah, maricón!

Fabrizio cerró los ojos y se reclinó con el gesto del futbolista que falla un penalti.

Era Paolo Bocchi, el pelma por antonomasia. Por razones que no comprendía, aquel sujeto se empeñaba en rondarlo como un mosquito sediento de sangre. Bueno, en realidad una razón había: el doctor Paolo Bocchi tenía siempre a su disposición cualquier sustancia psicotrópica que la naturaleza y la química suministran al hombre.

*La verdad es que no me vendría mal un poco de hierba en Mallorca.*

—¿Qué, marica, cómo estás?

Si había algo que lo repateaba, eran las confianzas que se tomaba con él. Haber ido juntos al instituto San Leone Magno no le daba derecho a tratarlo con aquella familiaridad.

—Paolo, hoy no está el horno para bollos —respondió Fabrizio procurando mantener la calma.

—Dímelo a mí, que ya llevo dos narices y una liposucción. Estoy rendido.

El doctor Paolo Bocchi era médico jefe de la unidad de cirugía estética de la clínica San Roberto Bellarmino. Alumno del gran Roland Château-Beaubois, era considerado el mejor cirujano estético de Roma. Había devuelto la juventud a miles de vejestorios. Lo único malo es que le daba a la coca como un descosido.

—¡Lo he conseguido, tío! Me he acabado *La fosa de los leones*. ¿Qué puedo decir? ¡Genial!

—Felicidades, se publicó hace ocho años.

—No me explico cómo puedes meterte así en la cabeza de la gente... Es que ve uno a los personajes, te lo juro, mejor que una película. Las enfermeras no se creen que haya leído un libro...

—Ya —lo atajó Fabrizio—; verás, ahora estoy muy ocupado... Salgo para España y... Por cierto...

—¿Qué? —exclamó el otro—. ¿Y la fiesta de Chiatti?

Fabrizio se dio una palmada en la frente; había olvidado por completo la fiesta de Salvatore Chiatti, cuya invitación recibió hacía dos meses: un trocito de plexiglás cuadrado con letras en relieve doradas, estrictamente reservado.

Hacía un año que no se hablaba de otra cosa. Por lo que se decía, sería la fiesta más exclusiva e impresionante de las últimas décadas. Faltar a una cita como ésa era hacerle un flaquísimo favor a su condición de famoso. Pero no estaba de humor para mundanerías. Para dar la talla en un acto social de esa categoría debe uno estar en plena forma, lleno de ingenio y vitalidad. E ingenio y vitalidad tenía él en aquel momento tantos como un prófugo ugandés.

*Salinger. Piensa en Salinger.*

Fabrizio sacudió la cabeza.

—Bah, ¿la fiesta de ese especulador mafioso? ¡Nunca! Tonterías.

—Pero ¿qué dices? ¡No sabes lo que se ha gastado ese loco megalómano!

¡Millones! A una cosa así no se puede faltar. Va a ir todo el mundo, músicos, actores, futbolistas, políticos, modelos, ¡todos! Una fiesta de padre y señor mío. ¡Para una novela daría!

—Pero es que yo ya sé cómo son esas fiestas, Paolo. Acabas hasta los huevos. Además, lo que yo quiero evitar es ese tipo de protagonismo. Acuérdate de Salinger...

—¿De quién?

—No importa. En fin..., hablamos cuando vuelva.

—¿Estás seguro? —Paolo Bocchi no daba crédito a sus oídos—. Mira que te arrepentirás... Será..., cómo te diría... —El gran cirujano era un mago del bisturí, pero como orador resultaba un desastre—. ¿Es que no lo entiendes?... Se te abren de piernas. Dos días bebiendo y follando en el parque. Estás loco.

—Ya, ya... Pero es que tengo problemas en la editorial y no estoy de humor.

—Tranquilo, que del humor me ocupo yo. —Y rompió a reír con ganas.

—Paso, con eso he terminado.

—Bueno, allá tú. Pero para que te hagas una idea, actúa Larita. Es lo único que ha trascendido de la fiesta. ¿Te das cuenta?

—¿Larita? ¿La cantante?

—¡No, Larita la verdulera! La cantante, pues claro.

—¿Y?

—Ha ganado no sé cuántos Grammy y discos de platino.

Fabrizio estaba deseando colgar.

—Vale, Paolo, me lo pensaré, ahora tengo que dejarte.

—Sí, piénsatelo... Enfermera, a ver ese drenaje, que se nos hace de noche...

—Pero ¿dónde estás? —preguntó Ciba sorprendido.

—En el quirófano, pero no te apures que llevo auricular. Adiós, macho. —Y cortó.

Ciba volvió al salón para seguir buscando la tesina de Cabras, cuando reparó en un papel que había prendido de la lámpara del escritorio.

Buenos días, Fabrizio

Soy Lisa, la chica que te trajo anoche a casa. Perdona que te lo diga, pero estabas hecho un asco.

¿Cuánto bebiste? No sé lo que te pasó pero me alegro de haberte salvado yo. Así he tenido la suerte de verte en persona y comprobar que eres aún + guapo que en televisión. Podría haberme aprovechado de ti.

Te desnudé y te acosté en el sofá, pero soy una chica de las de antes y no hago ciertas cosas.

Además, estar aquí, en tu casa, en casa de mi ídolo, del número uno, ha sido increíble.

¡Qué pasada! No se lo creerá nadie. El brazo en el que me has firmado no me lo lavaré nunca. Espero que tampoco tú te laves el costado.

Fabrizio se levantó la camiseta y vio, justo encima de la nalga izquierda, los restos ilegibles de un número de teléfono.

—¡No! ¡La ducha!

Siguió leyendo.

No olvides que eres el mejor, los demás no te llegan ni a la suela de los zapatos.

Pero ya está bien de tanto piropo, que seguro que tienes mil como yo. Llámame si te apetece.

Lisa

Tres veces leyó Fabrizio Ciba la nota, sintiéndose cada vez más tonificado de cuerpo y de espíritu.

—Tú eres el número uno —se repitió todo satisfecho—: Eres el mejor, los demás no te llegan ni a la suela del zapato. Habría podido aprovecharme de ti. —Señaló la ventana y dijo—: Te quiero, dulce Lisa.

*Éste es Fabrizio Ciba, ¡joder!*

Tuvo el impulso infantil de escanear la carta y enviarla a esos cerdos de Gianni y compañía. Encendió el equipo de música y puso un viejo compacto de Otis Redding. Empezaron a latir los bafles Tannoy y a oscilar los medidores VU azulados de su viejo McIntosh, al son de *Try a Little Tenderness*.

Fabrizio adoraba aquella canción. Le gustaba porque empezaba despacio, tranquila, y luego iba poco a poco acelerando hasta alcanzar un ritmo frenético, contrapunteado por la voz ronca y pastosa del viejo cantante de Georgia.

El escritor tomó una cerveza del frigorífico y se puso a bailar por el salón en pelota picada, dando saltos como los que daba el gran Muhammad Ali antes de subir

al ring, y gritando al mundo:

—¡Sí, joder, joder! ¡Soy Ciba! ¡Soy el mejor!

Acabó subiéndose a la mesita Gae Aulenti y cantando con la lata a modo de micrófono. Cuando terminó la canción, se dejó caer en el sofá, exhausto. Estaba que echaba los bofes y tenía el estómago inflado como una bota, pero se sentía fuerte. No sería tan fácil acabar con él. No huiría a Mallorca con el rabo entre las piernas. Recordó al gran escritor Francis Scott Fitzgerald, que llevó un vida disipada, llena de fiestas glamurosas y mujeres de fábula.

Fabrizio Ciba volvía a ser el de siempre, el viejo combatiente.

Y se puso a buscar, entre los papeles y la correspondencia que se acumulaba en la mesa, la invitación a la fiesta.

## 25

El Ford Mondeo del líder de las Bestias de Abadón estaba en un atasco. Según el GPS, quedaba un kilómetro y medio para llegar a Villa Ada, pero los puestos de control de via Salaria habían creado retenciones en via Olimpica y via dei Prati Fiscali.

Mantos, al volante, observó a sus adeptos por el retrovisor. Se habían portado. Se habían quitado los piercings y se habían lavado, y Silvietta hasta se había teñido el pelo de negro. Sin embargo, llevaban callados desde que salieron, y se les veía muy serios y preocupados. Debía animarlos, ésa era la función de un líder.

—¿Qué, tíos? ¿Cómo estáis?

—Un poco nerviosos... —Murder tenía la boca seca.

Silvietta se mordía el labio.

—Ni en el examen de psicología general estaba yo tan nerviosa.

Mantos puso el intermitente, se detuvo en el arcén y se volvió a ellos:

—¿Confíaís en mí?

Zombi tenía la cara del color de una col hervida.

—Sí, maestro.

—Escuchadme bien. Como sabéis, es una misión suicida. Aún estáis a tiempo de volveros atrás. No obligo a nadie. Pero si decidís seguir adelante, debemos formar un equipo perfecto, funcionar como un reloj suizo. Tenemos que ser despiadados y tener fe en el Maligno que vela por nosotros. —Puso la radio y los coros de *Carmina Burana* llenaron el habitáculo: «O Fortuna, velut Luna statu variabilis, semper crescis aut decrescis...»

—¡Escuchadme! Somos los más malvados. Y quiero la cabeza de Larita. Ahí dentro nadie se esperará nuestro ataque. Esa gente viene a divertirse, a beber... Bajarán la guardia y entonces nosotros actuaremos. Zombi, ahí detrás hay una

alfombrilla de baño enrollada, cógela, pero con mucho cuidado.

El adepto tomó la alfombrilla enrollada del maletero y se la pasó a su líder, que la depositó en las rodillas y la desenrolló lenta y solemnemente.

Un rayo de sol atravesó la ventanilla e hizo brillar el acero.

«Vita detestabilis nunc obdurat et nunc curat», continuaba el coro con crescendo vertiginoso.

No sin esfuerzo, Mantos enarboló el arma por encima del reposacabezas.

—He aquí la exacta reproducción de la Durandarte, la espada de Roldán de Roncesvalles.

—¡Halaaa! —exclamaron a coro los adeptos—. ¡Qué pasada!

Saverio abrió la portezuela.

—Salgamos del coche.

—Espera, Sumo —dijo Silvieta, reteniéndolo por el hombro—, que pueden vernos.

—No importa. Nos tapa el coche.

Salieron las Bestias y se agacharon tras el Ford.

—¡Arrodillaos! —Saverio posó la hoja de la Durandarte sobre la cabeza de sus adeptos—. ¡Murder! ¡Zombi! ¡Silvieta! Yo, Mantos, vuestro padre carismático, Gran Sacerdote del Maligno y humilde servidor de Satanás, os nombro Paladines del Mal. Que nadie ose romper nuestro juramento, ¡ahora y por la eternidad! Cumpliremos la misión hasta el final, hasta el sacrificio último de nuestras vidas. ¡Besémonos!

Las Bestias se abrazaron y se besaron conmovidas.

—Pero ¿qué estáis haciendo? ¿Sois tontos o qué?

Se volvieron.

Antonio Zauli, el primo de Saverio, los miraba atónitos al volante de un furgón.

—No... que... —balbució el líder de las Bestias azorado.

—Arread, que llegáis tarde... Y hay que registraros. Al coche.

Les hicieron entrar por la GATE OVEST, la puerta de servicio. El parque tenía tres entradas más. Dos estaban cerradas y eran para un caso de emergencia, y la tercera, en vía Salaria, la principal, estaba reservada para los invitados. Eran unos imponentes cancelos de hierro corredizos, de diez metros de altura, movidos por bombas hidráulicas.

En la puerta de servicio había unos guardias jurados controlando la mercancía que entraba y salía. Más allá estaba la oficina de registro, una construcción de dos plantas de cristal y con columnas de acero anodizado. Todo el personal, desde los cocineros a los ojeadores de caza, tenían que registrarse antes de entrar.

Las Bestias de Abadón se pusieron a la cola. Los precedían unas treinta personas, casi todas de color.

—Esto parece el aeropuerto —comentó Zombi, que había ido una vez a Colonia a

ver un concierto de AC/DC.

Cuando les llegó el turno, rellenaron un formulario y firmaron un contrato escrito con letra pequeñísima, tras lo cual les estamparon en la muñeca un código de barras. Pasaron entonces, por un pasillo bajo y difusamente iluminado, a una estancia alargada con taquilleros metálicos en la que se pusieron el uniforme. Silvieta se cambió en el vestuario de mujeres. Le habían entregado una falda negra, una camiseta blanca y unas botas con suela de tacos. Cuando la vieron reaparecer, sus amigos se echaron a reír y le tomaron el pelo. Nunca la habían visto con falda. Pero tuvieron que admitir que no le quedaba mal.

Un cartel decía en muchos idiomas que estaba rigurosamente prohibido entrar en el parque con objetos personales, móviles, cámaras fotográficas y de vídeo.

—¿Y qué hacemos con la espada? ¿Y con las túnicas? Sin túnicas no hay rito que valga —le susurró Murder a Mantos, que llevaba las prendas en la mochila y bajo el brazo la espada envuelta en la alfombrilla del váter.

En eso no había pensado Saverio. ¿Y ahora qué? Lo primero era dejar claro que lo tenía todo controlado.

—No pasa nada, tranquilos. —Inspiró y pasó por el detector de metales, rogando a Dios que no sonase.

Pero sonó.

—Venga —lo intimó un guarda jurado con chaleco antibalas—. ¿Qué lleva ahí?

Mantos desenrolló la alfombrilla con calma.

El guarda sacudió la cabeza.

—No está permitido entrar armas.

Mantos se encogió de hombros con aire cansado, como si se hubiera visto mil veces en la misma situación.

—No es un arma. Es una reproducción de la Durandarte, la espada de Roldán que antes fue de Héctor.

El guardia se quitó las gafas oscuras y dejó ver un par de ojillos tan expresivos como una pantalla en blanco.

—¿Cómo, cómo?

El líder de las Bestias miró a sus adeptos, que esperaban también una respuesta, y sonrió.

—Pues que sólo tiene un valor estético. —Le pareció una excelente respuesta, terminante, de esas que no admiten réplica.

Pero el otro preguntó:

—¿Y para qué la quiere?

—¿Que para qué la quiero? Se lo explico ahora mismo. —Respiró y añadió—: Para cortar carne. Soy el encargado de trinchar la carne. Y en la mochila llevo unas túnicas para un número de magia. Soy el mago Mantos y ellos son mis ayudantes.

El guardia se rascó la rapada nuca.

—A ver si lo entiendo, ¿es usted un mago y está encargado de trinchar la carne?



—Exacto.

Algo se quebró en las pocas certidumbres graníticas del vigilante.

—Un momento. —Se alejó y deliberó con el que debía de ser su superior.

Volvió y dijo:

—Bien, podéis pasar.

Todas tensas, las Bestias pasaron la zona de control y se hallaron en una explanada llena de cajas de vino y comida y de contenedores. Aparcados a un lado había una serie de cochecillos como los que se usan en el golf. Cercaba el recinto una valla de acero en la que se veían carteles que decían: ATENCIÓN. VALLA ELECTRIFICADA.

En cuanto se vieron solos, dieron rienda suelta a su alegría.

—¡Gran Mantos! ¡Eres un mito! —exclamó Murder, dándole al maestro un par de palmadas afectuosas.

Silvietta abrazó al Sumo.

—¡Qué bueno lo del mago trinchador!

—¿Qué se habrán dicho esos dos? Te has quedado con ellos —dijo Zombi riendo.

—¡Ya vale, ya! —El líder procuró contener el besuqueo de sus adeptos.

—¡Pero otra vez! ¿Es que sois maricones? —les gritó Antonio al volante de uno de los cochecillos eléctricos—. Venga, subid rápido, que os llevo a las cocinas. Hay un montón de cosas que hacer y dentro de nada empiezan a llegar los invitados.

Mantos miró a un sitio y otro.

—¿Y por qué tanta medida de seguridad?

Antonio pisó el acelerador.

—Ahora lo veréis.

Cruzaron el cancel y enfilaron un camino que se adentraba en el bosque. Al principio no advertían nada, pero luego Zombi creyó ver que algo saltaba en las copas de los árboles, y de pronto oyeron unos chillidos extraños.

—Tranquilos, son gibones. No hacen nada.

—¡Eh, mirad! ¡No puede ser! —Zombi señalaba hacia el bosque: en un claro de hierba muy verde había pastando ñúes, gacelas y jirafas, y más allá, en medio de un lago limoso, se entreveía el lomo enfangado de unos hipopótamos. Y por el cielo volaban bandadas de buitres.

Mantos no daba crédito a sus ojos.

—Esto parece el zoo de Fiumicino.

—Y eso no es nada, ya veréis ahora —dijo Antonio satisfecho.

Vieron a la derecha, oculta tras unas encinas, una especie de central eléctrica en miniatura, con grandes transformadores pintados de verde que se confundían con la vegetación y emitían un zumbido sordo, y tubos de colores que desaparecían en el suelo.

—Ésa es la central que alimenta todo el parque —explicó Antonio—. Chiatti produce su propia energía eléctrica, a partir de gas. Conviene más que comprarla a la compañía eléctrica, porque no sabéis la cantidad de kilovatios que chupan las vallas

electrificadas, el alumbrado del parque y la alimentación de la sala de ordenadores...

En eso salieron al camino una manada de cebras seguidas de dos potrillos. Silvietta estaba extasiada.

—Mirad las crías, ¡qué graciosas!

Esperaron a que cruzaran y continuaron.

Saverio preguntó a su primo, afectando indiferencia:

—¿Y qué, ha llegado ya Larita?

Antonio levantó la mano.

—Creo que Chiatti le tiene reservado un apartamento en Villa Reale, no sé más.

Al poco vieron entre los árboles un viejo edificio de tres plantas con terraza y dos torrecillas.

—Hemos llegado a Villa Reale.

El patio trasero de la villa, oculta por altos setos de boj, bullía de gente y vehículos —furgones, camionetas, Land Rover— que iban y venían levantando una enorme polvareda. Cuadrillas de obreros en uniforme verde descargaban comida, botellas, manteles, vasos, cubiertos y mesas a las órdenes de hombres vestidos de negro que parecían carceleros militares. Bajo una techumbre, sentados en el suelo, los ojeadores negros, en taparrabos, comían en escudillas lo que parecía un caldo.

En un extremo había unas construcciones prefabricadas de las que salía humo y olor a comida.

—Ésas son las cocinas. Zóltan Patrovič no tardará en venir, por favor os lo pido —Antonio se puso serio—, que no os vea cruzados de brazos.

—¿Quién es Zóltan Patrovič? —preguntó Silvietta tragando saliva.

—Bien se ve que sois de pueblo. Es un famoso cocinero búlgaro. Es muy exigente, conque haced bien el trabajo.

Los cuatro bajaron del vehículo.

Antonio señaló a uno de los hombres de negro.

—Preguntadle a ése lo que tenéis que hacer. Nos vemos luego... Y, por favor, nada de tonterías.

## 26

Fabrizio Ciba estaba parado en el semáforo del cruce de via Salaria con viale Regina Margherita. Había podido recoger y arrancar la moto, que echaba humo negro.

De pronto se detuvieron a su lado, en un escúter, dos chicas adolescentes con vaqueros de cintura baja por los que asomaban el culo y las bragas, y tras observarlo un instante, se echaron a reír excitadas.

—Oye, ¿eres Ciba, el escritor de la tele? —preguntó la que iba subida atrás.

Fabrizio puso una expresión irónica, dejando ver su blanqueada dentadura.

—Sí, pero no se lo digáis a nadie. Voy en misión secreta.

La rubita le preguntó:

—¿A que vas a la fiesta de Villa Ada?

El escritor se encogió de hombros como diciendo: «¡Qué remedio!»

La otra, que masticaba chicle, preguntó:

—¿Y no podrías colarnos? Por fa... Por fa... Haznos el favor... Va todo el mundo.

—Ojalá pudiera, pero es imposible. Con vosotras me divertiría mucho más.

El semáforo se puso en verde. El escritor metió la primera y arrancó. Por un segundo se vio reflejado en el escaparate de una tienda. Se había puesto unos pantalones de tela marrón claro, una camisa Oxford azul claro, una corbata Cambridge azul oscuro que había sido de su abuelo y una chaqueta de madrás con tres botones de J. Crew, a rayas blancas y grises; todo rigurosamente arrugado.

Conforme se acercaba a Villa Ada, más tráfico había. Los guardias municipales procuraban desviar los coches hacia via Chiana y via Panama. Sobrevolaba la zona un helicóptero de carabineros. La gente se aglomeraba en las aceras, detrás de vallas que custodiaba la policía antidisturbios. Había muchos jóvenes disidentes manifestándose contra la privatización de Villa Ada. De los balcones colgaban pancartas. En una larguísima decía: ¡CHIATTI MAFIOSO! ¡DEVUÉLVENOS NUESTRO PARQUE! En otras: ¡AYUNTAMIENTO HATAJO DE LADRONES!, ¡VILLA ADA PARA LOS ROMANOS!...

Fabrizio decidió aparcar la moto y reflexionar sobre un detalle que no había tenido en cuenta. Asistir a la fiesta de Chiatti perjudicaría su imagen de intelectual comprometido. Él era un escritor de izquierdas. Había inaugurado el congreso nacional del Partido Democrático y había pedido un compromiso firme en favor de una cultura italiana que agonizaba. Nunca se había negado a participar en actos y presentaciones de libros en espacios culturales alternativos.

*Aún estoy a tiempo de volverme a casa, nadie me ha visto...*

—¡Eh, marica!

Se volvió. Paolo Bocchi, al volante de un Porsche Cayenne, se detuvo a su lado.

*¡Oh, no!*

—¡Escritor, deja ese cacharro y sube, anda! Haz una entrada como Dios manda.

—Sigue, sigue tú, que tengo una llamada de trabajo —mintió Fabrizio—. Nos vemos dentro.

El cirujano señaló a un grupo de jóvenes con kefia.

—¿Qué querrán estos capullos? —Y aceleró tocando el claxon.

¿Qué hacer? Si quería irse, debía hacerlo cuanto antes: fotógrafos y cámaras merodeaban la zona ávidos de exclusivas.

Observando a aquellos muchachos contestatarios que gritaban a los policías: «¡Mierdas, más que mierdas!», Fabrizio se acordó de algo que de cuando en cuando olvidaba: *Soy un escritor, cuento la vida. E igual que he denunciado la tala de*

*bosques milenarios en Finlandia, puedo putear a este hatajo de ricachos y mafiosos. Un buen artículo en la sección cultural de La Repubblica y apañados van. No soy como ellos.* Se miró la ropa arrugada. *¡A mí no me compráis! ¡Yo os doy por el culo!* Subió a la moto, metió la primera y continuó adelante.

Poco a poco fue cambiando la índole de los espectadores de las vallas. Cada vez había más chiquillas y padres de familia, que al verlo empezaron a fotografiarlo y a gritarle que parara.

Llegó por fin a la explanada que se extendía ante la entrada, donde había guardas jurados y azafatas. Una de ellas, una joven rubia con un traje sastre ceñido, le salió al encuentro.

—Buenos días, me alegro de que haya venido. No estábamos seguros de su asistencia, como no la ha confirmado.

Fabrizio se quitó las Ray-Ban y la miró.

—Tiene razón, soy terriblemente culpable. ¿Qué puedo hacer para que me perdone?

La muchacha sonrió.

—No tiene por qué pedir perdón... Basta con que me dé la invitación. —Y tendió la mano.

Fabrizio sacó un sobre, en el que, junto con la invitación, había una tarjeta magnética. Le entregó la tarjeta y ella la pasó por un lector.

—Listo, señor Ciba. Será mejor que aparque la moto aquí a la izquierda y entre a pie. Que se divierta.

—Gracias —contestó el escritor, y metió la primera. Pasó la alfombra roja que conducía a la puerta del parque, dobló a la izquierda y se dirigió a un aparcamiento en el que se veían BMW, Mercedes, Hummer, Ferrari... Echó el caballete a la moto, se quitó el casco, se atusó la melena y estaba mirándose en el retrovisor cuando oyó que alguien gritaba desde las vallas:

—¡Tú, falsooo!

Y casi al mismo tiempo, sin saber qué ocurría, recibió en el hombro izquierdo el impacto de un objeto pesado. Al pronto pensó que era un adoquín lanzado por algún manifestante y, poniéndose blanco, corrió a resguardarse tras un Suv. Ya a cubierto, se miró el hombro: llevaba estampado un enorme arancino siciliano del que chorreaba pecho abajo un hilo de pringue. Fabrizio se lo sacudió como si fuera una sanguijuela infecta e, indignado, abochornado y humillado, se encaminó a la multitud. Tres hombres con chaqueta y corbata, pelo rizado y barba, lo miraban con el mismo odio con el que hubieran mirado a Mussolini (que, por cierto, fue detenido precisamente en Villa Ada) y, señalándolo con los brazos estirados, le gritaban:

—¡Ciba, cabrón! ¡Muérete! ¡Eres un vendido!

Y por un pelo consiguió esquivar un vaso de litro de Coca-Cola que fue a caer en el capó del Suv.

Un grupo de policías se apeó de un furgón blindado y arremetió a porrazos contra

los tres facinerosos, que intentaron escudarse con una valla. El que había lanzado el arancino recibió un golpe en el arco superciliar y la cara se le cubrió de sangre. A los otros los redujeron a cachiporrazos.

Uno de los agentes tomó al escritor del brazo y lo apartó, gritando:

—¡Váyase, váyase de aquí!

Consternado y aturdido, Fabrizio se alejó sin poder apartar la vista del hombre herido, que desde el suelo seguía exclamando:

—¡Maldito seas, Ciba! ¡Eres como todos! ¡Hipócrita! ¡Vendido! Das asco.

Y mientras los policías repartían leña, ante la alfombra roja se detenían los cochazos de los invitados y éstos desfilaban entre los flashes de fans y fotógrafos. Protegido entre los coches, con el corazón palpitando, Fabrizio Ciba se enjugó el sudor de la frente y exclamó:

—Pero ¡qué coño...! ¡Están locos!

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el policía.

Ciba hizo seña de que sí.

—Pues no se quede aquí, que esto es peligroso.

Fabrizio sintió que se moría. *No, no, yo me vuelvo a casa.*

No podía. Se imaginó los titulares de prensa: «Protestas juveniles contra Fabrizio Ciba en la fiesta de Chiatti. El escritor huye», aunque aquellos tres parecían todo menos jóvenes contestatarios.

El único modo de salir airoso era pasar un par de horas en la fiesta y luego irse a casa y escribir un artículo lleno de indignación. Decidió que lo mejor era quitarse la chaqueta manchada y llevarla al hombro afectando indolencia, y así se dirigió a la entrada del parque.

Allí el panorama era completamente distinto. Actores, futbolistas, políticos, estrellas de televisión seguían apeándose de cochazos elegantes, entre los aplausos y gritos de los espectadores que se apretujaban contra las vallas como sardinas en banasta. Ni en el Festival de Cine de Venecia había visto nada parecido. Los famosos saludaban y se dejaban fotografiar en sus trajes exclusivos. Una chica logró saltar la valla y se abalanzó sobre Fabio Sartoretti, el cómico de *Bazar*, pero los guardaespaldas la detuvieron y la reintegraron a la multitud.

Armándose de valor y con la cabeza gacha, Ciba se arrancó hacia la alfombra roja esperando que no lo reconocieran. Pero al ver el entusiasmo con el que sus fans lo recibían, no pudo evitar saludar con la mano.

En ese momento frenó ante la alfombra un BMW con los cristales ahumados y un par de piernas bronceadas que parecían interminables se aparearon de él, seguidas de la restante persona de Simona Somaini. La Miss Italia 2003, que había emprendido con éxito la carrera de actriz con *Sms desde el más allá*, iba envuelta en un pañuelo de strass que apenas le velaba los senos y dejaba a la vista el vientre liso y moreno, toda la espalda y buena parte del trasero. La acompañaba la famosa agente del espectáculo Elena Paleologo Rossi Strozzi, que, comparada con la diva, parecía un pigmeo con

solitaria. Aunque aún se hallaba conmocionado por el percance, al ver a aquella yegua de raza se dijo Ciba que el día aún tenía arreglo, y reflexionando que nunca se la había follado, se propuso poner remedio a tamaña omisión.

Sacó, pues, pecho, metió la tripa, puso su inefable expresión de escritor maldito, se encendió un cigarrillo, se lo colocó en la comisura de la boca y pasó al lado de la actriz aparentando distracción.

—¡Fabri! ¡Fabri!

Contó Ciba hasta cinco, se volvió y se quedó mirándola extrañado, como si contemplara una obra de Mondrian.

—Un momento... Un momento... —Y sacudiendo la cabeza—: No... Perdona...

Más que ofenderla, la reacción desconcertó a la actriz. Los únicos que en los últimos años no la habían reconocido fueron los ciegos de un instituto de Subiaco al que fue a visitar a su tío Pasquale. Luego pensó si el escritor no sería corto de vista.

—¿Fabrizio? Soy Simona. ¿No me digas que no te acuerdas de mí?

—¿En Recanati quizá? ¿En el seminario sobre Leopardi? —Fue lo primero que se le ocurrió.

—¡En *Porta a Porta* hace un mes! —Simona Somaini quiso arrugar el entrecejo, pero se lo impidió la botulina—. La triste historia del pequeño Hans...

—¡Joder, lo del Alzheimer! —dijo Ciba dándose una palmadita en la frente—. ¡Cómo puedo olvidarme de la Venus de Milo! ¡Si hasta tengo tu calendario en el baño!

La actriz emitió un sonido muy parecido al canto del zarapito real en celo:

—¿Mi calendario? ¡No me lo creo! ¿Un escritor con calendarios para camioneros?

—Febrero me encanta —mintió descaradamente Fabrizio.

La actriz se atusó la melena.

—¿Y qué haces tú aquí? No imaginaba que te gustaran estas fiestas.

Ciba alzó las manos en ademán de excusa.

—No lo sé... ¿Una forma de masoquismo congénito e inconfesable? ¿Unas ganas irresistibles de sociedad?

—Por cierto, ¿no notas que huele que alimenta... a jugo de carne, tomate y mozzarella? —El último arancino que Simona se había comido fue en el convite de la confirmación.

—Pues... no, la verdad —contestó Ciba husmeando el aire. Lo sacó del apuro la presentadora del telediario de Canal 4 Rita Baudo, que los abordó con micrófono y un cámara.

—¡Y aquí tenemos a la actriz Simona Somaini, en espléndida forma, como siempre, y al escritor Fabrizio Ciba! ¡A ver si es que he dado con la exclusiva!

Con un reflejo pavloviano, la actriz se colgó del brazo de Ciba:

—Pero ¿qué dices, Rita? ¡Somos amigos!

—¿Podéis contarles algo a los oyentes de *Varieté*? —Rita Baudo casi le metió el

micrófono en la boca a Ciba, que lo apartó con fastidio.

—¿No has oído lo que ha dicho Simona? Somos viejos amigos.

—¿Por qué no saludas a nuestros telespectadores?

Fabrizio agitó una mano ante la cámara y dijo:

—Hola. —Y se alejó con Simona Somaini del brazo.

Rita Baudo se volvió hacia el operador y miró maliciosamente al objetivo:

—Yo creo que estos dos quieren engañarnos.

En eso resonó un alarido inhumano entre la multitud de las vallas. La periodista echó a correr hacia allí: acababan de apearse de un Hummer Paco Jiménez de la Frontera y Milo Serinov, el delantero centro y el portero del Roma.

## 27

A unos trescientos metros de allí, en la explanada que había detrás de Villa Reale, las Bestias de Abadón daban el callo. Zombi, echando pestes, descargaba cajas de vino de un furgón, Mantos estaba de pinche en la cocina, y Murder y Silvieta sacaban brillo a un montón de cubiertos de plata que los invitados usarían en la cena hindú.

La vestal, que con los ojos bajos frotaba un tenedor con un paño, dijo:

—No cambias, ¿eh?

—¿Podemos dejarlo, por favor? —bufó Murder.

—No, ni mucho menos. Me prometiste que se lo dirías en el coche. ¿Por qué no se lo has dicho?

Irritado, Murder arrojó un cuchillo sin abrillantar entre los abrillantados.

—Lo he intentado... Pero no he podido... Después de lo que nos ha dicho, ¿cómo podía? Además, ¿por qué siempre me tocan a mí las cosas difíciles?

Silvieta se puso en pie. A veces no soportaba a su novio.

—Oye, que fuiste tú quien se ofreció a decírselo. ¿No decías que no había problema?

Murder abrió los brazos.

—Y de hecho no hay problema. En cuanto pueda se lo digo.

La novia lo tomó por la muñeca.

—¡No, vamos ahora mismo y se lo dices! Y nos quedamos tranquilos. ¿Vale?

Murder se levantó de mala gana.

—Vale. ¡Qué pesada eres!... Ya sabes los cabreos que agarra...

Atravesaron la explanada con cuidado de que no los viera Antonio, que estaba subido a una caja y daba órdenes a todo el mundo: de persona tranquila y amable se había trocado en un déspota.

Entraron en las cocinas, tres estancias enormes llenas de aparatos de acero

inoxidable, de vapor y de olores de toda clase, en las que se ajetreaban al menos cincuenta cocineros vestidos de blanco y tocados con gorro, y otros tantos pinches, en medio de un ruido ensordecedor de voces y de cacharros.

Encontraron a Saverio pelando patatas sentado en un taburete; había allí patatas para alimentar a un regimiento.

Al ver a Murder y a Silvietta, Mantos los increpó en voz baja:

—¿A qué venís, locos? ¡Como os pillen...! He quedado con Zombi en vernos fuera dentro de media hora, entonces os comunicaré el plan... Ahora marchaos...

Murder lo miró y, retorciéndose, susurró:

—Espera... Tenemos que decirte una cosa importante.

Mantos se levantó y los llevó aparte.

—¿Qué?

—Pues... —Murder no acertaba a decirlo.

—Pues ¿qué? ¡Va, di!

En eso se oyó una voz aflautada con fuerte acento del este que decía a sus espaldas:

—¿Quién os ha dado permiso a vosotros dos para entrar en el templo?

Se había hecho un silencio sepulcral. Hasta las campanas extractoras y las batidoras parecían haber enmudecido. Y los gorriones de fuera callaban también.

Las Bestias se volvieron y vieron, envuelto en los vapores de la cocina, a un monje. Aunque un monje con sayo de seda negra y estampado de aves del paraíso plateadas. Llevaba las manos cruzadas ocultas en las holgadas mangas del hábito e iba descalzo. Bajo la capucha se veía una barbita puntiaguda, dos pómulos cuadrados, una nariz aguileña y un par de ojos grises y fríos como un día de invierno en el Mar Caspio.

El líder de las Bestias de Abadón tuvo la certeza de que era Zóltan Patrovič, el imprevisible cocinero búlgaro.

Aunque no sabía cómo era el gran Rasputín, el fraile maldito que con intrigas y maleficios condenó al zar y a su familia, pensó que aquel hombre debía de ser su reencarnación.

Todos los cocineros y pinches, detrás de él, se habían quedado parados y humillaban los ojos.

—No... Es que... Yo no sabía... —balbució Saverio sin saber qué decir. Quería declararse culpable, pero era como si una inyección de lidocaína le hubiera paralizado la lengua. Y no podía apartar los ojos de los del cocinero, que parecían dos pozos negros de puro profundos, en los que tenía la sensación de haber caído.

Zóltan le puso la mano en la frente.

Y al instante notó el líder de las Bestias un flujo de calor benéfico que desde las yemas de los dedos del cocinero fluía dentro de su cabeza, y se sorprendió pensando en la tortilla de espaguetis que le hacía su tía Imma cuando iba de crío a veranear a Gaeta.



*Me está hipnotizando*, pensó, pero acto seguido reflexionó que no había vuelto a probar una tortilla tan buena. La hacía con la pasta a la puttanesca que había sobrado el día anterior, y le salía gruesa, compacta y torradita, con sus aceitunas, sus alcaparras... Porque su tía Imma estaba muerta, que si no, en aquel mismo momento la llamaba y le pedía que le hiciera una. Y por cierto que sólo tenía que disculparse con Zóltan, correr a casa y hacérsela él mismo... ¿Tenía huevos en el frigorífico?

—Usted perdone, tiene razón, nos hemos equivocado y lo sentimos muchísimo. Pero ahora tengo que llamar a Serena y preguntarle si ha comprado huevos —dijo Mantos muy serio.

Pero Patrovič ordenó en tono neutro:

—Arrodillaos.

Los tres se arrodillaron como autómatas teledirigidos.

—Y ahora poneos boca abajo.

Se pusieron boca abajo.

El monje subió a sus espaldas.

*Qué curioso, no pesa nada*, pensó Saverio. *A lo mejor levita.*

El cocinero estuvo así un par de minutos, en silencio.

Aunque no podía verlo, boca abajo como estaba, imaginó Saverio que se dirigía a los cocineros. Al rato dijo Zóltan:

—Bien, nos hemos entendido. —Y bajó de las espaldas de las Bestias.

Todo el mundo asintió y volvió al trabajo sin rechistar.

*Es telepático*, pensó Saverio.

El fraile recorrió entonces la cocina, andando más rígido que un palo. Los cocineros, inclinados, iban mostrándole platos, y él, como un pranoterapeuta, pasaba la mano por encima y murmuraba:

—Menos jengibre... Más sal... Demasiado comino... Falta romero...

Y al final desapareció.

### *Buñe de bienvenida*

También Fabrizio Ciba y los demás invitados tuvieron que someterse a una serie de controles para entrar en el parque. El escritor pasó por el detector de metales.

Cuando lo hizo la Somaini, tuvo que dejar el móvil.

—Pero ¿qué tontería es ésta? —preguntó el escritor a una azafata, que explicó que Chiatti no quería que la fiesta fuera de dominio público, así que no podían hacer fotos, grabar vídeos ni mucho menos comunicarse con el exterior. Por eso no se había

acreditado a los periodistas.

—Descuida, están los fotógrafos de *Sonrisas & Canciones*, Chiatti les ha concedido la exclusiva —le confió en voz baja Simona Somaini, que era una experta en la materia.

Salieron del puesto de control y se hallaron ante un pequeño monorraíl con forma de tiburón, en el que ponía: VILLA ADA ENTERPRISE.

Se sentaron en unas butaquitas de piel negra. Por los altavoces del vagón sonaba la voz de Louis Armstrong cantando *What a Wonderful World*. Con ellos subieron al vagón Paco Jiménez de la Frontera, con su melena oxigenada y aquella mandíbula pronunciadísima que volvía locas a las mujeres, vestido con una camiseta de raso blanca y un esmoquin reluciente, y su acompañante, la escultural modelo de Montopoli de Sabina Taja Testari, envuelta de pies a cabeza en un vestido de organza negra que dejaba adivinar su cuerpo desnudo.

Fabrizio se la había tirado después de la gran gala del Canale 5, pero estaba tan borracho que lo único que recordaba es que mientras follaban ella le dio una hostia, no supo si por juego erótico o porque él le rasgó el vestido.

Se les unieron su compañero de equipo, Milo Serinov, que iba envuelto en un olor nauseabundo a loción para después del afeitado, y su acompañante, una ex azafata de televisión.

Simona Somaini seguía muy cogida del brazo de Fabrizio, dando grititos mimosos y refregándole las tetas. Sospechaba el escritor que lo hacía porque conocía que la Paramount había comprado los derechos cinematográficos de *La fosa de los leones* y seguramente esperaba sacar tajada. Lo que no sabía es que él no tenía ninguna mano en la película, los americanos no habían querido ni conocerlo, diciendo a su agente que no lo estimaban necesario: para eso le habían pagado un dineral, para que no molestara.

La pantalla plana que había en el respaldo de la butaca de delante se encendió y apareció la carota de Salvatore Chiatti.

—¡Huy, si es igual que Minos! —dijo Simona llevándose sorprendida la mano a la boca.

Fabrizio quedó asombrado. No creía que la actriz estuviera tan versada en mitología griega.

—¿Minos?

—Sí, el carlino de Diego Malara, mi peluquero, ¡igualito!

No se equivocaba la actriz: el constructor campano tenía un parecido pasmoso con el pequeño moloso: ojos saltones, nariz pequeña y chata, cabeza redonda, cuello corto y hombros anchos. Y a excepción de un poco de pelo cano que le quedaba sobre las menudas orejas, estaba completamente calvo.

—Buenos días, soy Salvatore Chiatti. Espero que esta fiesta supere todas vuestras expectativas. Mis ayudantes y yo hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano para que así sea. Y ahora, por favor, cerrad los ojos. Lo digo en serio, cerradlos. —Los

viajeros se miraron unos a otros y obedecieron un tanto cohibidos.

—Imaginad —prosiguió Chiatti con voz cada vez más meliflua— que volvéis a vuestra niñez. Estáis solos en una cabañita de madera, vuestra abuela se ha ido al pueblo. De pronto oís un bramido en el cielo, abrí la ventana ¿y qué veis? Un tornado que avanza hacia vosotros. Desesperados, empezáis a cerrar las ventanas, atrancáis la puerta, pero la tromba de aire llega en un instante y levanta la cabaña con vosotros dentro. Dais vueltas y más vueltas, subiendo cada vez más alto, por encima del arco iris. —Empezó a sonar de fondo una versión instrumental de *Over the Rainbow*—. Hasta que al final el tornado os deposita en un mundo desconocido, un mundo en el que la naturaleza salvaje vive en armonía con el hombre. Pues bien, ya podéis abrir los ojos. Bienvenidos al paraíso terrenal. Bienvenidos a Villa Ada. Y ahora agarraos, que allá vamos... ¡Un, dos, tres!

El tren salió disparado, pegando al asiento a los pasajeros.

—¡Huy! —dijo Simona Somaini, asiéndole con fuerza la mano a Fabrizio.

A toda velocidad cruzaron un trecho de bosque. Luego, la vía, como en las montañas rusas, empezó a empinarse hasta superar las copas de los pinos, y al paso del tren levantaban el vuelo bandadas de loros, grullas comunes y enormes buitres de cuello despeluchado. Hasta que de nuevo empezaron a descender, lentamente, y atravesaron una pradera verde en la que pastaban manadas de ñúes, cebras, búfalos y jirafas a los que no parecía espantar el tren. Remontaron una colina en la que una manada de leones y otra de licaones dormitaban al sol, y luego bajaron una pendiente poblada de árboles bajos.

Los pasajeros señalaban a los animales entre exclamaciones de emoción. En medio de la vegetación creyó Fabrizio ver monos. El tren tomó de pronto una curva ascendente hasta una altura de treinta metros, desde la que los pasajeros gozaron de una vista general del parque: era una inmensa alfombra verde más allá de la cual se atisbaban los edificios del barrio Salario y el viaducto de la vía Olímpica.

Descendiendo entonces vertiginosamente hasta un gran lago a cuya orilla había amarradas tres casas flotantes, el tren con forma de tiburón surcó las aguas entre salpicaduras y exclamaciones.

Simona estaba entusiasmada.

—Ni en las cascadas de piratas de Gardaland me divertí tanto.

Al cabo dieron media vuelta y se dirigieron a un palacete con torrecilla y jardín de setos geométricos, donde el tren se detuvo con un frenazo, se abrieron las puertas con un bufido y todo el mundo se apeó en un embarcadero en el que los recibieron unas azafatas que repartían prismáticos y folletos con fotos de los animales de la reserva.

—¿Dónde se puede beber algo? Necesito un bourbon —dijo Ciba, reprimiéndose para no manifestar todo el desprecio que sentía por Chiatti y aquel safari turístico. ¿Y la historia que les había contado, malamente copiada de *El mago de Oz*? Pero ya vertería él aquel desdén, una vez que lo hubiera acrisolado, sublimado y convertido en una bomba, en el artículo que pensaba escribir para *La Repubblica*.

Pensar esto lo reconfortó: seguía siendo el *enfant terrible* de siempre, el escritor agudo y acerado que echaría por tierra aquella lamentable barraca de feria.

29

En aquel mismo momento, detrás de la caseta de las herramientas, celebraban su reunión las Bestias de Abadón.

Mantos estaba sentado sobre un cortacésped.

—Y ahora, discípulos, escuchadme bien. —Sacó un viejo callejero de la mochila y, lamiéndose el índice, empezó a repasarlo—. Esto es Villa Ada. —Lo dejó sobre el capó del cortacésped y los demás hicieron corro—. Nosotros estamos aquí, en Villa Reale. Según el programa, las cacerías empiezan dentro de una hora. Cada cacería tiene su propio recorrido y su campamento. Después de cenar, todos los invitados acudirán al concierto de Larita. —Chasqueó los dedos y añadió—: Sólo que para entonces ya la habremos sacrificado, porque pienso secuestrarla durante la cacería.

Silvietta levantó la mano.

—¿Puedo decir algo?

Mantos odiaba que lo interrumpieran cuando explicaba un plan.

—Adelante.

—Yo creo que Larita no participará en la cacería. La conozco. Está contra eso, hizo incluso una campaña.

Hostias, pues no lo había pensado. Pero Mantos fingió no inmutarse.

—Muy bien, Silvietta. Es una hipótesis que debemos tener en cuenta, pero no podemos estar seguros. Lo veremos. Por eso debemos mantenernos lo más cerca posible de los invitados y de Larita. Tenemos que vestirnos de camareros.

—Mantos, hay una cosa que no tengo muy clara —intervino Zombi—. ¿Quién nos dice que la pillaremos sola en la cacería? Habrá mogollón de gente.

Esta vez el líder no se dejó coger desprevenido:

—Buena pregunta, Zombi. ¿Sabes por qué no nos pillarán? Porque tú —y lo señaló—, tú precisamente, lo evitarás.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Eres electricista, ¿no?

Zombi se rascó la nuca.

—Pues... sí.

—Bien. Cuando oscurezca te vas a la central eléctrica, la que hemos visto al entrar, te cuelas sin que te vean y desconectas la corriente del parque, y así, sin luz, estará chupado. Raptamos a la cantante al amparo de la oscuridad. ¿Y sabéis cómo? Con esto. —Y sacó de la mochila un frasquito de líquido transparente—. Esto es Sedaron, un anestésico para animales fortísimo. Lo usan para los caballos. Un par de

gotas te dejan fuera de combate. Y esto lo he encontrado en los talleres. —Y les enseñó un canuto de plástico rígido. Arrancó una hoja del callejero, hizo con ella un cono, se quitó un alfiler de la chaqueta y lo introdujo en la punta del cucurucho—: Señores, os presento una cerbatana. Los indígenas de la Amazonia cazan con esta arma mortífera. En la escuela yo era un as con la cerbatana, me llamaban el Indio. Tumbo a Larita y entonces... —Señaló Forte Antenne en el plano—. La llevamos a este monte, donde hay restos de un antiguo templo romano. Y aquí consumamos el sacrificio a Satanás. —Los miró uno a uno—. Bien. Creo que he sido claro. ¿Alguna pregunta?

Zombi levantó la mano.

—¿Y cómo corto yo los cables, con los dientes?

—Tranquilo, también eso tiene respuesta. En una de las cajas de cubiertos he visto unas enormes tijeras de plata para trinchar. Lo harás con eso. ¿Más preguntas?

Murder alzó el dedo tímidamente.

—Dime.

El adepto respiró hondo y dijo:

—Pues... Me preguntaba si por casualidad has pensado lo del suicidio.

—¿Por qué lo preguntas?

—Pues porque... ¿De veras es necesario?

Mantos apretó los puños procurando no perder la calma.

—¿Es que no lo has entendido? ¿Quieres pasarte el resto de tu vida en la cárcel? Yo no. Es para joderlos. Nunca nos cogerán. Nuestro sacrificio nos salvará, nos hará inmortales. ¿Queréis convertirlos en leyenda o no?

—Claro... —contestó Murder.

Los otros asintieron en silencio.

—Excelente. Y ahora pasemos a la fase uno de nuestro plan. Silvietta y Murder, id por los uniformes de camarero, y tú, Zombi, trae las tijeras; yo...

—¡Eh, vosotros!, ¿qué estáis haciendo ahí? —Era uno de los hombres de Antonio—. Necesito ayuda. Tú —señaló a Mantos— lleva a la villa una caja de Merlot di Aprilia, ¡rápido!

Mantos se levantó y susurró a sus adeptos:

—Nos vemos aquí dentro de un cuarto de hora.

Después de preguntarse mil veces cómo causaría más efecto, Fabrizio Ciba decidió hacer su entrada acompañado de Simona Somaini.

El centro del jardín geométrico consistía en una superficie redonda con una gran fuente de piedra hexagonal, en cuyas aguas flotaban pétalos de rosa. A los lados había

unos carros decorados con dibujos y cargados con toda suerte de manjares. Aquí y allá se veían esculturas de hielo que representaban ángeles y faunos, que se derretían al tibio sol del día primaveral. En un rincón estaban las mesas, ya servidas. Había pavos comunes, pavos reales y faisanes sueltos, que iban y venían entre los invitados. Un grupo de músicos en zancos interpretaba piezas barrocas.

Ya habían llegado muchos de los invitados: gente del mundo del espectáculo, políticos y el equipo del Roma al completo, del que Chiatti era hinchas.

Fabrizio se abrió paso entre los presentes del brazo de Simona. Se sentía observado y envidiado. Adoptó la misma actitud que en Villa Malaparte: de confusión y tedio, como si, por razones inexplicables, se viera obligado a mezclarse con aquella gente de la que era tan distinto. Vio el carro de las bebidas.

—¿Quieres tomar algo?

La actriz miró con horror las botellas de alcohol.

—Un vaso de agua sin gas.

Fabrizio se bebió dos scotchs seguidos. El alcohol lo relajó. Encendió un cigarrillo y se puso a observar a los invitados como si estuvieran dentro de un acuario. Todos se miraban, se reconocían, se criticaban, se saludaban con una leve cabezada o se sonreían satisfechos, sabiendo que formaban parte de una comunidad de dioses. Fabrizio no supo si los fastidiaba o los alegraba el no ser aplaudidos por un público.

De pronto reparó en un viejo que había sentado a una mesa aparte, solo.

*¡No, no puede ser! También él...*

Era Umberto Cruciani, el autor de *La muralla occidental* y *Pan y clavo*, las obras maestras de la literatura italiana de los años setenta.

—Pero ¿es...? —iba a preguntar a Simona, aunque se abstuvo.

¿Qué hacía allí Cruciani? Hacía veinte años que vivía retirado en una granja del Oltrepò paviano.

El maestro, fruncido el ceño bajo las pobladas cejas, contemplaba las colinas con una mirada perdida. Parecía ausente, como si lo envolviera una burbuja de soledad que lo aislaba del mundo.

—¿Qué te parece la fiesta? A mí me parece tremenda. Chiatti se ha salido con la suya.

Fabrizio se volvió.

Era Bocchi, que bebía mojito en un gran vaso. Iba ya sudado, rojo, con los ojos inyectados.

—¿La fiesta? Muy bonita, sí —dijo el escritor.

—Al final hemos venido todos. Y eso que muchos decían que no vendrían ni aunque les pagaran, que era una ordinariez. Pero no ha faltado ni uno.

Fabrizio le señaló al viejo escritor.

—Ha venido hasta Umberto Cruciani.

—¿Y quién pollas es ése?

—¿Cómo que quién pollas es ése? Un gran escritor. Como Moravia, Calvino, Taburni. Con decirte que sus libros llevan cuarenta años en las listas de los más vendidos. ¡Ojalá *La fosa de los leones* vendiera la mitad que *Pan y clavo*! Estaría bien tranquilo, hasta podría dejar de escribir...

—¿Es que ha dejado él de escribir?

—Desde el setenta y seis no publica nada. Pero me ha dicho mi agente que lleva veinte años trabajando en una novela que quiere publicar póstuma.

—No creo que tenga que esperar mucho.

—Cruciani pertenece a una generación de artistas de los que ya no existen; gente seria, apegada a su tierra, a la vida del campo, al ritmo de la naturaleza. Mira lo concentrado que está, casi parece que busca el final de su libro.

El cirujano dio un sorbo con la pajita.

—Está cagando.

—¿Qué?

—No está concentrado, está cagando. ¿Ves esa bolsa de Vuitton que tiene en el suelo? Es la bolsa de las heces.

El dato apenó mucho a Fabrizio.

—Pobrecillo. Es un tipo raro, además. Al parecer no ha dejado que nadie lea ni una coma de su nueva novela, ni sus editores.

Bocchi se llevó la mano a la boca y eructó.

—Cuando muera resultará que no ha escrito nada, me apuesto lo que quieras.

—Sí habrá escrito, sí... Ya verás... Y todo lo que escribe lo va grabando en un pendrive y borrándolo del disco duro. Es un paranoico, tiene miedo de perderlo. ¿Ves esa especie de medallón dorado que lleva al cuello? Es una memoria USB de 40 gigas de Bulgari, no se separa de ella.

Volvió Simona trayendo un plato en el que llevaba una solitaria aceituna.

—No sabéis cuánta buena comida hay. En un carro están friendo alcachofas, bolitas de mozzarella y flores de calabaza. ¡Madre mía, con lo que me gustan los fritos! Me lo comería todo. Lástima que no puedo...

Bocchi tomó un cubito de hielo del vaso y se lo pasó por el cuello, como si estuviera en pleno agosto.

—¿No por qué?

—¡Que por qué, me preguntas! Porque he engordado trescientos gramos. No ves lo gorda que estoy. —Y enseñó el vientre, más liso que una tabla—. ¿Cuándo me das cita para una liposucción?

—Cuando quieras, Simo. Pero yo creo que las únicas células grasas que te quedan en el cuerpo están aquí. —Y se señaló la cabeza—: Si quieres te hago una liposucción cerebral.

La actriz emitió una risita desganada.

—Tú siempre tan gracioso.

El cirujano se levantó y se desperezó.

—Bueno, yo voy a dar una vuelta, nos vemos luego.

Fabrizio ciñó a Simona por el fino talle.

—¿Damos una vuelta también nosotros?

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Vale.

Se dejaron arrastrar por la corriente de invitados. Fabrizio aspiraba el buen olor a champú del cabello de la actriz y notaba, bajo los efectos del alcohol, la cabeza ligera y el ánimo contento. A cada paso los paraban para saludarlos y colmarlos de cumplidos. Todos les decían que hacían una pareja perfecta.

*Quizá tienen razón, podría echarme de novia a Simona.*

En efecto, tenía muchas dotes para ello la actriz de Subiaco. En primer lugar, era rematadamente tonta, y a Fabrizio le encantaban las tontas, porque bebían de su personalidad como frisonas de un abrevadero. El secreto consistía en no escucharlas cuando se ponían a hablar de grandes sistemas. Uno de los mayores defectos de las mujeres tontas es su innata tendencia a la abstracción, a hablar de los sentimientos, el carácter, el sentido de la vida, el horóscopo. En segundo lugar, carecen por completo de pragmatismo y de sentido del humor, por lo que no se pasan todo el tiempo criticando las tonterías que uno hace. Y en la vida diaria son muy manejables. Mariano Santilli, un productor de cine, le había contado que, en casa, Simona se integraba perfectamente con el mobiliario y no daba ninguna molestia. En cuanto traspasaba el umbral, entraba en stand-by. Bastaba con darle un mando a distancia y una cinta de correr y allí se pasaba las horas. No comía, trabajaba como una burra y cuando no trabajaba iba al gimnasio. Y encima era la mujer más sexy de Italia, por todas partes colgaba el calendario con sus fotos y millones de hombres se mataban a pajas y rabiaban de envidia si supieran que él era el afortunado que se la trajinaba.

*Es una buena idea.*

Después de todo, también Arthur Miller se lió con Marilyn Monroe.

—Oye, Simona, ¿por qué no salimos juntos? Creo que hacemos una buena pareja.

—¿Tú crees? —La actriz parecía halagada y al mismo tiempo desconcertada—. ¿De veras? ¡Qué majo eres! Pero no sé si nos llevaríamos bien... Somos de signos opuestos... Además, tú eres un genio, escribes libros, y yo soy una persona normal, no tengo nada que decir. ¿Qué harías conmigo?

—Simona, voy a revelarte un secreto. Los escritores que parecen personas distantes no son más que una especie de juglares modernos, tipos que cuentan historias para no trabajar. —Fabrizio la apretó contra sí—. ¿Conoces Mallorca?

En eso vio por el rabillo del ojo que llegaba Matteo Saporelli.

—Soy... —dijo Simona, aunque lo demás no lo oyó Fabrizio, porque notó que le zumbaban los oídos como una turbina, y echándose hacia atrás y tocándose la frente, balbució alarmado:

—Creo que tengo fiebre... Perdona... Perdona un momento. —Y se dirigió tambaleándose al carro de las bebidas.



*¡Qué estupidez ha sido venir a esta fiesta de mierda!*

Para comprender la reacción de Ciba es necesario saber quién era y sobre todo qué edad tenía Matteo Saporelli. Mat, como lo llamaban los amigos, tenía veintidós años, la mitad que Fabrizio. Él sí era el joven talento de la literatura italiana. Se había dado a conocer con su primera novela, *Las miserias de un hombre de gusto*, la historia de un cocinero que un buen día, al despertar, descubre que ha perdido el gusto y continúa cocinando y engañando a todo el mundo. El libro subió al primer puesto de las listas de ventas con la rapidez de un Space Shuttle entrando en la ionosfera, y allí se había quedado. En un solo año se había llevado el joven autor los tres premios literarios más importantes del país, el Strega, el Campiello y el Viareggio.

Y Fabrizio no podía abrir un periódico o cambiar de canal sin ver la odiosa cara de pipiolo de Saporelli. Allí donde hubiera que responder a una pregunta o dar una opinión, estaba él. ¿Castrar a los gatos del Trastévere? ¿Abrir un tercer carril en la autopista Salerno-Reggio Calabria? ¿Usar cortisona para tratar las fisuras anales? Él tenía la respuesta. Pero lo que más hacía rabiar a Ciba era que las mujeres babeaban por él, decían que se parecía a Rupert Everett de joven. Para remate, Saporelli había publicado en la misma editorial que él, Martinelli, y en los últimos años había vendido más.

Le contaron que su editora (que era también la de Fabrizio), para celebrar el galardón del Strega, le hizo una mamada en los servicios del ninfeo de Villa Giulia.

*Guarra. Y a mí no me ha hecho ninguna, ni siquiera cuando gané el Medicis de Francia, que vale mil veces más.*

Observó a Saporelli: con sus vaqueros bien planchados, sus mocasines, su camisa blanca, su jersey por los hombros y sus manos en los bolsillos, iba de chico bueno, modesto y sin pretensiones, al que no se le había subido el éxito a la cabeza.

*¡Hipócrita! Aquel farsante le daba náuseas.*

*Pero a mí no me engañas. En la próxima novela te espero.*

Tan concentrado estaba Fabrizio en aborrecerlo que tardó en darse cuenta de que Saporelli se había puesto a hablar con Federico Gianni. El administrador delegado de Martinelli le dio una palmada en el hombro al joven escritor y se echaron a reír a carcajadas.

*Son uña y carne.*

Recordó lo que había dicho aquel falso de Gianni en la presentación del libro del hindú. Vio que se les unía el viejo pedante de Tremagli y su mujer, que parecía un trol con tetas. El crítico no había dudado en poner por las nubes la novela de Saporelli, escribiendo cosas como: «La literatura italiana se remonta en alas de Saporelli.»

Fabrizio se sopló otro scotch.

Había llegado el momento de encararse con Gianni. Empezó a calentarse pensando en el gran Muhammad Ali. Dio dos pasos al frente y se detuvo. ¿Qué diablos hacía?

Regla número uno: no dejar traslucir la rabia.

Mucho mejor sería llevarse al huerto a la tía más buena de la fiesta. Se dirigió a Simona Somaini, que estaba con un grupo de actores de la serie *Crímenes en el tren* y dijo, sonriendo entre dientes:

—Perdonadme, me la llevo un momento. —Y tomando a la actriz por la muñeca y rojo como un tomate, le susurró—: Tengo que hablar contigo, es importante.

A ella no pareció gustarle.

—¿Qué pasa, Fabrizio?

—Escucha, vámonos, dentro de poco sale un avión para las Baleares...

—¿Las Baleares?

—Ah, claro... Son unas islas españolas que hay en el mar. En una de ellas, Mallorca, tengo una casa de montaña. Es un nido de amor. Para allá nos vamos ahora mismo, si nos damos prisa aún llegamos a tiempo de coger el avión.

La actriz lo miraba perpleja.

—Pero ahora estamos en la fiesta. ¿Por qué quieres irte? Es estupendo. Está todo el mundo.

Fabrizio la cogió del brazo y agachó la cabeza como si fuera a revelarle un secreto.

—¡Por eso precisamente, Simona! No debemos estar donde estén todos. Tú y yo somos especiales, somos la pareja perfecta, y no debemos mezclarnos con los demás. Llamaremos mucho más la atención si nos vamos.

Simona no parecía muy convencida.

—¿Tú crees?

—Sí, no es difícil de en... —Las palabras murieron en sus labios.

Simona Somaini estaba sufriendo una transformación somática. El pelo empezó a esponjarse y ponerse más brillante y vaporoso, como en los anuncios de suavizantes; las tetas se le endurecieron y despuntaron bajo el inútil vestido que las velaba. Se había quedado mirando fijamente al frente como si estuviera viendo al Mesías caminar sobre las aguas de la fuente. Por fin posó la mirada nuevamente en Fabrizio y sorbió por la nariz; estaba conmovida.

—¡No me lo creo! Aquél es... es... Matteo Saporelli... ¡Ay, Dios!... Dime que lo conoces, por fa... Claro que lo conoces, los dos sois escritores. A mí me gusta y tengo que hablar con él ahora mismo. Morin está haciendo una película de su novela.

Fabrizio dio dos pasos atrás horrorizado, como si se hallase en presencia de una poseída. De haber tenido a mano agua bendita, la habría asperjado con ella.

—¡Eres un monstruo! ¡No quiero verte nunca más! —Cruzó a zancadas la explanada y el jardín y llegó a la estación casi corriendo.

El tren no estaba.

—¿Dónde está? ¿Cuándo llega? —le preguntó a una azafata.

Ésta se miró el reloj de pulsera.

—Dentro de un cuarto de hora, más o menos.

—¿Tanto? ¿No hay otro medio de irse?

—A pie, pero no se lo aconsejo, esto está lleno de animales salvajes.

En eso llegó corriendo un camarero que, recobrado el aliento, dijo:

—¡Señor Ciba, señor Ciba! Usted perdone, pero el señor Chiatti desea hablar con usted. ¿Quiere seguirme?

## 31

Mirando a un lado y otro, se acercó Zombi a las cajas de madera que contenían la vajilla y los cubiertos de los campamentos, y empezó a leer etiquetas: *Tene... Tene... Cuchi... Cuchi... Cucha...*

—Esto son los cubiertos. —Se dirigió a otra pila de cajas, abrió una y allí encontró, envueltas en terciopelo azul, las tijeras de trinchar. Eran tan grandes que parecían tijeras para trinchar jabalíes. Las cogió y cuando, todo contento, volvía a la caseta, vio a Murder y a Silvieta vistiéndose de camareros detrás de unos retretes portátiles.

—Tíos, las he encontrado... —dijo, y calló.

Los otros estaban hablando, o más bien discutiendo, tan absortos, que no habían reparado en su presencia. Zombi se acercó despacio, sin que lo vieran, y escuchó escondido detrás de un Land Rover.

—¡Vaya contigo! Tampoco esta vez se lo has dicho —decía Silvieta.

—Ya, ya... Pero lo he intentado, es sólo que me he quedado cortado. Reconoce que no es fácil, en esta situación —gruñía Murder.

—Primero ibas a decírselo esta mañana en Oriolo, luego me dices que en el coche... Y ahora tampoco...

Murder hizo un gesto irritado.

—¿Y por qué no se lo dices tú? No veo por qué tengo que ser yo.

—No te hagas el tonto, me dijiste que sería mejor que se lo dijeras tú, porque conoces bien a Saverio y sabes por dónde cogerlo.

—Es que no es fácil, cariñín —dijo Murder en tono más dulce—. Es que es muy delicado, ya lo sabes.

—Pues tampoco es tan difícil —replicó Silvieta, resoplando—. Tú vas y le dices: oye, perdona, pero resulta que Silvieta y yo vamos a casarnos y no podemos suicidarnos. Punto. ¿Tanto cuesta?

A Zombi se le cayeron las tijeras.

Mantos, cargado con una caja de vino, franqueó la entrada de servicio de la ex residencia real y se halló en el salón. Se quedó boquiabierto. Poco tenía que ver

aquello con los adefesios de la Mueblería de los Maestros de Hacha Tiroleses. La mezcla de lo antiguo y lo moderno era de un gusto exquisito. Eso es lo que él intentaba explicarle al viejo Mastrodomenico en las reuniones de empresa, cuando le hablaba de la Interior Decoration. Atravesó un corto pasillo y entró en un despacho con estanterías altísimas llenas de libros, forrados todos con papel de embalar y con el título escrito en letra bonita. Daba la impresión de que el cuarto era marrón. En medio había un bloque de madera maciza, tan grande que debía de ser de baobab o de secoya, y encima del bloque, un teléfono negro.

Mantos miró el aparato.

*No lo hagas.*

Dejó la caja de vino y lo descolgó.

*Es una tontería.*

Pero no importaba, antes de suicidarse debía oír por última vez la voz de su mujer.

Marcó el número de móvil de Serena con el alma en un hilo.

—Cariño... Soy yo...

—¿Dónde coño estás?

—Amor, espera, deja que te explique...

—Que me expliques ¿qué? ¿Que eres gilipollas? —lo insultó Serena.

Saverio se sentó en la butaca, se acodó en la mesa.

Su mujer lo había olvidado todo, como si la noche anterior no hubiera existido. Volvía a ser la cruel Serena.

*¿Qué esperaba? ¿Que hubiese cambiado?*

Nadie cambia. Serena seguía siendo la misma desde que vino al mundo. Sin embargo, se había casado con ella en la esperanza de que el tiempo amansara a aquella fiera. Ahora veía que lo que los había mantenido unidos era este mecanismo perverso, del que ella se había aprovechado para hacer que se sintiera un pobre calzonazos.

Con un nudo en la garganta apartó el auricular del oído, pero aun así la oyó vocear:

—¡Tú estás agilipollado! Llevo horas llamándote y tienes el móvil fuera de servicio. Mi padre está que trina, dice que te despide. Hoy empezaba la semana del dormitorio infantil y han acudido mil madres con críos. ¿Y tú dónde estás? Seguro que con esos cuatro subnormales. Pero por éstas que me la pagas...

Saverio miraba por la ventana. Estaba viendo un petirrojo que se limpiaba las plumas posado en un cerezo, y las lágrimas le nublaron la vista.

Para que aquella mujer lo respetara, tendría que violarla todas las noches, tratarla a patadas como a una perra; pero no era ésta su idea del amor.

*Así al menos estoy seguro de haber decidido bien.*

Una extraña calma se apoderó de Saverio. Se sintió tranquilo. Ya no dudaba.

Se acercó el teléfono a los labios.

—Serena, escúchame bien. Siempre te he querido. He procurado hacerte feliz por todos los medios, pero tú eres una mala persona y vuelves malos a los que te rodean.

—¡Pero cómo te atreves! —repuso Serena con una voz ronca, de posesa—. Como vaya para allá te parto la cara, te lo juro por mi padre, Saverio.

El líder de las Bestias de Abadón hinchó el pecho y dijo con voz firme:

—No soy Saverio, soy Mantos.

Y colgó.

—¿Tú qué haces ahí? ¿Quién te manda coger esas tijeras?

Zombi no tuvo tiempo de volverse, de entender, cuando notó que lo cogían de la oreja y lo arrastraban hacia la explanada. Empezó a gritar y forcejear. De reojo vio que quien le apretaba la oreja era Antonio.

El camarero jefe tenía las venas del cuello hinchadas y los ojos inyectados en sangre, y voceaba a Murder y a Silvietta:

—Y vosotros, ¿por qué os vestís de camareros?

Zombi logró desasirse y se frotó la oreja lastimada.

—¿Sois imbéciles o qué? ¡Esto no es ningún carnaval! ¡Como os coja! —Y dio un empujón a Murder—. A ver, ¿por qué os habéis vestido de camareros?

—Por hacer algo, como estábamos parados... —explicó Murder sin mucha convicción.

Antonio le plantó la cara a un palmo de la nariz; el aliento le olía a mentol.

—¿Por hacer algo? ¿A qué creéis que estamos jugando? ¿A un, dos, tres, pollito inglés? ¿A la gallinita ciega? ¿Y así, tan campantes, decidís ser camareros? ¿Queréis que me despidan por vuestra culpa? ¿No veis dónde estamos? Han venido los mejores camareros de Roma, del Harry's Bar, del Hotel de Russie, que han estudiado hostelería, que han trabajado hasta en el Caffè Greco. —Antonio se había puesto morado y tuvo que hacer una pausa para recobrar el aliento—. Ahora mismo vais a hacer una cosa: quitaos esa ropa y largaos. No os doy un duro y el capullo de Saverio se larga con vosotros. ¡Fíate de los parientes! Por cierto, dónde está el muy... —De pronto se llevó la mano al cuello como si le hubiera picado un tábano, se arrancó algo y se miró la palma: era un cono de papel con un alfiler en la punta.

—Pero ¿qué...? —acertó solamente a decir, pues al instante puso los ojos en blanco, hizo una mueca, dio un paso atrás y se desplomó rígido como una estatua.

Las Bestias se quedaron mirándolo estupefactas. De un matorral salió Mantos con la cerbatana.

—Tocaba los huevos, ¿eh? No sabéis lo que los tocaba en la escuela...

—¡Choca esos cinco! —le dijo Murder—. Ha caído redondo. Ese Sedaron es tremendo.

—Os lo dije. Bien, Zombi, veo que has encontrado las tijeras.

—¿Y con éste qué hacemos? —preguntó Silvietta, agachándose ante el cuerpo de

Antonio.

—Lo atamos, lo amordazamos y lo escondemos.

## 32

Fabrizio Ciba seguía al camarero a Villa Reale maldiciendo para sí. No podía perder tiempo, debía coger un avión. Y, además, tener que hablar con Sasà Chiatti lo ponía nervioso. Era absurdo; había estado con Sarwar Sawhney, todo un premio Nobel, sin mayor azoramiento, y ahora el corazón le palpitaba porque tenía que hablar con una persona insignificante como Chiatti. Pero la verdad es que ante ricos y poderosos siempre se sentía inseguro.

La villa lo dejó pasmado. Todo se lo esperaba, menos que la hubieran amueblado y decorado en estilo minimalista. El gran salón no era sino un recinto de cemento con una chimenea de piedra basta en la que ardía un gran tocón, cuatro sillones estilo años setenta y una mesa de acero de unos diez metros de larga sobre la que colgaba una lámpara antigua. En un rincón se veían dos alargadas esculturas de Giacometti, en otro, como si las hubieran olvidado allí, cuatro lámparas de Fontana con su típica forma de huevo, y en las paredes, unas obras de Burri.

—Por aquí... —El camarero lo condujo por un largo pasillo hasta una cocina de azulejos en la que sonaban las notas románticas de *Lecciones de piano* de Michael Nyman en un equipo Bang & Olufsen.

En los fogones se afanaba una mujerona robusta con el pelo corto color caoba, y en medio, en torno a una mesa de madera rústica, estaban sentados Salvatore Chiatti, una mujer albina que parecía una sílfide, un anciano decrepito con un uniforme colonial apolillado, un monje y Larita, la cantante.

Estaban comiendo unos rigatoni a la amatriciana con mucho queso rallado y gratinado por encima.

Fabrizio tuvo la presencia de ánimo suficiente para decir:

—Hola a todos.

Chiatti llevaba una chaqueta de terciopelo beis con coderas, una camisa de franela a cuadros y un pañuelo rojo atado al cortísimo cuello con el que la naturaleza lo había dotado. Se limpió la boca y abrió los brazos con efusión de viejo amigo:

—¡Aquí tenemos al gran escritor! Encantado de verlo. Siéntese con nosotros, estamos aquí comiendo en confianza. Espero que no haya tomado nada en el bufé. Eso es para los invitados famosos, ¿a que sí, mamá? —Se volvió hacia la mujeruca que cocinaba, la cual, turbada, se limpió las manos en el mandil y saludó moviendo la cabeza—. Somos gente sencilla y comemos pasta. Coja una silla. Vamos, ¿a qué espera?

Aunque Chiatti se mostraba amable y lucía una amplia sonrisa, Fabrizio notó que

estaba acostumbrado a mandar y no le gustaba que lo desobedecieran.

El escritor tomó una silla que había arrimada a la pared y se sentó a una esquina de la mesa, entre el viejo y el monje, que le hicieron sitio.

—Madre, sírvele al señor Ciba un buen plato, que parece algo pachuchillo.

Y al instante vio Fabrizio ante sí una ración enorme de rigatoni humeantes.

Chiatti cogió una jarra de vino y le llenó el vaso.

—Presentémonos lo primero. Él... —Y señaló al viejo caduco—... es el gran cazador blanco Cormán Sullivan. ¿Sabía que, aquí donde lo tiene, conoció a..., cómo se llama ese escritor?

—Hemingway... —contestó Sullivan que, atacado de tos, empezó a convulsionarse. El traje despedía nubes de polvo. Cuando se repuso, le estrechó blandamente la mano a Fabrizio. Tenía los dedos largos con manchas pálidas.

A Ciba el cazador blanco le recordaba a alguien. ¡Pues claro! Era idéntico a Ötzi, el hombre del Similaun, el cazador primitivo hallado en los hielos alpinos.

Chiatti señaló a la sílfide.

—Ella es Ecaterina, mi novia. —La joven inclinó la cabeza a modo de saludo. Semejaba la reina de las nieves de alguna saga nórdica. Era tan blanca que parecía llevar tres días muerta. La piel traslucía las venas. El pelo, de un color rojo vivo, formaba una crin en torno al rostro plano. No tenía cejas y el cuello era delgado como el de un galgo. Debía de pesar unos veinte kilos.

Al oír su nombre Fabrizio la recordó. Era la famosa modelo albina Ecaterina Danielsson, que un día sí y otro también aparecía en la portada de las revistas de moda de todo el mundo. Era el ser morfológicamente más opuesto a Chiatti que la naturaleza había podido crear.

—Y él... —señalando al monje—. Tendrías que conocerlo. Es Zóltan Patrovič.

Desde luego que lo conocía. ¿Quién no conocía al imprevisible cocinero búlgaro, propietario del restaurante Las Regiones? Pero nunca lo había visto en persona.

¿Y a quién le recordaba aquél? Claro, a Mefisto, el enemigo jurado del vaquero Tex Willer, el héroe del tebeo.

Fabrizio tuvo que humillar los ojos. La mirada del cocinero parecía penetrar sus pensamientos.

—Y por último, nuestra querida Larita, que esta noche nos hará el honor de cantar para nosotros.

Por fin se hallaba Ciba ante un ser humano.

*Bonita*, se dijo estrechándole la mano.

Chiatti lo señaló.

—¿Y sabéis quién es él?

Fabrizio iba a decir que nadie, cuando Larita, esbozando una sonrisa que dejaba ver unos incisivos levemente separados, dijo:

—Es el mejor escritor, el autor de *La fosa de los leones*, una novela preciosa. Aunque mi preferida es *El sueño de Néstor*. La he releído tres veces y las tres veces

he llorado como una tonta.

Fue como si hubiera recibido un flechazo en pleno pecho. Sintió que las piernas le flojeaban y a punto estuvo de derrumbarse sobre el hombro del hombre de los hielos.

Por fin alguien que entendía que aquél era su mejor libro, que para escribirlo se había exprimido como un limón. Cada palabra, cada coma le había costado un esfuerzo ímprobo. Comparaba *El sueño de Néstor* con la tarea de recomponer un avión que hubiera explotado en el cielo y cuyos restos se hubiesen esparcido por un desierto llano y estéril en un radio de miles de kilómetros. Lo contrario de *La fosa de los leones*, que escribió sin sufrimiento, como si se hubiera escrito solo. Pero su obra más madura y completa era *El sueño de Néstor*, aunque los lectores la hubieran acogido con tibieza, por decir poco, y la crítica la hubiera demolido. Por eso al oír a la cantante decir aquello no pudo sino sentir una profunda gratitud.

—Muy amable, de veras, se lo agradezco —le dijo casi cohibido.

Aunque no era Larita una chica que llamase la atención a primera vista, mejor mirada resultaba muy atractiva. Tenía un cuerpo perfectamente proporcionado: el cuello y los hombros no eran ni muy grandes ni muy pequeños, tenía las muñecas finas y las manos delgadas y llenas de gracia. Llevaba una melenita morena que le tapaba la frente, y su cara oval, de nariz menuda, boca más bien grande y ojazos color avellana con motas doradas, que en aquel momento parecían algo extraviados, tenía una expresión franca y tímida que inspiraba simpatía.

¡Cosa extraña! Ciba, que entre fiestas, presentaciones de libros, conciertos, reuniones y demás había conocido a todo el mundo, nunca había coincidido con la cantante. Recordaba haber leído que era persona reservada, poco amiga de figurar.

*Un poco como yo.*

Además, lo de su conversión religiosa le había gustado. También él últimamente sentía con fuerza la llamada de la fe. Larita estaba muy por encima del resto de los cantantes italianos, que eran un hatajo de desesperados. Ella se estaba en su casa de los Apeninos dedicada a crear...

*Lo que tendría que hacer yo.*

Y le acudió a la mente la consabida imagen: los dos juntos en una cabaña rústica, ella tocando música, él escribiendo; lejos del mundanal ruido; quizá con un hijo, con un perro de fijo.

Larita se atusó el flequillo.

—No hay de qué. Si una cosa es buena, es buena.

*¡Tonto de mí! Me marchaba y resulta que está aquí la mujer de mi vida.*

Chiatti aplaudió de buen humor.

—Bien. ¿Ve, Ciba, qué guapa fan le he buscado? Pues ahora, para agradecérmelo, ha de hacerme un favor. ¿Tiene una poesía?

Fabrizio arrugó el entrecejo.

—¿Cómo una poesía?

—Una poesía, sí, para recitarla antes de pronunciar yo mi discurso. Me gustaría



que me introdujera usted leyendo una poesía suya.

Larita acudió en su ayuda:

—No escribe poesías, al menos eso creo.

Fabrizio le sonrió, y luego, volviéndose serio a Chiatti:

—Exacto. No he escrito una poesía en mi vida.

—¿Y no podría escribir ahora una, aunque fuera corta? —El constructor se miró el Rolex—. ¿No sería capaz de escribir una en veinte minutos? Con un par de líneas es suficiente.

—Un poemita sobre los cazadores vendría muy bien. Recuerdo que Karen Blixen... —terció Cormán Sullivan, aunque no pudo continuar porque lo acometió un ataque de tos.

—No, lo siento, no escribo poesía.

Chiatti ensanchó las narices y apretó los puños, pero su voz siguió siendo cordial:

—Entonces tengo una idea. Lea un poema de otro. Creo que tengo por ahí un libro de Pablo Neruda. ¿Le parece bien?

—¿Por qué tendría que leer nada de nadie? Ahí fuera hay un montón de actores que se despellejarían por hacerlo. Que lean ellos. —Fabrizio empezaba a mosquearse.

De pronto Zóltan Patrovič dio un golpecito con el cuchillo en el vaso.

Fabrizio se volvió hacia él y quedó atrapado en su mirada magnética. Fenómeno singular, parecía que los ojos del cocinero se hubieran agrandado hasta ocuparle todo el rostro. Era como si, bajo la capucha negra, sólo existiesen esos dos enormes globos oculares que lo miraban fijamente. Fabrizio quiso desviar la mirada, pero no pudo; intentó entonces cerrar los ojos y romper el hechizo, pero tampoco pudo.

Zóltan posó la mano en su frente.

Y de repente, como si se lo hubieran metido a la fuerza en la memoria, Fabrizio recordó un episodio de su infancia que tenía olvidado. Cuando sus padres partían en barca de vela los veranos, a él lo dejaban con su prima Anna a cargo de una familia de campesinos austríacos que vivían en una cabaña, en Bad Sankt Leonhard, Carintia. Era una zona preciosa, con montañas pobladas de pinos y prados verdes en los que pastaban felices vacas moteadas. Él vestía los pantalones cortos con presillas típicos del lugar y unas botas con cordones rojos. Un día, buscando setas con su prima, se perdieron en el bosque. No acertaban a orientarse. Estuvieron dando vueltas cogidos de la mano y cada vez más asustados, mientras la noche extendía sus tentáculos entre árboles idénticos. Por suerte, de pronto se hallaron ante una cabaña en medio de los pinos, con una chimenea por la que salía humo y las ventanas iluminadas. Llamaron a la puerta y les abrió una mujer rubia con moño que los invitó a entrar y a sentarse a una mesa con sus tres hijos, y les dio de comer un caldo con unas albóndigas enormes de pan y carne llamadas Knödel... ¡Ah, qué blandas y buenas estaban aquellas albóndigas!

Fabrizio sintió que lo que más deseaba en el mundo era un par de aquellas albóndigas en caldo. Nada le costaba acceder a la petición de Chiatti, y después podía

buscar un restaurante austríaco.

—Vale, leeré un poema. Pero decidme, ¿conocéis un restaurante austríaco por aquí cerca?

### 33

La cabeza de Antonio rebotaba en los escalones produciendo un ruido sordo que resonaba en la bóveda de una escalera que se hundía en las entrañas de la tierra. Murder y Zombi arrastraban al camarero jefe por los tobillos.

El líder de las Bestias iba en cabeza alumbrando con una linterna el techo de aquella galería excavada en la toba. Se veía todo cubierto de moho y telarañas. El aire estaba cargado de humedad y olor a tierra mojada.

Mantos no sabía adónde conducía aquella escalera.

Había abierto una vieja puerta y por ella se habían metido antes de que los vieran.

Silvietta se detuvo y observó el cuerpo de Antonio.

—Chicos, ¿no se hará daño con tanto golpe en la cabeza?

Saverio se volvió.

—Tiene la cabeza dura. Y ya casi hemos llegado. Creo que termina aquí.

Murder estaba cansado.

—Menos mal, llevamos una hora bajando. Esto parece una mina.

Salieron por fin a una gruta. Zombi encendió dos antorchas que había en la pared y parte del recinto quedó iluminado.

No era una gruta, sino una especie de sótano de techo bajo con filas de barriles carcomidos y montones de botellas cubiertas de polvo. En las cuatro paredes se veían, tapadas por rejas oxidadas, las bocas de sendos conductos angostos que iban a parar Dios sabía dónde.

—Este sitio es perfecto para un ritual satánico —dijo Murder, que tomó una botella y quitó el polvo de la etiqueta: «Amarone de 1943».

—Serán las bodegas regias —dijo Silvietta.

—Los rituales satánicos no se hacen en bodegas. Como máximo en iglesias desacralizadas o al aire libre, y siempre a la luz de la luna. —Mantos señaló un rincón—. Va, dejad ahí a mi primo y larguémonos, que no hay tiempo que perder.

Zombi se había apartado y observaba uno de los conductos enrejados. Silvietta se le acercó.

—¡Qué extraño! Cuatro conductos idénticos. —Metió una mano por entre los barrotes—. Sale aire caliente. ¿De dónde vendrá?

Zombi se encogió de hombros.

—¡Y yo qué sé!

—¿Crees que es seguro dejarlo aquí? ¿Y cuando se despierte?

—Y yo qué sé... Ni me importa —replicó Zombi, y dio media vuelta con frialdad.

Silvietta se quedó mirándolo extrañada.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado?

Zombi se dirigió a la escalera sin contestar.

Mantos lo siguió.

—Andando.

Llevaban subidos un centenar de escalones, cuando oyeron abajo un ruido ahogado.

Murder se detuvo.

—¿Qué ha sido eso?

—Antonio, que se habrá despertado —dijo Silvietta.

Mantos sacudió la cabeza.

—No lo creo, seguirá frito al menos dos horas más. ¡Con lo potente que es el Sedaron!

Y continuaron.

Pero si hubieran vuelto, habrían visto que el cuerpo de Antonio Zauli había desaparecido.

### *Discurso de Salvatore Chialli a los invitados*

## 34

Fabrizio Ciba, con el poemario de Neruda en el bolsillo, iba y venía al pie de un carro convertido para la ocasión en escenario. Le habían colocado un micrófono y dicho que en un par de minutos subía a recitar el poema. No se explicaba cómo había consentido. Él, que a todo el mundo decía que no: a las oficinas de prensa más agresivas, a los líderes políticos, a las agencias de publicidad que le ofrecían millones.

¿Qué le había pasado? Era como si lo hubieran obligado a decir que sí. Y para colmo a él Pablo Neruda lo repateaba.

—¿Listo?

Fabrizio se volvió.

Era Larita, que traía una taza de café y esbozaba una sonrisa que daba ganas de abrazarla.

—No, para nada —admitió desesperado.

Ella empezó a rascar el azúcar del fondo de la taza y sin mirarlo le confesó:

—¿Sabes que una vez vine a Roma sólo para oírte leer pasajes de *La fosa de los*

leones en la basílica de Majencio?

Fabrizio no se lo esperaba.

—¿No me digas? ¿Y por qué no fuiste a saludarme?

—No nos conocíamos. Yo soy muy tímida y además había una cola larguísima de gente pidiéndote autógrafos.

—Hiciste muy mal, muy mal.

Larita rió y se le acercó más.

—¿Te digo una cosa? A mí este tipo de fiestas no me gustan. Si he venido es sólo porque Chiatti me ofrece mucho dinero. Sabes, con ese dinero quiero construir un santuario de cetáceos en Maccarese.

Desconcertado, Fabrizio pasó al ataque, aunque le salió algo flojo:

—Habrías hecho mal en no venir, no nos habríamos conocido.

Ella empezó a jugar con la tacita de café.

—Eso es verdad.

—Por cierto, ¿has estado alguna vez en Mallorca?

Larita pareció sorprendida.

—Curioso que me lo preguntes. ¿Conoces Escorca, al norte de la isla?

—¡Claro, está cerca de mi casa!

—Pasaré allí seis meses para grabar mi nuevo disco.

Fabrizio se llevó la mano a la boca, emocionado.

—¡Yo tengo una casa de campo en Capdepera...!

Quiso la mala suerte que en aquel momento se presentara el mismo que le había puesto el micrófono.

—Señor Ciba, al escenario, le toca.

—Sólo un momento —le rogó Fabrizio, haciéndole señas de que no se acercara, y posando la mano en el brazo de Larita, le dijo:

—Prométeme una cosa.

—¿Qué?

La miró a los ojos.

—En estas fiestas todo el mundo hace su papel, nadie se conoce de verdad. Nosotros somos distintos. Antes me has dicho que te gustó *El sueño de Néstor*, y ahora me dices que vas a Mallorca, precisamente donde iré yo a escribir y a buscar un poco de paz. Tienes que prometerme que volveremos a vernos.

—Perdone, señor Ciba, pero tiene que salir al escenario.

Fabrizio fulminó al tipo con la mirada y se volvió de nuevo a Larita:

—¿Me lo prometes?

Larita asintió:

—Sí, te lo prometo.

—Espérame aquí... Voy, me pongo en ridículo y vuelvo ahora mismo.

Y ya sin volverse, lleno de contento, subió la escalerilla del escenario y se halló ante la explanada del jardín geométrico repleta de gente.

Saludó con la mano, se atusó el pelo, puso una media sonrisa, sacó el librito de poesía y cuando se disponía a leer, vio a Larita abrirse paso entre la gente y aproximarse al escenario. Al instante notó la boca seca. Se sentía como un colegial. Guardó el libro y dijo titubeando:

—Había pensado leeros un poema del gran Pablo Neruda, pero acabo de decidir que recitaré una mía. —Pausa—. La dedico a una princesa que cumple sus promesas. —Y declamó:

Mi vientre será el cofre  
en el que te ocultaré al mundo.  
Colmaré mis venas  
con tu belleza.  
De mi pecho haré una jaula  
para tus penas.  
Te amaré como el pez de color ama a la anémona.  
Cantaré tu nombre aquí, ahora, ya.  
Y vocearé tu dulzura entre los sordos  
y pintaré tu belleza entre los ciegos.

Hubo un instante de silencio, tras el cual estalló un aplauso fragoroso.

—¡Bravo, Ciba! —gritaban.

—¡Eres un gran poeta!

—¡Mejor que Ungaretti!

Larita también aplaudía, sonriendo.

Fabrizio inclinó la cabeza y pidió con gestos que cesaran los aplausos, como haría una persona tímida y modesta, mientras el constructor subía al escenario y animaba al público, que aplaudía más y más nutridamente. Poco faltaba para que hicieran la ola.

—Gracias, Fabri. Es la mejor introducción que podía tener. —Chiatti lo abrazó como si fueran viejos amigos y lo invitó a bajar del escenario.

El escritor lo hizo con el corazón palpitante y la certeza de haber metido la pata.

*Me he pasado con la poesía. Larita se habrá reído de lo lindo. Te amaré como el pez de color ama a la anémona. Los ciegos... Los sordos... ¡Qué horror!*

Además, para ser francos, la poesía no era ni original. Había reelaborado a su modo, pésimamente, un poema del poeta libanés Kahlil Gibran que se aprendió de memoria a los dieciséis años durante unas vacaciones en la nieve con la idea de conquistar a una camarera de Bormio.

*Lo he echado todo a perder.*

La había visto aplaudir, pero claro, por aplaudir que no quedara.

*Y mañana el cabrón de Tremagli escribirá en Il Messaggero que he plagiado a Gibran. Y compararán mi poesía con la original.*

Tenía que beber algo y procurar calmarse antes de reunirse con Larita. Fue al

carro de los licores y pidió un Jim Beam doble.

En el escenario, Sasà Chiatti se explayaba refiriendo el dineral que se había gastado en el parque, aplaudido regularmente cada dos minutos.

—Fabrizio... Fabrizio...

Se volvió seguro de que era Larita, pero no: era Cristina Lotto.

Cristina Lotto tenía treinta y seis años y era la esposa de Ettore Gelati, presidente de un consorcio de productores de agua mineral y dueño de varias casas farmacéuticas distribuidas por todo el mundo. Tenían dos hijos adolescentes, Samuel e Ifigenia, que estudiaban en un colegio suizo.

Cristina presentaba un programa de bricolaje en un canal de televisión por satélite, en el que enseñaba a componer originales centros de mesa con palitroques recogidos en la playa, y fundas de punto para inodoros.

Era una rubia huesuda, de piernas largas y esbeltas, culo firme y tetillas redondas jaspeadas de pecas. Tenía cara de chica buena, educada por monjas, los pómulos altos y pecosos, los ojos azules, el pelo rubio y lacio, los labios muy finos y la barbilla puntiaguda.

Indudablemente, era una mujer guapa, con un cuerpo atlético. Vestía siempre con faldas, jerséis de angora y collares de perlas, y tenía una vocecilla quejumbrosa carente por completo de sensualidad. Resultaba tan excitante como una hoja de lechuga sin aliñar, lo que no obstaba para que los dos últimos años viniera Fabrizio tirándosela dos veces al mes. ¿Las razones? Incluso para él eran bastante oscuras. Seguramente influía el hecho de ser la mujer de un hombre que se creía dueño y señor del universo. La idea infantil de que, mientras el empresario trabajaba como un burro para llegar a ser el hombre más rico de Italia, él se follaba a su mujer, lo ponía cachondo y lo divertía. Le gustaba que Cristina, acabado el acto, posara la cabeza en su pecho y le hablara de su presuntuoso marido, de su pasión por los planeadores y sus pretensiones de nobleza, o le refiriera, no sin ironía, sus propias frustraciones a la sombra de un hombre egoísta e insensible. Fabrizio le pedía que le contara con pelos y señales detalles mezquinos, que acababan convirtiendo al amo del universo en un hombre ruin y miserable.

Pero había otra razón nada desdeñable. En su casa de via Mecenate, Fabrizio vivía en un abandono total y comía siempre y únicamente en restaurantes. Los Gelati, en cambio, poseían un ático de quinientos metros en la piazza Navona, con un baño de mármol blanco que parecía el Ara Pacis y un frigorífico grande como un cofre lleno de ostras fresquísimas, jamón serrano y otras gollerías procedentes de todo el mundo. Cristina estaba siempre sola y él, cuando quería relajarse, iba a verla. Se zambullía en la bañera, veía partidos en la sala de cine y se hacía preparar cenas suculentas.

—¿Cristina? —dijo Fabrizio, sorprendido. Era la primera vez que le hablaba en público. Era algo que ella evitaba celosamente, pues la aterraba la posibilidad de que los vieran juntos. De descubrirlos, el amo del universo podía dar rienda suelta a una ira tan destructora como la de un dios babilónico.

Cristina llevaba esa noche un sencillo traje negro con un escote a la espalda que le llegaba hasta el culo y un sombrero con velo. Parecía consternada.

—¡Fabrizio! Tengo que hablar contigo.

El escritor sintió unas náuseas terribles.

—¿Qué pasa?

—Algo gravísimo...

## 35

Un pianista empezó a tocar el tema de la película *Memorias de Africa*. En medio del escenario, Sasà Chiatti pidió al público un momento de silencio.

—Recibamos con un gran aplauso a Corman Sullivan...

Salieron dos modelos negras llevando del brazo al viejo cazador.

Silvietta dejó la bandeja con canapés de salmón en el escenario y aplaudió también.

*Lo mismo es el Dalai Lama.*

La vestal de las Bestias estaba emocionada. En su vida habría imaginado que asistiría a una fiesta tan elegante. Ni aun en Hollywood llegaban a tanto, estaba segura. Adondequiera que mirase, veía a un famoso. No es que la entusiasmasen los famosos, pero sí la impresionaba verlos tan de cerca. Además, la poesía de amor que había recitado Fabrizio Ciba la había conmovido... Aquel escritor tímido e introvertido debía de ser una persona excepcional. A lo mejor podía pedirle un autógrafo. Y no estaría mal poner una poesía suya en las invitaciones de boda. Se lo pediría, no parecía que el éxito se le hubiese subido a la cabeza.

Silvietta se dijo que podía inspirarse en aquella fiesta para su banquete de boda. Por ejemplo, aquellas esculturas de hielo estaban muy bien. Y también lo de soltar pavos entre los invitados era una buena idea. Y los carros de comida. Pero lo que más la seducía era aquel viejo furgón de tres ruedas en el que servían helados y granizados.

*No tendremos bastante para todas estas cosas.*

Murder había pedido un préstamo para la boda, veinte mil euros que apenas daban para el alquiler del Vecchio Cantinone en Vetralla, el banquete y las flores de la iglesia.

*Será más sencilla, pero quedará muy bien.*

En esto vio a Zombi caminando entre los invitados con un plato de sándwiches en

la mano. Parecía un fantasma, ni siquiera intentaba parecer un camarero.

*Lástima que esté muerto cuando nosotros nos casemos.*

Sentía muchísimo que no pudiera venir a la boda. Era su mejor amigo, su pichurri, y habría querido tenerlo por testigo. Lo observó. Tenía una facha lastimosa. Parecía que lo hubiera atropellado un tren. ¿Y si tampoco quería suicidarse? Tenía que hablar con él.

Dejó la bandeja de canapés y corrió a reunirse con Zombi, que se había sentado a una mesa y estaba bebiendo una copa de vino blanco.

—¿Qué pasa, pichurri?

Él la miró con aire ausente.

Silvieta se arrodilló ante él y le tomó la mano.

—Eh, ¿qué te ocurre? Estás raro.

Él retiró la mano.

—Os he oído.

A ella le dio un vuelco el corazón.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —balbució.

—Que os he oído. Que sé que os casáis. Y no me habías dicho nada.

—Quería decírtelo, pero me... —Silvieta no pudo continuar. Bajó la cabeza.

—Bien. ¿Y cuánto tiempo lleváis con los preparativos? ¿A qué esperabais para decírmelo? ¿Nos habéis puesto en la lista de invitados? Pues borrados porque no iremos.

—Oye, ¿por qué no olvidamos todo esto?

Zombi tomó otra copa de vino.

—¿Olvidarlo? ¡Ni hablar! Puede que vosotros dos creáis que estamos jugando a satánicos y que esto es una fiesta. Pero os equivocáis. Mantos ha dado sentido a nuestra vida, nos ha mostrado lo hipócrita que es esta sociedad de mierda, nos ha indicado la vía del Mal, nos ha enseñado a canalizar nuestro odio. Él ha dejado a su mujer y a sus hijos, ha dejado la tienda, para inmolarsé y que seamos la primera secta de Italia. ¿Y así se lo agradecéis, traicionándolo? —Se puso en pie y apuró la copa de un trago—. Haz lo que te salga del coño, pero que sepas que mis últimos pensamientos antes de morir serán para vosotros, las personas más viles que he conocido en mi vida. —Y se fue.

Silvieta se derrumbó y rompió a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Quieres decírmelo? —Fabrizio Ciba seguía a Cristina Lotto por entre la gente mirando a un lado y otro en busca de Larita, aunque era difícil verla en aquel bullicio.



—No hables. Sígueme y calla. Mi marido podría vernos —le dijo ella con la cabeza gacha, como si se sintiera vigilada—. Vamos dentro.

Se escabulleron por entre los carros del bufé y entraron en la villa.

Cristina miraba a un sitio y otro. Allí dentro también había gente.

—¿Dónde estará el baño?

Por un instante pensó el escritor que todo aquello no era más que una excusa para echar un polvo en el váter. Aunque la veía realmente agitada, y además ella, con ser una vieja ninfómana, siempre ponía mucho cuidado al planear sus encuentros amorosos. Por eso seguía Fabrizio liado con ella. Era una mujer que nunca le daría problemas, muy celosa de su hogar y que se jugaba más que él si los descubrían.

—¿No podemos dejarlo para mañana? Yo estoy ahora muy ocupado.

—No. —Cristina abrió una puerta—. Aquí está.

El baño era un gran cuarto de unos setenta metros cuadrados, con tarima de roble y vigas de madera, que parecía un chalet de montaña. También aquello estaba lleno de gente, con corbata y la cara roja, que reía y conversaba. Ante los espejos había mujeres retocándose el maquillaje, y entre las columnas discurría una cola que entraba en los retretes, donde seguramente estaban metiéndose algo. Se respiraba una atmósfera de excitación insólita en una fiesta romana.

Dos tíos en esmoquin hablaban a voces.

—Me he comprado un trullo en Piamonte.

—No sabía que hubiera trullos en Piamonte.

—Sí, y además originales. Te los desmontan piedra a piedra en Apulia y te los montan en Alessandria. Hay toda una urbanización de trullos.

—¿Y cuestan mucho?

—¿Mucho? No, qué va.

—Aquí no, sígueme —le dijo Cristina a Fabrizio al oído.

Encontraron un cuartito amueblado con sencillez, quizá el dormitorio de un criado. Cristina cerró la puerta con llave y se sentó en la cama.

Fabrizio encendió un cigarrillo.

—Bueno, dime, ¿qué pasa?

Ella se quitó el sombrero.

—Samuel nos ha visto.

—¿Samuel? ¿Y quién coño es Samuel?

—Mi hijo. Nos ha visto.

Fabrizio no entendía.

—¿Qué ha visto?

—Nos ha visto... —Cristina tomó aliento como si le costase respirar— haciendo el amor en la cocina.

—¡Hostias! —También Fabrizio se sentó en la cama.

¿Y si el crío se lo contaba a su padre? Se jugaba el cuello a que aquel miserable tragaba con tal de no pasar por cornudo. En cierto sentido era mejor así. Aquello tenía

que acabar. No tendría que inventar una mentira. Además, su mente era ahora como un misil teledirigido con un único objetivo: Larita y el viaje a Mallorca.

Fabrizio se llevó las manos a la cabeza afectando consternación.

—¡Vaya, hombre!... ¡Lo siento de veras! El pobrecillo estará traumatizado.

—¿Traumatizado? —replicó Cristina esbozando una sonrisilla tirante—. Dice que o le damos pasta o cuelga el vídeo en Internet.

—¿Cómo, cómo? —A lo mejor no había oído bien.

—Nos ha grabado con el móvil.

—Pero vamos a ver... Tu..., ¿cómo coño se llama?..., tu hijo ¿no estaba en un colegio en Suiza?

—Sí, pero aquel fin de semana vino a Roma, a casa de un amigo, según me dijo. Debió de pasar por casa y...

—¿Y has visto el vídeo?

—Me lo ha enviado por email.

—¿Y qué se ve?

—Se nos ve a los dos, y clarísimo. Parece una película porno. Y lo peor es el final, tú dándome por detrás y yo dando vueltas a los pennette a los cuatro quesos.

—¿También grabó eso?

—También.

Fabrizio notó un sudor frío en los sobacos y sintió que se ahogaba. Abrió la ventana y respiró procurando calmarse.

—¡Qué absurdo! —Que no cundiera el pánico—. Nada, es un buen chico, no sería capaz.

—Te aseguro que sí. —Cristina no lo dudaba.

—Yo creo que lo que le pasa es que está enfadado porque lo descuidas. Es la típica actitud del adolescente que busca la atención de la madre.

Cristina lo negó con la cabeza.

—¿Cuánto quiere?

—Cien mil euros.

Ciba abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Has dicho cien mil euros? Pero ¿ése se ha vuelto loco o qué?

—Cincuenta mil yo y cincuenta mil tú. Debemos hacerle una transferencia a su banco de Suiza, ya me ha dado el IBAN.

—¿Cincuenta mil yo? ¿Y por qué yo?

—Para que aprendas a no follarte a su madre, dice. Y que nos hace un precio de amigos, que si lo vende a un periódico saca mucho más. Eres el primer escritor famoso que sale en una película porno. Samuel dice que podrías muy bien actuar con Paris Hilton y Pamela Anderson.

—¡Qué hijoputa!

Cristina se encogió de hombros.

—Tú lo has dicho.

—¿Y no podemos regatear? ¿Que nos rebaje un poco? ¿Cincuenta mil entre los dos?

—No creo. Es muy decidido, como su padre. De mayor quiere ser director de cine... Al vídeo le ha puesto los créditos con nuestros nombres y la banda sonora de *Gladiator*.

Fabrizio empezó a dar vueltas por la estancia.

—¿Parece mentira! Tu hijo es un cabrón. Además, ¿quién nos dice que no se quedará una copia y seguirá chantajeándonos?

—¡No, eso sí que no! Mi Samuel es un buen chico. Es honrado; yo me fío de su palabra.

—¿Honrado? Lo que es, es un tiburón disfrazado de crío... Si lo cuelga en Internet estoy acabado. ¿Y por qué no le mandamos a alguien que le dé una paliza?

—Ya lo había pensado. Por unos cuartos, el cuñado de mi mecánico le daría un buen repaso. Sólo que entonces se enfadaría más. Vamos, ¡no me digas que te importa el dinero! No te pega, es de muy mal gusto.

Ciba odiaba parece tacaño.

—No, no es eso. Es que tirar el dinero así... ¿Y yo qué tal me porto, di?

Cristina lo miró sin entender.

—¿Cómo que qué tal te portas?

—Sí, digo... —No encontraba las palabras—. ¿Quedo bien, por lo menos? ¿Se me ve tripa? ¿Hago un buen servicio?

—Nada malo...

—Menos mal. —Fabrizio asió la manivela—. Mándame el número de la cuenta y esperemos, qué se le va a hacer.

—¿Y nosotros?

—¿Nosotros? Creo que ya hemos tenido bastante. —Y salió cerrando la puerta.

Mantos, con una bandeja de copas de champán, iba y venía entre los invitados como un perfecto camarero, mientras buscaba a Larita. Aquello parecía una gala de premios televisivos: estaba el gremio al completo. Y había sobre todo una densidad de coños por metro cuadrado que mareaba.

A Mantos no le gustaba lo dulce de pequeño: ni helados, ni sorbetes, ni nada que tuviera azúcar. Él prefería lo salado, incluso en el desayuno: pizzas, bocadillos, tostadas y, por encima de todo, sándwiches. Los sándwiches le gustaban todos, aunque sus predilectos eran los de pollo y los de gambas y rúcula. En el Bar Internazionale de Fiano Romano tenían de pocas clases, y los pocos que tenían estaban resecos. Y además cometían el gran error de calentarlos en horno eléctrico en

vez de en la plancha, si bien hay que decir, entre paréntesis, que la plancha sólo es necesaria cuando lleva jamón, mozzarella o quesos dulces.

Todo el mundo le decía que en Roma los sándwiches eran otra cosa. Se deshacían en la boca, siempre estaban recién hechos y los guardaban entre paños mojados para mantenerlos debidamente húmedos. Saverio se imaginaba Roma como una ciudad de casas con forma triangular y las calles llenas de mostradores con sándwiches.

Un cumpleaños pidió a su padre que lo llevara a Roma a comer aquellas delicias, y su padre, por una vez, lo contentó, incluso con creces: por consejo de su tío Aldo, que trabajaba en el Ministerio de Educación, su padre lo llevó a la Casa del Sándwich de viale Trastevere, esquina con piazza Mastai.

Cuando el pequeño Saverio Moneta entró en aquel templo del sándwich, sintió una grandísima emoción. Había allí, protegidas por vitrinas, verdaderas murallas del susodicho manjar, desde el simple de jamón y mozzarella hasta el de salchicha, mayonesa y endivia, pasando por el de perca, rúcula y queso fresco, el de carpaccio de cordero, salsa rosa y vieira..., y en variantes de una, dos y tres capas, y hasta de doce, el llamado Club Sandwich Ambassador Gran Royal, con sesenta y cinco ingredientes.

—Te doy treinta mil liras, elige bien y no las malgastes —le dijo su padre.

El pobre empezó a recorrerse como loco el local, con las manos sudando y el estómago cerrado, sin poder decidirse, hasta que al final se fue sin comprarse ninguno.

Pues lo mismo le pasaba allí: entre tanto vertiginoso vislumbre de muslos, de labios carnosos como chipirones en salsa, de senos redondos como cúpulas de Brunelleschi, Mantos se sentía como empachado, y acabó fijándose en una morenita que se paseaba entre aquellos superhéroes con aire extraviado.

*Larita...*

Con su falda a cuadros, su chaqueta negra y su blusa blanca, parecía una estudiante universitaria.

Mantos se dispuso a abordarla, mientras Sasà Chiatti seguía diciendo en el escenario:

—... Hemos querido echar la casa por la ventana para que lo paséis bien... Hay tres tipos de cacería: la del zorro, la del tigre y la del león. La del zorro, que, claro está, queda reservada para los que saben montar, se llevará a cabo según las antiguas reglas del duque de Beaufort. En la perrera aguarda una jauría de treinta pachones. Y es obligatorio llevar uniforme: chaqueta roja, negra, de tweed o de pata de gallo, corbata blanca, guantes blancos, pantalones claros, botas y gorra.

Del público se elevó un murmullo. Los invitados se miraban sacudiendo la cabeza.

—Pero ¿cómo?

—¡Qué locura!

—No hemos traído ropa.

—¡Muchachos, tranquilos! —los sosegó Chiatti—. Todo está pensado, no os pongáis nerviosos. El modisto Ralph Lauren ha tenido la cortesía de obsequiarnos con el atuendo de las tres cacerías. Detrás de la villa hay un campamento en el que las señoras y los caballeros hallarán todo lo necesario para vestirse. Las tiendas rojas son las de la caza del zorro, las naranjas, las de la caza del tigre, y las beis, las de la caza del león. Después, si lo deseáis, podéis quedaros con los uniformes.

—¡Chiatti, eres un señor! —gritaron.

—¡Viva Ralph!

Mantos se hallaba ya a pocos metros de la cantante, que, con los brazos cruzados, miraba al escenario algo aburrída. Era bajita, pero bien proporcionada. Y allí parecía fuera de lugar.

Se le había arrimado un tipo larguirucho, con barba negra, gafas de sol, chaleco de piel raída, botas vaqueras de pitón, vaqueros gastados y camisa de franela a cuadros, que no paraba de reír y darle con el codo, como si se conocieran de toda la vida. A ella no parecía hacerle mucha gracia.

Mantos estaba seguro de que el vaquero era un famoso. Allí no había muchas posibilidades: o se era un famoso, o se era un camarero. Aquél tenía toda la pinta de ser un rockero.

Los gustos musicales del líder de las Bestias de Abadón abarcaban varios géneros, desde el *Carmina Burana* de Orff a Wagner, pasando por Popol Vuh, Dead Can Dance y Billy Joel. Pero la música italiana no la soportaba.

En eso el vaquero se quitó el sombrero y lo agitó vuelto hacia Chiatti, y Mantos vio que iba tocado con un pañuelo de los colores de la paz.

Era el distintivo de Cachemire, el cantante del grupo de heavy metal Animal Death, los ídolos de Murder y Zombi.

Cachemire hizo una seña a Mantos.

—¡Eh, camarero! Ven.

Mantos no tuvo más remedio que volverse.

—¿Es a mí?

—Sí, a ti, ven para acá.

Se acercó el líder de las Bestias con la cabeza gacha y tendió la bandeja con la última copa de champán.

—¿No llevas una cervecita?

—No, lo siento.

—¿Y no me traerías una? O mejor, ya puestos, tráeme una caja.

Mantos asintió.

Larita le dio al cantante una palmada en el hombro.

—Voy a dar una vuelta, nos vemos luego.

Al líder de las Bestias lo sorprendió la voz de Larita. Era ronca y profunda. En la nuca, entre el pelo corto, le vio tatuadas dos alitas de ángel.

*Ahí se abatirá la Durandarte.*

—Vale —contestó el vaquero—. ¿Tú a qué cacería vas? Yo estoy indeciso.

—Yo a ninguna, odio esas cosas. —Larita se alejó, seguida, a unos metros de distancia, de Saverio, que maldecía para sí.

La cretina no participaría en las cacerías, sí que era mala suerte. El destino seguía ensañándose con él.

La cantante se le acercó de pronto.

—Perdone, ¿no ha visto usted a Ciba... Fabrizio Ciba?

*¿Y quién pelotas es ése?*

A Mantos se le había quedado paralizada la lengua y lo único que acertó a hacer fue encogerse de hombros.

—¡El escritor! —dijo Larita, sorprendida ante tamaña ignorancia—. ¿No lo conoce? ¿El que acaba de leer la poesía?

—No, lo siento.

—No importa, gracias de todos modos. —Y Larita se perdió entre los invitados.

Tenía razón Silvietta, aquella cerda era una defensora de los animales. ¿Cómo la secuestrarían entonces?

Mantos apuró aquella última copa de champán.

## 38

También Fabrizio estaba tomándose un scotch doble, sentado a una mesa aparte. Le parecía mentira que la grabación pudiera acabar en Internet.

—¡Chaval! —Paolo Bocchi venía hacia él con otro mojito en la mano. Según se tambaleaba, debía de estar ya borracho. Tenía los ojos inyectados en sangre y sudaba como si acabara de jugar al baloncesto. En los sobacos de la chaqueta se le veían dos halos oscuros. Llevaba la corbata deshecha y desabotonada la camisa, y le asomaba la camiseta interior de lana. Y traía la bragueta abierta.

El cirujano cogió a Fabrizio del cuello.

—¿Qué haces aquí solito?

El escritor no tuvo fuerzas ni para reaccionar.

—Nada.

—Me han dicho que has leído una poesía preciosa. Lástima, yo estaba en el váter, me la he perdido.

Ciba se dejó caer en la mesa.

—Te veo abatido, ¿qué pasa?

—Puedo hacer el ridículo ante el mundo entero.

Bocchi se sentó en la silla de al lado, encendió un cigarrillo y fumó con hondas caladas.

Guardaron silencio unos momentos. Al cabo, el cirujano, reclinando la cabeza y

echando una bocanada de humo, dijo:

—Joder, Fabrizio, siempre con lo mismo...

—¿Cómo con lo mismo?

—Con lo del ridículo. ¿Desde cuándo nos conocemos?

—Desde hace demasiado.

Bocchi no se ofendió.

—Desde el instituto no has cambiado nada. Siempre obsesionado con el ridículo, como si estuvieran juzgándote a cada momento. ¿Tendré que explicártelo yo? Siendo escritor, hay cosas que tendrías que saber por ti mismo.

Fabrizio se volvió a su compañero de estudios, impaciente.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?

Bocchi bostezó y le tomó la mano.

—¿No lo entiendes? Los tiempos del ridículo han pasado, están muertos, enterrados. Se fueron para siempre con el viejo milenio. El ridículo ya no existe, se ha extinguido como las luciérnagas. Nadie hace ya el ridículo, menos tú, en tu cabeza. ¿No ves a esta gente? —Señaló al público que aplaudía a Chiatti—. Nos revolcamos en el fango como cerdos. Mírame a mí, por ejemplo. —Se puso en pie vacilando, abrió los brazos como para mostrarse al mundo, pero, mareado, tuvo que volver a sentarse—. Yo me especialicé en Lyon con el profesor Roland Château-Beaubois, tengo cátedra en Urbino, soy médico jefe. Y mira qué pinta llevo. Según los viejos cánones, yo sería un pobre payaso, un ser impresentable, un necio forrado de pasta, un drogadicto, un tío despreciable que se hace rico con las flaquezas de cuatro viejas guarras, y sin embargo no es así. Se me quiere y se me respeta. Me invitan a fiestas oficiales en el Quirinal y salgo en todos los putos programas de medicina de la radio y la televisión... Y hablando de televisión, perdona que te diga, pero ¡qué grotesco aquel programa tuyo de la tele!, ¿no?

Ciba quiso defenderse.

—Hombre, grotesco...

—Grotesco, reconócelo.

Fabrizio hizo un gesto de asentimiento.

—Y lo de aquella tía, la hija de... No me acuerdo, pero, bueno, ¡qué estupidez!

Ciba hizo una mueca de dolor.

—Vale, para ya.

—¿Y qué ha pasado? Nada. ¿Cuántos ejemplares más has vendido gracias a todos esos ridículos que has hecho en teoría? Un montón. Y todo el mundo te dice que eres un genio. ¿Ves como tengo razón? Eso que tú llamas ridículo no hace más que dar brillo mediático a tu personaje y te hace más humano y simpático. Si ya no existen reglas éticas ni estéticas, el ridículo desaparece. —Bocchi se inclinó y abrazó a Ciba afectuosamente—. Además, ¿sabes quién es el único que nunca hizo el ridículo? ¿Ni una sola vez?

El escritor negó con la cabeza.

—Jesucristo. En treinta y tres años no hizo ni una sola vez el ridículo. Con eso te digo todo. Y ahora hazme un favor y tómate este caramelo. —Bocchi se sacó del bolsillo de la chaqueta una pastilla lila ovalada.

Fabrizio la miró receloso.

—¿Qué es?

Bocchi abrió los ojos, que le sobresalían de las cuencas como los de un sapo, y en el tono de un viejo mercader de especias raras, explicó:

—Fenolohidrocioruro Benjorex. No es un alucinógeno cualquiera, no se encuentra por ahí. —Se dio una palmada en el pecho—. Es especial. Sólo el menda consigue esta mercancía. ¿Sabes lo que son los hongos mágicos, el peyote, el éxtasis, la MDMA? Comparados con esta pastillita, simples aspirinas, como quien dice. Este fármaco está clasificado por Human Rights Watch como arma química. Lo han experimentado neuropsiquiatras rusos en terroristas chechenos con la idea de hacerlos regresar a la infancia, y el centro de investigaciones espaciales ruso en estudios sobre los efectos psicotrópicos de la falta de gravedad. Ahora nos hacemos una y verás como esto se convierte en el mundo de Oz y nos lo pasamos pipa.

Y le metió la pastilla a Ciba en el bolsillo de la chaqueta. Fabrizio, horrorizado, se levantó de un brinco y retrocedió tres pasos:

—Bocchi, tú estás muy mal. Además de drogadicto, eres un psicópata. Lo que quieres es que me muera, di la verdad. Tú me odias. Los chechenos..., la falta de gravedad... El fin del ridículo... Te pido un favor: déjame en paz, te lo ruego... Tú y yo nunca hemos tenido nada en común, ni siquiera en el instituto. Ni hemos sido amigos, hermanos, ni cojones. No tenemos nada más de que hablar, y por favor te lo pido, déjame en paz, olvídame, si me ves por la calle, toma otro camino.

Bocchi sonrió.

—Muy bien.

Sacó otra pastilla, se la echó a la boca y apuró el mojito.



Sasà Chiatti estaba explicando la caza del tigre.

—Como nos enseña la tradición victoriana, la caza del tigre se hace con elefantes. He comprado cuatro magníficos ejemplares de un circo de Cracovia y he mandado que les pongan en el lomo un cesto de mimbre hecho a mano en Torre Annunziata y en el que caben cuatro personas. Los guiarán unos mahuts hindúes, que los conocen como si los hubieran parido. En cuanto al tigre, se llama Kira y tiene cinco años. Lo he comprado al zoo de Bratislava después de mucho negociar. Es una magnífica hembra albina, igual que mi querida media naranja, a la que me ha costado aún más negociaciones convencer de salir conmigo. Esta cacería durará unas tres horas y al final habrá cena en las casas flotantes, donde hay preparado un bufé con platos de comida hindú.

A pocos metros de allí, detrás de las cocinas, las Bestias de Abadón se habían reunido en sesión extraordinaria.

—¡Estamos jodidos! —dijo Mantos.

Murder, con la boca llena de pan con esturión, masculló:

—¿Por qué?

—Larita no participa en la cacería.

—¡Os lo había dicho! Es una defensora de los animales —dijo Silvietta satisfecha.

Mantos empezaba a cabrearse, pero procuró mantener la calma.

—Ya, lo sabías, ¿y qué? Ahora toca poner en práctica el plan B.

Zombi, que estaba aparte callado, se puso en pie; tenía los ojo hinchados y casi temblaba.

—Se acabó, no aguanto más... ¿Ahora nos sales con un plan B? ¡Como si hubiera existido un plan A! Esto, mi querido Mantos, demuestra claramente que nunca serás como Kurtz Minetti ni Charles Manson. Tú... tú improvisas. Esto no es una secta satánica, esto es una secta de gilipollas. Y estos dos... —Y señaló a Murder y a Silvietta—, mejor será que me calle. La verdad es que no sois profesionales. Teníamos que haberlo dejado en la pizzería. ¡Qué error seguir con vosotros! Tú también me has decepcionado, Mantos. Llegas y nos enseñas el plano de Villa Ada en el callejero. Pero ¿te das cuenta? La Durandarte... La secuestramos en el bosque... Nos suicidamos... Nos convertimos en la secta satánica número uno de Italia. ¡Tírate con la cerbatana! ¿Sabéis lo que os digo? ¡Que os vayáis a tomar por culo! —Y echó a andar hacia el camino.

Saverio miró a sus adeptos consternado.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Se le ha ido la olla?

—Yo sé lo que le pasa —dijo Silvietta, y corrió detrás de Zombi.

Murder, con la rebanada en la mano, miró a su líder:

—Pero ¿qué está pasando aquí?

—¿Y yo qué sé? Es tu novia, haz algo.

Murder resopló y salió corriendo detrás de Silvietta.

El líder de las Bestias se dejó caer en la silla y se llevó las manos a la cara.

Zombi tenía razón, no había ningún plan B, y el A hacía agua por todas partes.

*¿Por qué no aceptaría la propuesta de Kurtz Minetti? Nunca tendré madera de líder. ¿Qué hago ahora?*

Había roto con todo y ahora no podía volverse atrás. Y cuando Antonio volviera en sí, la que le esperaba.

El único recurso era un acto kamikaze: arrojarse sobre Larita recitando las Tablas del Mal y clavarle la Durandarte en el corazón.

—¡Silvietta! ¡Silvietta, amor, para, que me da flato! —exclamaba Murder, corriendo en pos de su novia por el bosque, jadeante y oprimiéndose el costado—. ¿Adónde vas? Que hay fieras sueltas... Que es peligroso.

La vestal dio unos pasos más y, como si se hubiera quedado sin cuerda, se detuvo y se arrojó a tierra al pie de una gran higuera de pesadas ramas gachas.

Murder se arrodilló junto a ella y extendió una mano sin tocarla, como temeroso.

—¿Qué pasa, nenita? ¿Qué tienes?

—Zombi nos ha oído —contestó ella hundiendo la cara entre los brazos.

—¿Cómo?

Silvietta se volvió a él; las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—La boda, lo sabe todo, y está muy enfadado.

—¿Qué te ha dicho?

—Que somos unos traidores, unos viles, que queremos abandonarlos. Y tiene razón.

Murder apretó los puños, se puso en pie.

—Bueno, bueno, tampoco nos pasemos... Vale, no nos hemos portado muy bien, pero tanto como traidores, viles...

Silvietta lo asió por la pierna y lo miró fijamente, y con la cara iluminada a medias por un rayo de sol que se filtraba entre el follaje, dijo:

—Escúchame, lo he pensado. No podemos dejarlos. No quiero y no me parece justo. Hemos hecho un pacto satánico. En el bosque de Sutri juramos que lucharíamos juntos, unidos, contra las fuerzas del Bien. ¿Te acuerdas?

Murder asintió de mala gana.

—Por lo tanto, tenemos que suicidarnos.

Él la miró a los ojos.

—¿Tú crees?

—Ven aquí, anda.

Murder se agachó, y Silvietta, atusándole con el dedo un mechón que le caía por la frente, contestó:

—Sí, creo que sí.

Murder empezó a mover la cabeza y a resoplar.

—¡Qué marrón! ¿Y qué hacemos entonces? —Quiso levantarse, pero ella lo retuvo—. Ya he dado el depósito del alquiler del Vecchio Cantinone y tengo pagada la reserva del viaje a Praga. Si llego a saberlo no pido el préstamo. Y mis padres lo están organizando todo.

Silvieta sonrió. Le brillaban los ojos, pero estaba serena.

—Murder, ¿qué importa?... Si vamos a morir.

—Claro... Pero ya sabes cómo soy, no me gustan las cuentas pendientes.

—¿Qué importa que nos casemos o no? Nos queremos y moriremos juntos, uno junto a otro. Quedaremos unidos para la eternidad, como Romeo y Julieta.

El mocetón la estrechó contra sí fuertemente y descansó la cabeza en su hombro.

—Pero tengo miedo... No quiero...

Silvieta le dio un beso en el cuello.

—Tranquilo, tesoro. Estaremos juntos. Nos daremos la mano. Verás qué bonito.

Se oyó el canto agudo y prolongado de un ave.

Silvieta alzó la cabeza.

—¿Has oído? Parecía un loro.

—¿Un loro, dices?

—Te quiero —le susurró ella al oído.

Y él la besó.

*Organización de los grupos de caza.  
Puesta de uniformes y reparto de armas*

40

Acabado el discurso de Chiatti, todos los invitados se desplazaron en bloque desde el bufé hasta la zona donde se preparaban las partidas de caza. Se respiraba una atmósfera excitada y alcohólica. La bebida en el estómago y la droga en la cabeza habían puesto a todos de excelente humor. Como había dicho el constructor, allí hallaron las tiendas para cambiarse. Había también una armería con rstras de rifles. Las azafatas iban apuntando a los participantes de los distintos safaris y les hacían firmar una declaración en la que eximían de toda responsabilidad a Sasà Chiatti, caso de que se hiciesen daño o se disparasen.

Fabrizio Ciba se paseaba por el campamento meditando en las palabras de Bocchi. Aquel cretino no estaba tan equivocado. Después de todo, la peliculita porno podía hacerle mucha publicidad y disparar las ventas de sus novelas, aparte de

convertirlo en un ídolo sexual, dulce que a nadie amarga.

En eso vio salir de una tienda al administrador delegado de Martinelli, a Matteo Saporelli y al crítico Tremagli, vestidos con uniforme colonial —pantalones cortos, camisa caqui y salacot— y empuñando unos rifles como si fueran artefactos de otro mundo.

*La caza del león descartada.*

Vio también salir a Simona Somaini de la tienda de la caza del zorro, vestida con unos pantalones ceñidísimos a piernas y culo y una chaqueta roja cuyo escote dejaba ver un par de tetas reventonas, seguida de un bruto con perilla y coleta vestido de militar con una escopeta de repetición bajo el brazo.

Fabrizio conocía de vista a aquel bruto, debía de ser un deportista.

Así caminando, el escritor se topó con Larita y tuvo impulsos de abrazarla, aunque se contuvo.

También la cantante pareció alegrarse de haberlo encontrado.

—Te he buscado por todas partes, ¿dónde estabas?

Ciba hizo lo que mejor sabía hacer: mentir.

—Buscándote. Bueno, ¿qué hacemos? ¿No me dirás que quieres participar en esta payasada?

—¿Yo? ¡Ni hablar! Soy defensora de los animales.

—¡Bien! —dijo Ciba con alivio—. Pues larguémonos de aquí.

Ella lo miró sorprendida.

—No puedo, tengo que cantar... A eso he venido.

—Ah, es verdad, lo había olvidado —repuso Fabrizio, tratando de disimular el chasco—. Pero... —Y no pudo continuar, porque se le plantó delante, encabritado, un lipizzano blanco, que Sasà Chiatti, caballero en él, tirando de las riendas, intentaba refrenar.

—¿Qué hacéis ahí parados? ¿Por qué no os habéis cambiado? Tengo un elefante medio vacío.

—Yo estoy contra la caza —dijo Larita, agitando la mano—. Nunca dispararé contra un tigre.

El constructor, para que no lo oyeran los demás, se inclinó sobre el cuello brillante del caballo y les confió:

—No tenéis por qué disparar... Tomáoslo como un juego. Además, la tigresa tiene cáncer de colon y como mucho le queda un mes de vida. Hasta le hacemos un favor. Es como una excursión. ¡Aprovechad la oportunidad! Venga... —Y, volviéndose, emitió un silbido de pastor.

Resonó un barrito. Loros y cornejas alzaron el vuelo de las encinas. La tierra empezó a temblar. De la arboleda salió un elefante despidiendo destellos deslumbradores: lo habían pintado de naranja y azul y cubierto con un manto cosido con infinidad de pequeños espejos redondos. Con la larga trompa arrancaba ramas de los árboles y se las echaba a la boca. Llevaba encinchado al lomo un cesto de mimbre

dentro del cual iban un anciano con gafas, chaqueta de loden verde y un ridículo sombrero de fieltro, que empuñaba un rifle, y un adolescente moreno con un flequillo que le tapaba los ojos, agarrados ambos a los bordes de la bamboleante cesta. Y a horcajadas sobre el cuello del animal, iba un filipino menudo, con taparrabos blanco y turbante, que guiaba a la bestia fustigándola con una caña.

—Ese es vuestro elefante —dijo Chiatti; indicó al filipino que detuviera al paquidermo y añadió, dirigiéndose al anciano—: Doctor Cinelli, haga el favor de echar la escalerilla, hay dos nuevos pasajeros.

El viejo apuntaba con el rifle hacia los árboles, buscando al tigre.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! ¿No oyes? Que dice el señor que echas la escalera. ¡Nada!, como si oyera llover. —Y, tomando la escalerilla del suelo, el muchacho la descolgó —: Ustedes perdonen, es que está un poco sordo.

Larita miró a Fabrizio, indecisa.

—¿Qué hacemos?

Ciba se encogió de hombros.

—Decide tú.

—Me parece que tenemos que ir —dijo Larita en voz baja, azorada—. Sería una descortesía negarse. Pero no disparamos.

—Por supuesto.

## 41

Murder se sentó junto a su líder, que seguía con la cabeza gacha, y le pasó el brazo por los hombros.

—No todo está perdido, maestro.

—Ánimo, Mantos, lo conseguiremos —dijo Silvietta.

Saverio los miró conmovido.

—Os he decepcionado, lo siento mucho. No tengo carisma.

Silvietta le cogió la mano.

—No, Mantos, tienes un gran carisma y no nos has decepcionado. Has dado sentido a nuestra vida. Y nunca te traicionaremos, siempre estaremos contigo.

Murder se arrodilló y preguntó:

—¿Quién es el padre carismático?

Mantos sacudió la cabeza, apabullado.

—Va... Déjalo.

Murder se puso en pie.

—¿Quién ha escrito las Tablas del Mal?

—¡Tú! —contestó Silvietta señalando al líder.

—¿Quién nos ha enseñado la Liturgia de las Tinieblas?

Mantos dio un hondo suspiro y respondió:

—Yo.

Zombi corría por entre las tiendas.

Aquello era un caos. La gente trataba de calzarse las botas de montar, rechinando los dientes. Una anciana, sofocada, se había envuelto en un sari de seda violeta como una trucha asalmonada en una bandeja para horno. El vicepresidente de la región del Lacio, calzado con unas botas tres números más pequeñas, andaba como un autómatas empuñando un rifle enorme. Y el cómico Sartoretti, estrella indiscutible de los viernes por la noche en la primera cadena, sin poder abrocharse los pantalones bombachos, le gritaba a una azafata:

—Ésta es una cuarenta y seis, y yo gasto la cincuenta y dos.

De un salto, la Bestia sorteó el cuerpo de Paolo Bocchi que, tendido en el suelo, pálido y sudado, miraba al cielo y repetía como dirigiéndose al Creador:

—Por favor... Por favor... Por favor...

Zombi siguió corriendo hasta que llegó al jardín geométrico.

Allí, Silvietta y Murder, sentados a una mesa, estaban comiéndose una pizza de requesón y espinacas.

El satánico se detuvo exhausto y preguntó:

—¿Qué hacéis aún aquí?

Silvietta se puso en pie.

—Ya no nos casamos. Cumpliremos la misión hasta el final.

También Murder se levantó.

—Perdónanos. Hemos entendido.

A Zombi le faltaba la respiración.

—Con vosotros no quiero hablar. ¿Dónde está Mantos?

—Ha ido por un plato al bufé.

Silvietta lo tomó del brazo.

—¿Has oído? No os dejamos solos. Nos suicidamos también.

—Sí, ya..., no me lo creo.

Silvietta se llevó la mano al pecho.

—Te lo juro. Tenías razón, estábamos siendo unos cerdos. Pero tú nos has hecho recapacitar.

En eso apareció Mantos con un gran plato de raviolis con bogavante.

—¡Zombi! ¿Has vuelto?

El adepto quería hablar, pero seguía sofocado:

—Larita... Larita...

—¿Qué? —preguntó el líder de las Bestias—. Larita ¿qué?

—¡Ha salido... a cazar... al tigre!

## *Salida de los safaris*

42

Entre unas cosas y otras, las partidas de caza empezaron con dos horas de retraso.

El sol trasponía los bosques de Forte Antenne llevándose consigo los colores, pero el mucho arte del director de fotografía coreano Kim Doo Soo había transformado los bosques y prados del parque en un mundo encantado. Proyectores de diez mil vatios camuflados en la vegetación bañaban en luz sobrenatural los troncos cubiertos de plateado liquen, las rocas revestidas de verde musgo. Una niebla artificial baja y densa envolvía el sotobosque y los prados en los que pastaban manadas de ñúes, cabras monteses y alces. Miles de bombillitas diseminadas por la pradera se encendían y se apagaban cual miríadas de luciérnagas. Doce gigantescos ventiladores ocultos en las alturas producían una brisa ligera que agitaba los campos de hierba en los que descansaban una familia de osos pardos y un viejo rinoceronte, entre columpios y toboganes cubiertos de hiedra.

Los jinetes y canes de la caza del zorro habían ya desaparecido tras las colinas del este.

Los ojeadores africanos, seguidos de los cazadores a pie, rastreaban la pradera en busca del león.

Y los elefantes iban saliendo de la villa, y en fila india, entrelazadas trompas y colas, a paso lento pero imparable, se dirigían a los pantanos del norte, donde se decía que se ocultaba Kira, la tigresa albina.

Sasà Chiatti, en la terraza de la villa, observaba con prismáticos las partidas de caza que se perdían en su inmensa propiedad.

Todo aquello era suyo, desde los pinos seculares hasta la hiedra invasora y la última hormiga.

Lo habían insultado, ridiculizado, tildado de loco, de megalómano, de nuevo rico, de ladrón, pero él había seguido su camino sin hacer caso y al final había vencido: allí estaban todos rindiéndole honores.

Se reunió con él en la terraza Ecaterina Danielsson, que se había cambiado y llevaba un corsé de piel marrón muy ceñido a la fina cintura, los hombros envueltos en una estola de zorro plateada y las piernas enfundadas en botas. Traía dos copas de vino.

—¿Quieres? —le preguntó, ofreciéndole una.

Sasà cerró los ojos y olió el vino. Despedía un aroma sutil, agradable, etéreo. Dio un sorbo: sabía seco, caliente, algo ácido. Sonrió satisfecho. Era Merlot de Aprilia. Bebió un trago.

Ecaterina le rodeó la cintura por la espalda.

—¿Cómo te sientes?

Él apuró la copa y la arrojó hacia atrás.

—Como un rey.

## 43

Mantos, Murder, Zombi y Silvietta, vestidos de camareros, marchaban por un terreno arenoso y blando cubierto de charcos y aguazales, entre cañas, papiros y lotos que pululaban de mosquitos, gusanos, moscas, libélulas y mil bichos más.

Mantos miraba a un sitio y otro con aire desconcertado.

—Yo no recuerdo estos pantanos... ¿Y vosotros?

—Yo tampoco —dijo Murder, mirándose los zapatos embarrados.

—Yo venía aquí de pequeño, me traía mi padre los domingos después de oír al papa. Recuerdo que había tiovivos, pero no pantanos.

—¿Iremos por el buen camino? —preguntó Silvietta. En realidad le daba igual. Lo que le preocupaba era hacer las paces con Zombi, que iba el último, cabizbajo.

—Creo que sí. He visto que se dirigían al norte. —Mantos adelantó a Murder y se puso en cabeza. Se había atado la espada a la mochila—. ¿Qué serán estos árboles? ¡Qué raros!

Eran árboles de tronco retorcido y ramas como dedos largos y negros que se hundían en la arena, y desde cuyas copas los observaban colonias de cercopitecos.

Murder oxeó una mosca metalizada.

—Serán... olivos.

—¿Qué dices? Son mangles. ¿No los has visto en los documentales? —dijo Silvietta.

Mantos empezaba a jadear.

—A ver: ¿es que crecen los mangles en climas continentales?

Murder se echó a reír:

—Si no sabes una cosa, no la digas. Éste no es un clima continental, es un clima templado.

Mantos lo señaló con la mano abierta:

—Os presento a The Professor, que acaba de confundir los olivos con los mangles.

—¿Queréis callaros? Y démonos prisa, que me están comiendo viva los mosquitos —dijo Silvietta, que esperó a Zombi y siguió caminando a su lado—. Pichurri, sé que estás muy enfadado, pero ahora que nos vamos a suicidar, podrías perdonarnos. Son nuestras últimas horas, estamos haciendo lo más importante de nuestra vida y debemos estar unidos y querernos. Te pido perdón, pero sonrío. ¿Soy o no soy tu mejor amiga?



Él gruñó algo que tanto podía ser un sí como un no.

—Va, por favor, sabes lo mucho que te quiero.

Él arrancó una caña del fango.

—Estoy dolido.

—Te pido perdón.

—¿Por qué no me dijiste que os ibais a casar?

—Porque soy una idiota. Pensaba decírtelo, pero me daba vergüenza. Si no fuera por la misión, te pediría que fueras nuestro testigo.

—Y yo no querría.

Ella se rió.

—Lo sé... Y por favor, no le digas a Mantos que queríamos casarnos, le sentaría fatal.

—Vale.

—¿Me pones ahora una sonrisa? ¿Una sola, pequeñita, pequeñita?

Zombi se volvió un momento a Silvietta y esbozó una sonrisa fugaz como un batir de alas, que enseguida tapó el pelo.

## *Caza*

### 44

Fabrizio Ciba fue de joven un discreto velista. Había cruzado el Adriático en catamarán y había llegado a la isla de Ponza en un velero de dos palos. Y en ninguna de esas travesías, en las que se enfrentó a temporales y tormentas, se había mareado. Ahora, en cambio, a lomos de aquel elefante, dentro de aquel puto cesto, sentía unas náuseas horribles; iba agarrado a los bordes y notaba cómo flotaban en Jim Beam los canapés de centollo y los rigatoni que se había comido.

Era lo que faltaba: ahora que podía estar un momento con Larita, se sentía fatal.

La cantante lo observó.

—Te veo un poco pálido, ¿te encuentras bien?

El escritor ahogó un eructo ácido.

—No, nada, es que me duele un poco la ca... —No pudo continuar porque notó en la nuca el cañón del rifle del doctor Cinelli—. ¡Ya está bien! —le dijo al viejo—. Es la tercera vez que me da usted con el cañón. Tenga cuidado.

Sordo como estaba, el viejo siguió apuntando a un punto y otro de la espesura que se cernía sobre la caravana, sin hacer caso.

*¡Qué error habernos dejado convencer por Chiatti!*

No sólo iban apretujados en aquel metro cuadrado de cesto bamboleante con un

viejo chocho, sino que, como el elefante abría la marcha, debían tener cuidado con las ramas bajas. Había algo, con todo, que atormentaba más sutilmente al escritor: la sensación de haber perdido un poco de brillo, de no ser tan ingenioso como antes. ¿Y si lo de volver a verse lo había prometido Larita por pura cortesía, igual que había aceptado participar en la caza por no ser descortés con Chiatti? Cosa increíble, se sentía como el adolescente cortado que fue en el instituto. No era entonces el Ciba audaz y desenfadado que fue de mayor, el tenorio, el ligón; era un muchacho torpe con una mata de pelo revuelto y gafas que se escondía en holgadísimos jerséis deshilachados y pantalones llenos de manchas; para el que ligar con chicas era un drama; que forjaba planes complicadísimos para abordarlas de manera que pareciese natural; que odiaba mostrar sus sentimientos y parecer débil, y dejaba que tomaran ellas la iniciativa; que se hacía el encontradizo; que no les hacía caso o las trataba mal confiando en llamar su atención; que imaginaba diálogos brillantes como los de Woody Allen en los que él se presentaba como un adorable patoso...

Y así se sentía ahora ante Larita, tan cohibido y torpe como de adolescente.

—¡Agachaos! —gritó la cantante.

Ciba inclinó la cabeza y por un pelo evitó golpearse con una rama que atravesaba el sendero. A Cinelli, en cambio, le impactó en plena cara, las gafas se le cayeron y al girar sobre sí mismo le hincó la punta del rifle en el sobaco a Fabrizioo.

—¡Ay! Me cago en... ¡Traiga acá! —El escritor le arrebató el arma—. Y además cargada. ¡Si se le escapa un tiro me mata!

El nieto salió en defensa del abuelo:

—¡Qué valiente es usted! ¡Meterse con un anciano!

Larita ofreció un pañuelo al muchacho y éste empezó a restañarle los rasguños de la cara al viejo, que, estoico, no se quejaba.

—¡Eh! —gritó alguien por detrás—: ¡Daos prisa, que parecemos un cortejo fúnebre!

Ciba se volvió al elefante que los seguía, en cuyo cesto iban Paco Jiménez de la Frontera y Milo Serinov con sus respectivas acompañantes.

Fabrizio les pidió calma por señas.

—¿Qué culpa tenemos nosotros, si el que guía es el hindú?

—Hindú, dice —terció Mariapia Morozzi, la ex azafata de televisión y novia del portero ruso—; dirás filipino. Tú dile que se dé prisa.

—¿No veis que es un elefante? —dijo Larita, volviéndose también—. Si queráis correr, haberos ido con los del zorro.

—¡Ahí te quiero ver, señorita! ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡Moved ese culo! —exclamó el futbolista argentino; tenía la mirada fija y la sonrisa tirante propias del cocainómano.

—¡Eh, amigo, sin pasarse! —intervino Ciba, saliendo en defensa del honor de la joven—. ¡No seamos maleducados!

—Perdona, era una broma... —Paco Jiménez rió nerviosamente y besó a su

novia, Taja Testari.

Desde el tercer elefante se oyó una voz:

—Perdonad, ¿no tendríais un Travelgum? —Era Fabiano Pisu, el famoso actor, que estaba verde como un haba y tenía los ojos desorbitados. Con él iban su novio, el modista magrebí Khaled Hassan, el productor de la Rai Fiction Ugo Maria Rispoli y la agente cinematográfica Elena Paleologo Rossi Strozzi—. ¿Eh, no tendríais un Travelgum?

—No... Si quieres un Mars —contestó Milo.

En el cuarto paquidermo debían de ir Cachemire y sus Animal Death, el grupo de heavy metal de Ancona que había sido la revelación en el festival de Castrocaro. Sin embargo, la cesta parecía vacía. Sólo asomaba una bota. Los músicos iban tendidos en el suelo de la cesta, atiborrados de alcohol y psicofármacos varios.

*Os odio a todos*, se dijo Fabrizio Ciba.

Se sentía vulnerable y confundido como un inmigrante en la sala de espera de una comisaría. En aquella jaula a lomos de aquel elefante, se sentía un payaso más del circo, como toda aquella gente, cuando su secreto consistía en observar la vida desde fuera. Y para colmo estaba quedando fatal ante Larita. Mejor sería guardar silencio y adoptar la actitud reflexiva de un escritor.

Y con aire pensativo se puso a observar la nuca del filipino, quien no dejaba de fustigar a la bestia. El sendero se estrechaba y oscurecía cada vez más, y del tigre no se veía ni rastro. Hendían el follaje los últimos rayos del sol y resonaban extraños gritos y chillidos, de aves o de monos.

Se oyó una débil queja en el tercer elefante; Pisu tenía ya la cara color tierra de Siena.

—Por favor os lo pido, dadme un... Travelgum..., una tirita..., un plátano..., me muero.

—¡Jolín, qué pesado! —le contestó irritada la novia del ruso—. ¿No ves que no tenemos?

—Tomáoslo a broma, pero os aseguro...

No pudo acabar la frase: el desgraciado vomitó de pronto una bocanada de algo amarillo que fue a caerle al guía en la cabeza.

—¡Tu padre! —dijo el filipino, y empezó a sacudirse del turbante el vómito de ensalada de marisco—. ¡Qué asco! —Y le propinó al actor un latigazo en la cara.

—¡Ayyy! —gimió Fabiano, rodando de la cesta y cayendo en un charco de agua al pie del elefante.

—¡Hombre al agua! —gritó Paco Jiménez de la Frontera.

Aparte de Khaled Hassan, que agitaba los brazos en dirección al compañero caído, a nadie le importó la suerte del pobre Pisu. Los elefantes, en su antigua sabiduría, continuaron la lenta marcha, dejando a merced de las fieras al intérprete de *La marquesa de Cassino*.

El líder de las Bestias de Abadón caminaba, pletórico de energía, derecho a la muerte, seguido de sus fieles Bestias.

Se volvió para decirles que entonaran un canto propiciatorio a Satanás y vio a Murder y a Silvietta andando tan tranquilos, cogidos de la mano, como si fueran de excursión.

*¡Qué suerte tiene Murder!*, se dijo.

En cuarenta años de vida, nunca había sido Saverio Moneta amado de aquel modo. Antes de conocer a Serena, en los años oscuros de sus estudios contables, el líder de las Bestias sólo había tenido un par de aventuras, amores de un par de semanas, en los que uno se embarca porque los compañeros lo miran mejor. Más que noviazgos eran asociaciones de mutuo socorro.

En Serena Mastrodomenico, en cambio, se fijó en cuanto empezó a trabajar en la tienda de muebles. Estaba tan morena y delgada que le recordaba muchísimo a Laura Gemser, la protagonista de *Emmanuel negra*, fetiche onanista de su pubertad.

Pero aunque estaba loco por ella, no veía modo de conseguirla. Él era el último de los contables y ella la hija del jefe, que se paseaba como una diosa en minifalda por los pasillos de la tienda. Y mientras que él soñaba con poder hablarle e invitarla a cenar al lago de Bracciano, ella no se dignaba ni mirarlo. Todos los días pasaba por delante, pero nunca reparaba en él. Y era normal. ¿Por qué iba a interesarse una mujer refinada y de mundo como ella por una nulidad como él, que no tenía ni coche para volver a casa, que se había quemado las pestañas leyendo libros sobre los Templarios y el Triángulo de las Bermudas?

Una noche se quedó Saverio en el despacho a repasar por enésima vez el balance semestral. Sus colegas se habían ido y estaba solo en la tienda. Había comprado un trozo de pizza con champiñones y gambas y de vez en cuando le daba un mordisco, con cuidado de no manchar los registros. Llevaba puestos los auriculares y escuchaba a todo volumen la *Cabalgata de las Valkirias*.

De pronto, al levantar la vista, vio que la puerta del despacho de Egisto Mastrodomenico, al otro lado del pasillo, estaba abierta y el cuarto iluminado.

El viejo no podía ser, había ido a la feria del mueble rústico de Vercelli.

¿Habría entrado algún ladrón sin que él se diera cuenta? Iba a llamar a los de seguridad cuando del despacho de enfrente salió Serena cargada con un montón de bolsas de la compra. El corazón empezó a latirle. Temblando se quitó los auriculares y tímidamente la saludó con la mano. Ella no respondió, pero al poco dio la vuelta y se quedó mirándolo con la cabeza ladeada.

—¿Estás solo?

—Pues... sí... —acertó él a decir procurando no caerse de la silla.

Serena entró en el despacho y miró a un lado y otro como para cerciorarse de que efectivamente estaba solo. Saverio no la había visto nunca tan guapa. Debía de haber estado en la peluquería. Llevaba un mono rojo ajustado como piel de serpiente, con la cremallera muy abierta en el escote, y unas botas de piel blanca que le llegaban a las rodillas. Y de las orejas le colgaban dos aros dorados del tamaño de CD.

—¿Te aburres?

—No —contestó al pronto Saverio, aunque luego, pensando que a nadie mentalmente sano puede divertir el repasar balances semestrales, se corrigió—: Un poco... Pero ya acabo.

Ella se atusó levemente el pelo y le preguntó:

—¿Quieres que te haga una mamada?

A Saverio le pareció que le había preguntado si quería que le hiciera una mamada. Pero seguro que no había entendido bien. Seguro que preguntó si quería una limonada.

—La máquina está rota... La arreglarán esta semana.

—Te he preguntado si quieres que te haga una mamada.

Saverio no daba crédito a sus oídos. ¿No serían alucinógenos los champiñones de la pizza?

La miraba boquiabierto, como bobo.

—Bueno, ¿qué? —Y, masticando chicle, repitió la pregunta con la misma naturalidad con la que preguntaría si quería una limonada.

—¿Eh?

—¿Quieres o no? —insistió ella, impacientándose.

—¿Eh? —La mente de Saverio se había quedado en blanco.

—¿No sabes lo que es una mamada? Es una práctica sexual que consiste en metérmela en la boca y chuparla.

¿Por qué le hacía aquello? ¿Qué mal le había hecho él?

Estaba claro. Era una trampa para luego poder acusarlo de acoso sexual, como en las películas norteamericanas.

—Vale, ya veo. —Serena rodeó la mesa, se acuclilló, se arregló el pelo, se sacó el chicle de la boca y se lo dio—: Ténmelo, por favor.

Y acto seguido, mientras él cogía el chicle entre los dedos, la hija del jefe, con la habilidad fría de una enfermera que quita la ropa a un herido, le desabrochó el cinturón y le abrió la bragueta.

—A lo mejor te gusta. —Y le bajó los calzoncillos y se quedó mirándole el miembro un momento sin hacer comentarios, tras lo cual, con la mano derecha, se lo cogió, lo sopesó y lo oprimió como si fuera la ubre de una vaca, mientras con la mano izquierda le tomaba el escroto y giraba los testículos en la palma como si fueran dos bolas antiestrés chinas.

Saverio, con las piernas abiertas, se agarraba a los brazos del sillón con una expresión de espanto pintada en la cara. Era asombroso lo que aquella mujer estaba

haciendo con su aparato reproductor.

Pero no acababa ahí el espectáculo. Serena abrió la boca, se mojó los labios con una lengua pequeña y puntiaguda y, de una, se metió en la boca todo el miembro, hasta los huevos. Saverio estaba tan aterrado que no sentía ni placer, hasta que de pronto, cayendo en la cuenta de que era Serena Mastrodomenico, tuvo un orgasmo explosivo y embarazoso.

Serena se pasó entonces el dorso de la mano por la boca, lo miró a los ojos y le preguntó en tono satisfecho:

—Dime, ¿me acompañarías mañana a Ikea?

Él contestó con un único y sencillo:

—Sí.

Fue el primer sí; el primero de una serie infinita.

Saverio Moneta, el contable gris, se convirtió desde aquel día en el porteador de las expediciones de Serena a los centros comerciales, en el chófer de su Suv, en el recadero, mozo de cuerda, cartero, fontanero, reparador de antenas, marido y padre de sus hijos.

Ah, y aquélla fue la primera y la última mamada que le hizo en diez años de matrimonio.

Mantos observó a Murder y a Silvietta.

Él, alto y grueso; ella, menudita; dándole ella pataditas para que caminara, riéndose él y parándose adrede.

Saverio hizo memoria: no recordaba un solo paseo con Serena. Quizá en Ikea, empujando él el carrito, ella delante hablando por teléfono.

En cambio, bastaba ver a aquellos dos para saber que se comprendían. Desde que se conocieron en el tren hablando de su común pasión por el heavy metal y el Lazio, no se habían separado. No había libro que uno leyera, que no leyese el otro. Por el modo de tocarse y rozarse que tenían, se comprendía que podían contar el uno con el otro.

Y de pronto, como si le hubieran quitado una venda de los ojos, vio la cosa horrible que había hecho: convencer a aquellos chicos de matarse por problemas que sólo eran suyos.

*Tú no crees en el amor; ellos sí. Tú odias, ellos no.*

Sintió como si una garra se le clavara en la garganta y le rasgase el pecho, aflojó el paso, se quitó la mochila que parecía cargada de piedras.

—¿Los ves? —Zombi caminaba junto a él.

Mantos no atinó a decir palabra. Tenía un nudo en la garganta. Abrió la boca y miró a su adepto con expresión extraviada.

—Deja que se vayan. Ellos no son como nosotros. Ellos viven en la luz, nosotros vivimos en las tinieblas.

Mantos tragó saliva, pero el nudo no se le fue. Miró alrededor desorientado. Le faltaba el aire. La garra estaba ahora desgarrándole los pulmones.

—Aún estamos a tiempo. Diles que se vayan.

Saverio se asió del brazo de Zombi como si fuera a caerse. Parpadeó con los ojos húmedos y le dijo:

—Gracias. —Y, con el poco aliento que le quedaba, llamó a la pareja—: Vosotros, venid.

Murder y Silvietta se acercaron.

—¿Qué pasa? ¿Te sientes mal?

Saverio se metió las manos en los bolsillos, buscó una razón plausible, pero estaba demasiado nervioso y no se le ocurría ninguna. Respiró y sólo pudo decir:

—Marchaos a casa, va.

Murder estiró el cuello como si no hubiera oído:

—¿Cómo?

—Que os vayáis a casa. Así de simple.

—¿Por qué?

*Tú eres malo, eres un hijo de Satanás.*

—No sois dignos de ser Bestias de Abadón.

Murder se puso pálido.

—¿Por qué? ¿Qué hemos hecho?

El líder de las Bestias apretó los puños que llevaba metidos en los bolsillos.

—Porque dais asco. Os queréis. Os apreciáis. Deberíais nutrirnos de odio y en cambio estáis llenos de amor. Me dais náuseas.

Silvietta sacudió la cabeza y miró a Zombi.

—Le has dicho lo de la boda... ¿Por qué? Te pedí que no se lo dijeras.

Mantos se volvió a Zombi sin entender. ¿Qué decía aquélla? Iba a preguntárselo, pero el adepto se apresuró a decir:

—Sí, le he dicho que queríais casaros. No podía ocultárselo.

*¡Dios!, querían casarse. ¿Y por qué no me dijeron nada?*

Murder se quedó mirándolo con expresión culpable.

—Quería decírtelo...

*No se atrevían.*

—... pero... cambiamos de idea, te lo juro. Ya no queremos casarnos. Era una tontería. Queremos seguir con vosotros, hasta el final.

Mantos tuvo ganas de abrazarlos.

—Vosotros habéis roto el pacto satánico. Por eso yo, líder de las Bestias de Abadón, os expulso de la secta. —Lo dijo con toda la maldad que llevaba dentro, pero a la vez se arrancó un pedazo de corazón.

—No puedes echarnos, no es justo. —Silvietta prorrumpió en sollozos y trató de cogerle la mano.

Mantos retrocedió tres pasos y ella cayó de rodillas.

—Yo decido lo que es justo. Os ordeno que os vayáis. —Se volvió a Zombi—. Vámonos.

Murder abrazó a Silvietta.

—No llores, mi alma.

Y Mantos y Zombi —lo que quedaba de las Bestias de Abadón— se adentraron en la espesura sin mirar atrás.

## 46

—Ni en la Perspectiva Nevski a las ocho de la noche se va tan lento —dijo Milo Serinov a Paco Jiménez.

—Tienes razón, hombre. Ahora verás. —El delantero centro se asomó por la cesta y le dijo al guía—. Eh..., niño...

El filipino se volvió.

—¿Eh?

—¡Descansa! —Y le dio tal empujón que el pobre guía, perdiendo el equilibrio, fue a caer, sin proferir un grito, en medio de unas zarzas. Entonces Paco, con su proverbial agilidad, saltó sobre el cuello del elefante y empezó a darle cachetes. Revolvió el paquidermo el ojo, del tamaño de una sartén, miró al futbolista, que seguía golpeándolo, y alzando la trompa y emitiendo un potente barrido, se arrancó a galopar.

Paco, Milo y sus novias gritaban excitados.

Vio Ciba cómo el elefante que los seguía se les echaba encima cual locomotora sin frenos, y cómo los dos animales empezaban a darse con el hombro y las cestas a oscilar peligrosamente.

—¿Qué coño hacéis? —gritó, a punto de venirse al suelo.

—¡Apartaos, caracoles! —replicó Milo Serinov, que estaba divirtiéndose de lo lindo.

—¡Dejad paso! —exclamó Taja Testari, cuando una rama de encina secular la golpeó en el tabique nasal, salpicando de sangre el vestido de Mariapia Morozzi—. ¡Ayyy, qué daño! —gritó la modelo, y se derrumbó en el cesto.

—¡Uno menos! —exclamó Ciba, que había perdido su continente intelectual y empezaba a exaltarse.

También Paco estaba como poseído. Nada podía pararlo.

—¡Arre, arre, a por ellos!

Estaba adelantando al primer elefante cuando, unos diez metros por delante, veloz como un tren de alta velocidad, salió al camino el zorro, escapado no se sabe cómo de sus cazadores.

—¡El zorro, el zorro! —gritaron todos al verlo.



—Pero si ésta es la caza del tigre, ¿qué hace aquí el zorro? —preguntó Larita.

Y en ese momento el viejo Cinelli salió del coma, y echando mano del rifle, que estaba en el suelo del cesto, y gritando también: «¡El zorro! ¡El zorro!», empezó a disparar a diestro y siniestro.

Silbaban las balas por todas partes.

La cantante se agachó tapándose los oídos, mientras Ciba agarraba el rifle por el cañón para arrebatárselo al vejestorio, que seguía disparando a discreción. Una de las balas fue a impactar en la hebilla de metal del cincho del último elefante: saltaron las correas, volcó el cesto y el grupo de heavy metal de Ancona salió despedido por los aires y aterrizó en un ortigal.

Al fin descargó el rifle el viejo Cinelli.

—¿Le he dado, eh? ¿Le he dado? —preguntaba mirando alrededor.

A todo esto seguían los elefantes arrollándolo todo en su carrera: ramas, troncos caídos, arbustos.

De pronto resonó en el bosque un alarido estremecedor: Paolo Bocchi, caballero en un semental, galopaba blandiendo un sable como un húsar en la batalla de Marengo. Y al adelantar a los elefantes gritó:

—¡Saboya o muerte!

No llevaba más prenda que los pantalones de montar, y tenía el pecho desnudo marcado de rasguños de ramas y espinas. Excitados por el paso del corcel, los dos elefantes aceleraron. El cirujano, veloz como el viento, saltó un seto y se perdió en el bosque. Instantes después, una jauría de perros pasó aullando por entre las patas de los paquidermos, en pos de Bocchi y del zorro. Asustado, el elefante que guiaba Paco Jiménez se detuvo en seco, y el delantero centro del Roma, con cesto y todo, salió disparado hacia delante como un proyectil y desapareció entre la espesura.

Se oyó entonces el sonido de un cuerno inglés proveniente de las tinieblas del bosque, acompañado de un ruido de cascos que se acercaba. Y al momento aparecieron, en sentido contrario al de los elefantes, treinta y ocho jinetes con casacas rojas, sedientos de sangre zorruna. Sin tiempo para esquivar los elefantes que les cortaban el paso, muchos jinetes cayeron; otros, desazonados pero con el pie prendido del estribo, fueron arrastrados kilómetros, y muy pocos salieron ilesos.

El elefante en el que montaban la agente cinematográfica Elena Paleologo Rossi Strozzi, el modista magrebí y el productor de la Rai Fiction dio una vuelta de campana como un A112 Abarth en una curva cerrada.

Fabrizio Ciba, que seguía a lomos del elefante, vio de pronto que el guía filipino había desaparecido y quiso detener al animal dándole culatazos con el rifle. Pero en lugar de pararse, la bestia se desvió y se adentró en la espesura. Con las sacudidas, el viejo Cinelli saltó por los aires, dio una vuelta sobre sí mismo, rebotó en la grupa del elefante y quedó colgando agarrado al rabo. El nieto, con un gesto heroico y a la vez desesperado, saltó del cesto y, asido al borde con una mano, intentó alcanzar a su abuelo con la otra. El viejo aferró la mano del nieto.

—¡Tira, tira!

Y los dos rodaron por tierra entre matas de brusco.

Ciba y Larita quedaron solos a lomos de la bestia desbocada.

47

Alivio y dolor se mezclaban en el alma atormentada de Mantos, que se abría paso por entre los juncos que crecían a la orilla del pantano, seguido de Zombi.

Desde que abandonaron a Murder y a Silvietta no habían abierto la boca.

El líder de las Bestias seguía representándose tal como los había visto al marcharse: abrazados.

Le acudieron a la mente las palabras proféticas de Kurtz Minetti: «Las Bestias de Abadón son una realidad insignificante en el mundo del satanismo. Estáis acabados.» No se equivocaba, la situación era desesperada. Se habían quedado sin dos elementos fundamentales del equipo y el plan para asesinar a Larita cojeaba por todas partes. Y había otra cosa que no se explicaba: ¿por qué quería Zombi suicidarse? ¿Por qué no se había ido con sus amigos? ¿No estaban siempre los tres juntos? ¿Por qué se le había acercado como una serpiente para susurrarle que despidiera a los otros?

*¿No será que el simpático de Zombi, a la chita callando, se ha pasado a las filas de Kurtz Minetti?*

Bien podía haberlo corrompido el sacerdote de los Hijos del Apocalipsis, encargándole que boicoteara el asesinato de Larita para hacerle quedar mal ante la comunidad satánica y vengarse de su negativa. Y también era extraño el numerito que había montado antes en la villa.

Mantos se detuvo como si quisiera recobrar el aliento.

—¿Todo bien?

Zombi, rendido, apoyó las manos en las caderas y asintió. Tenía la tez más verdosa que de costumbre.

El líder de las Bestias lo miró a los ojos.

—Oye, ¿por qué no lo dejamos? —Era una pregunta capciosa; quería ver si su adepto era un infame traidor—. A lo mejor tendríamos que abandonar también nosotros... Es una locura. Solos no podemos hacerlo. ¿Y si luego no tenemos valor para suicidarnos? Iremos a la cárcel. Pero si nos volvemos ahora, nos salvamos.

Zombi siguió caminando con la cabeza gacha.

—Yo no abandono. Vete tú si quieres.

—Pero ¿por qué? No entiendo a qué viene ese repentino empeño, tú, que siempre te niegas a todo. ¿Quieres explicarme por qué ahora quieres suicidarte como sea?

—No quiero hablar.

Mantos lo cogió del brazo y lo miró con aire amenazador.

—Pues vas a hablar ahora mismo.

—Déjame. —El adepto intentó desprenderse.

—Dímelo. Soy tu jefe. Te lo ordeno.

Zombi tragó saliva y dijo, con una voz extraña:

—La otra noche me desperté sobresaltado, como si me hubieran tirado del brazo. Creí que era mi padre, para decirme que mi madre estaba mal. Pero no, todos dormían. Yo me había quedado dormido con la televisión encendida, como siempre. Estaban echando una obra de teatro, en blanco y negro, de las de antes, de esas que emiten a las tantas. Cogí el mando para apagar la tele, pero entonces uno de los actores, un viejo con unos ojos saltones y el flequillo largo, dijo una cosa. Nunca había oído nada como aquello y desde esa noche todo cambió para mí, todo dejó de tener sentido.

—¿Qué dijo, pues? —preguntó Mantos, intrigado.

Zombi vacilaba.

—¿Quieres saberlo?

—Sí, claro.

—Me lo sé de memoria. Compré el libro. Pero nunca lo he recitado ante nadie.

—Va, recítalo.

—Bien. —Zombi se afianzó sobre las piernas, como si tuviera que resistir el embate de olas dolorosas, cerró los ojos, los abrió, los levantó y, con voz quebrada y titubeante, empezó a recitar—: «Desde hace poco y sin saber por qué, he perdido la alegría y abandonado mis habituales ejercicios; y en verdad que ello me abruma el ánimo, que esta admirable fábrica de la tierra me parece un árido promontorio; y este dosel espléndido de los aires, este gran firmamento que veis suspendido, este majestuoso techo cuajado de ascuas de oro, no me parece sino una sucia y pestilente condensación de vapores. ¡Qué asombrosa máquina es el hombre! ¡Qué noble en su razón! ¡Qué inmenso en sus facultades! En su forma y movimientos, ¡qué expresivo y admirable! ¡Qué semejante a un ángel en sus actos! En su comprensión, ¡qué semejante a Dios! ¡Es la belleza del mundo! ¡El modelo de los animales! Y, sin embargo, ¿qué es para mí esa quintaesencia del polvo? El hombre no me divierte, no; ni tampoco la mujer...»

Mantos guardó silencio un momento y preguntó:

—¿Quién ha escrito eso?

Zombi se sorbió la nariz.

—William Shakespeare. Es Hamlet. Yo estoy peor que él. Y por estar mal, incluso podría hacer algo bueno... Lo he pensado... Pero es mil veces más fácil hacer algo malo. Y, la verdad, me importa un huevo ayudar a..., quién te diré, a los niños de África. Me los paso por donde yo me sé, igual que al resto de la humanidad... Prefiero acabar con todo y que me recuerden como el psicópata cabrón que mató a Larita. Y que conste que tú lo dijiste primero. Es muy sencillo y... —dio un hondo suspiro— muy triste. Pero, en fin, si tú también te rajás, no pasa nada, mato yo solo a

la cantante. Pero por favor decídete pronto, porque los mosquitos me están acribillando.

Mantos se preguntó avergonzado cómo había podido pensar que Zombi era un traidor. La verdad es que daba lástima, seguramente había dejado de tomar los antidepresivos.

—Zombi, escúchame bien. Entre nosotros no habrá más grados. Ya no hay jefes ni adeptos. Somos iguales. Las Bestias somos tú y yo. Un dúo. Tipo Simón & Garfunkel, para entendernos.

Los ojos de Zombi brillaron.

—Tú y yo. Iguales y juntos. Hasta el final.

—Iguales y juntos. Hasta el final —repitió Mantos.

Zombi miró al cielo.

—Ya es de noche. Yo voy a sabotear la central eléctrica.

—Vale. Yo secuestro a Larita y nos vemos en el templo de Forte Antenne. Esta noche la luna es ideal para acabar con todo.

## 48

Con un estruendo atronador, un enorme pino secular se desplomó, aplastando encinas, robles, laureles, y levantando una gran nube de polvo y hojas. Y de esa nube emergió, como una pesadilla primordial, el gran elefante. Bajo las patas de la bestia galopante, temblaba la tierra. Nada podía detenerlo. Su cerebro se reducía a un simple y primitivo impulso: correr. Su famosa memoria había quedado anulada y en la escala evolutiva había descendido a los abismos en los que las sardinas huyen de los atunes.

Había olvidado la infancia que pasó en una jaula ambulante, los ejercicios en la pista de circo, las reverencias, el remojar con la trompa a los payasos, hasta los latigazos y las patatas había olvidado. Todo lo había olvidado, el terror lo dominaba. ¿Qué era aquel lugar oscuro e inhóspito? ¿Qué eran aquellos postes que salían del suelo? ¿Y aquellos olores? Sólo en huir pensaba, y nada, ni zarzas ni troncos caídos ni arbustos ni hierbas, nada podía detener su carrera. A ratos lanzaba un barrido desgarrador y, enroscando la trompa a un tronco, lo arrancaba y lo arrojaba lejos. La gualdrapa de colores que lo cubría estaba hecha jirones y la larga herida del costado manaba sangre que chorreaba por las patas traseras. Como un arpón, una rama se le había clavado en el hombro derecho. Sacudiendo la cabeza, con un ojo morado y desorbitado y revuelto el otro, seguía abriéndose alocadamente paso entre la espesura.

El cesto, desvencijado, seguía atado al lomo pero colgaba a un lado, y dentro, Fabrizio y Larita, agarrados a las correas, gritaban espantados.

Esquivó la bestia un roble, tropezó con una raíz gruesa como una anaconda y a punto estuvo de caer; recuperó, sin embargo, el equilibrio, y siguió al galope,

desfondó una zarza, saltó una fosa, dio un paso, y otro, y de pronto notó que no hacía pie. Presa del vértigo, dejó de revolver el ojo loco, abrió la boca y, agitando patas y trompa, se precipitó en silencio por un precipicio cubierto de vegetación. Cayó unos veinte metros, se golpeó la cabeza en un saliente rocoso, dio media vuelta y fue a encajarse entre dos árboles que crecían formando una gran horquilla.

Quedó el animal panza arriba, con la columna vertebral quebrada, debatiéndose entre terribles berridos de dolor, cada vez más débiles.

Fabrizio salió despedido y, rebotando en ramas, lianas y tallos de hiedra, fue a caer sobre las raíces retorcidas de un roble que crecía en medio de la pared rocosa.

Un instante después le cayó encima Larita, que se deslizó de nuevo hacia el vacío.

Pero un instante antes de que se precipitara en él, alargó el escritor la mano y la aferró por la solapa de la chaqueta. El tirón lo arrastró hacia abajo y le produjo una punzada en el tríceps que le hizo ver las estrellas.

Larita quedó suspendida en el aire.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritaba, agitándose y mirando abajo.

—¡Estate quieta! ¡Estate quieta! —imploraba Ciba—. Si te mueves no aguantaré.

—¡Ayúdame, por favor, ayúdame! ¡No me sueltes!

Ciba cerró los ojos procurando cobrar fuerzas. Los bíceps le vibraban con la tensión.

—¡No puedo! ¡Agárrate a algo!

Larita estiró la mano queriendo agarrarse a unos tallos de hiedra que serpenteaban por la roca.

—¡No llego! ¡Joder, no llego!

—Inténtalo, yo no aguanto más... —Ciba estaba colorado y notaba los tímpanos palpar. No debía mirar abajo, había al menos treinta metros de caída libre.

*No soy un hombre. Soy una amarra. No siento dolor ni tengo mente,* empezó a repetirse. Pero los músculos de los brazos le temblaban. De pronto notó con horror que los dedos con los que agarraba la solapa cedían. Desesperado, mordió la raíz y gritó:

—¡No te suelto, no te suelto!

Pero la soltó.

Se quedó quieto, casi paralizado, con la cara vuelta a la raíz. La consternación le impedía pensar, llorar, mirar abajo.

Pero entonces oyó una voz débil:

—Fabrizio, estoy aquí.

El escritor se asomó al vacío y vio, a la luz de la luna, dos metros más abajo, a Larita, que se había agarrado a la hiedra.

Estuvieron callados, jadeando, un rato. Cuando Fabrizio tuvo aliento para hablar, le preguntó:

—¿Estás bien?

—Sí, lo he conseguido, lo he conseguido.

—No mires abajo. —Ciba se acomodó en la raíz y se masajó el brazo derecho dolorido.

Una piedrecita le cayó en la frente, y luego otra, y luego empezaron a llover más piedrecitas, y tierra, y ramas secas. Ciba miró hacia arriba. En medio del firmamento se veía el disco luminoso de la luna, y recortada contra éste, como una sombra chinesca, la negra silueta del elefante encajado en el roble.

Estaba justo encima de ellos.

Ciba, que se protegía los ojos con la mano, oyó crujir la madera y vio que el árbol oscilaba.

—¡Ay la Virgen!

—¿Qué pasa? —preguntó Larita.

—¡El elefante! Se...

El tronco se partió con estrépito y, en medio de un alud de tierra y piedras, se precipitó al vacío junto con el paquidermo, que lanzó un último y desesperado berrido.

Ciba se protegió instintivamente la cabeza con los brazos y cerró los ojos. Las vísceras se le subieron a la garganta.

Caía en medio de la oscuridad. La negrura lo envolvía como una madre misericordiosa y le impedía ver el suelo hacia el que se precipitaba. ¡Cuántas veces se había preguntado si los suicidas que se arrojan de puentes y edificios tienen tiempo de comprender su fin antes de estamparse, o si, por el contrario, ante tan terrible muerte, el cerebro, piadosamente, se apaga y anula los sentidos!

Ahora lo sabía. El cerebro funcionaba perfectamente y le decía: «¡Vas a morir!»

## 49

La luna, una bola en medio del cielo, teñía de plata la hierba, pero Edo Sambreddero, alias Zombi, atravesaba la sabana con la cabeza gacha, sin mirarla. En una mano empuñaba las tijeras de trinchar.

Soplaba un vientecillo ligero y frío que producía escalofríos y se le colaba por la chaqueta. El satánico se frotó los brazos para entrar en calor.

Ante él pasaron unas gacelas seguidas de unos canguros. Tampoco este espectáculo atrajo su atención.

¿Cómo decía Hamlet? «Esta admirable fábrica de la tierra me parece un árido promontorio; y este dosel espléndido de los aires, este gran firmamento que veis suspendido, ese majestuoso techo cuajado de ascuas de oro, no me parece sino una sucia y pestilente condensación de vapores.»

Sí, la tierra era realmente un lugar asqueroso.

*Sólo en un lugar asqueroso como éste puede Silvietta casarse con alguien como*

## *Murder.*

Cuando sorprendió a los dos enamorados hablando de casarse, al pronto pensó que era una broma. *No puede ser*, se repetía mientras la pareja hablaba de la iglesia, el banquete y demás. Pero cuando vio a Silvietta llorar emocionada, comprendió que era verdad y sintió que algo se secaba para siempre en su interior.

Recordó que de niño su abuelo lo llevaba al huerto, una parcelita de tierra que tenían debajo del viaducto de Oriolo, y dándole un frasquito de herbicida, le decía: «Sobra con una gota.» Él, con el cuentagotas, dejaba caer una gota negra como la pez en el tallo de una planta, que en media hora quedaba convertida en broza seca.

*Lo mismo me ha pasado a mí.* Silvietta le había secado el corazón para siempre.

¡Cuántas veces no se había quejado con él de Murder! Que si era torpe y distraído, que si se olvidaba siempre de los meses que llevaban juntos.

—Con él no hablo como contigo. Tú eres distinto, tú me comprendes...

¿Cuántas horas se habían pasado al teléfono viendo en la tele *Se busca una estrella* y comentando lo mal que cantaban los participantes, o hablando de música, de los Motorhead y de la importancia histórica de *Denim and Leather* de los Saxon? ¿Cuántas tardes de sábado se habían pasado yendo y viniendo por vía del Corso olvidados del tiempo, de las rebajas, de la gente, de coger el autobús para volver a casa?

Cierto que no eran novios, que ella salía con Murder. Pero ¿qué tenía aquel gordo casoso que no tuviera él?

Vale, él padecía halitosis congénita, pero había leído en Internet que existía un tratamiento definitivo a base de células madre. En Italia estaba prohibido, pero cuando su madre muriera, él heredaría las monedas de oro del papa Luciani y podría ir a Estados Unidos a curarse.

Un día que Murder fue a ver a su tía a Follonica, ellos dos cenaron en la pizzería Jerry 2. Fue una noche especial, se creó una intimidad única. Ella le contó los miedos que tenía de niña, su sueño de ser una reina del death metal.

Cuando la acompañó a su casa y se despidió dándole un beso respetuoso, como siempre, ella le rozó la comisura de la boca con los labios. Fue sólo un instante, pero la piel de la mejilla en la que Silvietta depositó el beso se le quedó sensible como si se hubiera quemado con un tenedor candente.

Durante meses pensó en aquel beso. Si, tonto de él, no hubiera retirado la cara, seguramente se habrían besado en la boca.

Se llevó el dedo a la comisura escaldada, sintió un estremecimiento y a punto estuvo de echarse a llorar. Recordó la noche del sacrificio en el bosque de Sutri. Los demás se le echaron encima y se la follaron como perros en celo. Él no, para él fue distinto, él lo hizo con amor, y después de correrse recostó la cabeza entre los menudos senos con los ojos arrasados en lágrimas, deseando quedarse con ella para siempre.

Y cuando la enterraron viva, él, sin que los demás lo vieran, removió la tierra de

manera que luego pudiera salir fácilmente. Y tres días después, al verla sentada en el banco enfrente del cine, comprendió que aquella muchacha increíble era la mujer de su vida.

Y ahora se enteraba de que se casaba.

*Pichurri.*

No había que darle vueltas, su vida no tenía ya sentido.

## 50

Tampoco esta vez la suerte abandonó a Fabrizio Ciba. Cayó sobre el blando vientre del elefante, que yacía de costado en medio de un riachuelo, entre gujarros y helechos. Y un segundo después que él, y justo a su lado, envuelta en hiedra, cayó Larita. Permanecieron inmóviles y en silencio un momento, maltrechos, doloridos, sin creerse que siguieran vivos.

Por fin Fabrizio se puso en pie, ayudó a Larita, bajó del elefante y observó el lugar. Se hallaban en el fondo de una estrecha garganta cubierta de vegetación, por en medio de la cual discurría un sendero de grava flanqueado de farolas que arrojaban conos de luz. Todo lo demás, a un lado y otro y sobre sus cabezas, estaba envuelto en tinieblas.

No se podía creer lo que acababa de sucederle. De no ser porque el cuerpo del elefante amortiguó la caída, no lo contaba.

*¿A quién se le ocurre organizar un safari en Villa Ada? Sólo un loco megalómano como Chiatti puede tener una idea tan estúpida.*

Pero la culpa de que hubiera estado en un tris de pasar a mejor vida no era de Chiatti.

*Es mía. Es culpa mía por haber venido a esta fiesta. No tendría que haber venido. ¿Qué coño hago aquí? ¿Cómo coño me he dejado convencer de encaramarme a ese animal? ¿Entre estos monstruos? Yo soy un escritor, joder... Yo... Yo tengo que escribir mi novela, mi novela.*

Se palpó el brazo. Le dolía al doblarlo.

*Como me haya dislocado el hombro y no pueda volver a escribir...*

No lo soportaría. Notó hervirle en el estómago una rabia ácida como el vinagre que le subía hacia el esófago. Cuanto más pensaba en todo aquello, más se cabreaba. Casi reventaba de rabia. Empezó a sacudir la cabeza cual paloma que picotea trigo y de pronto, entre dientes, empezó a hablar solo y a gesticular:

—¡Les doy por el culo a todos! Los pongo en fila y les doy por el culo, uno tras otro. —La furia le dilataba las narices—. Empezando por el payaso ese de Chiatti... Escribo el artículo y lo hundo. Se le han terminado esos aires de rey que se da, presumido de mierda. No sabe quién soy yo... —Se volvió hacia Larita en busca de



aprobación—. Y que me explique qué cojones hacían los cazadores del zorro... — Pero al verla inmóvil junto al animal muerto, enmudeció.

Parecía la escena final de *King Kong*, en la que la protagonista se acerca al gorila que ha caído del rascacielos.

A Larita se la veía realmente menuda junto al elefante, que, muerto, aún parecía más grande. La trompa se extendía por entre las piedras del riachuelo como una serpiente. Tenía las patas encogidas y un colmillo roto, y en el ojo desorbitado se reflejaba la luz de una farola. De la boca le manaba un hilo de sangre que caía y se diluía en el agua del arroyo.

De pronto, como liberada de un hechizo, Larita abrió la boca tratando de suspirar, pero algo, quizá un nudo en la garganta, se lo impidió. Alargó entonces despacio la mano y la posó sobre la frente rugosa del elefante. Y como si hubieran cortado los hilos que la sostenían en pie, se dejó caer al suelo, se acurrucó contra el lomo del animal y prorrumpió en un llanto convulsivo.

Fabrizio se llevó la mano a la boca. ¿Cómo podía haber olvidado a Larita? Ella era, entre tanta mierda, lo único valioso. Era el ángel que lo salvaría. ¿No eran ellos distintos? No pintaban nada allí. Debía cuidar de aquella criatura, protegerla.

Corrió hacia ella y la abrazó... ¡Qué menudo era, qué indefenso estaba aquel cuerpecito estremecido de sollozos!

Ella, arrasados los ojos en lágrimas, encendida la cara, sofocada, intentaba hablar:

—Po... Po... Pobrecito...

*Pobrecito ¿quién?*

—No... No es justo... No había hecho nada malo... —Y de nuevo se deshizo en llanto.

*El elefante, burro.*

Le tomó la cabeza y la apoyó en su hombro.

—No llores... Por favor... No llores —le susurraba al oído acariciándole el pelo. Pero ella no cesaba. Cuando parecía calmarse, respiraba hondo y estallaba de nuevo en sollozos.

Fabrizio quiso decir algo. Se le ocurrían frases sin sentido:

—No... No ha sufrido tanto... Se ha partido la columna, no ha sentido nada... Ha sido una liberación... Toda la vida encadenado...

Pero nada, ella lloraba y lloraba, como si le hubieran dado cuerda. Desesperado, sin saber qué más hacer para tranquilizarla, la cogió por el cuello, le retiró el pelo de la cara y con una naturalidad con la que nunca había obrado la besó en los labios.

Unos faros halógenos envolvían el lugar en una burbuja de luz que resplandecía en la oscuridad como una estación submarina. Cercaba la central una red metálica de unos tres metros de altura, con un cancel en el que se veía un cartel amarillo que decía: ALTA TENSION. PELIGRO DE MUERTE. En la superficie que se extendía en torno a la caseta de ladrillo había dos filas de grandes transformadores metálicos que zumbaban como colmenas, y un montón de cables enrollados a electrodos de cerámica que penetraban en el suelo.

La mayor instalación a la que Zombi se había enfrentado, en su breve carrera como ayudante de electricista, fue la de Villa Giorgini, en Capranica, de 9 kilovatios, para uso doméstico, con plomos y contador.

Lo que ahora tenía delante era una auténtica central en miniatura. Recordaba haber leído, durante unos cursos a distancia que recibió, que había centrales termoeléctricas, hidroeléctricas y nucleares. Hidroeléctrica no podía ser aquella, porque allí no había río ni presas. Nuclear tampoco. Luego debía de ser termoeléctrica, aunque poco importaba, él sólo tenía que sabotearla.

Por suerte no había vigilantes. El cancel estaba cerrado con cadena y candado.

Intentó cortar un eslabón con las tijeras. El metal se resistía. Apretó más y más fuerte —la cara se le puso colorada— y poco a poco el eslabón empezó a ceder, hasta que, con un último esfuerzo, la cadena saltó, las tijeras se dislocaron y Zombi se quedó con un mango del utensilio en cada mano. Los tiró, entró y se dirigió a la caseta.

La puerta, de metal, debía de estar cerrada con llave. La abrió de una patada. Dentro todo estaba lleno de paneles eléctricos: amperímetros, interruptores, enchufes, luces, palancas. Zombi los observó, perplejo. Aquello parecía el panel de mandos de un avión. Pulsó unos botones, bajó un par de palancas, pero nada significativo sucedió. Tocando esto y lo otro podía quizá desactivarla, pero siempre podrían volver a ponerla en marcha. Para que el parque quedara definitivamente a oscuras, tenía que inutilizarla.

Vio, en una vitrina, una gran hacha con mango rojo. Rompió el cristal y asió el hacha. Entre tanto aparato, reparó en un enorme interruptor de acero montado sobre una gran placa de metal atornillada a la pared, con tres cables gruesos como maromas y una palanca provista de una cerradura que impedía accionarla: aquello debía de ser el corazón de la central.

Tenía que cortar alguno de aquellos cables y...

*¿Cuánta tensión tendrán?*

Ni idea. Pero sin duda la suficiente para dejarlo achicharrado.

Moriría y cumpliría la misión. Aunque a aquellas alturas, la verdad era que la misión, el Diablo, Mantos y demás chorradas satánicas le importaban un huevo.

Se sentía infinitamente triste, pero a la vez tenía la extraña sensación de ser observado por un público que asistía a sus últimos actos. Era el protagonista maldito de su propio drama.

Sobre la mesa había un cuaderno. Arrancó una hoja, escribió rápidamente unas líneas, la dobló y puso: «Para Silvietta.»

## 52

Mantos, desnudo, de pie sobre una roca, observaba la luna y sus cráteres, acariciada la piel por el viento.

Extendidos al frente los brazos, levemente dobladas las piernas, empuñaba la Durandarte con ambas manos, inspiraba y espiraba... Desechó todos los pensamientos inútiles: desapareció Serena, desapareció el viejo bastardo, desaparecieron Silvietta y Murder, y Mantos se concentró en el milagro de coordinación que era su cuerpo. Con cada movimiento más consciente era de la energía que fluía por sus fibras musculares, del mortífero poder de la espada.

Sentía que lo embargaba el dolor de separarse de la vida terrena. Lo acogió en su seno. Bajó los brazos, apoyó la empuñadura contra sus partes y alzó la pierna derecha. Se concentró en cada tendón, en cada músculo, complaciéndose en su sensación. Notaba el escroto encogido de frío.

Por fin se sentía bien. Podía percibirlo todo: el rumor del viento en los árboles, el gruñir gutural de los facóqueros a orillas del pantano, el canto de los murciélagos de Siam colgados como racimos de las ramas de los pinos, el tráfico de la Olimpica, el ruido de las televisiones encendidas en las casas, el mundo enfermo...

De pronto se sobresaltó, la tráquea se le contrajo y un estremecimiento le recorrió la espina dorsal: tuvo la sensación de que alguien lo observaba oculto en la oscuridad.

No era un animal, aunque tampoco un humano. ¿Qué era?

Enarboló la espada al frente y empezó a girar sobre sí mismo. No vio nada. Saltó al suelo y, con el arma siempre en ristre, sacó la linterna de la mochila, la encendió y proyectó el haz de luz sobre laureles, zarzamoras, troncos y una papelera oxidada...

No había nadie. Quizá lo habían engañado sus sentidos. Y, sin embargo, la impresión de que alguien lo observaba persistía. Unos ojos cargados de odio.

Mantos se puso a toda prisa los pantalones, los zapatos y la túnica negra, se echó la mochila auestas y salió corriendo.

## 53

Zombi se palpó con el dedo la comisura de la boca, donde lo había besado Silvietta, prendió la carta a la placa metálica, se escupió en las manos, aferró el hacha y se situó ante los cables con las piernas abiertas.

Había llegado el momento de demostrar el valor que siempre había ocultado.

—El hombre no me divierte; ni tampoco la mujer. —Alzó el hacha y con toda la fuerza y la desesperación que tenía en su enclenque cuerpo, descargó el golpe.

Por aquellos cables de cobre circulaba una tensión de veinte mil voltios, diez veces mayor que la usada en la silla eléctrica. El flujo de electrones cruzó la hoja y el mango del hacha, el cual, aun siendo de madera, se carbonizó al instante. Lo mismo ocurrió con las manos y los brazos del adepto. El resto del cuerpo empezó a arder con una llamarada espectacular.

La antorcha humana corrió de aquí para allá chocando y rebotando contra las paredes, se detuvo por último, abrió los brazos como un ángel caído que quisiera alzar el vuelo y se desplomó y consumió hasta que de Edo Sambreddero, alias Zombi, no quedó más que un bulto carbonizado.

Las turbinas se detuvieron. El zumbido enmudeció. Las luces del parque y de la villa se apagaron, así como los ordenadores que controlaban las cascadas, el flujo de agua de los lagos, los comederos de los animales y todo lo demás.

Se puso en marcha un generador. Las luces de emergencia de la casa se encendieron y se activaron las bombas neumáticas de los cancelos de acero de las entradas, que se cerraron dejando Villa Ada a oscuras y aislada del resto de la ciudad.

### *Llegada a los campamentos y cena*

54

Fabrizio Ciba y Larita estaban besándose junto al cadáver del elefante cuando las farolas del sendero se apagaron. El escritor abrió los ojos y se vio sumido en la más completa oscuridad.

—¡Las luces, se han apagado las luces!

—¡Ay, Dios! —Larita se le abrazó temerosa—. ¿Y ahora qué hacemos?

El escritor tardó un poco en comprender la gravedad de la situación. Aquel beso apasionado lo tenía aturdido. La rabia había dejado paso a una extraña sensación de bienestar y de abandono. Ahora que por fin había encontrado el amor de su vida, todo lo demás le parecía baladí. Lo único que deseaba era lavar a su amada, curarla, desinfectarle las heridas y hacerle el amor. La carrera por el bosque a lomos del elefante, la caída, la certeza de morir y la sorpresa de haber sobrevivido, aquella mezcla de miedo, rabia y muerte, lo había excitado sobremanera.

—¿Y ahora qué hacemos? —repitió ella, apretándosele más.

Fabrizio sintió la presión de las tetas y el corazón palpitante de Larita.

—No lo sé... Pero digo yo... ¿Por qué no seguir aquí? ¿Qué nos importa nada?

—Había olvidado el antiguo placer de sentir un par de tetas no operadas.

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué? Esperamos a que amanezca. Nos escondemos entre la maleza, como hombres primitivos, libres... —Si aquello no fuera la vida real, si fuera una de sus novelas, él, el protagonista, desnudaría allí mismo a Larita y la poseería sobre el cadáver del elefante, y sangre, semen y lágrimas se fundirían en un coito ancestral. Sí, en su nueva novela incluiría una buena escena de sexo como ésa; ambientada en Oristano, Cerdeña.

Larita interrumpió sus pensamientos.

—El parque está lleno de animales feroces, el tigre, los leones...

Lo había olvidado por completo. Le tomó la mano.

—Sí, tienes razón, hay que moverse. Pero no se ve nada. Esperemos que arreglen pronto la avería.

—Sigamos el sendero.

—¿Por dónde quedará la villa? ¿Izquierda? ¿Derecha?

—A la izquierda, creo..., espero...

—Sí, sigamos el sendero, está aquí mismo —concluyó Fabrizio en tono resuelto. Pese al miedo que le daban las fieras, tener que proteger a aquella mujer le infundía fuerza y valor. Se levantó y ayudó a Larita a levantarse.

—Agárrate de mi cinturón y sígueme. —Adelantó los brazos como un sonámbulo y trastabillando entre las piedras dio unos pasos en la oscuridad—. Pero así podemos lastimarnos, mejor a cuatro patas.

Así, a gatas, avanzaron hasta que dejaron de sentir la grava bajo las palmas.

Estaban en medio del barranco. Allí no había árboles y el cielo reflejaba las luces de la ciudad. Vislumbraron una cerca que bordeaba el barranco por mitad del camino.

—¡Bien! —Fabrizio se puso de pie—. Cojámonos de la cerca y sigámosla. Pero antes quiero una cosa, o no sé si podré continuar.

—¿Qué?

—Otro beso.

Abrió la boca y notó cómo la lengua de ella resbalaba por la suya y le lamía el paladar y las amígdalas. La abrazó, la estrechó muy fuertemente, aunque evitando que le notara la erección.

Sí, hacían una bonita pareja.

*Con ésta me caso...*

¡Qué suerte haberla conocido! Y fue gracias al payaso de Salvatore Chiatti y de su mierdosa fiesta.

*Vale, Sasà, te perdono. No escribiré contra ti.*

—¡Yupi! ¡Qué grande eres, Zombi! —había gritado, alzando los puños, el líder de las Bestias de Abadón cuando las tinieblas se abatieron sobre la villa.

Ya era hora de que algo saliera bien. Ahora tenía que encontrar a la cantante.

Mantos alumbró con la linterna aquí y allá para orientarse. El camino que seguía se adentraba en una especie de garganta que dividía el bosque en dos partes. De la mochila sacó el plano de Villa Ada y se puso a estudiarlo.

—¡Perfecto!

Iba bien. Debía atravesar aquella especie de cañón y llegaría al lago en el que habían instalado el campamento de la caza del tigre, cuyos participantes serían todos presa del pánico, incluida la cantante. En la confusión y al amparo de la oscuridad, anestesiarla y secuestrarla sería coser y cantar.

Todo satisfecho, echó a correr, con la espada en la mano izquierda, la linterna en la derecha y las venas llenas de adrenalina. ¡Singular fenómeno! Ahora que iba a morir se sentía más vivo que nunca, capaz de cualquier cosa. Por fin estaba Satanás de su parte. Él era un ser libre, un espíritu anárquico, un devoto del caos. Y Zombi era su alma gemela, una criatura que, como él, no temía la muerte y se crecía con el caos.

*Verás quién soy yo, querido Kurtz Minetti.*

Saltaba un charco cuando una luz a sus espaldas iluminó el camino. El líder de las Bestias apagó la linterna, se echó a un lado y se escondió detrás de un roble.

Era un automóvil que se acercaba. Mantos veía los faros delanteros aproximarse pero no oía ruido alguno. Debía de ser uno de aquellos cochecillos eléctricos que usaban para desplazarse por el parque.

Esperó escondido a que pasase. En el vehículo, que era descapotable, sólo iba el conductor.

*¿Y si me hago con él? Así podría llevar más fácilmente a Larita al lugar del sacrificio.*

Y sin pensárselo dos veces, con la cabeza gacha, salió corriendo detrás del vehículo.

Fabrizio Ciba pensó con felicidad que unos días después estaría con su amada en su casa de Capdepera, Mallorca. Pero acto seguido recordó la humedad, las arañas muertas de la bañera, los radiadores fríos, y la novela que lo esperaba en la mesa, y que tenía que replantearse la trama, eliminar pers...

Por un instante el cerebro del escritor se quedó colgado y se recuperó, borrando el último pensamiento.

*¿Cómo se llamaba aquel hotel de cinco estrellas con espa...?*

Tenían que tomarse unas vacaciones como Dios manda, irse a un lugar lejano donde desconectar de todo y vivir su amor. Echó el brazo por los hombros a Larita como si fueran viejos amigos.

—¿Qué te parece si nos tomamos unas vacacioncitas para recuperarnos? En las Maldivas, por ejemplo. Imagínate, bungalows en la playa, noches cálidas bajo el cielo constelado, camas con mosquiteras...

—Me gustaría mucho —contestó Larita, y se quedó un momento en silencio—. Oye, Fabrizio...

—Dime.

Dejó pasar otro momento y preguntó:

—¿Tienes novia?

—¿Novia? ¡Qué va! —se apresuró a contestar Ciba.

—¿Te repugna?

—No, no es eso. Es que soy escritor... Bueno, tú eres músico, seguro que me entiendes. Tengo cierto miedo a los sentimientos, temo que me dejen seco si son muy intensos. Sé que es un miedo irracional, pero tengo la impresión de que si amo a alguien, dejaré de amar a los personajes de mis libros. —Estaba revelándole algo que nunca le había dicho a nadie—. Esto no quiere decir que no esté dispuesto a intentarlo. ¿Y tú?

Le habría gustado verla bien, pero en la oscuridad apenas adivinaba su silueta.

—Yo acabo de salir de una historia difícil con un tipo que no se quería, un tonto, vamos. Y he estado a punto de morir. Me han salvado la comunidad de don Toniolo y la fe.

Escuchándola, recordó Fabrizio haber leído no sabía dónde que la cantante salió con un cantante toxicómano y que a punto estuvieron los dos de morir de sobredosis.

—Y desde que volví a la vida no he tenido valor para más amores. Tengo miedo de encontrar a otro tonto. Aunque estar sola es a veces un poco triste.

Fabrizio la tomó del talle y la atrajo hacia sí.

—Lástima, porque podríamos estar muy bien juntos.

Larita rió.

—No sé por qué, pero estaba segura de que tenías novia. Al terminar de comer en la villa llamé a mi agente para preguntárselo, pero tenía el móvil apagado. Dime una cosa, ¿tú crees en el destino?

—Creo en los hechos. Y los hechos dicen que somos dos supervivientes. Y que debemos intentarlo. —La estrechó con fuerza, como para que no escapara, y la besó. Lástima que estuvieran a oscuras, le habría gustado mirarla a los ojos.

De pronto ella se apartó:

—¿Y si nos fuéramos a Nairobi?

—¿A Kenia? Yo estuve una vez, en Malindi. El mar no está mal, pero ni punto de comparación con las Maldivas...

Siguieron caminando.

—No... No... No me has entendido... Digo a los barrios de chabolas de Nairobi, a vacunar niños. Yo voy todos los años. Es una gran obra. Si tú fueras también, un escritor famoso, les harías un gran regalo. Contribuirías a la labor de los misioneros.

Fabrizio levantó los ojos al cielo. ¡Vaya por dónde! Él pensaba en una semanita de reposo y ella le proponía una aventura humanitaria.

—Sí, claro... Sería una idea... Pero... —balbució.

—Pero ¿qué?

Fabrizio fue sincero:

—Pues... Yo pensaba en unas vacaciones de verdad, hotel de cinco estrellas, desayuno en la cama, ese tipo de cosas...

Ella le acarició el cuello.

—Verás, será mil veces mejor... Estoy segura de que será una experiencia que te ayudará a escribir. No sabes la de ideas que se le ocurren a uno ante tanto dolor.

El escritor guardó silencio. Si quería mantener una relación seria con una mujer, debía empezar por tener en cuenta sus deseos y confiar en ella. Y Larita era especial, tenía una fuerza inmensa, era un tifón arrollador, pero al mismo tiempo era vulnerable y cándida y le hacía a uno cuestionarse muchas cosas.

—Sí —dijo Fabrizio—, vale, voy. Me llevo el ordenador y por las noches, al acabar las vacunaciones, escribo.

Larita le apretó la mano y con una voz emocionada le dijo:

—Vamos, salgamos de aquí, el mundo verdadero nos espera.

## 57

Por suerte aquel trasto era lento.

Mantos, jadeando, alargó la mano, se agarró de la portezuela trasera y dando un salto torpe subió al vehículo. El conductor no se dio cuenta.

En la caja había un montón de ollas enormes de las que salía un intenso olor a curry.

Ahora debía deshacerse del conductor. Se quitó la capucha, se contrajo como un gato y, lanzando un alarido sandokanesco, saltó sobre el hombre, el cual, al oír el bestial grito, creyó que era el tigre y frenó en seco.

Y el líder de las Bestias de Abadón, espada en mano, voló por encima, pasó el capó y fue a caer, abierto de brazos y piernas, en medio del camino. La Durandarte salió despedida. El vehículo quedó detenido a veinte centímetros de sus pies.

Mbuma Bowanda, oriundo de Burkina Faso, donde durante muchos años fue pastor, vio de pronto una extraña criatura pasar volando sobre su cabeza y



desaparecer delante del coche.

En su poblado, próximo a Uagadugú, la capital de Burkina Faso, existía la antigua creencia de que del fango de los ríos, en noches de luna llena, salían demonios alados y negros como la pez que sustraían ovejas y vacas. Los llamaban Bonindá. Él no creía en eso, pero juraría que aquel ser era igual que los monstruos de las fábulas con las que su abuela lo arrullaba de niño.

Se incorporó en el asiento temblando. El demonio seguía tendido allí delante, y parecía muerto.

*Paso por encima...*

Pero no lo hizo. Tampoco estaba seguro de que se pudiera matar así a los demonios, y de todas formas las ruedas eran demasiado pequeñas para pasar por encima.

Ponía la marcha atrás cuando el demonio negro se levantó, apoyó las manos en el capó con la cabeza gacha y profirió un alarido terrorífico.

Mbuma había oído decir que la gente se mea de miedo, pero siempre le había parecido una exageración. Hubo de reconocer que era verdad: él acababa de orinarse.

Saltó del coche y echó a correr hacia la villa.

Aunque se había desollado las manos y los codos en la gravilla, el líder de las Bestias de Abadón tuvo una especie de orgasmo al ver a aquel pobre infeliz salir corriendo despavorido.

El grito sandokanesco infundía realmente pavor. Había descubierto que tenía un talento natural para gritar. De haberlo sabido, lo habría usado para asustar a Serena la noche que se presentó en su habitación desnudo y armado con la espada.

Recogió cojeando la Durandarte, que había caído en la hierba, y montó en el vehículo. Iba a arrancar cuando oyó unas voces que le decían que parase. No podía ver quiénes eran, pero no debían de estar lejos.

*Miedo, ¿eh?*

Mantos soltó una risotada y decidió ir por Zombi. Con su ayuda resultaría más fácil secuestrar a Larita, y además le evitaba la caminata a Forte Antenne.

### *Regreso a Villa Reale*

Al ver las luces del coche, Fabrizio Ciba y Larita empezaron a gritar y a agitar los brazos. Pero el coche se paró a unos cien metros, al rato dio media vuelta y se alejó

en dirección contraria.

El escritor sacudió la cabeza.

—¡Me ca...!

—Bah, da igual, casi hemos llegado —dijo Larita, delante de él—. Me parece que veo luces.

Fabrizio vislumbró al fondo del barranco, en medio de las tinieblas, un resplandor rojizo.

—¡Es verdad! Es el campamento. Vamos.

Siguieron caminando con renovado ahínco, la grava crujía bajo sus pies. El resplandor del fondo era lo bastante intenso como para teñir de rojo el camino. Del lago se elevaba una gran nube de humo escarlata.

—¿Qué estarán haciendo? —preguntó Larita.

—Serán los fuegos para asar la carne. —Fabrizio aceleró el paso—. ¡Me está entrando un hambre!

—Yo soy vegetariana, pero esta noche una chuletita...

Unos cincuenta metros más adelante los asaltó un tufo a madera quemada que irritaba la garganta. Entre la humareda se veían largas lenguas de fuego que se reflejaban en las aguas negras del lago.

—¿No echan demasiado humo? —preguntó Larita tapándose la boca.

Llegaron al final de la garganta y salieron a una gran llanura y al lago artificial. En medio del agua ardía una de las casas flotantes. La popa ya se había hundido, y la proa se empinaba envuelta en llamas.

Larita se cogió de la mano de Fabrizio.

—¿Qué está pasando?

—No lo sé, será algún espectáculo. Con tal de sorprender a la gente, este Chiatti es capaz hasta de matar a su madre.

Siguieron acercándose. Larita señaló un coche eléctrico que había volcado contra un pino; por el suelo se veían ollas y arroz basmati esparcido. Se miraron sin decir palabra. Fabrizio le apretó la mano.

—No te separes.

Bordearon el lago camino de las otras barcazas, que estaban amarradas a un embarcadero con templete. En el agua, donde no llegaba el resplandor del fuego, se oían extraños chapoteos y batir de aletas, como si enormes peces se disputaran una presa.

Al llegar al embarcadero vieron volcadas las estufas con forma de seta y las mesas del bufé, y el suelo lleno de botellas rotas, guirnaldas de papel carbonizadas... Y en medio de aquel caos, facóqueros y buitres que escarbaban entre los restos de la cena hindú. Parecía que hubiera pasado una horda de bárbaros.

Una sensata vocecilla le sugirió a Fabrizio que mejor harían en irse de allí cuanto antes.

*A lo mejor ha atacado el campamento una manada de leones.*

Pero no parecía obra de animales, sino de seres humanos; habían arrancado las tiendas y las habían amontonado.

Larita miraba a un sitio y otro, perdida.

—¿Dónde están todos?

También los camareros, los cocineros, el personal había desaparecido.

La cantante se dirigió al muelle. Fabrizio, muy a pesar suyo, la siguió.

En las barcas atracadas, el panorama no era distinto. El bufé había sido saqueado. Restos de la cena india y flores yacían esparcidos por el suelo, habían roto las estatuas de las divinidades hindúes, en el escenario desierto se veía un sitar destrozado. Posado en una mesa, un gran cuervo negro picoteaba pedazos de pollo tandoori.

Fabrizio se aproximó a Larita.

—Yo me iría de aquí a escape, esto no me gusta un pelo.

Larita cogió del suelo un zapato plateado.

—No lo entiendo...

—No importa... Vámonos.

Los interrumpió una voz femenina que sonó a sus espaldas:

—Mi marido...

En el umbral había una mujer con una mirada catatónica y los brazos inertes que apenas se sostenía en pie. El sari que llevaba, desgarrado, le colgaba entre las piernas como un harapo; uno de los tirantes del sujetador estaba roto y en el pecho se le veían unos arañazos largos y sanguinolentos; le faltaba un zapato; los cabellos rubios, que debía de haber llevado recogidos en un moño, estaban revueltos y empapados en sangre, y junto a la oreja se le veía un hilo de sangre seca.

En un primer momento Fabrizio no la reconoció, pero luego, observándola mejor, la recordó: era Mara Baglione Montuori, la esposa de un galerista de arte contemporáneo de Milán. La conocía porque era la directora de una revista de modas y una vez, hacía mucho tiempo, le hizo una entrevista. Ahora era el espectro de aquella dama elegante y esnob con la que se citó en el Café Rosati de piazza del Popolo. Tenía la expresión ausente y alelada de una mujer a la que acabasen de violar; como si algo, alguien, le hubiera secado el cerebro.

Fabrizio se acercó a ella y notó que olía mal; era un olor acre, a sudor.

—Mara, ¿qué le ha ocurrido? ¿Dónde están los demás? —Fabrizio advirtió que temblaba de miedo.

La mujer evitó mirarlo, pero tendió lentamente la vista alrededor.

—Mi marido...

Larita levantó una silla y la sentó.

—¿Dónde está?

Mara Baglione Montuori se quitó el zapato que le quedaba y lo sostuvo en la mano como si quisiera acariciarlo.

—Mi marido...

La cantante se puso a buscar al marido por la barca.

Mientras, Fabrizio tomó a Mara por las muñecas y trató de interceptar su mirada.

—Escuche, ¿me recuerda? Soy Fabrizio Ciba, nos conocemos.

La mujer lo miró a la cara y sonrió como si se hubiera acordado de algo divertido.

—El martes tenemos que ir a Portofino, se casa Agnese.

Fabrizio nunca había tenido mucha paciencia con las víctimas de traumas y los enfermos, y empezó a perderla con la mujer.

—Comprendo su estado y lo siento mucho... Pero ahora tiene que explicarme qué diantre ha pasado aquí.

Pero la mujer estaba ausente. Se hallaba quizá en Portofino.

—Mi marido odia al prometido de Agnese, no sé por qué. Es un buen muchacho. Hará carrera... A su edad Piero tampoco...

Fabrizio la zarandéó.

—¿Dónde está tu marido? ¿Estaba contigo?

La mujer, irritada, como si Fabrizio la importunase, se volvió. En el suelo había una bandeja de plata y se vio reflejada.

—¡Dios mío, qué pinta!... El maquillaje... El pelo... Así no pueden verme. —Cogió un tenedor de la mesa—. Mis hermanas y yo, cuando éramos pequeñas, en Punta Ala, peinábamos con esto a las muñecas. —Y empezó a pasarse el tenedor por el cabello apelmazado de sangre.

Ciba reclinó la cabeza con frustración.

—Imposible, está ida.

—¡Oh, Dios, qué espanto!... ¡Mira esto! —Larita miraba algo por una ventana tapándose la boca con la mano.

Fabrizio se acercó, se armó de valor y miró.

A Ciba le gustaban mucho los documentales sobre la naturaleza que emitía el canal por satélite Animal Planet. Muchas veces escribía con la tele puesta en aquel canal. Y en las secuencias en las que el predador, con toda la fuerza de sus músculos, saltaba sobre la presa movido por la violencia y la brutalidad del hambre, Fabrizio, fascinado, dejaba lo que estaba haciendo y se sentaba en el sofá para verlo mejor. Le gustaba ver el ojo desorbitado del ñu, el zarpazo del león, la nube de polvo en la que se fundían felino y herbívoro y la cabeza de la víctima que se levantaba por última vez.

En aquellas luchas veía la ferocidad de la vida natural, la misma que gobernaba la vida de los hombres.

Pero ahora que veía en vivo, a un par de metros de distancia, una escena parecida, no la encontró tan excitante. Apartó la mirada del agua, que parecía hervir, y trató de mirar sólo de reojo, pero no lo consiguió. Lo que acababa de ver un instante atraía irresistiblemente su atención, y no pudo evitar clavar los ojos en aquel espectáculo.

El cadáver de Piero Baglione Montuori flotaba en el agua a merced de unos cocodrilos enormes. Filas de dientes arrancaban bocados de carne del cuerpo del

famoso galerista milanés, conocido por haber descubierto a Andrew Dog, el escultor jamaicano. Y cuando la carne se negaba a desprenderse, los reptiles daban cabezadas y giros entre salpicaduras de sangre. Y la cabeza del pobre hombre golpeaba contra la pared de la balsa con un ruido hueco de coco.

## 59

El líder de las Bestias de Abadón dio un frenazo y se detuvo ante la central eléctrica.

No se había encontrado a Zombi por el camino, pero sí se había cruzado con grupos de invitados a la desbandada, que al verlo le hicieron señas y le gritaron que parase, y más de uno se plantó en mitad del camino para cortarle el paso. Pero él pasó de largo sin reducir siquiera, ni hacer caso de los insultos que le dirigieron. Todo había salido exactamente como había previsto. En cuanto se hizo la oscuridad, las míseras criaturas de la luz habían sido presa del pánico y el parque se había convertido en el reino del horror. A él, criatura de las tinieblas, la oscuridad no había hecho sino infundir mayor aliento y ferocidad. Durandarte en mano, se apeó del cochecillo, encendió la linterna y miró alrededor.

¿Dónde coño estaba Zombi?

*Seguramente se ha ido por el bosque sin miedo a los animales salvajes.*

Era una Bestia de Abadón y nada ni a nadie temía.

Pero antes de irse y por si acaso, quiso Mantos echar un vistazo en la central.

Y al acercarse más notó un olor extraño.

*Como a carne asada.*

El cancel estaba abierto; en el suelo, la cadena con el candado y las tijeras de trinchar desarticuladas.

Mantos sonrió y alumbró la caseta. El marco y las jambas de la puerta abierta se veían ennegrecidos, como si dentro hubiera habido un incendio. Aquel loco de Zombi le había pegado fuego a todo.

—Buen trabajo, valiente.

El líder de las Bestias barrió el suelo del cuarto con el foco de la linterna, vio algo negro en el medio y se acercó un par de pasos para ver qué era.

*Parece un trozo de rueda quemada... No... Un zapato.*

Dio otro paso. Sí, parecía un zapato. Un zapato carbonizado. Sobre la suela se veían todavía los tacones medio fundidos.

Mantos tragó saliva varias veces, sin valor para enfocar más adelante. Pero, con la respiración contenida, dio otro paso.

Y vio así, pegada al zapato, una pierna y el resto de un cuerpo humano carbonizado. La ropa debía de haber ardido, dejando a la vista una carne negra y

reseca que se había adherido a los huesos. En medio de la masa informe que era el tronco, se adivinaban las costillas prominentes. Tenía los brazos alzados y las manos crispadas, como retorcidas por el calor. El fuego había consumido literalmente la cabeza, de la que no quedaba sino una esfera renegrida sin más facciones que una hilera de dientes largos y blancos.

En aquel estado, ni aun su madre lo habría reconocido. Pero Mantos supo que era él; por la forma de la frente, por la estatura, los zapatos, los dientes...

*Oh... Dios. Zombi había ardido como un fósforo.*

Soltó la espada. Notó una arcada. Se llevó la mano a la boca y le costó un gran esfuerzo no vomitar. Las piernas le flaquearon y se derrumbó junto a la puerta, incapaz de dar crédito a sus ojos.

*Se habrá electrocutado al cortar la corriente.*

Saverio alargó la mano.

—Zombi... ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo...? Amigo mío. —Quiso gritar, expulsar la rabia por la boca, pero no pudo más que abrirla y llevarse las manos a la cabeza.

¿Por qué? ¿Por qué así? No debía ser así, no de aquel modo. Debían suicidarse juntos, unidos, después de inmolar a la cantante a Satanás. Ése era el trato.

*¿Por qué has roto el trato?*

El dolor inundó a Mantos como una ola, lo sumergió con la fuerza de una tromba marina. Y la luz cegadora de la verdad lo deslumbró.

*Ha muerto por culpa mía. ¿Qué he hecho?*

*Si no es por ti...*, le pareció casi que le decía aquel cuerpo carbonizado, levantándose y apuntándole con los dedos retorcidos. *Si no es por ti... yo estaría ahora en Oriolo Romano, con mi madre, con Murder y con Silvieta, y con toda la vida por delante. ¿Quién te crees que eres para haberme matado así?*

Acurrucado en la puerta, Mantos se observó; observó aquella túnica negra que había confeccionado con unas cortinas viejas del cine Flamingo, observó aquella espada que compró en eBay, y se dio cuenta de lo patético que era.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró, como si aquel cuerpo consumido pudiera contestarle.

Sintió que el dolor le atenazaba la garganta, abrió y cerró los ojos varias veces, nublada la vista por las lágrimas. El teatro en el que Saverio Moneta, empleado de la tienda de muebles de los Maestros de Hacha Tiroleses, soñaba con ser malo y despiadado como Charles Manson, se le desplomaba encima. Satanás, el gran Mantos, las Bestias de Abadón, el sacrificio de Larita no eran sino necios delirios de un pobre diablo que había llevado a la muerte a un chico con una grave depresión.

A gatas, sollozando como un niño, se acercó al cadáver de su amigo.

—Edo, perdóname... —Le cogió la muñeca, que se le desmenuzó entre los dedos—. ¿Qué puedo hacer? Dime, ¿qué puedo hacer?

Pero nadie podía decírselo. Estaba solo. Solo y desesperado. Zombi estaba muerto, Serena y el viejo cabrón renegaban de él, a Murder y a Silvieta los había

perdido.

Se sentó sorbiéndose y limpiándose las narices.

Debía llevarse el cadáver y enterrarlo. O arrojarlo al lago de Bracciano.

Se enjugó las lágrimas.

—No te preocupes, que no te dejaré aquí... Te llevaré a tu casa. Se acabó tanta tontería.

Se levantó e inspeccionó el cuarto con la linterna. Tenía que encontrar una caja. Lo mejor habría sido una de esas grandes bolsas azules de Ikea.

En una placa de metal vio prendida una hoja doblada en cuatro. Se acercó y leyó: «Para Silvietta». La cogió y cuando iba a desdoblarla oyó una voz de hombre que gritaba fuera:

—¡Eh, tíos!, ¿no notáis un buen olorcillo? ¡La parrillada, es la parrillada! ¡Hurra, hemos llegado! Pero ¡qué fiesta del culo! El pobre diablo de Chiatti no pagó la factura de la luz.

### *Pasta a la amatriciana de medianoche*

60

Fabrizio se llevó aparte a Larita y le dijo en voz baja:

—Ahora tú y yo, como quien no quiere la cosa, nos vamos de aquí y corriendo. Tengo un mal presentimiento.

—¿Y esa pobre mujer? —Y la cantante señaló a Mara Baglione Montuori, que seguía peinándose con el tenedor—. ¿Qué hacemos con ella?

—No podemos llevárnosla, nos retrasaría. Cuando veamos a alguien le decimos que vengan por ella.

Larita no parecía muy convencida:

—No sé... Dejarla aquí sola no me parece bien.

—Pues es lo mejor, hazme caso. —Fabrizio la cogió de la mano y la llevó hacia el embarcadero—. Creo recordar que cerca del lago hay una puerta. —Arrancó del suelo una larga caña de bambú en cuyo extremo ardía una lámpara de petróleo—. Andando.

Enfilaron una larga alameda de grandes plátanos y dejaron atrás el lago.

Rondaban la mente del escritor un montón de interrogantes. Y seguía representándose a los cocodrilos que despedazaban el cuerpo del galerista.

Larita caminaba junto a él muda y cabizbaja.

Iba a decirle que se dieran prisa cuando creyó percibir movimiento en la oscuridad. Hizo señas a Larita de parar y prestó atención. Nada. Sólo se oía, lejano, el

rumor del tráfico en via Salaria.

*Me habré confundido.*

Miró a Larita: tenía los ojos brillantes y estaba temblando. Y notó que el corazón le latía atropelladamente. La tomó de la mano.

—Ya casi hemos llegado.

Prosiguieron la marcha.

De pronto Larita dio un salto atrás y gritó:

—¿Qué es aquello?

Fabrizio se detuvo.

—¿Qué?

—Allí, en aquel árbol.

Con las piernas flojas como tentáculos, alumbró Fabrizio el lugar que Larita señalaba. No veía nada. Dio un paso al frente agitando la lámpara. Las ramas de los árboles invadían el camino. No veía nada, pero se cagaba de miedo. Le dio un vuelco el corazón..., ¿qué era aquello?

Un bulto oscuro colgaba de una rama.

*¿Un mono?*

No podía ser, demasiado grande.

*¿Un gorila?*

Demasiado gordo. Por un momento pensó si no sería una escultura, un maniquí que habían colgado allí.

Retrocedió y alumbró con la débil luz de la lámpara el resto del árbol. Había colgados otros dos...

*Hombres.*

*Dos hombres gordos balanceándose.*

Dio media vuelta y le gritó a Larita:

—¡Corre, rápido!

Oyó a su espalda un ruido ahogado y un jadeo. Debía de haberse descolgado uno de los monstruos.

Echó a correr a toda prisa, la lámpara se apagó y la única luz que quedó fue la claridad lejana del campamento.

Corría como no había corrido nunca, oyendo la gravilla rechinar bajo sus pies y aspirando aire a bocanadas.

Confiaba en que Larita corriera a su lado.

*¿O se ha quedado atrás?*

*¡Para, date la vuelta, espérala!*, le gritaba una voz en la cabeza.

Y quería hacerlo, pero no podía más que correr, rogando a Dios que lo mismo hiciera ella.

Y entonces la oyó gritar.

*¡La han cogido! ¡Me cago en la puta, la han cogido!*

Y sin dejar de correr volvió la cabeza: todo estaba sumido en la oscuridad, y en



aquella oscuridad oyó los gritos de la cantante y los gritos guturales de los monstruos.

—¡Fabrizio! ¡Ayúdame, Fabrizio!

Se detuvo sofocado y suspiró.

—Ya no estoy para estos trotes. —Tuvo un arranque de valor y gritó—: ¡Dejadla, cabrones! —Y se precipitó hacia allí, ciego, agitando los puños, esperando espantar a los monstruos, aniquilarlos.

Pero tropezó, cayó, se golpeó la mandíbula, intentó, con la boca sangrando, levantarse de nuevo, cuando algo, un puño, un bastón, un objeto contundente, con una fuerza inaudita, se abatió sobre su hombro derecho y lo derrumbó de nuevo. Quiso volver a levantarse, gritando casi hasta desgañitarse, y entonces otro puñetazo lo alcanzó en el estómago.

Fabrizio Ciba se desinfló como un balón pinchado y mil chispas naranjas saltaron ante sus ojos. Expulsó todo el aire que tenía en los pulmones y mientras así se sentía agonizar, notó que unas manos enormes lo asían y lo levantaban con la misma facilidad con la que un ser humano levanta una bolsa de la compra.

Oprimido el pecho, ahora iba cargado a cuestras de aquel ser que caminaba. Abrió los ojos y vio ahí mismo, casi al alcance de la mano, el cielo rosado. Sentía el resollar de sus pulmones que aspiraban aire como fuelles.

Y diciéndose que sí, que podía respirar y no moriría, se dio cuenta de que la oscuridad era algo más que la simple ausencia de luz. Era la sustancia en la que se asfixiaría.

Un golpe en la nuca interrumpió aquel último pensamiento.

## 61

—¿Qué comes? Danos algo, no seas rata.

Saverio Moneta vio a tres tíos asomados a la puerta. Al más alto, con perilla y gafas sin montura, lo había visto sin duda en la tele y debía de ser un presentador. Otro, más bajo y rechoncho, con muy poca frente, debía de ser un político. Y al tercero... pues no lo conocía.

Con sus uniformes Ralph Lauren, su pelo engominado y unas botellas de champán en la mano, se sentían dioses, cuando no eran más que unos hijoputas borrachos.

Saverio entendía de hijoputas. Había tenido que vérselas con ellos ya en la escuela. Siempre iban en grupo para sentirse fuertes. Y cuando la tomaban con alguien, de nada servía decirles que lo dejaran en paz: lo rondaban como hienas hambrientas.

En el mejor de los casos lo esperaban al salir de la escuela, buscaban bronca, le pegaban y listo. Pero otras veces se hacían amigos suyos, lo trataban amablemente y

le hacían creer que podía ser como ellos, hasta que, cuando, como tonto, se confiaba, ellos se reían de él y lo dejaban plantado, lo apartaban como si fuera un juguete roto. Aunque, eso sí, el domingo iban a misa y comulgaban. Luego los papás les pagaban la universidad, los estudios en el extranjero, y volvían a Oriolo todo pulidos y se hacían abogados, empresarios, dentistas. Parecían gente de bien, pero en realidad eran hijoputas. Muchos se metían a políticos y hablaban de Dios, de la familia y de la patria. Eran los nuevos paladines de la cultura católica.

Saverio se guardó de prisa la nota de Zombi y esbozó una sonrisa sardónica.

—¿Queréis ver lo que estoy comiendo?

El de la perilla contestó, regocijado:

—Así me gusta, colega, a ver qué manjares tienes ahí.

—Compártelos con los amigos —añadió el político.

Saverio, con un mirar de loco, tomó el cuerpo carbonizado de Zombi —le sorprendió lo poco que pesaba— y mostrándolo a los recién llegados, les dijo:

—¿Qué preferís, brazo o pierna?

Al pronto no entendieron lo que era. El de la perilla dio un paso al frente y en el acto retrocedió con sobresalto.

—¡Santo Dios...!

—¿Qué es? —preguntó el político, cogiéndose de su brazo.

—Parece un tío quemado. ¡Joder, qué asco! —dijo el tercero, dejando caer la botella de champán, que se hizo añicos.

Saverio depositó a Zombi en el suelo, empuñó la espada con ambas manos y la enarboló.

—Bueno, ¿qué os corto? ¿Brazo o pierna?

Los tres infelices echaron a correr despavoridos, disputando a empujones por cruzar primeros el cancel. De pronto el político dio un grito desesperado y se hundió hasta la cintura en la tierra, que se abrió como una boca para tragárselo. El pobre hombre braceaba desesperado, pero había algo que lo atraía hacia abajo. Hizo un último esfuerzo para resistir aquella tracción, y al instante siguiente había desaparecido.

Los otros dos se quedaron parados al borde de la sima, presa del estupor. Y cuando por fin el presentador se armó de valor y se asomó, un brazo enorme surgió del hoyo, lo aferró por la perilla y lo arrastró de cabeza a las profundidades de la tierra.

Ponía el tercero los pies en polvorosa, cuando asomó una mano y lo agarró por el tobillo. Cayó el hombre y empezó a patear para soltarse, golpeando con el pie libre la manaza que lo asía. Pero sin resultado: aquellos dedazos gruesos como puros y de uñas negras parecían insensibles al dolor. El hombre resistía afianzando las manos en el terreno e imploraba:

—¡Ayudadme, por favor! ¡Ayudadme!

Pudo agarrarse a un poste de la valla, pero otra mano lo aferró por la pierna libre

y ya no hubo manera de oponerse: desapareció también en el hoyo.

Petrificado en la puerta de la caseta, Saverio Moneta lo había visto todo. No había durado ni tres minutos. Y entonces, diciéndose *Joder... Joder... Joder...*, única palabra que su cerebro acertaba a concebir, vio también cómo, despacio pero sin aparente esfuerzo, del agujero emergían dos brazos rollizos como jamones, una cabeza pequeña y calva encajada entre dos hombros caídos y el resto del cuerpo de un ser gordísimo vestido con lo que parecía un chándal verde marca Sergio Tacchini.

*Al menos pesará doscientos kilos.*

Saverio había leído diversos tratados de uso de armas blancas en el Japón feudal y sabía que existía un mítico mandoble mortal que el maestro del siglo XVI Hiroyuki Utatane había llamado «el viento entre los lotos». Requería mucho equilibrio, pero bien ejecutado, podía cercenar la cabeza de un adversario limpiamente.

Lanzó, pues, un grito, levantó un pie y dio un salto al tiempo que giraba ciento ochenta grados con la espada en ristre.

Pero mientras el arma hendía el aire, la criatura, con la rapidez y la gracia de una bailarina obesa, retrocedió un paso, estiró la mano y la asió al vuelo.

Por efecto de la reacción, Saverio salió despedido hacia atrás y se estampó contra la pared de la caseta; seguía empuñando el mango, pero la hoja la tenía el ser, y la arrojó al suelo con desdén.

*La mierda de eBay... Saverio tiró también lo que quedaba de la espada sacrificial. Como pueda, se van a enterar los cabrones de The Art of War de Caserta.*

La bestia se le acercó y se detuvo a menos de un metro; lo dominaba con todo su corpachón.

El líder de las Bestias de Abadón levantó la cabeza y lo miró: un mortecino rayo de luna se reflejaba en los ojillos rojos e inexpresivos del monstruo, que sacudió la cabeza y sonrió dejando ver una dentadura cariada e irregular. Notó Saverio que lo agarraba por los brazos y lo levantaba, y cerró los ojos e inspiró hondo dispuesto a aguantar el dolor.

Sentía el aliento pútrido del monstruo. Quiso escupirle a la cara, pero no le quedaba saliva.

*No importa.* Estaba preparado para morir. No se humillaría, no suplicaría. Moriría como Mantos, el dios etrusco de la Muerte.

El monstruo lo lanzó contra un árbol, y lo último que vio Saverio antes de estamparse fue la luna, una luna redonda e inmensa que se había hecho hueco entre los celajes lechosos de las nubes.

Parecía muy próxima.

Tercera parte

Katakumba

But I'm a creep,  
I'm weirdo.  
What the hell am I doing here?  
I don't belong here.

RADIOHEAD, *Creep*

*Al barón Pierre de Coubertin, que nació en París en 1863, se lo recuerda por haber acuñado la odiosa frase: «Lo importante no es ganar, sino participar» (frase que, por cierto, no es suya, sino de un obispo de Pennsylvania). Pero, además de esto, se lo conoce también por haber reformado el sistema educativo francés y haber resucitado los antiguos Juegos Olímpicos griegos. Gran defensor del deporte y la actividad física en la formación del carácter juvenil, al barón le fue encomendada por el gobierno francés la formación de una asociación deportiva internacional. Tras consultar con los responsables de catorce naciones, fundó el Comité Olímpico Internacional, que en 1896 organizó las primeras Olimpiadas modernas en Atenas. El acontecimiento fue un gran éxito y se repitió cuatro años después en París. La tercera Olimpiada se celebró en Saint Louis, Estados Unidos, en 1904. La cuarta edición de los Juegos Olímpicos quiso el barón celebrarla en Roma, con la idea de recrear la mítica rivalidad entre Roma y Atenas, las dos potencias del mundo antiguo. Pero Italia tenía por entonces serios problemas económicos, para variar, y rechazó la candidatura.*

*El sueño del barón de Coubertin no se hizo realidad hasta el 16 de junio de 1955, cuando la ciudad de Roma, después de un reñido pulso con Lausanne, fue elegida anfitriona de las decimoséptimas Olimpiadas previstas para 1960.*

*El gobierno italiano invirtió cerca de cien mil millones de liras para demostrar al mundo que Italia formaba parte del exclusivo club de los países ricos.*

*Con vistas al evento, la Ciudad Eterna fue puesta patas arriba. Se construyeron nuevas carreteras y entre Villa Glori y el Tíber se levantó una ciudad olímpica para albergar a los atletas, una gran urbanización con edificios modernos en medio de la naturaleza, a pocos kilómetros del centro histórico. Se erigieron dos palacios de deportes, se amplió el estadio olímpico para dar cabida a sesenta y cinco mil espectadores y se construyeron nuevas piscinas, velódromos, campos de hockey. Y, por primera vez en la historia de las Olimpiadas, la competición fue retransmitida a toda Europa por la radiotelevisión italiana.*

*Las Olimpiadas romanas destacaron por la belleza de sus campos de juego: las competiciones gimnásticas tuvieron lugar en las Termas de Caracalla, las de lucha, en la basílica de Majencio, y la maratón salía de Campidoglio, seguía por la Vía Apia Antigua y terminaba en el Arco de Constantino. En la maratón, por cierto, ocurrió algo extraordinario: la ganó, corriendo descalzo y estableciendo un nuevo récord del mundo, Abebe Bikila, un menudo atleta, miembro de la guardia imperial*

etíope.

Con la friolera de treinta y seis medallas ganadas, Italia ocupó el tercer puesto del podio, después de soviéticos y norteamericanos.

Todo esto es sabido. Lo que muy pocos saben es lo que les ocurrió a un grupo de atletas soviéticos la noche de la clausura de los juegos.

La Unión Soviética sólo había participado en dos ocasiones en los Juegos Olímpicos. La primera, en Helsinki, en 1952. Hasta entonces los dirigentes del partido comunista habían considerado los juegos «un medio de distraer a los trabajadores de la lucha de clases y adiestrarlos para nuevas guerras imperialistas». En realidad, las reservas del Kremlin ocultaban la intención de no salir a la palestra olímpica hasta estar seguros de desempeñar un papel protagonista. Desde 1952 las dos superpotencias, en plena guerra fría, hallaron en las Olimpiadas un perfecto campo de batalla para demostrar su respectivo poderío: la Unión Soviética, por una parte, contaba con una férrea organización paramilitar y un programa de estudios científicos, y despertaba sospechas acerca del uso de fármacos en la preparación de los atletas; Estados Unidos, por otra, había sido el país vencedor en todas las ediciones de los juegos desde 1896 y, entre colegios y universidades, disponía de una cantera enorme en la que seleccionar a los mejores deportistas.

Humillada en las Olimpiadas de Helsinki y ganadora por poco en las de Melbourne, la Unión Soviética llegó a Roma con el propósito de demostrar la superioridad del régimen comunista.

El equipo soviético vivía aislado de los demás y en edificios reservados. Los atletas no debían tener contacto alguno con los de las otras naciones, símbolos del corrupto capitalismo occidental, y estaban siempre bajo el control de agentes del partido.

Dos de esos atletas eran Arkadi y Liudmila Brusilov, lanzador de jabalina él, gimnasta artística ella. Se habían casado en 1958 en Kutuko, población cercana a Moscú. Y los dos acariciaban un sueño: huir de la Unión Soviética y vivir en Occidente. Detestaban el régimen autoritario comunista y querían dar a luz a sus hijos en el mundo libre. Pero no era más que un sueño, nadie podía dejar el país. Y menos que nadie los atletas, representantes oficiales de la ideología y de la fuerza soviética en el mundo.

Durante los Juegos Olímpicos de Roma, la pareja concibió un plan para escapar y refugiarse en Occidente. Al día siguiente de ganar la medalla de plata, Liudmila reveló sin querer a Irina Kalina, saltadora de pértiga y compañera suya de alojamiento, el proyecto de fuga. Irina les rogó que la llevaran con ellos. Le explicaron que era un paso peligroso que condicionaría el resto de su vida. El KGB los buscaría sin tregua y tendrían que vivir en completa clandestinidad.

—No importa... Estoy dispuesta a todo —dijo Irina, a cuyo abuelo habían deportado a un gulag siberiano.

El secreto se difundió entre los atletas y al final fueron veintidós, entre hombres y

mujeres, los que organizaron la evasión.

Dado el resultado de las pruebas, era evidente que el palmarés sería soviético, y que, clausurados los juegos, celebrarían aquella segunda y más aplastante victoria sobre los imperialistas americanos.

Así fue. Los dirigentes organizaron una cena a base de ensalada rusa, carpa cocida, patatas en papillote y cebollas estofadas, regado todo con litros de vodka. Ya a las nueve de la noche, organizadores, entrenadores, atletas y agentes del partido estaban borrachos. Unos cantaban, otros recitaban viejas poesías, otros tocaban baladas al piano. La atmósfera era aparentemente alegre, pero se respiraba una terrible melancolía.

Los veintidós disidentes habían llenado de agua sus botellas de vodka. A una señal convenida de Arkadi, todos salieron al jardín. Los dos guardias dormían en un banco. Poco costó saltar el muro y huir al amparo de la noche.

Corrieron veloces por la orilla del Tíber, llegaron a los campos deportivos de Acqua Acetosa, subieron hacia el barrio Parioli y se hallaron al pie de una gran colina boscosa. No sabían que era Forte Antenne y un extremo de un inmenso parque llamado Villa Ada.

Entraron y de ellos no volvió a saberse nada.

Como es natural, las autoridades soviéticas negaron los hechos. No podían reconocer ante el mundo que algunos de sus más gloriosos atletas había escapado, renegando del comunismo y de su país. Soltaron a los sabuesos de los servicios secretos con la misión de encontrarlos y castigarlos, y durante años los buscaron por todo el mundo. Nada. Ni rastro. Se habían volatilizado, como si algún país occidental les hubiese ayudado a borrar sus huellas.

Como queda dicho, el subsuelo de Villa Ada está ocupado por las antiguas catacumbas de Priscila, más de catorce kilómetros de galerías y cubículos excavados en toba, distribuidos en tres plantas y llenos de restos de primitivos cristianos. El nombre de la necrópolis subterránea se debe a Priscila, ciudadana romana de la segunda mitad del siglo II después de Cristo, que al parecer donó el terreno a los cristianos.

Allí se escondieron Arkadi y los demás disidentes. Después de inspeccionar la necrópolis, se establecieron en la planta más profunda, a más de cincuenta metros de la superficie terrestre. Esta zona, fresca en verano y cálida en invierno, una vez explorada y cartografiada, se cerró al público y se olvidó; los turistas solamente visitaban una parte de la primera planta, frontera al monasterio de las monjas benedictinas.

De noche, cuando cerraban el parque, los rusos remontaban las galerías y salían a buscar comida. Se alimentaban básicamente de lo que los romanos desechaban durante el día: restos de bocadillos y pizzas, patatas fritas, golosinas, culos de latas

de Coca-Cola... Su economía se fundaba en la basura que recogían, algo semejante, pues, a la de los pueblos recolectores del Paleolítico. Vestían con chándals, jerséis y gorros que la gente se olvidaba en los prados o perdía en las pistas de deporte. La relación que se había establecido entre los atletas soviéticos y los ciudadanos romanos podrían compararla los etólogos con la que existe entre hipopótamos y airones: estas espléndidas aves habitan sobre el lomo de los grandes mamíferos y se alimentan de los parásitos de su piel. Del mismo modo, los romanos tenían siempre el parque limpio y los rusos comida y ropa.

La pequeña comunidad de las catacumbas pronto empezó a reproducirse y a crecer. Siendo una población reducida, los cruces entre consanguíneos no podían menos de menudear, y eso causó una deriva genética rápida e incontrolada. La vida subterránea en las oscuras galerías y una dieta rica en hidratos de carbono y grasas contribuyó a transformarlos morfológicamente. Las nuevas generaciones eran obesas, padecían graves problemas dentales y tenían la piel muy pálida. A cambio, gozaban de una vista apta para la oscuridad y, descendientes directos de atletas como eran, poseían cuerpos ágiles y fuertes.

En aquellos cincuenta años, mentira parece, nadie advirtió su presencia. Sólo entre barrenderos y personal de mantenimiento del parque circulaba la leyenda de los hombres topo, seres que salían de noche por las bocas de ventilación de las catacumbas y recogían la basura del parque, con lo que les ahorraban mucha faena, y hasta había quien decía haberlos visto saltar, realizando prodigiosas acrobacias, de un árbol a otro. Pero no pasaba de ser una leyenda urbana.

La adquisición por parte de Chiatti del parque rompió el delicado equilibrio que existía entre éste y sus habitantes subterráneos.

De la noche a la mañana, los rusos dejaron de encontrar papeleras rebosantes de comida, y poco a poco vieron que el parque se poblaba de fieras. Tuvieron que alimentarse de topos, insectos y otras alimañas, pero como eran recolectores y no cazadores y su metabolismo requería un aporte constante de glucosa y colesterol, pronto empezaron a sentirse mal y a enfermar.

Entonces el anciano Arkadi decidió infringir la antigua ley que se impusieron al ocupar las catacumbas y que prohibía salir durante el día, y envió a la superficie a una patrulla de exploradores con gafas de sol, al mando de su hijo Ossacatogna, con el cometido de informarse sobre lo que estaba sucediendo en el parque.

Cuando los exploradores regresaron, refirieron que habían cerrado el parque y lo habían convertido en una especie de zoológico privado, propiedad de un hombre muy poderoso que iba a dar una gran fiesta.

Inmediatamente se reunió el consejo de ancianos atletas, presidido por el rey, que estaba ya completamente ciego y comido por la psoriasis. Él sabía lo que ocurría. Era lo que siempre había temido en aquellos cincuenta años de vida subterránea: el ejército del imperio soviético, finalmente triunfante, había invadido Italia y el comunismo reinaba ya sin rival en todo el planeta.



*Aquel parque era sin duda la residencia de algún burócrata soviético, pez gordo del partido, y la fiesta era una celebración de la victoria soviética.*

*—¿Y qué debemos hacer, padre? —preguntó Ossacatogna.*

*El rey tardó un par de minutos en responder.*

*—La noche de la fiesta saldremos, atacaremos a los soviéticos y nos apoderaremos de cuanto necesitemos para sobrevivir.*

Sasà Chiatti, en bata de raso y calzoncillos a rayas, con unas gafas de infrarrojos puestas, se hallaba en la terraza de Villa Reale. En la mano derecha empuñaba un fusil de asalto TAR-21 sobredorado y con la culata engastada de diamantes Swarovski, y en la izquierda un lanzagranadas M79 con culata de alabastro y cañón bañado en plata. En la boca llevaba un puro Cohiba Behike que torcieran las hábiles manos de la cigarrera cubana Norma Fernández.

Se acercó a la gran escalera que bajaba al jardín y enarboló las armas a modo de saludo.

—Bienvenidos a la fiesta.

Nunca habría creído que tuvieran valor para presentarse el día de su triunfo. ¡Qué iluso no haberlo previsto! Estaba cantado. Así, delante de todo el mundo, la derrota sería total y absoluta, y serviría de aviso para todos los que se ensoberbecieran.

Bajó un par de escalones, disparó contra la mesa de las bebidas y la destrozó.

—¡Aquí estoy, salid, cobardes! —exclamó en medio de la noche verde del visor.

¡Qué risa le daban! Venían a castigarlo porque había osado encumbrarse, porque demostraba al mundo que un muchacho pobre, hijo de un modesto mecánico de Mondragone, había llegado a ser, gracias a su espíritu emprendedor, uno de los hombres más ricos de Europa; porque había dado trabajo a muchos parados e infundido esperanza en un montón de muertos de hambre; porque había reactivado la economía de aquel país de mierda.

La santa de su madre, que no tenía estudios pero sí una mente muy lúcida, lo había visto: «Salvatore, tarde o temprano irán por ti, se aliarán para arrastrarte por el lodo.»

Muchos años llevaba Sasà Chiatti temiendo aquel momento. Había contratado un ejército de abogados, asesores, economistas, había hecho amurallar el parque y construir un búnker bajo tierra, se había rodeado de guardaespaldas israelíes y de automóviles blindados.

Para nada: allí los tenía igualmente. Le habían saboteado la central eléctrica, le habían echado a perder la fiesta y ahora venían a liquidarlo.

Por el visor nocturno vio a un par de enemigos que, bien entrados en carnes, corrían por entre los restos del bufé cargados con bolsas de comida.

—¡Miserables! Pero ¿sabéis qué? Que me alegro, así acabamos de una vez. —Amartilló el lanzagranadas—. ¿Y sabéis qué más? Que la fiesta, los invitados, los famosos pueden irse a tomar por culo todos, matadlos si queréis. Y este parque también me importa un huevo. Destruidlo. ¿Queréis guerra? Pues la tendréis. —Voló la gran fuente; agua, mármol y nenúfares hechos añicos, se esparcieron en muchos

metros a la redonda.

Bajó otros tres escalones.

—¿Queréis saber quién soy yo? ¿Queréis saber cómo puede un granuja de Mondragone comprar Villa Ada? Ahora mismo os lo explico, ahora vais a ver quién es Sasà Chiatti cuando se le hinchan las pelotas. —Hizo fuego contra las mesas del bufé; los platos de canapés de trufa, las bandejas de croquetas de pollo y las jarras de Bellini saltaban hechos trizas, y las mesas se deshacían bajo las balas.

Era una sensación muy agradable. La ametralladora se había calentado y le quemaba la mano. Sacando del bolsillo de la bata y poniendo un cargador, se acordó de un libro que había leído sobre los héroes griegos.

Uno de ellos le gustaba mucho, un tal Agamenón. En la película *Troya* lo interpretaba un actor muy bueno, de cuyo nombre no se acordaba en aquel momento. El tal Agamenón venció a los troyanos y tomó como botín de guerra a Criseida, una tía buena. Uno de los dioses, uno importante, ayudante de Zeus, le ofreció un montón de pasta a cambio de la muchacha, pero Agamenón se negó. Él no temía a los dioses. Y los dioses se vengaron desencadenando una peste terrible en su campamento.

—Así os vengáis... —Miró al cielo verdoso—. La diferencia es que los dioses griegos eran grandes y poderosos, y vosotros, dioses italianos, sois miserables, y mandáis a unos gordos a matarme. —Apuntó a uno de ellos, que arrastraba una gran bolsa con bebidas, y lo abatió.

Llegó al final de la escalera.

—¿No debería ser el objetivo de la democracia? ¡Una oportunidad para todos! —Con un golpe de brazo recargó el lanzagranadas—. Aquí tenéis, una oportunidad de tomar por culo. —Y reventó a un gordo que llevaba auestas un cochinito asado.

—Malditos muertos de hambre... ¡Viva Italia! —Escupió el puro y echó a correr disparando a discreción contra los obesos matones—. «Hermanos de Italia, Italia se ha despertado...» —empezó a cantar el himno nacional, en medio de los casquillos que despedía el TAR-21—. «Con el casco de Escipión se ha ceñido la cabeza...» —A uno lo alcanzó en la cabeza, que reventó como una sandía madura.

—¡Tontos, si no vais ni armados! ¿Quiénes creéis que sois para venir así? ¡Ni que fuerais inmortales! Decid a quienes os han mandado que hacen falta muchos más para eliminar a Sasà Chiatti. —Se detuvo jadeando, rompió a reír—. Aunque no creo que podáis decirles nada, os voy a limpiar a todos. —Cargó otra granada y disparó al furgón de los helados. La explosión iluminó un instante como si fuera de día el jardín geométrico, el laberinto de boj, el quiosco de información y las tiendas de la caza. La rueda delantera del triciclo salió despedida de la masa ígnea, pasó volando por encima de las mesas de los aperitivos, la fuente destruida y los parterres de hortensias y fue a golpear al constructor en plena frente.

Con sus noventa kilos de peso, Sasà Chiatti se tambaleó y pareció resistir el impacto, pero luego, como un rascacielos con los cimientos minados, empezó a caer. Al tiempo que veía invertirse el mundo circundante, apretó el gatillo de la

ametralladora y se voló la punta de la zapatilla —zapatilla de terciopelo azul con sus iniciales bordadas en oro— junto con cuatro dedos y buena parte del empeine.

Se vino al suelo golpeándose la cabeza con la esquina de una mesa de cristal. Una larga esquirla triangular se le clavó justo encima de la nuca, y penetrando en la caja craneana y atravesando la duramadre, la aracnoides y la piamadre, se incrustó en el tejido blando del cerebro como un cuchillo afilado en un flan de vainilla.

—¡Ahhh... Ahhh...! ¡Qué daño...! Me habéis dado —masculló, y se vomitó encima los restos a medio digerir de los rigatoni a la amatriciana y de las albóndigas de piñones y pasas.

Con el visor nocturno torcido, observó lo que quedaba de la extremidad de su miembro izquierdo. Del muñón, una masa de carne y huesos astillados, manaba, como de un grifo roto, un líquido verde oscuro. Alargó la mano, tomó una servilleta del suelo y como pudo se vendó la herida. Luego cogió una botella de licor amargo Averna y se bebió una cuarta parte.

—¡Cabrones! ¿Creéis que me habéis hecho daño? Os equivocáis. Venga, sorprendedme, a ver lo que sabéis hacer. ¡Aquí os espero! —Y con los dedos les hizo señas de acercarse. Empuñó la ametralladora y siguió disparando a diestro y siniestro, hasta que no quedó títere con cabeza. Guardó silencio un momento y entonces advirtió que tenía el cuello y los hombros empapados de sangre. Se llevó la mano a la nuca y notó un cristal que le sobresalía del pelo. Lo cogió con el pulgar y el índice y quiso extraerlo, pero le resbalaban las yemas de los dedos. Y cuando por fin, respirando con estertor, pudo moverlo un poco, notó como un fogonazo rojo que le cegó el ojo izquierdo.

Decidió dejar el cristal donde estaba, se acurrucó junto a una escultura de hielo que representaba a un ángel, y con las pocas fuerzas que le quedaban, notando el sabor amargo del licor mezclarse con el salado de la sangre, apuró la botella.

—No me habéis hecho nada... No me habéis... Hatajo de mierdas... —El agua helada que goteaba de la cabeza y las alas medio derretidas del ángel, le resbalaba por el cráneo calvo, las gafas de infrarrojos y las carnosas mejillas, le caía por la barriga y diluía la sangre del charco en el que estaba inmerso.

La muerte era fría. Sentía como si un pulpo de hielo lo envolviese con sus tentáculos gélidos.

Pensó en su madre. Le habría gustado decirle que su golfillo la quería y que había sido bueno. Pero no le quedaba aliento. Menos mal que la tenía a buen recaudo en el búnker.

*Cago en la puta...*, se dijo esbozando una sonrisa. Era bonito irse así, como un héroe, como un héroe griego en la batalla, como el gran Agamenón, el rey de los griegos.

Tenía sueño y se sentía cansado. Cosa extraña, el pie ya no le dolía, ni la cabeza le batía, la sentía ligera. Tuvo la impresión de que había salido de su cuerpo y se veía desde fuera.

Allí, encogido al pie de un ángel que se derretía.

La cabeza le cayó sobre el pecho. La botella se le deslizó entre las piernas. Se miró las manos. Las abrió y las cerró.

*Mis manos. Éstas son mis manos.*

Al final habían ganado ellos.

*Ellos ¿quiénes?*

Salvatore Chiatti se durmió llevándose una pregunta al más allá.

## 63

Fabrizio Ciba volvió en sí como si saliera de un pozo sin fondo. Estaba hecho un ovillo, como un feto, y así siguió, respirando como si tragara y escupiera el aire. Recordó que todo estaba oscuro y que había gordos colgados de los árboles.

*Me han secuestrado.*

Siguió quieto y con los ojos cerrados hasta que su corazón fue sosegándose. Le dolían todos los huesos. Moverse un poco y sentir un dolor atroz en el hombro era todo uno...

*Donde me han golpeado.*

*(No lo pienses.)*

Un dolor que, como una descarga eléctrica, se irradiaba por los músculos del cuello y por detrás de las orejas y le llegaba a las sienes. Y tenía la lengua tan hinchada que apenas le cabía en la boca.

*Han salido de los árboles.*

*(No lo pienses.)*

Sí, mejor no pensarlo. Debía seguir quieto y esperar a que el dolor pasase.

*Piensa en algo bonito.*

Pensó que estaba en Nairobi, tumbado en la cama; una brisa cálida movía las cortinas de lino y al lado tenía a Larita que, desnuda, vacunaba a niños kenianos.

*¿Dónde está Larita?*

*(No lo pienses.)*

Iba a levantarse, tomarse un Aulin y prepararse un buen zumo de pomelo.

*No, no funciona.*

El suelo estaba demasiado duro y frío para permitirle imaginar.

Lo tocó: estaba húmedo y parecía de tierra batida.

*No abras los ojos.*

De todas formas tendría que abrirlos tarde o temprano, y entonces sabría dónde lo había llevado el monstruo. De momento lo mejor era tenerlos cerrados, bastante mal lo estaba pasando, no quería más sorpresas. Prefería seguir imaginándose África.

Pero había un extraño olor a humedad que le daba náuseas. Le recordaba el olor

del sótano del chalé que su tío tenía en Pitigliano. Y también hacía frío, como en el sótano.

*Estoy bajo tierra. Los del árbol eran cinco por lo menos. Me han secuestrado, era un complot para secuestrarme.*

Un grupo de terroristas obesos que se descolgaban de los árboles para secuestrarlo.

Su mente, primero despacio y luego más y más rápido, empezó a dar vueltas a aquella peregrina idea, a amasarla y hacerla crecer como masa de pan. Y se jugaba el cuello a que lo había organizado todo el hijoputa de Sasà Chiatti, aquel mafioso, en connivencia con el poder. La fiesta, los safaris, todo era una tapadera para disimular el plan de quitar de en medio a un intelectual incómodo que denunciaba la degradación moral de la sociedad.

*Está claro, quieren vengarse.*

Toda su vida había luchado contra los poderes ocultos, sin cuidarse de las consecuencias. Consideraba que era el deber de todo escritor. Había escrito una crítica encendida contra los lobbies de guardabosques finlandeses que talaban bosques milenarios. Aquellos brutos que lo habían secuestrado muy bien podían ser extremistas finlandeses.

También había publicado en *Il Corriere della Sera* un artículo declarando abiertamente que la cocina china daba asco. Y es sabido que los chinos forman mafias que no dejan impune a quien se atreve a acusarlos públicamente.

Cierto es que los secuestradores eran demasiado corpulentos para ser chinos...

*Pero ¿y si se hubieran aliado con los guardabosques finlandeses?*

Recordó el caso del gran Salman Rushdie y la fatwa islámica.

*Y ahora me ejecutarán.*

Bien, si así era, por lo menos moriría sabiendo que se lo recordaría como un mártir de la verdad.

*Como Giordano Bruno.*

Ocupado en estas cavilaciones, no se dio cuenta de que no estaba solo hasta que oyó que alguien preguntaba:

—¿Ciba? ¿Me oyes? ¿Estás vivo?

Hablaba en voz baja, casi en susurros, a su espalda, gangueando levemente. Era una voz que le tocaba bastante los huevos.

Abrió los ojos y lanzó una maldición.

Era el mamón de Matteo Saporelli.

cocinero búlgaro Zóltan Patrovič echó el ojo a un cuadro al óleo de Giorgio Morandi —una mesa con dos botellas— que Chiatti tenía en su despacho.

Aquella obra del pintor boloñés daría prestigio a la sala dedicada a Emilia-Romaña de su restaurante Las Regiones.

Éste, sito en la esquina de via Casilina con via Torre Gaia, llevaba años ocupando el primer puesto en las guías gastronómicas de Europa. Lo había diseñado en 1990 el arquitecto japonés Hiro Itoki y era como una Italia en miniatura. Visto desde arriba, el largo local tenía la misma forma que la península italiana con sus grandes islas. Estaba dividido en veinte salas, cada una de las cuales se correspondía, por forma y especialidad culinaria, con una región italiana. Las mesas se llamaban como las principales ciudades.

El cuadro de Morandi quedaría perfecto sobre el refrigerador en el que guardaba el Lambrusco.

El búlgaro tenía decidido pedirle a Chiatti que se lo regalara al acabar la fiesta, y si, como suponía, el constructor se negaba, estaba dispuesto a convencerlo mareándolo un poco.

Pero ahora que la fiesta se había ido al traste, los invitados se habían desbandado por el parque y acababa de ver el cuerpo sin vida del anfitrión en medio de un charco de sangre, no veía razón alguna para no cobrarse con aquella obra de arte.

Vela en mano, sigiloso como un gato en la oscuridad, empezó a subir la gran escalera que llevaba al primer piso de la villa, en la cual no quedaban camareros ni nadie del personal.

Los escalones estaban cubiertos de pedazos de muebles, prendas de ropa, platos y estatuas rotas.

Los gordos habían tomado el lugar a sangre y fuego. Al cocinero no le importaba quiénes eran ni qué querían. A él le gustaban. Habían demostrado que apreciaban su comida. Los había visto arrojarse sobre el bufé con una voracidad elemental, y en sus ojos incoloros había leído el éxtasis ancestral del hambre.

Últimamente salía de su restaurante cansado y frustrado. Detestaba ver a la gente hurgar con el tenedor en el plato, hablar mientras comía, tomar simples entremeses en las comidas de trabajo. Para hallar cierta paz interior tenía que ver documentales sobre el hambre del tercer mundo.

Y es que el imprevisible cocinero búlgaro adoraba el hambre y odiaba el apetito. El apetito es la expresión de un mundo ahíto y satisfecho, dispuesto a rendirse. Un pueblo que saborea en lugar de comer, que picotea en lugar de devorar, está muerto sin saberlo. El hambre es sinónimo de vida. Sin hambre, el ser humano no es sino un fantasma de sí mismo, que se aburre y se pone a filosofar. Y Zóltan Patrovič odiaba la filosofía, sobre todo la filosofía aplicada a la cocina. Añoraba las guerras, las hambrunas, la miseria. Pronto lo plantaría todo y se iría a vivir a Etiopía.

El imprevisible cocinero búlgaro llegó arriba. La atmósfera estaba cargada de humo y allí donde alumbraba con la oscilante luz de la vela, veía destrucción. Del

dormitorio salían murmullos y fulgor de fuego.

A él no le importaba lo que en el dormitorio ocurriese, él iba al despacho, pero no pudo resistir la curiosidad. Apagó la vela y se acercó a la puerta. Un gran tapiz y las cortinas de brocado estaban ardiendo y las llamas iluminaban la estancia. En la cama de baldaquín yacía, completamente desnuda, Ecaterina Danielsson, con los cabellos envolviéndole, como una nube roja, el rostro anguloso, y en torno de ella unos diez gordos, arrodillados, murmurando una extraña cantinela, con los brazos extendidos, le tocaban suavemente los menudos senos blancos de pezones morados, el vientre liso de ombligo cóncavo, el pubis cubierto por una franjita de vello color zanahoria y las piernas larguísimas.

Y ella, enarcada la espalda como un felino, entornados los ojos y abierta la boca grande y húmeda, moviendo perezosamente la cabeza y jadeando, posaba las manos sobre la cabeza de los gordos postrados alrededor de la cama como esclavos que adorasen a una diosa pagana.

Zóltan se retiró de la puerta, encendió la vela, siguió el largo pasillo y entró en el despacho de Chiatti. Levantó la vela: allí seguía su cuadro, nadie lo había tocado.

Esbozó algo parecido a una sonrisa.

—No lo deseo, pero debo poseerlo.

Dio un paso en dirección al cuadro, cuando oyó ruido en la oscuridad de la estancia y se escondió detrás de una estantería.

Para ser exactos, eran una especie de gemidos repulsivos.

Zóltan alumbró con la vela hasta que vio, entre dos estanterías, en un rincón, a un hombre arrodillado. Parecía un esqueleto. Tenía la cabeza, menuda y calva, inclinada hacia el suelo y medio oculta por unos omóplatos pronunciadísimos, y las vértebras de la espalda sobresalían formando una especie de cadena montañosa. La piel, fina como papel de seda y surcada por mil arrugas, colgaba fofa de unos brazos flacos como sarmientos. El hombre arrancaba algo y se lo llevaba a la boca emitiendo sonidos y gorgoteos guturales.

Intrigado, el cocinero dio un paso. Crujió el parqué.

El hombre arrodillado se volvió de golpe y le rechinaron los pocos y podridos dientes que le quedaban. Tenía un par de ojillos brillantes como los de un lémur, y la demacrada cara cubierta de una sustancia oscura y viscosa. Gruñendo, retrocedió de espaldas hasta la pared. Tenía entre las piernas una gran cazuela de berenjenas al horno con parmesano.

El cocinero sonrió.

—Están buenas, ¿eh? Las he guisado yo. Llevan tomate triturado y están fritas con un aceite suave. —Se acercó al cuadro.

El otro estiró la cabeza sin dejar de mirarlo.

—Come tranquilo. Yo cojo esto y me voy —dijo el cocinero en voz baja y tranquilizadora. Pero el hombre, gimiendo, cogió la cazuela y se arrojó sobre él. Zóltan extendió el brazo y le oprimió la bóveda craneal.



Alekséi Iusupov, famoso maratonista, quedó inmovilizado al instante. Se le apagaron los ojos y los brazos le colgaron muertos. De la cazuela que tenía en la mano cayeron al suelo restos de berenjenas al horno.

Cosa extraña, de pronto dejó de temer a aquel hombre vestido de negro, incluso sintió que lo amaba. Le recordaba al viejo monje de su pueblo. Y la mano que le había puesto en la cabeza transmitía un calor benéfico a su cuerpo caduco y artrítico. Notaba como una energía curativa que penetraba en sus huesos y daba elasticidad a unas articulaciones que el paso del tiempo y la humedad de la vida subterránea habían anquilosado. Se sentía fuerte y sano como cuando era joven.

Muchos años hacía que no pensaba en su mocedad.

Entonces corría sin cansarse kilómetros y kilómetros por la orilla helada del lago Baikal, mientras su padre, bien abrigado, lo cronometraba. Cuando mejoraba la marca, lo celebraban yendo a pescar a un largo embarcadero desde el que se veían las montañas Barguzin cubiertas de nieve. Y en invierno aún era mejor, porque practicaban un agujero en el hielo y por él sumergían el anzuelo. Con un poco de suerte, picaban grandes carpas pardas, animales fuertes, que luchaban bravamente antes de rendirse.

¡Qué buena estaba la carne grasa de aquellos peces, hervida con patatas, col y rábano! ¡Lo que daría por volver a probar aquellos filetes que se deshacían en la boca y aquellos rábanos picantes!

Alekséi se representó en la caseta de pesca, en la que no había más luz que la de una lámpara de queroseno y el resplandor de la estufa de leña. Su padre le daba un vaso de vodka diciendo que era como gasolina para el cuerpo de un corredor, se metían en la cama, se tapaban con unas mantas ásperas que olían a alcanfor y entonces su padre lo estrechaba entre sus brazos y le decía al oído, con un aliento queapestaba a alcohol, que era un buen chico, que corría como el viento y que no debía tener miedo... Que era un secreto entre ellos. Que no hacía daño, al contrario...

*No, no quiero, papá... Por favor, no me lo hagas.*

Algo se quebró en la mente de Alekséi Iusupov.

Desapareció de sus miembros el calor benéfico y sintió que el terror lo inundaba como una ola de agua fría. Parpadeó con unos ojos llenos de lágrimas viendo ante sí a su padre vestido de monje.

—Пошёл вон! Я тебя ненавижу,<sup>[1]</sup> —exclamó, y con todas sus fuerzas golpeó a su progenitor con la cazuela de acero de culo grueso.

Sorprendido, el imprevisible cocinero búlgaro cayó al suelo y el atleta ruso lo remató a cazuelazos.

*Espectáculo pirotécnico a cargo de Li-Ming  
y The Magic Flying Chinese Orchestra*

65

El ex líder de las Bestias de Abadón se despertó en medio de una oscuridad completa, zarandeado como un saco de patatas.

No tardó en comprender que iba a cuestras del monstruo que lo había estampado contra el árbol. Quiso soltarse pataleando, pero se sintió tan fuertemente oprimido por uno de los brazos, que comprendió que, si no quería morir estrangulado, mejor era estar quieto. El gordo caminaba rápido y sin cansarse, parecía ver perfectamente en las tinieblas y doblaba a derecha e izquierda como si hubiera nacido en aquel laberinto. A ratos, por las aberturas de la bóveda, se filtraba un rayo de luna y se entreveían pequeños esqueletos en los nichos de una larga galería subterránea.

*Estoy en las catacumbas.*

El ex líder de las Bestias conocía las catacumbas de Priscila. Había hecho una excursión con la clase cuando iba a la escuela. Entonces estaba enamorado de Raffaella de Angelis, una chiquilla que era un palillo, con el pelo largo y moreno y un aparato plateado en los dientes. Le gustaba porque su padre tenía un Lancia Delta azul oscuro con los sillones forrados de tela azul claro.

Aquel día, mientras recorrían las catacumbas, él, para hacerle una gracia, se le puso detrás y disimuladamente le pellizcó el gemelo, susurrándole:

—El etrusco ataca de nuevo.

Raffaella profirió un grito y empezó a dar codazos. Saverio recibió uno en la nariz y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí —lo recordaba como si fuera ayer—, en aquel cubículo de las catacumbas, llamado de la Velada, vio que todos sus compañeros formaban un corro a su alrededor, la profesora Fortini sacudía la cabeza, la vieja monja del convento se hacía la señal de la cruz y Raffaella le decía que era un imbécil. Y, pese al dolor de la nariz, se dio cuenta de que, por primera vez en su vida, era el centro de atención, y comprendió que era preciso hacer algo extraordinario (no necesariamente inteligente) para significarse.

El padre de Raffaella lo llevó a casa en el Lancia Delta, que olía como los coches nuevos.

¿Qué habría sido de aquella chica tan graciosa?

Si no le hubiera gastado aquella broma tonta, si hubiera sido amable con ella, si hubiera estado más seguro de sí mismo, si... quizá...

SI y QUIZÁ eran las dos palabras que tendrían que grabarle en la tumba.

Saverio Moneta echó atrás la cabeza y se abandonó sobre los hombros de su raptor.

66

Fabrizio Ciba observaba la bóveda de una gruta iluminada por los destellos rojizos de un fuego. El techo tenía una tosca forma geométrica, como de cripta excavada en la roca. Colgada de la pared ardía una antorcha, el humo denso y negro ascendía y salía por unos orificios que hacían las veces de chimenea. En las paredes había nichos en los que se veían huesos amontonados.

Matteo Saporelli seguía dando el coñazo.

—Eh, di... ¿Cómo estás? ¿Puedes levantarte?

Fabrizio continuó inspeccionando el lugar sin hacerle caso.

Veía, arrimados a las paredes y acuclillados, multitud de bultos que, cuando los observó mejor, resultaron ser invitados, camareros y guardas jurados de la fiesta. Reconoció a un par de actores, al cómico Sartoretti, a un subsecretario de Cultura, a una azafata de televisión. Y todos, cosa curiosa, estaban callados, como si no pudieran hablar.

En cambio, Matteo Saporelli sí hablaba, en voz baja y para martirio suyo:

—¿Eh? Dime...

Harto de sus apremios, Fabrizio se volvió hacia el joven escritor; estaba maltrecho: tenía un ojo morado y un corte en la frente, y parecía el doble feo de Rupert Everett, apaleado con saña.

Fabrizio Ciba se frotó el cuello dolorido.

—¿Qué te ha pasado?

—Me han secuestrado unos hombres gordos.

—¿A ti también?

Saporelli se tocó el ojo hinchado.

—Yo he tratado de escapar y me han pegado.

—A mí igual. Y me duele mucho.

Saporelli humilló la cabeza con aire culpable.

—La verdad... Yo no quería... Lo siento mucho...

—¿Qué sientes mucho?

—Todo esto. Es por mi culpa.

Fabrizio se retorció para poder mirarlo mejor.

—¿Por tu culpa? ¿Por qué lo dices?

—Porque hace exactamente un año escribí un ensayo crítico sobre la corrupción en Albania que publicó una pequeña editorial de Foggia, y ésta es la venganza de la mafia albanesa. —Saporelli se palpó la herida con la yema de los dedos—. Pero estoy

dispuesto a morir. Pediré que os perdonen la vida, no es justo que paguéis vosotros, que no tenéis nada que ver.

—Siento tener que decírtelo, pero creo que te equivocas —repuso Fabrizio, y dándose unos golpes en el pecho—: La culpa es toda mía. Nos han secuestrado un grupo subversivo de guardabosques finlandeses. Yo denuncié los desmanes que cometen en los bosques milenarios del norte de Europa.

Saporelli se echó a reír.

—¿Qué dices?... Si los he oído hablar y hablan albanés.

Fabrizio lo miró contrariado.

—Vaya, ¿es que sabes albanés?

—No, no sé albanés, pero me ha parecido albanés. Usaban ciertas consonantes típicas de los idiomas balcánicos. —Y seguía tentándose el ojo herido—. Por cierto, di la verdad, ¿qué aspecto tengo? ¿A que tengo la cara desfigurada?

Fabrizio lo observó un momento. No tenía tan mala pinta, pero asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y se me pasará?

Fabrizio le dio una mala noticia:

—No creo... Es un buen golpe... Ojalá no hayas perdido el ojo.

Saporelli se derrumbó.

—Y la cabeza me duele horrores. ¿No tendrás un Saridon? ¿O un Moment?

Iba a contestarle que no, cuando se acordó de la píldora mágica que le había dado Bocchi.

—Tú siempre con suerte. Tengo esta pastilla, verás qué bien te sienta.

El joven autor la examinó con el ojo sano.

—¿Qué es?

—Tú tómatela, no te preocupes.

El ganador del Premio Strega, tras un instante de vacilación, se la tragó.

De pronto se oyeron, provenientes de un túnel oscuro, una serie de percusiones lentas, como latidos de corazón.

—¡Ay, Dios, ahí vienen! ¡Moriremos todos! —gritó Alighiero Pollini, el subsecretario de Cultura, abrazándose a Mago Daniel, el famoso prestidigitador de Canal 26. La azafata de televisión prorrumpió en gimoteos, pero nadie se molestó en consolarla. Las percusiones habían aumentado de volumen y retumbaban en la cripta.

Fabrizio, presa de tal pavor que hasta le dolían hasta los empastes de los dientes, dijo:

—Saporelli, yo... yo... Te aprecio.

—Y yo —respondió el otro, en un arranque de sinceridad— te considero mi padre literario, un ejemplo.

Se abrazaron y se quedaron mirando la boca del túnel: era de una negrura que casi podía cortarse, y no parecía sino que millones de litros de tinta fueran a salir de pronto e inundar la cripta.

El ritmo tribal que resonaba en las tinieblas parecía no sólo de percusiones y tambores, sino también de palmas.

Poco a poco, como liberadas de la oscuridad que las aprisionaba, fueron apareciendo unas figuras.

Todos dejaron de gimotear y lamentarse y observaron en silencio la procesión.

Eran seres enormes, de piel blanca como la nieve, cabeza menuda, cuello corto, hombros caídos, gruesos michelines y brazos como jamones. Algunos llevaban bongos bajo el brazo, los demás se golpeaban el pecho con un sonido ancestral. Había también hembras, más cortas de estatura y de senos anchos y colgantes, y niños, bajos también, que, asustados, iban cogidos de la mano de sus madres.

Tímida y torpemente, la horda fue avanzando. Iban vestidos con chándales, jerséis deshilachados, prendas de uniforme de jardinero, y calzaban viejas zapatillas de deporte remendadas con cuerdas y alambres. Unos llevaban collares de perro en torno a los bíceps adiposos; otros, auriculares rotos de los que pendían colgantes, broches con nombres y números de teléfono, tapones de botella; otros, cubiertas de rueda de bicicleta ceñidas al pecho.

Tenían una piel carente de pigmentación y unos ojos pequeños, rojos y saltones que parecían heridos por la luz. El pelo, incoloro, lo llevaban trenzado con las cintas blancas y rojas que se usan para vallar obras.

De pronto, todos a un tiempo, cesaron de dar golpes y abrieron paso en silencio.

Un grupo de ancianos, raquíticos como presos de un campo de concentración, avanzó por el pasillo. Tenían la piel blanquísima, pero no eran albinos. Algunos eran morenos de pelo.

Los hombres gordos se arrodillaron. Por último, en medio de la estancia, depositaron a un hombre y a una mujer ancianos que iban sentados en sillas de plástico blancas.

Él iba tocado con un vistoso sombrero que recordaba vagamente los que llevan los indios de América, compuesto de bolígrafos Bic, botellines y palas de plástico de colores, y llevaba puestas unas gafas de sol Vogue que casi le tapaban la cara. Se cubría el pecho con una armadura hecha de discos de colores.

Ella llevaba por sombrero un cubo azul y a ambos lados le caían unas soguillas de cabellos blancos trenzados con tiras de cámaras de aire y plumas de paloma. Iba envuelta en un anorak North Face sucio del que asomaban un par de piernecillas flacas y varicosas.

*El rey y la reina, se dijo Fabrizio.*

cripta.

El gordo lo había depositado allí, con los demás. Al lado tenía a dos señoras de cierta edad en traje de montar, que, calladas, movían la cabeza a un tiempo, como esos muñecos que se ven por las lunas de los coches. En un rincón estaba Larita, hecha un ovillo en el suelo, y no parecía hallarse en buen estado; se limpiaba obsesivamente la cara y el cuello como si los tuviera llenos de insectos.

Saverio se sentía extrañamente tranquilo. Lo había embargado una gran indiferencia. Era como si haber sostenido en brazos el cuerpo carbonizado de Zombi lo hubiera vuelto insensible. Estaba sentado como un Buda, con una expresión de serenidad que contrastaba con la cara de espanto del resto de los presentes.

*Quizá es éste el espíritu del samurái del que habla Mishima.*

Entre él y aquella gente había una diferencia esencial: a él ya no le importaba la vida. Y en cierto modo se sentía más afín a aquellos monstruos que parecían salidos de las entrañas de la tierra como de una pesadilla. Porque habían sido capaces de hacer lo que ni él ni las Bestias habían conseguido: sembrar el terror en la fiesta.

Un gordo que embrazaba una rueda de bicicleta a guisa de escudo, dio un bastonazo en el suelo y dijo en un idioma desconocido:

—Тише!<sup>[2]</sup>

El anciano rey, desde su trono de plástico, observó a los prisioneros y con un hilo de voz murmuró:

—Вы советские?<sup>[3]</sup>

Saverio quiso ser como ellos, someterse a algún tipo de iniciación, que lo colgaran de ganchos prendidos a su carne, para demostrarles que valía, que era un guerrero digno de pertenecer al pueblo de las tinieblas.

Los invitados cambiaban miradas esperando que alguno conociese aquel curioso idioma.

Un tipo con flequillo, un ojo a la virulé y un corte en la frente se puso en pie y pidió silencio.

—Amigos, tranquilos, son albaneses. Vienen por mí. Haré que os liberen a todos. ¿Alguno de vosotros sabe albanés y puede traducir?

Nadie le contestó. Por fin dijo Milo Serinov, el guardameta del Roma:

—Я русский<sup>[4]</sup>.

El anciano le indicó que se pusiera en pie.

Obedeció el futbolista y ambos se pusieron a hablar en esa lengua, para estupefacción de todos. Al cabo Serinov se dirigió a los secuestrados y les dijo:

—Son rusos.

—¿Y qué quieren?

—¿Qué tienen contra nosotros?

—¿Por qué no nos liberan?

—¿Les has dicho quiénes somos?

Todos preguntaban, querían saber.

Serinov, en su italiano macarrónico, explicó que eran atletas rusos disidentes que se fugaron durante las Olimpiadas de Roma y desde entonces vivían en las catacumbas huyendo del régimen soviético.

—¿Y qué tenemos nosotros que ver con eso?

El futbolista sonrió de buen humor:

—Pensaban... pensaban que éramos comunistas.

Resonó una estrepitosa carcajada general.

—¡Ja, ja, ja! ¿Nosotros? ¿Pero es que no nos ven? ¡Nosotros odiamos a los comunistas! —dijo Riccardo Forte, empresario de éxito en el ramo del aluminio—. ¿Les has explicado que el comunismo está muerto y enterrado? ¿Que los comunistas son más raros que... que...? —No se le ocurría la comparación.

—Que un perro verde —terció Federica Santucci, pinchadiscos de Radio 109.

—Claro que se lo he dicho, y también que el régimen soviético ya no existe y que los rusos son ahora mucho más ricos que los italianos. Que yo también soy ruso, futbolista, que gano una pasta y hago lo que me da la gana.

Entre los invitados se respiraba de pronto una atmósfera ligera y chistosa. Todos estaban contentos y se daban palmadas de ánimo.

El viejo rey habló de nuevo al futbolista, que tradujo:

—Dice que nos liberarán si prometemos no decir nada. Que no están preparados para salir de las catacumbas.

—Pero, hombre, ¿a quién vamos a decir nada? —dijo uno.

—Que descuiden, yo ya lo he olvidado —dijo otro.

—¡Qué curioso! Yo ya ni los veo —añadió una joven de pelo largo y bermejo, mirando a un sitio y otro.

Se puso en pie Michele Morin, director de la serie de televisión *La doctora Cri*.

—Señores, por favor, un poco de seriedad. ¿Por qué no lo juramos por Dios, para que se queden tranquilos? Lo merecen.

—Aunque podríamos hacerles unas fotos. ¡Son tan folclóricos! Yo trabajo para *Vanity Fair*.

—La verdad es que me he divertido mucho... ¡Ya verás cuando se lo cuente a Filippo!

Todos se habían puesto en pie y se paseaban por la cripta observando a los miembros de aquel pueblo subterráneo. Por fin empezaban a pasárselo bien. Aquello era mucho mejor que las cacerías de Chiatti. ¡Una verdadera sorpresa!

—¡Qué gorditos más majos!

—¡Y qué ricura de niños!

Cuando el parque pertenecía al ayuntamiento de Roma, la vieja esclusa que regulaba el nivel del gran lago artificial había dado no pocos problemas a los encargados del mantenimiento. En unos diez años se había averiado al menos seis veces, y otras tantas había sido reparada. Pero, pasado cierto tiempo, la gran compuerta oxidada volvía a perder y el lago se vaciaba, dejando a la vista un lecho cenagoso y nauseabundo.

Cuando Sasà Chiatti compró Villa Ada, decidió sustituir la vieja red hídrica por una nueva y más sofisticada. Y para proyectar aquel complejo sistema hidráulico que debía alimentar arroyos y riachuelos, dos lagos artificiales, abrevaderos de animales, fuentes y piscina, hizo venir de Austin al joven y genial ingeniero hidráulico tejano Nick Roach, famoso por haber supervisado la construcción del dique Stanley de Albuquerque y del AquaPark de Taos.

El ingeniero instaló en lagos y estanques unos sensores que constantemente enviaban información sobre el nivel, temperatura, alcalinidad y pH del agua a los ordenadores de la sala de control. Un programa informático elaborado por Roach con la ayuda de la empresa de software Douphine Inc. controlaba, por medio de bombas, el flujo de todos los lagos y estanques, recreando, según el caso, las condiciones naturales del lago Victoria, de la cuenca del Orinoco y del delta del Mekong.

Dirigiendo las obras, el ingeniero topó un día con la vieja esclusa del gran lago, al sur del parque. La compuerta era una pieza de arqueología industrial, enorme, cubierta de musgo y con el volante de hierro colado. Y tenía la siguiente inscripción de fábrica: «Fundición Trebbiani. Pescara. 1846». Al leerla, Roach se quedó sin habla e, hincándose de rodillas, rompió a llorar.

Su madre se llamaba Jennifer Trebbiani y era de origen italiano.

Los últimos días de su vida, consumida ya por el cáncer de intestino, la mujer le contaba al hijo que su bisabuelo había emigrado de Pescara a las Américas dejando al hermano al cargo de la fundición familiar.

Por pura lógica, pues, aquella compuerta la fundieron sus abuelos.

En un raptó de nostalgia, Nick Roach decidió no cambiar la vieja compuerta. Sabía que desde el punto de vista técnico era un riesgo, pues en caso de apagón la compuerta se vería sometida a presiones muy superiores a las que podría soportar, pero aun así la dejó donde estaba, en homenaje a su madre y demás antepasados pescareneses.

Cuando, la noche de la fiesta, la corriente eléctrica se fue de pronto y los ordenadores que controlaban bombas y flujos y mantenían constantes los niveles de agua se apagaron, el lago empezó a llenarse y la presión del caudal en tubos y esclusas a aumentar de manera alarmante.

A las cuatro y veintisiete minutos todas las juntas y empalmes del tubo surtían agua como aspersores, pero la vieja compuerta parecía resistir. Hasta que de repente, con un ruido siniestro, una especie de chillido metálico, el volante de hierro colado saltó por los aires como un tapón de champán, el tubo reventó y el sumidero que



había en medio del lago empezó a desaguar dos millones de litros de agua, formando en pocos minutos un remolino que arrastró cocodrilos, tortugas anfibias, esturiones, nenúfares y lotos.

Aquella masa de agua socavando la tierra hundió la bóveda de toba de una de las galerías de la catacumba que pasaba justo debajo del lago, y la llenó como si fuera una enorme tubería. En menos de tres minutos el agua había inundado el primer piso del antiguo cementerio cristiano, y llevándose por delante huesos y piedras, arañas y ratas, fluyendo y borbollando, se encañonó hacia la planta inferior por la empinada escalera, que excavaran costosamente rudimentarios cinceles cristianos. Constreñida por la angostura del conducto, la tromba de agua pareció perder ímpetu, pero de pronto se desmoronó una pared de toba como se desmorona un castillo de arena bajo una ola, y el agua se abrió una nueva vía de escape por la que fluyó con toda su arrolladora violencia, arrastrando cuanto pillaba por delante. Unos frescos de dos mil años de antigüedad que representaban dos palomas arrullándose fueron así arrancados de las paredes de la tumba de un rico comerciante de tejidos.

Y el terrible flujo de agua, rugiendo como un reactor, discurrió en la oscuridad hacia la gran cripta en la que se hallaban los invitados de la fiesta y el pueblo que vivía bajo tierra.

### *Baile new y revival a cargo del D. J. Sandro*

69

Los invitados conversaban y cambiaban impresiones apiñados en torno a los rusos como si fuera un vernissage. Federico Gianni, el administrador delegado de Martinelli, con el uniforme de la caza del león hecho jirones, le decía a Ciba:

—Bueno, es cosa de locos... Unos atletas rusos que llevan viviendo cincuenta años en el subsuelo de Roma. Esto da para un novelón, tipo *El nombre de la rosa*.

Fabrizio no se fiaba. Aquél era un falso y un traidor.

—¿Tú crees? A mí no me parece tan excepcional. Son cosas que ocurren bastante a menudo.

—¿Bromeas? Podría salir un gran libro. Con la debida publicidad, reventamos las listas.

El escritor se acarició la barbilla.

—No sé... No me convence.

—Y tienes que escribirla tú, eso sin duda.

Fabrizio no se contuvo:

—¿Y por qué no se lo propones a Saporelli?

—Saporelli es muy joven. Aquí hace falta una pluma madura, de tu calibre. Alguien que haya dado un giro a la literatura italiana.

Aquellos elogios empezaban a hacer mella en la coraza del autor de *La fosa de los leones*.

En efecto, el cabrón no se equivocaba, la historia era mucho mejor que su gran saga sarda, pero no debía bajarse los pantalones enseguida.

—Me lo pensaré...

Pero el larguirucho no estaba dispuesto a cejar. Le brillaban los ojos.

—Eres el único que puede hacerlo. Y podríamos incluir un DVD.

La idea empezaba a hacerle cosquillas.

—¿Un DVD, dices? ¿Y funcionaría?

—Ya lo creo. Un DVD con muchos contenidos, por ejemplo, la historia de las catacumbas... Y más, más cosas. Tú decides. Te doy carta blanca. —Gianni le echó el brazo por los hombros—. Escucha, Fabrizio, últimamente no hemos hablado mucho. Eso es lo malo del negocio, que siempre tiene que estar uno al pie del cañón. ¿Y si comiéramos uno de estos días? Tú mereces más. —Hizo una pausa—. En todos los sentidos.

Fabrizio se notó de pronto como liberado de un peso terrible, el diafragma se le distendió y se dio cuenta de que desde la presentación del libro del escritor indio había estado viviendo en un estado de malestar físico. Sonrió.

—Vale, Federico, nos llamamos mañana y quedamos.

—Estupendo, Fabri.

¿Cuánto hacía que no lo llamaba Fabri? Volver a oírlo fue un verdadero regalo para sus oídos.

—Por cierto, te he visto con esa cantante..., ¿cómo se llama?

¡*Coño, Larita!* La había olvidado por completo.

A Gianni se le derritieron los ojos pensando en la joven.

—No está mal. ¿Te las ha tirado?

Se disponía Fabrizio a buscarla con la mirada, cuando se oyó retumbar la antigua necrópolis.

Al principio pensó que algo había explotado en la superficie, pero luego, viendo que el fragor se prolongaba y hasta aumentaba de volumen, y que la tierra temblaba, empezó a dudar.

—¿Y ahora qué pasa? Ya no se puede... —dijo Mago Daniel con tedio.

—Serán los fuegos artificiales... Corramos... Ya nos hemos perdido la pasta de medianoche y ahora no quiero perderme el desayuno... —le contestó su novio, el actor teatral Roberto de Veridis, todo excitado.

*No, eso no son fuegos artificiales*, se dijo Fabrizio. Más parecía un terremoto.

El infalible instinto animal que le decía si merecía la pena o no ir a una fiesta o conceder una entrevista, y cuál era el momento más oportuno para aparecer y desaparecer del escenario, lo avisó esta vez de que debía salir de allí lo antes posible.

—Perdona un momento... —dijo a Gianni.

Y se puso a buscar a Larita. No la vio, sin embargo, por ningún lado. A quien sí encontró fue a Matteo Saporelli, que estaba desnudo en un rincón untándose el cuerpo de tierra y tarareando *Livin' la vida loca*.

Se le acercó y le dijo, tendiéndole la mano:

—¡Saporelli, pronto, salgamos de aquí!

El joven escritor lo miró con unos ojos redondos cuyas pupilas se habían reducido a dos puntitos y empezó a untarse los sobacos.

—No, gracias, encanto... Creo que este sitio es mágico. Y también creo que tendríamos que amarnos más. Es el problema de hoy. Hemos olvidado que este planeta es nuestro hogar y deberá albergar a nuestros descendientes mil años más. ¿Qué vamos a dejarles? ¿Un puñado de moscas?

Ciba lo miró consternado. La píldora había surtido su efecto, efecto bueno, por suerte.

—Tienes razón. ¿Por qué no vamos fuera y me lo explicas?

Saporelli lo abrazó conmovido.

—Eres el mejor, Ciba. Me iría contigo, pero no puedo. Aquí quiero erigir un templo para que, cuando en el futuro lleguen los extraterrestres, vean los antiguos restos de esta civilización enferma. Y no olvides que la tierra no es de nadie. Nadie puede decir esto es mío, esto es tuyo... La tierra es de los hombres y punto.

—De acuerdo, Saporelli, suerte. —Ciba se abrió paso entre la gente. Todo el mundo había enmudecido y escuchaba en silencio aquel ruido que aumentaba de volumen más y más.

*¿Dónde coño estará Larita? A lo mejor no la han traído aquí.*

Notó que le agitaba el pelo un soplo de aire caliente y húmedo, como el que produce el paso del metro. Y al volverse vio que de la boca de la galería salía una nube de algo oscuro y alado que se esparció por el aire.

Aún no había comprendido lo que era cuando le chocó en la cara un murciélago del tamaño de un guante. Notó en los labios el contacto del sucio pelo del quiróptero, dio un grito de asco, se lo quitó y se agachó protegiéndose la cabeza con los brazos.

Los invitados, como si bailaran el baile de San Vito, gritaban brincando entre las ratas que les correteaban por entre las piernas y agitando los brazos para espantar a los murciélagos.

*¿Por qué huyen las ratas? Porque abandonan el barco que se hunde.*

Fabrizio advirtió que los rusos escapaban a toda prisa por una galería opuesta a aquella de la que provenía el ruido. Los hombres llevaban en brazos a los niños y también con el rey y la reina cargaban sendos gordos. Debía seguirlos.

Hacia allí se encaminaba, abriéndose paso entre los demás, cuando vio a Larita. Estaba en el suelo y los roedores le pasaban por encima. La tierra temblaba cada vez más. De los nichos caían tibias, cráneos, costillas.

Fabrizio se detuvo.

—Lar...

Un viejo senador lo atropelló gritando:

—¡Es el acabóse!

Y una mujer que, empuñando un fémur, trataba de abatir murciélagos, le propinó, en su arrebató, un porrazo en el tabique nasal.

—¡Ay! ¡Me cago en tu padre! —exclamó Ciba cubriéndose la cara. Se volvió hacia la cantante, que seguía en el suelo, inerte y al parecer sin sentido.

La caverna retemblaba y se estremecía sin cesar, y costaba tenerse en pie.

*Esto se hunde.*

No podía morir, no así.

Miró a Larita, miró la galería.

Eligió la galería.

## 70

Aunque los murciélagos son animales sagrados para los cultores del satanismo, a Saverio Moneta lo repugnaban. Suerte que la capucha de la túnica lo protegía. Del techo de la catacumba se desprendían piedras y tierra y todo temblaba. Los invitados parecían haber enloquecido y se debatían entre ratas y murciélagos. Pero nadie se atrevía a adentrarse en la oscuridad de las galerías. Lo único que podían hacer era chillar como monos enjaulados.

Entretanto los rusos, a la chita callando, se habían ido.

Tenía que seguirlos y buscar una salida. Pero en aquella confusión no lograba avanzar. Lo intentó arrimándose a la pared.

—¡Maestro! ¡Qué alegría! —Un muchacho desnudo y embadurnado de tierra se le echó encima y lo agarró de la túnica—. ¡Por fin llegas, maestro! Estoy erigiendo el templo para el futuro.

—¿Cómo? —Saverio no lo oía bien. El muchacho se había arrodillado a sus pies, y los gritos, el retemblar de la catacumba y los lejanos retumbos lo ensordecían—. ¿Cómo dices? —Se agachó para oírlo.

—Se acabó. Ha llegado el horror.

En ese momento se desplomó una gran porción de la bóveda sobre la multitud. Una nube de tierra lo envolvió todo. La gente chocaba entre sí como sombras en el polvo.

El ex líder de las Bestias miró al otro a los ojos y comprendió que estaba ido.

—Perdona, tengo que irme.

El muchacho lo agarró.

—¡El horror! ¡El horror! La tierra no es de nadie.

Mantos trató de desasirse.

—Suelta, déjame, por favor.

—Deberías entenderlo y no lo entiendes. Hermanos que matan a hermanos. Eso es nuestro mundo.

Una mujer quedó sepultada bajo los escombros. Entre las piedras le asomaba una pierna. Por el fino gemelo le subía el largo tatuaje de una hiedra que se perdía entre las ruinas.

Desesperado, Saverio huyó arrastrando al loco, que decía:

—Debes mostrarme el camino y en cambio quieres abandonarme.

Mantos le propinó una patada y por fin el otro lo soltó.

—¿Qué quieres de mí?

Arrodillado en el suelo, el loco lo miró a los ojos.

—Tú sabes lo que debes hacer.

Mantos retrocedió aterrado. Por un instante creyó que era Zombi.

—¿Quién coño eres tú? —balbució el líder de las Bestias, y echó a correr hacia la galería atropellando a todo el mundo.

Entonces vio a Larita en un rincón.

Se detuvo.

La muchacha estaba hecha un ovillo y la pisoteaba la gente.

*¡Cumple tu misión! Sacrifícala. Así al menos mi muerte no será en vano,* le pareció que le decía Zombi.

Profirió un alarido y, abriéndose paso entre la gente con puños y codos, alcanzó a la cantante.

La joven, con las mejillas encendidas y la boca abierta, trataba de respirar como si padeciera un acceso de asma.

Saverio la protegió con el cuerpo. La sacaría de aquel agujero, la llevaría a la cima de Forte Antenne y la sacrificaría en honor de Zombi.

Larita sollozaba.

—He tenido un ataque de pánico y no podía respirar. Y la gente me pisaba.

—Aquí estoy. —Mantos la tomó en brazos firmemente.

La muchacha fue poco a poco recobrando el aliento. Se enjugó las lágrimas y pudo observarlo mejor. Vio la túnica negra.

—¿Quién eres?

Él no supo qué contestar. Le habría gustado decirle la verdad, susurrarle al oído: *Soy tu asesino.* En cambio le dijo:

—No me conoces.

—Eres muy amable.

—Vamos, levántate, aquí no podemos quedarnos. ¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—Pues venga, andando. —La tomó por la cadera y la ayudó a ponerse en pie.

Ella se cogió de su mano.

—Gracias.

Él la miró a los ojos, de color avellana.

Y quizá Saverio Moneta, alias Mantos, le habría dicho que no debía darle las gracias, quizá por primera vez en su vida habría tenido los cojones de decir... ¿Cómo decía el tío desnudo?

¡El horror! Sí, el horror de una vida equivocada.

Quizá lo habría hecho, si no los hubiera arrollado una tromba de agua negra y espuma.

## 71

Fabrizio Ciba avanzaba por una galería a la luz del mechero. No se veía nada y a cada paso tropezaba con un montón de tierra o metía el pie en un agujero.

Sentía haber abandonado a Larita, pero con ella no habría podido salvarse.

Sólo sobreviven los más fuertes... si no han de llevar cargas inútiles.

El bramar, a sus espaldas, era ya ensordecedor.

Se volvió y a la luz de la llama vio venir un alud de agua negra.

—Joder... —pudo decir antes de que el agua, volteándolo cual trapo sucio en una lavadora, lo arrastrase como una carga inútil.

## 72

Piero Ristori tenía setenta y siete años y vivía en via Trasone, a pocos pasos de Villa Ada. Llevaba diez años jubilado. Y desde que no trabajaba le costaba dormir. Se despertaba a las dos de la mañana y esperaba en la cama a que amaneciera. Tumbado junto a su mujer dormida, recordaba. En el silencio sólo roto por el tictac del despertador salían a flote, como ñoquis en agua hirviendo, imágenes de su infancia en Trento. Recordaba su adolescencia, el colegio, las vacaciones en Liguria. Con nostalgia se representaba a su mujer de joven, en traje de baño, más guapa que todas las cosas, tumbada en un flotador, en la playa de Cesenatico. Hicieron el amor sin esperar a casarse. Y recordaba Roma, la redacción del periódico, los miles de artículos escritos a toda prisa, el martillar de las máquinas de escribir, los ceniceros llenos de colillas, las comidas con los colegas. Y recordaba sobre todo los viajes, las Olimpiadas de Helsinki, los Campeonatos de Atletismo de Oslo, los Mundiales de Natación de Estados Unidos, una portuguesa con flequillo y pecas cuyo nombre no recordaba...

En la oscuridad del dormitorio embargaba a Piero Ristori una dolorosa melancolía que le arrancaba hondos suspiros. De su vida no le quedaban más que recuerdos vanos e inconexos; sensaciones, olores y las ganas de volver atrás.

¡Qué maravillosa vida había tenido! Al menos antes de jubilarse.

Pues entonces no cupo duda: era un viejo y su vida un purgatorio. A veces deseaba ser un viejo chocho (como casi todos sus amigos) para no darse cuenta. Era dolorosamente consciente de que se le había agriado el carácter. Cualquiera nadería lo irritaba, detestaba a los jóvenes, a todos lo que vivirían cuando él estuviera criando malvas. Tenía todos los defectos de la vejez y ni una sola de sus virtudes.

El único momento del día que le placía era el alba, cuando la luz se filtraba por las persianas y los pájaros empezaban a cantar. Lo invadía una sensación de libertad. Se levantaba entonces de la cama, sepulcro en el que su mujer yacía inconsciente, se vestía y sacaba a Max, el pequeño Jack Russell, a hacer sus menesteres. La ciudad estaba silenciosa y tranquila. Compraba la prensa y leche y pan fresco en el mercado, se sentaba en un banco del parque Nemorense (antes iba a Villa Ada, no se explicaba que la hubieran vendido) y leía dejando que Max corriera un poco.

Ese día llegó al quiosco de via Salaria unos diez minutos después de lo habitual. La noche anterior se había tomado un somnífero para no oír el escándalo de la fiesta de Salvatore Chiatti. Todo el día había estado el barrio bloqueado, por culpa de aquel mafioso.

Piero Ristori compró *Il Messaggero*, *La Gazzetta dello Sport* y *La Settimana Enigmistica* a Eugenio, el quiosquero, que estaba abriendo los paquetes de periódicos que acababan de traerle.

—Buenos días. ¿Ya oiría ayer las trifulcas entre policía y manifestantes?

Por razones oscuras, a Max le encantaba cagar junto a los quioscos. Piero Ristori le estiró de la correa, pero el perro ya había empezado.

—Los oí, sí, ya lo creo que los oí. Ojalá no quedara uno vivo.

Eugenio se desentumeció la espalda.

—Parece ser que fueron a la fiesta Paco Jiménez de la Frontera, Milo Serinov y todo el Magica Juventus.

Piero se sacó del bolsillo de la chaqueta una bolsa de plástico y recogió el zurullo de Max.

—¿Y a mí qué? El deporte ya no me interesa.

Eugenio pensó replicar preguntándole por qué compraba entonces *La Gazzetta dello Sport* todos los días, pero se abstuvo de hacerlo: no le apetecía discutir con aquel viejo cascarrabias. Lástima. Había sido un gran periodista deportivo y una persona muy simpática, pero desde que se había jubilado, odiaba a todo el mundo y estaba insoportable.

*En cambio, cuando yo me jubile seré mejor persona, se dijo el quiosquero. Podré por fin ir a pescar al lago de Bolsena. Pero para eso aún me quedan veintidós años.*

Piero Ristori echó un vistazo a la portada de la *Gazzetta*. Se hablaba del contrato millonario de un futbolista francés.

—¿Lo ves? Ahora sólo cuenta el dinero. El deporte, el verdadero deporte...

Iba a decir la frase que todos los días repetía a su mujer: el deporte, el verdadero

deporte, el de las viejas Olimpiadas, ha muerto.

Pero lo acalló un repentino estruendo. Miró hacia via Salaria y no vio nada. Pero el ruido continuaba.

Se pasó la mano por la frente... Le recordaba algo. Era como el fragor que se oía al pasar junto a la presa de Ridracoli, en Emilia-Romaña, donde iban a veranear con los hijos. Era un sonido inconfundible, semejante al de la turbina de un avión.

El viejo periodista, con el zurullo de Max en la mano y la prensa bajo el brazo, aguzando la vista tras las gafas, siguió mirando a un lado y otro. Via Salaria estaba desierta y todo parecía normal.

También Eugenio miraba alrededor perplejo, con el ceño fruncido. Y Max tiraba de la correa y gruñía como si hubiera visto un gato.

—Tranquilo... Hombre...

Por segunda vez lo acalló un ruido, una especie de silbido agudo.

Eugenio miraba para arriba. Piero siguió su mirada y vio, recortado contra el despejado cielo, un disco negro que giraba en el aire sobre la calle, más alto que los edificios. Reconoció la tapa de bronce de una alcantarilla antes de que, cayendo a pico, se incrustara en el techo de un Passat Variant, con lo que estallaron los cristales de las ventanillas, se doblaron las ruedas y saltó la alarma.

De reojo vio el viejo periodista que al mismo tiempo, en la acera de enfrente, se elevaba, como el cuello de una cobra, una columna de espuma blanca. El chorro de agua superaba el muro de Villa Ada.

De pronto le pareció que la boca de alcantarilla expulsaba un bulto negro.

—Pero ¿qué día...?! —dijo Eugenio.

En el aire, a unos diez metros por encima de sus cabezas, un ser humano, agitando brazos y piernas, se elevaba primero y caía después, como quien se lanza desde un acantilado, derecho al suelo.

Piero Ristori cerró los ojos. Un segundo después, cuando los abrió, vio al mismo ser humano de pie, en la mediana de via Salaria, con las piernas temblando por el impacto pero, milagrosamente, ileso.

Mientras el agua inundaba la calle, el periodista dio dos pasos hacia él.

Era un viejo delgado que iba vestido con un chándal negro hecho jirones. La larga barba blanca y el pelo, completamente empapados, se le adherían a la piel. Estaba quieto como si tuviera los pies pegados al asfalto.

El periodista dio otros tres pasos más y pasó los coches que había aparcados en la acera.

*No, no puede ser...*

Pese al medio siglo transcurrido, pese a la arteriosclerosis que le endurecía las venas, pese a la luenga barba que cubría la cara del hombre, los viejos lóbulos temporales de Piero Ristori, ante aquellos ojos fríos como llanuras siberianas y aquella narizota, recordaron.

Se sintió transportado en el tiempo hasta el verano de 1960. Roma. Las



Olimpiadas.

Aquel hombre era Serguéi Pelevin, el gran saltador de pértiga que obtuvo el oro olímpico. Había desaparecido con un grupo de atletas rusos de los que nadie volvió a saber nada. Piero Ristori recordaba haberlo entrevistado al acabar la ceremonia de entrega de los premios.

¿Qué hacía allí en via Salaria al cabo de medio siglo?

Con manos temblorosas y arrastrando al perro, Piero siguió acercándose al atleta, que seguía plantado como una estatua en medio de la calle.

—Serguéi... Serguéi... —balbució—. ¿De dónde sales? ¿Dónde has estado? ¿Por qué escapaste?

El atleta se volvió al periodista, aunque al principio pareció no verlo.

Luego cerró y abrió los ojos claros, como si el sol que se elevaba en el horizonte lo molestase, y enseñando las encías desdentadas dijo:

—Свободу... я выбрап...<sup>[5]</sup>

No pudo acabar la frase porque un Smart Fortwo que venía de via Olimpica a más de ciento veinte kilómetros por hora se lo llevó por delante.

## 73

Saverio Moneta había logrado no soltarla, tenerla cogida de la mano en medio de la corriente que los volteaba y arrastraba por las galerías negras de la necrópolis subterránea. Habían tragado litros de agua y durante un tiempo infinito no habían podido respirar, hasta que, sin saber cómo, salieron a flote en una bolsa de aire que se había formado bajo la bóveda de una galería.

Saverio, tocando casi el techo con la punta de la nariz, respiraba a pleno pulmón y tosía. A su lado, también Larita recobraba el aliento entre toses.

—¿Puedes? —preguntó la cantante.

Saverio se afianzó más firmemente con manos y pies en los nichos funerarios. La corriente era fortísima y lo arrastraría en cuanto se soltase.

—Sí, ya está.

Larita se agarró a un saliente.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Y para parecer más convincente repitió—: Muy bien.

No era verdad. Debía de haberse roto la pierna derecha. En el seno de la corriente, había chocado con fuerza contra una pared.

Con la mano derecha se tocó donde le dolía y notó...

*¡Dios!*

... una larga astilla afilada que salía de la carne.

*Se me ha clavado algo en el muslo, una madera...*

Entonces comprendió y a punto estuvo de soltarse.

Era el fémur que, partido, sobresalía como un cuchillo. La cabeza empezó a darle vueltas, las orejas a arderle, el esófago se le encogió, notó un regusto ácido.

*Me desmayo.*

No podía. Si se desmayaba lo arrastraría la corriente. Permaneció quieto, aferrado a la roca, esperando que pasara el mareo.

—¿Qué hacemos? —La voz de Larita sonaba lejana. Saverio vomitó y cerró los ojos—. ¿Nos quedamos aquí? ¿Esperamos a que vengan por nosotros?

—No lo sé —contestó con gran esfuerzo.

*Estoy desangrándome.*

El agua le impedía ver la herida. Mejor.

—El caso —dijo Larita al rato— es que aquí no podemos quedarnos.

*Ayúdame, por favor,* era lo único que quería él decirle; pero no podía. Debía portarse como un hombre.

*¡Qué absurdo!* Menos de cuarenta y ocho horas antes era un triste dependiente en una tienda de muebles, el hazmerreír de la familia, y ahora se hallaba en una catacumba inundada de agua junto a la mejor cantante italiana y muriéndose desangrado.

La burlona suerte le daba una oportunidad. Aquella chica, que nada sabía de él ni de su mala estrella, lo vería y lo juzgaría por lo que en aquel momento era.

Al menos alguien, por una vez, lo tendría por un héroe, un hombre sin miedo, un samurái.

¿Qué decía Yamamoto Tsunetomo en su *Hagakure*? «El samurái vive anhelando morir.»

Sintió que su fuerza de voluntad se fortificaba como si fuera algo sólido.

*Demuéstrale quién es Saverio Moneta.*

Abrió los ojos. Pese a la oscuridad, vio huesos flotando: por algún sitio debía entrar luz.

Larita lograba a duras penas tenerse sujeta.

—Creo que el agua está subiendo.

Saverio procuró concentrarse, no pensar en el dolor.

—Escúchame... Dentro de poco nos quedaremos sin aire. Y quién sabe cuándo vendrán a rescatarnos. Debemos intentar salir por nuestra cuenta.

—¿Cómo? —preguntó Larita.

—Creo que por allí veo luz, ¿la ves tú?

—Sí... Un poco.

—Bien. Pues allá vamos.

—Pero si me suelto, el agua me arrastra.

—Espera. —Orientándose por la voz y clavando los dedos en la roca quebradiza, Mantos se acercó a la cantante—. Súbete a cuestras y agárrate bien. —El dolor le nublaba la vista. Para impedirse gritar, tomó uno de los huesos que flotaban, una

tibia, y la mordió. Ella se le subió a cuestras y le ciñó el tronco con las piernas.

## 74

Matteo Saporelli era un pez.

Mejor dicho, era un atún de aleta amarilla. No, mejor aún, era un delfín. Era un espléndido delfín que nadaba por las misteriosas ruinas de la Atlántida. Con los brazos pegados al cuerpo, se impulsaba con las piernas juntas a la vez que movía la cabeza arriba y abajo, al compás.

*Soy un mamífero marino.*

Y estaba explorando los vestigios de una gran civilización que se hundió en los abismos oceánicos. Ahora buceaba por los largos corredores que conducían a la cámara real, y con su vista agudísima veía oro, piedras preciosas, antiguas joyas incrustadas de algas y corales, y cangrejos y langostas que caminaban sobre montañas de monedas de oro.

Se sentía muy bien. Una larguísima involución de millones de años había devuelto al mar a los mamíferos, pero merecía la pena.

*La vida acuática es superior.*

Sólo había una cosa que le estorbaba el disfrute de aquel mágico estado de gracia. El aire. Le faltaba un poco el aire, para ser un delfín. Y esto lo tenía muy contrariado. Recordaba que los cetáceos pueden permanecer bajo el agua mucho tiempo, y él en cambio necesitaba aire urgentemente.

Procuró olvidarlo. Con las maravillas que había allí dentro, no podía perder tiempo saliendo a respirar.

Pues además de joyas y pólipos fucsia, había bellísimos corales que podría admirar horas y horas.

*Ya sé lo que voy a hacer. Salgo a tomar un poco de aire y vuelvo.*

Como el hombre de la Atlántida, subió aleteando a la superficie y sacó la cabeza a una pequeña bolsa de aire que quedaba debajo de la bóveda de la catacumba.

## 75

Saverio Moneta, con Larita a cuestras, avanzaba trabajosamente en dirección a la luz, cuando a menos de un metro de ellos afloró la cabeza de un hombre.

Tras un instante de estupor, el líder de las Bestias de Abadón escupió la tibia y exclamó:

—¡Ayuda!

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —empezó también a gritar Larita.

El hombre infló y desinfló las mejillas, los miró un instante, emitió un extraño sonido gutural, especie de ultrasonido, y se sumergió de nuevo.

Saverio no daba crédito a sus ojos.

—¿Has visto a ése?

—Sí.

—Está loco. Si supieras lo que me decía antes. ¿Quién coño es?

Larita tardó unos instantes en responder.

—Me ha parecido Matteo Saporelli.

—¿Quién?

—Un escritor, que ha ganado el Premio Strega. ¡Mira, mira allí!

Por un agujero en la bóveda de la catacumba se filtraba un haz de luz que se extinguía en las limosas aguas.

Luchando contra la corriente, Saverio llegó bajo el agujero.

Era un largo orificio circular recubierto de raíces y telarañas. En lo alto se veían las ramas de una higuera agitadas por el viento y el cielo pálido del amanecer romano.

Larita se soltó de Saverio y se agarró a la roca.

—Podemos conseguirlo... —Alargó la mano, pero estaba demasiado alto. Quiso impulsarse sacudiendo los pies, pero sin resultado—. Ojalá tuviera aletas.

*No puede*, se dijo Saverio, viendo los vanos intentos de ella de alcanzar el borde del agujero. Éste quedaba a unos setenta centímetros de la superficie del agua y no había asideros en la pared de roca, lisa como una losa de mármol. No lo conseguiría por mucho que lo intentara.

—Inténtalo tú, yo no puedo —dijo Larita, jadeando cansada.

Saverio quiso impulsarse, pero en cuanto movió la pierna profirió un grito desgarrador. Sintió una punzada de dolor que le atravesaba como un bisturí la carne del miembro herido y, sin fuerzas, se hundió y tragó bocanadas de agua.

Antes de que la corriente lo arrastrase, Larita lo asió por la capucha de la túnica y lo sacó a la superficie.

—¿Qué ocurre? ¿Te pasa algo?

Saverio apretaba los párpados cerrados y sólo a duras penas se mantenía a flote.

—Creo que tengo una pierna rota —dijo con un hilo de voz—. He perdido bastante sangre.

Ella lo abrazó, apoyó la frente en su nuca y prorrumpió en sollozos.

—¿Y ahora qué hacemos?

Saverio tenía un nudo en la garganta y pugnaba por no llorar. Había jurado portarse como un hombre. Inspiró y espiró tres veces y dijo:

—Espera... No llores... Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Yo me apoyo en un nicho, tú te subes a mis hombros y te agarras a las paredes del agujero. Así será fácil.

—Pero ¿y tu pierna?

—Me apoyaré sólo con la izquierda.

—¿Seguro?

—Seguro.

Saverio se agarró a la pared de toba. Cada movimiento le resultaba trabajosísimo. Se sentía cansado como nunca se había sentido. Cada célula, tendón, neurona se había quedado sin fuerzas. Con la sangre se le iban las últimas energías.

*Por favor, aguanta*, se dijo, sintiendo que los ojos se le arrasaban en lágrimas.

Tentó la pared con el pie sano hasta que dio con un nicho y se afirmó en él. Extendió entonces el brazo y se asió de un saliente.

—¡Rápido, sube!

Apoyando los pies en la espalda y luego uno en la cabeza, Larita trepó por él como por una escalera.

Para poder sostenerla, Saverio tuvo que apoyar también la otra pierna.

*Date prisa, por favor... Por favor... No puedo más*, gritaba para sí dentro del agua.

De pronto sintió que el peso se aligeraba. Miró hacia arriba. Larita había alcanzado el agujero, con las piernas se afirmaba en los bordes y con una mano se agarraba a una raíz que salía de la pared.

—Lo he conseguido —dijo Larita jadeando—. Dame la mano y te subo.

—No puedes...

—¿Cómo que no puedo?

—La raíz no resistirá... Caerás.

—No, es gruesa. Tú tranquilo, dame la mano.

—Sal tú y pide ayuda, yo te espero aquí. Venga, corre, no te preocupes por mí.

—No, no te dejes. Si me voy, no resistirás y te llevará la corriente.

—Por favor, Larita... Vete... Yo estoy muriéndome... Ya no siento las piernas. No hay nada que hacer.

Larita rompió a llorar.

—No quiero... No es justo... No te abandonaré... Tú... ¿cómo te llamas?... Ni siquiera sé tu nombre.

Saverio sólo tenía fuera del agua la boca y la nariz.

—Mantos, me llamo Mantos.

—Mantos, tú me has salvado la vida ¿y quieres que te deje morir? Por favor, intentémoslo una vez más.

—Pero si no podemos júrame que te irás.

Larita se enjugó las lágrimas y lo juró.

Mantos cerró los ojos y, sacando fuerzas de flaqueza, se impulsó hacia arriba y trató de cogerse de la mano que Larita le tendía. La rozó y volvió a caer, con los brazos abiertos, como si le hubieran disparado en el pecho. Su cuerpo se hundió en el agua, tornó a la superficie unos instantes y por último lo arrastró la corriente. Él no

opuso resistencia. Se hundía hacia el fondo.

Al principio su cuerpo no quiso ceder y pugnó por salvarse. Al fin, vencido, quedó quieto y Saverio ya sólo oyó zumbarle el agua en los oídos. Era agradable dejarse llevar así, hacia el fondo, hacia la oscuridad. El agua que lo mataba apagaba sus últimas ansias de vida.

*¡Qué liberación!*, se dijo, y no pudo seguir pensando.

## 76

El sol era un minúsculo puntito en el horizonte cuando Fabrizio Ciba abrió los ojos.

Vio una bóveda de frondas doradas, nubes de mosquitos, mariposas. Oyó pájaros cantando y piando. Notó agua que fluía y goteaba acariciadoramente como agua de ducha. Aspiró olor a tierra mojada. Y en los hombros, la nuca y la ropa mojada notó el calor tibio del sol.

Permaneció quieto y sin pensar en nada. Luego, poco a poco, los recuerdos de la noche anterior, de la catacumba y del alud de agua que lo arrolló cuajaron en un pensamiento, un pensamiento muy halagüeño.

*Estoy vivo.*

Confortado por esta certidumbre, meditó también que aquella mala experiencia pasaría; que dentro de unos meses, cuando hubiera perdido su carácter dramático, la recordaría con una mezcla de nostalgia y buen humor, y tendría sentido.

*Así funciona la mente humana.*

Lo sorprendió encontrarse tan sabio.

Ya era hora de saber dónde estaba. Se incorporó sobre los codos y vio que yacía en un lecho de barro y arena encajado entre dos montes cubiertos de árboles, por en medio del cual discurría un arroyo. Aquí y allá se veían huesos, zapatos, una gorra de montar y un gran cocodrilo panza arriba, con el vientre hinchado y blanco, al que ya habían acudido las moscas.

Se levantó y se desentumeció, contento de ver que no estaba herido y, aunque un tanto débil, se encontraba bien. Sintió hambre.

*Buena señal. Señal de vida.*

Se encaminó hacia el sol. Cruzó la arboleda bostezando y no pudo menos de pararse ante un espectáculo impresionante.

Por el hueco que se abría en la espesura vio la vía Olímpica, con el tráfico denso de todas las mañanas, los campos de rugby desiertos de Acqua Acetosa, el meandro inmóvil y gris del Tíber y, al fondo, el viaducto de Corso Francia lleno de vehículos y la colina Fleming con su vegetación exuberante.

*Roma.*

Su ciudad. La ciudad más bella y antigua del mundo. Nunca la amó tanto como en aquel momento.

Se imaginó un bar cualquiera, con sus empleados de chaqueta y corbata apiñados a la barra cubierta de azúcar, sus pasteles de crema y de manzana, sus sándwiches, el ruido de los platos y las tazas arrojados al fregadero, el tintinear de las cucharillas, los ejemplares de *Il Corriere dello Sport*...

Descendió el monte casi brincando. Si no recordaba mal, la salida estaba por allí. Siguió una senda, empezó a bajar de dos en dos los peldaños de una escalera que conducía al lago a través del bosque.

Vio un objeto extraño en medio de la escalera y aflojó el paso. Parecía de metal y tenía ruedas. Siguió acercándose hasta que comprendió lo que era.

Una silla de ruedas.

Estaba volcada. Más allá, tirado en medio de la escalera, había un cuerpo. Conteniendo la respiración, Fabrizio se acercó.

Al principio no lo reconoció, pero luego vio la cabeza pelada, las orejas abiertas, el saco fecal de Vuitton.

Se llevó una mano a la cabeza. *¡Dios, si es Umberto Cruciani!*

El viejo maestro, allí en el suelo sin su silla, parecía un cangrejo ermitaño despojado de la concha.

No le hizo falta tocarlo para saber que estaba muerto. Tenía los ojos desorbitados bajo las cejas pobladas y oscuras, la boca desdentada abierta, las manos crispadas.

Debía de haber rodado por las escaleras.

Fabrizio se agachó y cerró los ojos del cadáver del gran escritor.

Otro grande que se iba. El autor de *La muralla occidental* y de *Pan y clavo*, las obras maestras de la literatura italiana de los años setenta, se iba dejando un mundo más pobre y más triste.

Fabrizio Ciba prorrumpió en sollozos. No había llorado en toda aquella noche demencial, y ahora lo hacía como un niño.

Y no lloraba de dolor, sino de alegría.

Se enjugó las lágrimas, acarició el rostro macilento del escritor y de un estirón le arrancó el pendrive de 40 gigas que llevaba al cuello.

Se sorbió la nariz y sonrió.

—Gracias, maestro, me has salvado.

Y lo besó en la boca.

Larita había conseguido salir del pozo. Había trepado hasta arriba ayudándose de las raíces.

Y ahora caminaba cabizbaja por un prado en el que pacían mansamente ñúes, búfalos y canguros.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de la mano de Mantos que tocaba la suya, le pasaba un papel y desaparecía en las aguas negras.

Sacó el papel aún mojado. En letras desleídas pero aún legibles, decía: «Para Silvietta».

¿Quién era Silvietta? Y, sobre todo, ¿quién era Mantos?

Un héroe salido de la nada que se había sacrificado por salvarla.

Y quizá Silvietta era su amada.

Iba a leer la nota cuando oyó a su espalda las sirenas de la policía.

Y con el papel en la mano echó a correr.

## *Desayuno*

78

Tras varias horas de trabajo, los bomberos habían logrado abrir una brecha en el muro del parque —lo que era más fácil que derribar las verjas de acero— y acordonado la zona, que se había llenado de curiosos, coches de policía, ambulancias, periodistas y fotógrafos. Poco a poco iban apareciendo los invitados. Muchos de ellos apenas se sostenían en pie y debían ser atendidos por médicos y camilleros. A Corman Sullivan lo habían metido en una cámara hiperbárica hinchable. Antonio, el primo de Saverio, llevaba la cabeza vendada con lo que parecía un turbante de gasa y estaba bebiéndose un té caliente. Paco Jiménez de la Frontera y Milo Serinov hablaban por el móvil. Cristina Lotto se abrazaba a su marido. Mago Daniel, en calzoncillos, discutía con el viejo Cinelli y un chino vestido de acróbata.

Larita se abrió paso entre la gente; el corazón le palpitaba y las manos le temblaban, de puro ansiosa.

Una enfermera se le acercó con una manta.

—Venga conmigo.

La cantante hizo señas de que estaba bien.

—Un momento... Sólo un momento.

¿Dónde estaba? *Y si...* No quiso ni pensarlo.

No lo veía por ninguna parte. Reparó en un grupo de periodistas que hacían corro a alguien y le preguntaban. Era Fabrizio. Aunque iba envuelto en una manta gris, parecía encontrarse muy bien.

A Larita se le quitó un gran peso de encima. Se aproximó al grupo para verlo mejor.



*Ay, Dios, ¡cuánto me gusta!*

Por suerte él no la había visto. Le daría una sorpresa en cuanto despachara a los periodistas.

79

—Bueno, cuéntenos... ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Rita Baudo, del telediario de Canal 4.

Fabrizio Ciba tenía decidido no hablar con la prensa, mostrarse hostil e inabordable como siempre, pero el ver que los periodistas, pasando de otros famosos, acudían a él en masa, no pudo menos de halagar su amor propio. Llevaba además en la mano, metida en el bolsillo, el pendrive de Cruciani, que le infundía 40 gigas de fuerza y valor. Con la otra mano se tocó el lóbulo de la oreja y sonrió como un superviviente.

—No hay mucho que decir. Hemos venido a la fiesta de un psicópata megalómano. Ésta es la triste historia de un ser soberbio y orgulloso que se creía un César; un héroe trágico, una figura de otros tiempos, en cierto sentido... —Habría podido seguir pontificando el resto del día, pero decidió concluir—. Pronto escribiré la crónica de esta noche de horror. —Y al ver que uno de los fotógrafos lo enfocaba, se atusó el rebelde mechón que le caía por los ojos brillantes.

Pero Rita Baudo no se dio por satisfecha.

—¿Ya? ¿No puede decirnos nada más?

Fabrizio se despidió con un ademán, dando a entender que, pese a hallarse tan conmocionado, había tenido la bondad de hablar con la prensa pero ahora necesitaba cierta intimidad.

—Perdonadme, estoy muy cansado.

En aquel momento, con la delicadeza de un jugador de rugby, irrumpió en el grupo Simona Somaini.

La rubia actriz iba envuelta en una exigüísima manta de la Cruz Roja que dejaba estratégicamente a la vista sus despampanantes tetas, de pezones como dedales y cubiertas por el sujetador rasgado, el vientre liso y un tanguita manchado de barro. La aventura de las catacumbas le daba un aire sufrido que la hacía más humana y a la vez más sexy.

—¡Fabri! ¡Por fin! Temía... —dijo, y lo besó en la boca.

Ciba abrió un instante uno de sus ojos verdes con expresión dubitativa, luego lo cerró y ambos siguieron abrazados en medio de los flashes.

A Simona entonces se le cayó la manta, como si fuera un telón, y sus 100-60-90 quedaron a la vista.

Cuando se les agotó el oxígeno, ella apoyó la melena leonada en el cuello de él y

se enjugó los ojos, en beneficio de los objetivos.

—Pese a todo, esta noche terrible hemos descubierto... —Y volviéndose a Fabrizio—. ¿Lo dices tú?

Fabrizio enarcó la ceja sorprendido.

—¿Decir qué, Simona?

La actriz pareció contrariada, pero, sobrepuesta, ladeó la cabeza y susurró:

—Va, digámoslo, ya está bien de esconderse, también somos seres humanos... Hoy sobre todo, después de esta terrible aventura...

—¿Podrías ser más clara? —le preguntó la periodista de *Rendez-vous*.

—Pues... no sé si debo.

El enviado de *Festa Italiana* le puso el micrófono en la cara.

—Habla, por favor, Simona...

Fabrizio comprendió que Simona Somaini era un genio; apretó el pendrive y supo que la amaba. Aquél era el golpe de efecto final, la digna conclusión que lo convertiría en el hombre más importante de la fiesta y el más envidiado de todos. Tomó aire y dijo:

—Estamos comprometidos.

Hubo una salva de aplausos de los periodistas, de los médicos y de los curiosos que se agolpaban tras las vallas.

Simona le restregó la nariz por el cuello como una gatita.

—Seré tu Marilyn.

Fabrizio pidió un momento de silencio.

—Y querría celebrarlo dándoos una noticia en primicia. Por fin he acabado mi novela. —Y añadió—: Y no la publicaré con Martinelli.

La Somaini lo abrazó con fuerza levantando el gemelo y el precioso tobillo.

—Cariño, ¡qué noticia! Ya estoy deseando leerla, seguro que es una obra maestra.

En eso apareció pitando un gran Porsche Cayenne negro. Paolo Bocchi asomó la cabezota por la ventanilla. Aún se lo veía congestionado. En el asiento de al lado iba roncando Matteo Saporelli.

—¡Qué estupenda fiesta! ¡La mejor de los últimos años! Chicos, ¿os llevo a algún sitio?

Fabrizio tomó de la mano a Simona.

—Sí, al aeropuerto.

—¡Allá vamos! —dijo el cirujano estético.

—¿Adónde me llevas, cariño? —preguntó Simona, excitada.

—A Mallorca.

Larita había observado la escena hasta que Fabrizio y Simona se besaron.

Entonces se puso un chándal, se caló la capucha y se alejó de allí sin ser reconocida.

Fue fuerte, no se echó a llorar.

Con su mala suerte, esa noche había conocido a otro capullo. Menos mal que desaparecía de su vida antes de poder hacerle daño.

En la palma de la mano llevaba el papel que le había dado Mantos. Lo desplegó con cuidado de no romperlo. La tinta se había corrido pero aún se podía leer:

**ME HE ENAMORADO  
SIN CONOCER EL AMOR  
Y PIERDO LA VIDA  
SIN HABERLA CONOCIDO**

**EDO ALIAS ZOMBI**

*Fin*

Cuarta parte

Cuatro años después

Quien gana en Merano  
quien busca petróleo  
quien pinta al óleo  
... Quien lleva gafas  
... Quien a fin de cuentas...

RINO GAETANO, *El cielo siempre es más azul*

Villa Ada, después de la terrible noche de la fiesta y de la muerte de Sasà Chiatti, pasó de nuevo a manos del ayuntamiento, y los romanos volvieron a visitarla como si Chiatti no hubiera existido.

De aquellos fastos quedó muy poco, efectivamente: una lápida en la entrada de via Panama con el nombre de los famosos fallecidos, y las vías del tren cubiertas de hiedra.

Y a excepción de algún que otro facóquero y de Gino y Nunzia, una pareja de buitres gordos como pavos que hurgaban en las papeleras, el resto de los animales fueron llevados a reservas naturales.

Y Villa Ada volvió a ser el parque de siempre: inmenso, intrincado, sucio, escabroso, polvoriento, refugio de inmigrantes sin papeles, perros callejeros y ratas. Los pinos seculares, enfermos, continuaron cayendo sobre los paseantes, las zarzas y matorrales invadieron de nuevo los prados, y las aguas de los lagos volvieron a ser verdes y hediondas, cuna de mosquitos tigre y hábitat de nutrias y tortugas acuáticas. Y reaparecieron los perros sin bozal, los policías que ligaban con criadas y niñeras, los ciclistas vestidos como catadióptricos, los tocadores de bongos, los fumadores de porros, los viejos sentados en los bancos...

Y exactamente cuatro años después de la noche de la fiesta, un 29 de abril soleado pero aún frío, reaparecieron también Murder y Silvietta.

Habían ido de picnic y estaban tumbados sobre una manta a cuadros, comiendo tortilla de espaguetis, croquetas y pizza de champiñones.

Los tres últimos años venían dedicando aquel día a recordar a Mantos y a Zombi.

Tampoco hacían nada especial, se conformaban con tomarse el día libre (habían montado en Oriolo una empresa de cocción de ladrillos para pavimentos), cogían el Ford Ka y se iban a Roma, y cuando hacía bueno, como aquel día, organizaban un picnic, leían y a veces hasta echaban una siestecita al aire libre.

Así recordaban a sus amigos.

Y este año era especial: se habían traído también a Bruce, su hijo de dos años, que ya caminaba y, si no estaban atentos, salía corriendo con sus piernecitas vacilantes y sabe Dios adonde podía ir.

Silvietta alzó la mirada del libro y le dijo a su marido:

—Ve por él...

Murder se puso en pie y bostezó.

—Te está gustando el libro, ¿eh?

—*Una luz en la niebla*, precioso. Me tiene enganchada. Yo creo que es mejor que *La fosa de los leones*. Ciba ha madurado como escritor. Y, además, estas historias de campesinos padanos son interesantísimas.

Murder dio un bocado a la pizza.

—A saber cómo habrá conocido él a esa gente, si siempre ha vivido en Roma.

—Es un genio, puro y simple talento. Aún recuerdo la poesía que leyó en la fiesta. Es una persona muy especial. —Silvietta miró a un lado y otro—. Va, corre, ve

por tu hijo.

Murder se desperezó.

—Ya voy por tu nenito, reina.

Le dio un beso y se encaminó al parque infantil, hacia donde había ido el niño.

Silvietta se quedó un momento mirando alejarse a su marido. Tenía que arreglarle los bajos de los vaqueros, que se le habían descosido. Y de nuevo se zambulló en la lectura. Le quedaban menos de cincuenta páginas. Pero al ratito oyó que Murder la llamaba.

—Amor... Amor... Ven enseguida.

Silvietta cerró el libro y lo dejó sobre la manta. Encontró al marido y al hijo con un cachorro de pastor alemán. El niño alargaba la manecita hacia el animal, que correteaba a su alrededor moviendo la cola.

Bruce no tenía miedo, al revés, reía a mandíbula batiente e intentaba atrapar al cachorro.

—¿Te gusta, cariño? —le preguntó Silvietta al pequeño.

Murder acarició al cachorro, que se tumbó panza arriba para que lo rascaran.

—¿Y si le regaláramos uno? Mira lo que le gusta.

—¿Y quién lo saca a pasear?

Murder se encogió de hombros.

—Pues yo, ¿quién va a ser?

—No me lo creo —repuso Silvietta, y propinó a su marido un puñetazo cariñoso en el hombro.

Murder tomó en brazos a Bruce, que empezó a quejarse.

—Venga, a comer, que se nos enfría todo.

Pero cuando volvieron a la manta vieron que les habían saqueado el picnic: la bolsa de las croquetas y la tortilla habían desaparecido.

Murder se plantó con las piernas abiertas y en jarras.

—¡Pero qué hijos de puta! No se puede uno alejar un momento...

Silvietta cogió el bolso.

—Pero el dinero no se lo han llevado.

Murder señaló una croqueta chafada que había al pie de un laurel.

Con sigilo, marido y mujer se acercaron. Al principio no vieron nada, pero luego repararon en un hombre que había acurrucado bajo las ramas: iba vestido con un viejo chándal harapiento y tocado con un curioso sombrero hecho de plumas de paloma y botellines de Coca-Cola. ¡Y se les estaba comiendo el almuerzo!

—¡Eh, tú, ladrón! —le gritó Murder—. ¡Devuélvenos esa tortilla!

Pillado in fraganti, el hombre se sobresaltó; se volvió hacia ellos y los miró un instante, tomó la tortilla que tenía al lado y desapareció, cojeando, en la espesura.

Silvietta y Murder se quedaron de piedra.

Ella se llevó la mano a la boca.

—No me digas que era...

Él se quedó mirando fijamente los arbustos, tragó saliva y se volvió a su mujer:  
—No. No te lo digo.

Tocan los agradecimientos.

Para empezar, doy las gracias a Antonio Manzini: te agradezco, amigo mío, tu funambulesco parloteo, tus ideas, tus palabras de ánimo, sin los cuales esta historia nunca habría existido. Doy también las gracias a Lorenza, que ve más allá que yo, y a mi maravillosa familia. Mi agradecimiento especial a Vereno, Marino, Massimo y Sauro por haber construido el mejor refugio del mundo, y a Marco, director de orquesta de una pequeña locura.

Gracias por último a Severino Cesari, Paolo Repetti, Antonio Franchini, Kylee Doust y Francesca Infascelli, por haberme apoyado mientras nadaba contracorriente.

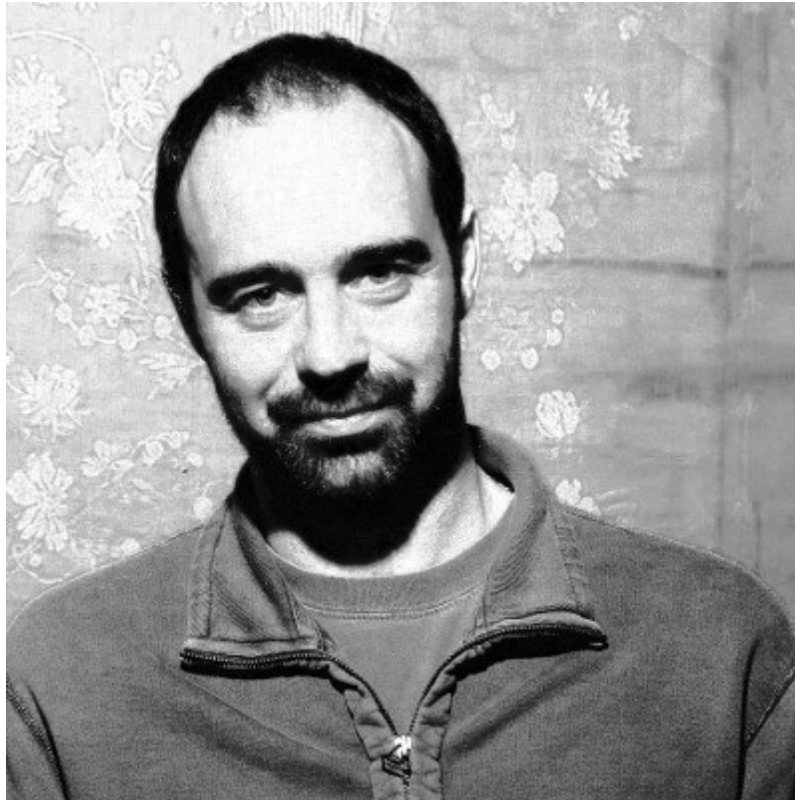
Ah, y no me olvido de Nnn... nnn... nnn... ntwinki ni de Nicareda, silenciosas y atentas compañeras de vida.

Esta novela es, ni que decir tiene, fruto de mi imaginación y de sueños turbulentos. Si alguien ve cosas y hechos que se parezcan a la realidad, allá él. En cambio, para la historia de Villa Ada y de las Olimpiadas he saqueado Wikipedia y otros sitios de Internet. Y una última cosa quiero decir: Villa Ada se halla en una situación de terrible abandono. Uno de los últimos pulmones verdes de una metrópolis asfixiada por la contaminación y atronada por los ruidos agoniza. Si las instituciones no hacen algo cuanto antes, curan los pinos enfermos (curar no quiere decir talar), sanean los lagos y estanques y restauran construcciones que amenazan ruina, perderemos otro trozo de esta vieja y cansada ciudad que es Roma.

Hasta la próxima.

*Ningún animal ha sufrido maltratos ni ha sido herido durante la redacción de esta novela.*





NICCOLÒ AMMANITI (Roma, 1966) es la gran figura literaria italiana de su generación: ha sido alabado por la crítica y galardonado con el Strega y el Viareggio, los premios más prestigiosos; cuenta con innumerables lectores, y sus obras se han traducido a 44 lenguas. Entre sus novelas destacan *Te llevaré conmigo*, *No tengo miedo*, *Que empiece la fiesta* y *Tú y yo*.

# Notas

[1] ¡Vete! ¡Te odio! <<

[2] ¡Silencio! <<

[3] ¿Sois soviéticos? <<

[4] Yo soy ruso. <<

[5] La libertad... elegí... <<